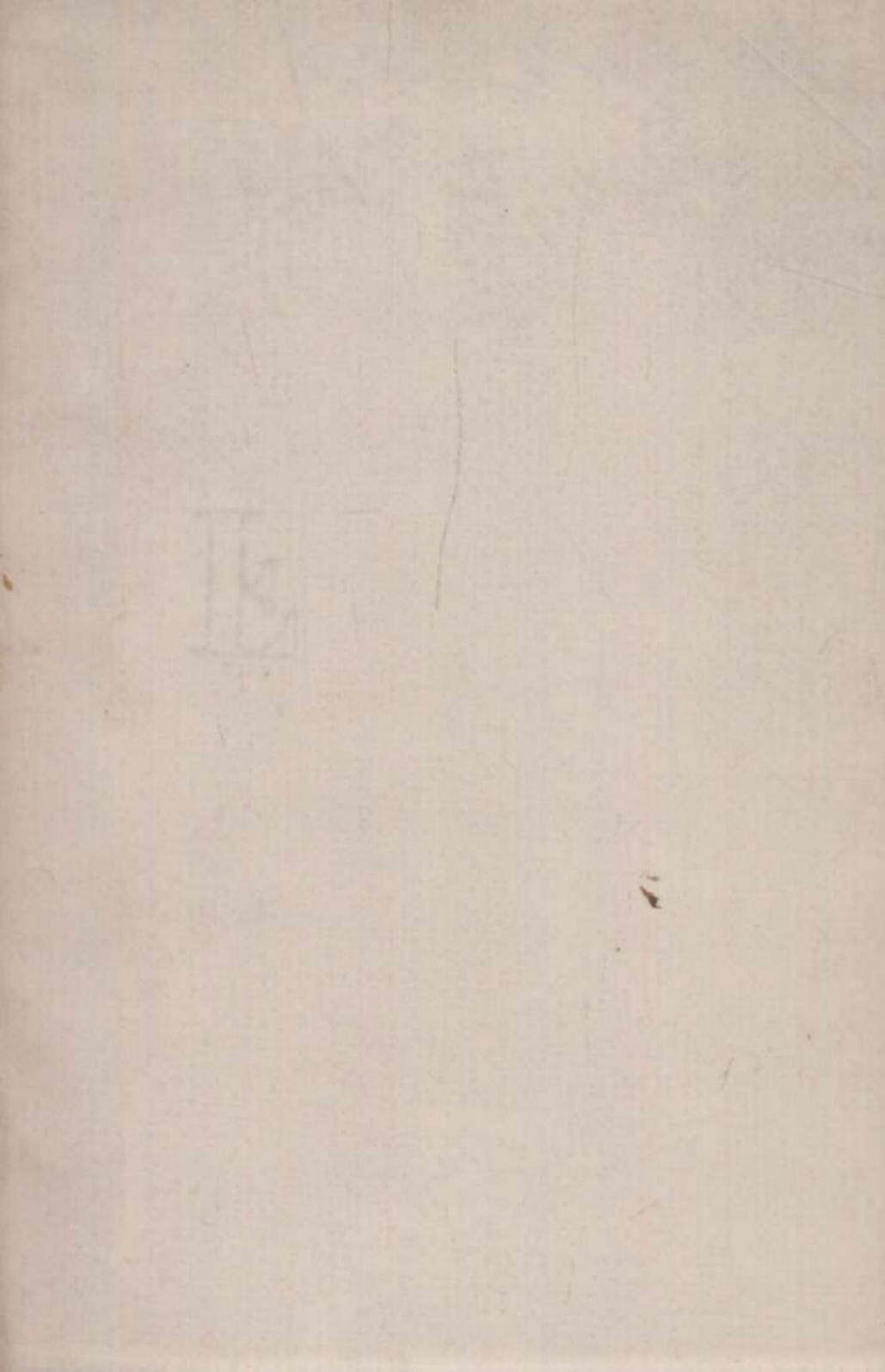


ANT.

XIX

87





LUDOMILIA DE RAVENSBERG.

R. 43.537



16 ans.

LUDOMILIA DE RAVENSBERG,

Ó EL CASTILLO

DEL AGUILA NEGRA.

Novela original de

D. Gabriel Sanchez de Castilla.



CADIZ: 1847.

IMPRESA DE J. M. CANTELMÍ,

á cargo de Rainero Cantelmi,

PLAZUELA DE LAS VIUDAS, NÚMERO 92.



Es propiedad de los editores.

SEGUNDA EPOCA.

I.

Ocho meses mas.

Cuidadado niños: decian madama Kunegundis y la señora Faledro, á dos bellos jóvenes como de trece á catorce años, que corrian en el jardin del castillo del aguila de tras de dos pintadas mariposas, que voleteaban de rama en rama, de flor en flor y se escapaban al deseo de sus perseguidores, cuando casi se lisongeaban de poder echarlas la

mano. Vámonos arriba ya... decía la Faledro... Ya es tarde y además vais, con el deseo y el afán, á lastimaros el rostro y las manos con las puas de algun rosal... Vaya basta ya de jugar y de correr.

—Pues que? todo ha de ser estudiar? contestó uno de ellos... Siempre metido en esas habitaciones tan solitarias... á vueltas con las lecciones.... y luego de noche las pláticas prolijas del señor Braun....

—Como prolijas, picaron? añadía la Faledro... prolijas las lecciones de un maestro tan sabio, de un señor tan respetable? Haya bribon! Mira se lo he de decir para que te castigue...

—Ay! no, por Dios, señora... **Esclamó** la jovencita con las lágrimas asomadas á sus bellos ojos... Perdonadle!.. no se lo digais á su maestro... Sino, voy á tener un pesar muy grande, y á llorar... y ponerme mala tambien... Si vierais el sentimiento que experimento cuando á César le puede sobrevenir algun daño!

—No os intereseis por él señorita. Es muy malo.

—Sí, malo! contestó César, porque me

agrada poco ó nada la monotonía en que vivimos aquí.. Ya ansio salir de este casti-
llo, ver el mundo... pelear, batirme... Li-
diar en la guerra es lo que me agrada... porque
en los cuadernos que leo, en los que Braun
me trae para estudiar, me complace ver las
hazañas de esos célebres guerreros que han
elevado su fama á una altura tan distinguida.
A quien no entusiasma el valor de Mil-
ciades, el ardor animoso de Temístocles y
la heroicidad de Leonidas? Solo á aquel que
no sienta latir en su corazón sangre de hom-
bre.. Vaya! vaya! Y quieres que yo esté
quieto en un rincón para morir de hipocon-
dria al recordar eso? Ven, Eleonor, ven her-
mosa mia... Allí están aun esas taimadillas
mariposas, como provocándome con su vista:
pues juro que ahora las he de pillar para que
no me burlen mas, y aumentar tu colección.

Y cogiendo á la jóven de la mano, echó
á correr rapidamente por una de las sendas
del jardín.

—Es muy hechicero ese niño, señora
Faledro, dijo madama Kunegundis... Y tie-
ne una perspicacia y talento admirables. Yo,
en las veces que le he visto, he conocido en

él unas ideas sumamente elevadas... Ya veis lo que acaba de referir de la historia antigua.. Como toma egemplo de los personajes que mas se distinguieron en aquellos tiempos, y la aplicacion que el dá para sí á las máximas que los libros le presentan. En su edad, sin trato de gentes y en nuestra época, no dudeis que es de admirar.

—Oh! y es menester confesar que en los ocho meses que llevamos aqui y en que por intercesion de madama de Korvei, el señor Braun se encargó de su educacion, ha hecho progresos admirables. Es muy sabio ese bendito señor. Todas las noches, despues que César le dá de memoria lo que él le escribe en su cuaderno, se lleva mas de una hora esplicándole unas cosas... Y le dice unos nombres, que yo no se como el arrapiezo los conserva despues en la memoria.

—Oh! sin duda alguna, cuando la marquesa ha elegido á ese sugeto para que dirija la educacion de César, es claro de que será persona de talento y cordura... Así como si ella ha tomado bajo su proteccion á ese jóven, os aseguro que hará fortuna.

—Dios lo quiera... porque ya veis si

no la suerte que puede esperarle. Habiendo perdido á su protector tan desgraciadamente!: Pobre señor! Yo que lo conocí en Ferrara tan gentil y apuesto!.. Y despues venir á Ravensberg á morir tan desdichadamente!.. Y todo por que? por amar á una muger inconsequente é ingrata... Porque, madama Kungundis, entre nosotras las hay muy pícaras para los hombres.

—Nunca me habeis contado el pormenor de la historia de ese niño.

—Seguramente. Como que lo tengo prohibido por mandato especial del señor Pedro... digo de monseñor Pedro, alcaide de esta fortaleza. Me ha amenazado con que á la menor cosa que diga á nadie del nacimiento de César no vuelvo á ver mas la luz, y me sepulta en el calabozo mas lóbrego de este castillo.

—Sí es asi haceis bien. Monseñor Pedro es una persona de alta suposicion. El mismo duque lo atiende mas que debia, y aun hay ciertos casos en que respeta sus decisiones. Es tanta la influencia que tiene sobre Othon que la menor indicacion de monseñor Pedro basta para él... Pues no digo na-

da la marquesa.... Esta en particular le guarda mas que respeto... es casi adoracion.

—Y que clase de persona es monseñor Pedro para eso?.. Un simple alcaide no gozaria de un favor tan estenso con personas de categoria tan encumbrada.

—Ese es un misterio que no ha alcanzado á nosotras, amiga mia.

—Pues es raro! por que vos segun decís, hace ya años que habitais este castillo... y con mas razon debiais haber traslucido....

—Tanto como vos que lo vivís menos. Figuraos que yo servia de dama de honor á la marquesa de Korvei, y un dia me dijo:—Kunegundis, el aprecio que me tienes.. porque eso sí, yo adoro á madama Sofia por su caracter angelical y hermoso... bello como su rostro; el aprecio que me tienes me hace dirigirme á tí para proponerte un cargo que yo no sé si lo aceptarás.—Todo lo que venga de vos señora.—Pues considera, continuó, que si yo te exigiese una reclusion por doce años en uno de los castillos del gran ducado, para asistir y cuidar á una persona que me es tan interesante como la vida... si te

digese que no te has de separar un punto de su lado ni de dia ni de noche... y que no has de preguntar nada... ni saber nada... ni hablar con nadie sobre ella, y solo te has de concretar á su cuidado y vigilancia, sin salir jamas de la fortaleza, qué me responderias?— Que haria vuestro gusto y os obedeceria ciegamente, por que es mi deber, y porque por vos no hay sacrificio costoso ni difícil. —Pues aceptado, me contestó la marquesa, y esa condescendencia, añadió, no solo no te pesará, sino que algun dia conocerás su valor y lo que puede serte util. —Me trajo aqui una noche en su coche con sigilo, entré en este castillo y no he vuelto á salir hace diez años... La persona que debia cuidar era á mi Eleonor que tendria entonces poco mas de de tres años... y á la que quiero con el amor de una madre... De modo que mi aislamiento, si algo pudiera haberme sido molesto, lo he visto compensado con las caricias de esa inocente que me ama filialmente.

—De suerte que no sabreis si esa niña es hija de la marquesa ó no.

—Yo conceptuo que sí... porque solo una madre es la que puede mostrar tanto

desvelo y cuidado como la marquesa por esa niña. Ya se pasará un día sin verla!... Yo sospecho otra cosa... pero me guardaré muy bien de espresar juicio tan temerario, porque no debo hacerlo, ni la virtud de madama Sofia lo merece... Apesar que nada tendria de particular, porque las inclinaciones... una pasion... la casualidad... y como de esto último vivimos en el mundo... Pero no, no, puede ser.

—Y solo la marquesa ha visitado á E-leonor?

—No... El duque... el consejero Biling... y monseñor Pedro, antes de ser monseñor y si solo Pedro el ugier.

—Ah!... con que ahora...

—Sí, ha titulado... Lo ha hecho el duque marques de Ligen... y gobernador perpétuo de este castillo.

—Friolera!. Como suben los hombres!... De celador del arrabal de los saboyanos que era hace ocho meses, lo tenemos ya gobernador y marques.

—Celador de policia!!...

—Pues!... De otro modo me hubiera él traído aqui?. No os lo he dicho ya? La noche

que se abrasó nuestra casa él fue quien nos sacó de entre las llamas y nos puso en salvo... En cuanto á eso hizo una accion heróica, á la cual estamos agradecidos César y yo... Lo que me admira, lo que no puedo comprender es, porque se nos retiene en este castillo ya tanto tiempo... y de donde dimanará este interes que madama de Korvei se toma por mi César... El protector de mi niño dicen que ha muerto de pesadumbre al ver la quema de la casa, de modo que nosotros nos hallamos en una tierra desconocida, á merced de unos estraños y encerrados en esta fortaleza como si fuéramos delincuentes. No vemos, no hablamos con nadie mas que con el señor... digo monseñor Pedro, con el preceptor Braun, la marquesa de Korvei... y con vos las tardes que bajamos al jardin.... que por cierto está tambien aislado y no entra en él alma viviente fuera de nosotros.... Esto ya me infunde sospechas, porque la señora de Korvei para concedernos su favor me parece que nodebia hacerlo asi.. teniéndonos sin tratar con nadie... Esto aburre y fastidia, y madama Sofia bien podia hacerse cargo de ello.

—Eso es cierto; y como vos no os habeis voluntariamente impuesto esa obligacion como yo... Aqui me teneis á mí que me sucede lo mismo... es decir, no hablo tampoco con otras personas que casi las mismas que acabais de mencionar y no por eso me aburro... porque, señora Faledro, todo en este mundo va dirigido á algun fin... Todo tiene su fundamento, y al cabo pocas son las obras laudables que no alcanzan tarde ó temprano su recompensa.

—Ya, pero si se dignasen siquiera decirme.... indicarme el objeto de esta retencion...

—Y quién sabe?.. Eso nadie puede calcularlo mejor que vos por los antecedentes. Si no ignorais quien son los padres de ese niño, las circunstancias que han precedido á su nacimiento... las particularidades que pueda haber habido y á cuya influencia se hayan movido los acontecimientos; y estos dirigidos por alguna mano oculta os han reducido al estado en que os hayais... en fin, eso es cosa de vos, porque no hay duda que debeis saber en ello mas que yo.... y formar conjeturas mas acertadas.

La Faledro guardó silencio, quedando un rato pensativa.

Al cabo de un momento prorrumpió:

—Sí... sí... ya caigo en lo que es.

—Meditad despacio.. recordad, analizad los hechos con detencion, y vereis como sacais algo en limpio.

—Y tanto como saco... Y si yo pudiera hablar!... Si no fuese por monseñor Pedro que me ha amenazado, yo os diria algo de lo que sé... y aseguro que me ayudariais á aclarar mis sospechas.

—No hagais tal.. Acordaos siempre que no hay mejor confidente que uno mismo. Cuando una cosa no debe saberse, lo mas seguro es no decirla á nadie... Aunque yo, penetrada de vuestra responsabilidad, lo callara, quién sabe si un descuido indiscreto me haria proferir una espresion que indicase estar enterada en lo que os mandan ocultar y comprometia asi vuestra seguridad?

Madama Kunegundis era una señora de talento, y por consiguiente nada imprudente ni curiosa. Otra en su lugar hubiera con poco hecho hablar á la Faledro, porque esta deseaba tener una confidente con quien des-

ahogarse; y charlatana por naturaleza, y muger de no muy grandes alcances, era por consecuencia murmuradora en demasia.

—Valgame Dios! dijo... Y que yo haya sido tan torpe! Tan estúpida! Si yo debí adivinarlo!. Digo, eh!... Si vos supierais quien es la madre!...

—No lo necesita... Esclamó una voz imperiosa, al traves de las ramas donde tenían la espalda las dos mugeres,

La Faledro se sobrecogió al presentarse Pedro.

—Yo.... monseñor. . si he podido....

—Sois muy habladora, y os he dicho ya que he de curaros ese defecto... En una muger anciana, está muy mal vicio tan odioso... Debiais ser mas circunspecta y reservada.

—Yo!... acaso....

—Acordaos de la noche del saboyano en la calle de Ratz-Bogen... No os impusieron silencio varias veces?

—Sí... es cierto.... monseñor Leo...

—Eh! callad. Se os va la lengua con facilidad.

—Pecadora de mí!... murmuró la Faledro para sí...,

—Y los muchachos? preguntó Pedro á madama Kunegundis.

—Por ahí estan corriendo,.. detras de las mariposas.....

—Haciá donde?...

—Haciá la glorieta *del Petrarca* como la ha hecho denominar César.

Pedro sonrió mudamente y tomó el camino que conducia á la glorieta.

Las dos ayas volviéron á sentarse, cuando Pedro se retiró... La Faledro se quejaba amargamente de su suerte.

César consiguió por fin coger las mariposas á Eleonor.

—No te las doy... hermosa mia, que asi era como la llamaba á menudo, no te las doy le repetia, hasta que me des un beso.. Ya ves, debo estar muy colorado... y lo que os cansado me encuentro tambien bastante.....

Los picaros insectos parece que conocian el empeño que yo tenia en pillarlos segun lo que me han hecho correr.. Oh! pero ya es tengo aqui... en la mano y mi Eleonor despues dispondrá de vosotros.

—No cierres tanto la mano que las vas á matar antes de tiempo.

—Mas muerto estoy yo que ellas de cansancio.

—Sentémonos en la glorieta.. Ven..... ven, César....

Los dos se sentaron...

—Y en efecto, cuál tienes el rostro, dijo Eleonor!... Deja.... deja te limpiaré el sudor.

—No, pues no creas contentarme solo con eso... Como no me des un beso... no, no dos..... Ya sabes el trato que hemos hecho... Por cada mariposa un beso... Aquí traigo dos... con que la cuenta es clara.

—Vaya, no me digas aquí esas cosas.. y dame las mariposas...

La niña bajó los ojos ruborizada....

—Dar sin cobrar!... no, querida. Es mucho lo que yo aprecio tus besos para que me resigne á perderlos así tan tontamente... Pues entonces por que estoy yo sudando y fatigado en extremo... Y no te lo habia dicho.,. mira, mira como me he puesto la mano derecha con las puas del aramo donde se posaron las picarillas...

—Dios mio! sangre!.. ¿Los ves, César, lo ves?... exclamó Eleonor acongojada y casi

sollozando .. ¿Ves como la señora Faledro te decia bien? Jesus! Cuál te has puesto la mano!.. No quiero eso... no quiero eso. . Se acabó... No me vuelvas á coger mariposas para lastimarte de ese modo.

La pobre niña lloraba sin poder contenerse.

—No seas tonto, Eleonor... vaya!... Ahora vas á afligirte por una cosa tan insignificante... Pues me gusta!. Entonces, qué sería si me vieras volver de una batalla y conducido por mis guerreros cubierto de sudor y sangre?... O como aquel soldado que llevó á Atenas la noticia de la victoria de Maratón... que al decir á sus conciudadanos, «*Regocijaos, hemos quedado victoriosos*» cayó en seguida muerto á sus pies, de las heridas recibidas en la batalla!...

—César, por Dios, no me digas esas cosas!

—Oh! sí, Eleonor mia; debo decírtelas porque son cosas que ennoblecen... y orgullecen al hombre... Yo deseo tener ya edad suficiente para ser soldado, ceñir espada y vestir mis armas... Así como tu desearás estar en tu casa, gobernarla y dirigirla... Des-

pues nos casaremos, tendremos hijos... y si son varones, yo los enseñaré á servir á su patria... y si son hembras, tu les mostrarás la senda para que sean buenas madres... No hay cosa mas mas natural y puesta en razon. Este es es el mundo, adorada mia, y lo que es el curso natural de los acontecimientos, ni tú ni yo podemos, por mas que hagamos, trastornarlo. Asi me lo dice Braun en sus lecciones, que yo procuro gravar en mi memoria.... porque eso sí.... tu y él sois los objetos únicos que me hacen llevadera mi estancia en este castillo.

—¿Y asi olvidas á la marquesa de Korvei? A nuestra bien hechora?

—Sí, es es una señora apreciable, y digna de estimacion... pero como la veo tan poco... Asi como á Braun y á tí os veo y os hablo todos los dias.

—Espera, voy á atarte mi pañuelo en la mano... No quiero verla así... Si supieras cuanto me duelen esas heridas que tiene!....

—Ya lo creo!.. Como me han acongojado las lágrimas que tu has derramado por una simpleza... Esto no vale nada. Un rasguño, dos... ò tres... la mismo dá...

—No, que te sale mucha sangre... pero ahora se detendrá.

—Aunque fuera mas... vertida por tí me seria grata. No sabes cuánto te quiero, Eleonor?.. ,

—Sí, lo mismo que yo á tí... Te amo como á un hermano.

—Entonces no tendrás reparo en darme los dos besos á trueque de mis mariposas.

—Eso es ser interesado.... y ningun caballero debe serlo con ninguna señora.

—Segun sea la calidad del interes. Un favor de la persona que queremos debe obtenerse á toda costa, y por lo tanto siendo tan apreciable, no debe perderse de vista jamas hasta conseguirlo.

—Sí .. pero hay favores que el pudor reprueba... y el rubor proscribe en una muger.

—Ola! Con que ya os juzgais muger, señora vanidosilla?.. No creeré yo tanto y me falta poco para cumplir catorce años... Un año mas que vos, señorita... Y sin embargo, no me llamaré hombre hasta que no haga alguna accion que merezca el apellidarme tal... Muger!!... Me ha hecho reir... Y todo

porque le pido dos besos por dos mariposas... Los besos, señorita, dados con pura intencion, con corazon sencillo y sano, no pasan de ser una muestra fraternal... Y si no decidme, ¿cómo besa una madre á su hijo? Un hermano á una hermana?

—Sí... pero...

—Pero tú te ruborizas de besarme... Y si tienes ahora vergüenza y hasta aqui no, es porque hay en tu corazon una causa nueva que te lo prohíbe... ó por que tus ideas son otras ya... Y si no dime, ¿qué piensas tú que puede resultarte de besarme?

—No sé... nada... No me preguntes eso...

—Ya.... si eludes la cuestion... Si no quieres que te convenza de que obras mal...

—Te equivocas... En no besarte aqui procedo con muchísima cordura y acierto.

Comprendida está fácilmente la repulsa de Eleonor. La organizacion de la muger, es, generalmente, mas susceptible de engendrar pasiones fuertes que la del hombre. Su perspicacia, su instinto, para comprender el amor y sentir sus efectos, como son mas sutiles, son por lo mismo mas impresionales

tambien .. mas fogosos!... Claro se vé esto en una niña de trece años. No era su repugnancia por otorgar el favor á César, fundada ni en desamor ni en rubor... era que conocia lo que sentia ya por él su corazon, y no queria avivar una llama que la inocencia y el trato encendieron, pero que un impulso, un acceso imprudente pudieran trocar en un fuego voraz y destructor.

César por el contrario, aunque abrigaba una inclinacion poderosa por ella, era un afecto sin prevencion.... sin otra tendencia que sencillamente amarla. La queria con aquella pureza inocente de los primeros amores, que se adquieren, crecen y dominan en el corazon, por inclinacion y contacto. César amaba á Eleonor como á un objeto digno de estimacion, y cuyo valor nos hace no cedérselo á nadie, sin sacar de ello otra ventaja que poseer una obra digna de aprecio... ó al menos de un mérito para nosotros sin igual.

Eleonor era bella en extremo, pero á César no habia cautivado esta cualidad. Era su trato, su dulzura, y aquella abstraccionsimpática que nos subyuga á nuestros semejantes sin saber por qué. Acostumbrado el jóven

á no ver ni tratar mas que á la Faledro, á Frugoni y á Leoncio, fué para él un encuentro verdaderamente maravilloso, el ver á Eleonor la primera vez en el jardin del castillo, estar cortando una azucena, que trocó por un clavel que él la ofreció.

Aquel clavel y aquella azucena se conservaban guardados con cuidado por ambos.... ¿Con qué intencion? Con cuál objeto?...

Como una memoria pura é inocente.... Como un recuerdo de aquel immaculado afecto que se tuvieron á primera vista.

—Bien, si tienes tus razones secretas, prosiguió César para no darme por las mariposas lo que otras veces, toma, hermosa mia.. tòmalas guárdalas en tu cajita... y no se hable mas del particular.

Eleonor sacó del pecho una cajeta de oro, afilegranada, con una cifra en la tapa que contenia dos letras; una B y una O..., y guardó las mariposas dentro.

Al tiempo de sacar la caja salió enredado en ella un cordón de pelo que llevaba Eleonor al cuello, y del cual pendia una cruz de oro tambien...

—Preciosa es la caja, dijo César, ayudando á Eleonor á meter dentro las mariposas para que no se fugaran... pero esa cruz es para mí mas bonita.. Y no me la has enseñado nunca, Eleonor... ¿Quién te la ha dado?...

—No sé... La llevo al cuello desde muy pequeña... Yo presumo que será regalo de la marquesa de Korvei, segun lo que me ha encargado que la conserve siempre.

—De modo que tu no te atreveras á deshacerte de ella.

—Oh! nunca... Yo acato mucho los preceptos de la marquesa.

—Entonces escuso decirte lo que habia pensado.

—El que?....

—Que la trocaras por esta medalla que llevo al cuello tambien, pendiente de esta cadena.

—A ver....

—Mirala... Es de oro.. con una cifra.. y un escudo de armas... Tampoco se yo quien me ha puesto esto... ni que significa... Estas son fruslerias que nos colocan cuando somos pequeños pero sin objeto ni intencion.. Tambien la Faledro me dice que la conserve...

pero está fresca!... Como tu quisieras trocarse por esa cruz que tienes... Esa si que la llevaré siempre sobre mi corazon y no la apartaré un momento de mí.

—Con mucho gusto te la daria, César, porque no deseo otra cosa que complacerte en todo lo que pueda y me esté permitido... Pero, y si la marquesa me pregunta por ella algun dia?..

—Le dices que la has trocado conmigo por esta medalla, que no es menos que ella en cuanto á valor material.... ¿No soy yo tu hermano? No me has dicho mil veces que la marquesa te ha mandado que me ames y me denomines asi? Puesque estraño es que me des una memoria tuya y yo otra mia.? Es tan admitido y tan natural ese trueque!....

—Bien.... lugar queda de hacerlo... Yo se lo diré á madama de Korvei y no dudes que me lo concederá.

—Mucha sumision le tienes á la marquesa.

—Como que no he conocido otra madre.

—Sí? pues puede que ella lo sea...

—Ojalá.... Mi felicidad no será tanta!..

—No te comprendo!... Acaso no estas

contenta con tu suerte.

—Y como pudieras estarlo faltándome lo esencial?. Qué consideras tu mas necesario en el mundo, careciendo de ello... y á mi edad?.

—Unos padres?...

—Pues he ahí lo que me falta. El patrocinio de la marquesa me es muy grato, lisonjea á cualquiera que se digne concedérselo.. pero, César, no es mi madre... El cuidado y los desvelos de madama Kunegundis no pueden mejorarse... pero tampoco es mi madre... No tengo á quien volver los ojos para dar este dulce nombre... Este nombre hechicero y adorado, tesoro inapreciable, y que nada puede igualar en el mundo. Dime tú si hay una joya, una prenda que pueda compararse á una madre? Ni donde hay placer, satisfacción, ni regocijo igual que el que se siente al decir, estrechándola: *madre mia!*

—Es verdad.. contestò César cabizbajo.

—Pues bien, este mortal vacio, esta falta cruel es la que siento en mi corazon. Este recuerdo acerbo y continuo, empieza á combatir mi ecsistencia, á minarla... á hacerla amarga en estremo. Y no es lo mas cruel que

esté privada de ella, de sus caricias maternales, de aquellos besos queridos, y que á trueque de obtener el mas leve de ellos daría diez años de mi vida, sino que tampoco sé á quien debo el ser, ni pueda dirigir mi dolorosa memoria. Mil veces he preguntado á la marquesa, á mi aya, al duque mismo que ha venido á verme... y cuando mas, he recibido por contestacion palabras de un esteril consuelo... y una esperanza vaga y tal vez irrealizable.

—Lo mismo me pasa á mí, hermosa mia. Veo que la casualidad, ó el destino, nos ha reunido porque vuestra suerte es análoga... es igual... Solo que yo, favorecido de la independencia que me concede mi secso, podré algun dia buscar, si es que ecsisten, unos padres que parecen se han olvidado de mí... y sino los encuentro yo me adquiriré con mi brazo y espada un nombre, que ellos han dejado para mí en el misterio y el silencio mas criminal. No sé ni aun á derechas mi patria.. Dicen que soy ferrarés... y con efecto, yo me acuerdo de que un caballero en Ferrara, llamado Lorenzo, me tuvo algun tiempo á su lado y me queria entrañablemente. Despues

me entregaron á un tal Mastropetro, que tambien me queria, pero ese no lo he vuelto á ver, como ya te he dicho, desde la noche que se incendió mi casa y me trajeron aqui. Lo que si yo observaba, era que en la calle de Ratz-Bogen tenian mucho cuidado conmigo, y gastaban mucha precaucion, en particular un tal Frugoni, genoves... hombre de mala catadura y peor carácter... Un verdadero diablo querida, porque te confieso que si algo he ganado en venir aqui y mudar de domicilio, es en no ver á aquel bribon, con su facha de asesino, su aire de homicida y su cara de Lucifer... Todo lo que me pase aqui lo doy gustoso por no verme delante de semejante estampa.

—Qué miedo me hubiera dado!...

—Miedo no tenia yo... sino coraje de verme mandado por semejante hombre. Mil veces se lo dije al señor Mastropetro, que parecia ser el que mandaba en aquella casa... y se sonreia, asegurándome que Frugoni se enmendaria... pero en todo pensaba menos en eso. Ojalá se haya quemado vivo con la posesion.

—Oh! no, digas eso, César. Jamas se de-

be desear daño aun á nuestros mayores enemigos... Frugoni es un semejante nuestro y....

—No digas disparates, Eleonor. Pues si tenia el alma mas negra, y el corazon mas duro!... Semejante nuestro! No quiero yo que se parezca á tí ni á mí ningun desalmado de esa clase... Si vieras que cosas me contaba que habia hecho en Génova!... Yo no sé como el señor Mastropetro lo tenia á su lado!... Bien que si era fuerza guardarme en un retiro tal, siempre convenia un cancerbero asi..

—Pero nos distraemos de la conversacion anterior...

—Es verdad. Y qué iba yo diciendo?

—Que no sabiendo quienes son tus padres, ó los buscarás ó te harás visible en la sociedad por tus hechos

—Sin duda,.. Y no será solo para mí para quien ambicionaré una posicion brillante y estable.. Es para otra persona, que es el todo en mi existencia... la mitad de mi vida.

—Y quién es? le preguntó algo sobresaltada Eleonor....

—No lo adivinas?

—No....

—Tu, hermosa mia, tu! No eres mi her-

mana?... No eres sola en el mundo como yo?... Pues bien, yo que soy el varon, el que debe trabajar inquirir y procurar ser... yo te aseguro que seré... Pero para tí, bella y delicada flor que necesita la mano protectora y benéfica que la cuide en el vergel del mundo... Oh! y te cuidaré, lirio encantador, para que ningun codicioso venga á robarme tu posesion... mi prenda querida.

—César, César ¿qué dices? estas loco..?

—Porque? ¿Pues no sabes cuanto te quiero, Eleonor? Cuán grande es el cariño que te he cobrado desde que te vi la vez primera?... Yo soy un niño todavia... ó me tienen por tal, pero en mis ideas y pensamientos no me escede ningun hombre. En cuanto te conocí te ame... porque al notarte casi de mi edad, notando tus atractivos, sentí en mi pecho una cosa que no conocia y que sin embargo me inclinaba á quererte, á desear verte, hablarte, estar continuamente á tu lado. Si nos separábamos me ponía triste... muy triste, y ¿sabes porque no lloraba?... porque me irrita el llorar... Los hombres no deben llorar con los ojos sino con el corazon... Y tanto me fastidia el no verte que arrojaba los

cuadernos de la lección y me ponía á leer las canciones del Petrarca... Un manuscrito muy bonito, que habla de amores... y como yo te amo tanto!..

—Y quien te ha dado ese manuscrito?

—La marquesa de Korvei. Dice que el hombre que no abre su corazón á el amor no es hombre... y como deseo que me tengan por tal, por eso te quiero.

—Pero tu no has calculado el porvenir.. lo futuro... Y si nos separan los que mandan en nosotros?

—Yo te buscaré. Siempre no he de estar encerrado en este castillo, y si ahora porque soy un niño me sujetan, en siendo mayor, veremos. Pues será gracioso que yo pasara mi vida entre estas parduzcas almenas, sin ver el mundo, y sin procurar imitar á los varones célebres que me da á estudiar Braun. Mi educación por él ya pronto se concluirá, y me precisa practicar las máximas que me ha enseñado... Poco me importa que me diga quien fué Alcibiades si no me dejan imitarlo.

—Muy aventurado es tu propósito, César.

—Que! al contrario, muy positivo... Escucha. Yo siento latir en mi corazón una

sangre altiva, imperiosa,.. la cual me hace engendrar unos sentimientos orgullosos y elevados.. prueba de que mi procedencia no será muy humilde. Pues bien. salgo de aquí, y si no tengo quien me proteja, me alisto de soldado en cualquier ejército... En los de Italia por ejemplo... y allí, con mi valor y mis hazañas empiezo á ascender... me hacen general y en seguida vengo y lo ofrezco todo á tí, causa principal por quien he peleado.

Eleonor, se reía con una gracia singular.

—Oh! no te te burles, niña, le decia César muy ocupado en sus proyectos. ¿Te parece imposible lo que te espreso?...

—Imposible no, pero tiene sus dificultades.... y de importancia.

—Cuáles?...

—La primera, que en cuanto nos separemos ya no te acordaras de mí.

—Eleonor!... exclamó César con dignidad y echandola una mirada severa, y superior á su edad... ¿No sabes que aunque no conozco á mis padres, ansio que me tengan por caballero?... Entonces, porqué te he pedido tu cruz? Porque quiero trocarla por mi medalla?... Solamente para que me consuele ese

recuerdo en tu ausencia, porque sé de cierto que jamas podré olvidarte.

Eleonor bajó los ojos por única respuesta.

La jovencita amaba al mancebo verdaderamente, y los temores del olvido y la ausencia empezaron à combatir su corazon.

—Sabes lo que yo quisiera, añadió César sencillamente, que pudieras acompañarme à todas partes.. que jamas te apartaras de mí ..

La presencia de Pedro interrumpió el diálogo... Los jóvenes se levantaron.

—He, dijo este, parece que la conversacion de esta tarde ha sido larga, señoritos. Os he estado viendo desde allí charlar..... Tantas cosas habeis tenido que deciros? Os he interrumpido ahora porque ya es de noche y cada cual tiene que retirarse à su departamento... Ea vamos, que las ayas estaran con cuidado...

—Si, vamos, dijo César .. Pero monseñor, Pedro....

—Ya os he dicho que no me llameis monseñor... Para vosotros dos no quiero ser mas que Pedro... Deseo solo que me ameis, y si me respetais sea solo por cariño no por mis titulos....

—Entonces, dime, Pedro, añadió César, cuando saldré de aquí?

—Eso es lo que no sé amiguito, . . por que depende de cierta persona á quien vos ni yo podemos mandar...

—La conoces?.

—Sí.

—Quien es? ..

—La señora marquesa de Korvei...

—Ah! Entonces voy á suplicárselo cuando la vea y no dudo que me lo concederá..

—Puede... pero lo creo infructuoso por ahora.

Los tres llegaron á donde estaban madama Kunegundis y la Faledro, y todos juntos se encaminaron á las habitaciones del castillo.



II.

Sobre lo acaecido.

Los asuntos del palacio de Ravemberg habian tomado un caracter pasivo y casi indiferente. El embarazo de la gran duquesa habia sido publicado, y el pueblo y el mismo Othon creyeron que fue efecto legitimo de su condescendencia la noche de su retorno de Aquisgran.

Los conservadores habian sido tambien

indultados por Othon, y aunque seguian sus asambleas secretas, esperaban el resultado del mariscal Otocaro, que se hallaba al frente de un cuerpo de Suizos asalariados, haciendo la guerra á Ernesto de Brunswick en el principado de Hesse-Delmot.

Los *Ludomistas* recibieron un golpe mortal con el destierro del príncipe de Marck. Colemberg no poseia el talento necesario para sostener este partido ni procurar su aumento, y en lo único que pensaba era en la amistad de Luiztpoldo, en adular á la gran Duquesa y en lisongear á la marquesa de Korvei.

Aunque el príncipe de Marck mantenía una correspondencia secreta con Ludomilia, y esta ejecutaba al pié de la letra, y cuando le era posible, las instrucciones del príncipe; Colemberg las descuidaba, considerándolas enteramente inútiles, viendo á Luiztpoldo colocado en una posición tan elevada, y poseyendo él su confianza y el favor de Ludomilia. Pero el baron, á pesar de todo, no había pasado de montero mayor, y Luiztpoldo de capitán, porque sus ascensos los había combatido en secreto la marquesa de Korvei sin embargo que Ludomilia, con disimulo, los había soli-

citado de Othon repetidas veces.

La intimidad de la gran duquesa con ella no era ya tan estrecha. Desde la ocurrencias de la quinta del Recuerdo, y las palabras que Sofia dirigió á Ludomilia, esta se convenció que la marquesa, aunque aparentaba patrocinar sus relaciones con Luitzpoldo, las desaprobaba interiormente, y que se inclinaria á favorecer á Othon, tanto por conviccion, como porqué entre ellos reinaba una deferencia indestructible, procedente del gran secreto que ecsistia entre ambos.

Ludomilia se consumia entre cálculos y conjeturas á cual mas aventuradas é inciertas... y lo peor era que no tenia una persona de conocimiento, ni esperiencia á quien consultar... á quien pedir un simple parecer. Luitzpoldo la veia solo de noche, entrando con sigilo por una puerta que daba en el muro que caia al rio, porque todo el tiempo de su ocupacion lo quiso pasar en la quinta del Recuerdo, y Luitzpoldo no tenia la sabiduria que se requeria en aquellas circunstancias. Colemberg, era un fatuo engreido y orgulloso. Los únicos que podian servirle de mucho eran el príncipe de Marck y la marquesa, pe-

ro el primero estaba desterrado de la corte, la marquesa se mostraba indiferente á sus intereses... y quizá en el fondo los combatia con disimulada sutileza.

Las cartas del príncipe á la duquesa lo decian muy claro. A la penetración de él no se ocultó que debia su retiro de la corte, á Sofia ó al consejero Biling. En la última que recibió Ludomilia le hablaba muy por estenso de ello, y en la cualle decia que á toda costa era necesario destruir á estos dos fuertes opositores, pues de otro modo, la seguridad del secreto de la duquesa corria el riesgo de ser publicado el mejor dia, y la marquesa tenia en su mano la llave de un arcano que hacia á su soberana estar sujeta á la voluntad y capricho de la súbdita.

Ludomilia era como sabemos orgullosa endemasia, y aunque no la obligase el temor, el recelo y la vergüenza de que se descubriese su flaqueza con Luitpoldo, la cuerda que el príncipe habia tocado en su corazon era mas que suficiente á decidirla en contra la marquesa. Muchos pormenores ademas contribuian á ello. Sofia no habia querido declararle una palabra sobre la muger que estaba

retratada en el cuadro; sobre aquella rival desconocida, y ni súplicas, ruegos, ni quejas habian podido decidirla. En esto estaba claramente demostrado que la marquesa queria poseer todos los secretos de la duquesa para tener sobre ella un dominio completo, mientras que ocultándole los secretos de su marido, la sujetaba, cual víctima inerte, á la ley del sufrimiento, la resignacion y un temor continuo por sí.

Esto, ademas de ser una conducta innecesaria con la amistad, la franqueza y la union que habia siempre imperado entre ellas, tocaba en ingratitud marcada, en egoismo siniestro y sospechoso. Sofia, por mas que con vanas palabras y sofismas estudiados, habia pretendido convencer y disuadir á Ludomilia de su persuacion y acallar su resentimiento, al cabo se convenció que habia perdido terreno, y que la duquesa recelaba de ella.

A la marquesa no le importó esta pequeña quiebra, porque le sobraban ya elementos para luchar abiertamente. No era tal el sistema que se habia propuesto... No queria por cierto provocar el escándalo y publicidad en tan grave cuestion... Pero no siendo pro-

movido por ella, le importaba poco presentarse en la barrera con rostro descubierto.

Ludomilia conocia que era preciso adoptar este extremo, porque derrotar á la marquesa y al consejero Biling, con la astucia y la intriga, era imposible. Su privanza con Othon cada dia iba en aumento, y ella no tenia ningun ascendiente sobre su marido. La marquesa era querida de los conservadores, del pueblo, de la corte, y solo un golpe de mano, é improvisado, podia separarla de estos puntos poderosos donde Sofia estaba apoyada.

El como dar este golpe es lo que Ludomilia reflexionaba, y no podia acertar.

La marquesa tenia un prestigio, una influencia onnímoda sobre todas las clases y personas de Ravensberg. Desde que se publicó su presentacion en la asamblea de los conservadores, desde que se divulgaron las palabras de fraternidad y popularidad que vertió en aquella reunion... desde que se habia ligado á aquel partido, no por intereses politicos, sino por obras meritorias y patentes de piedad y perdon... todo el pueblo la adoraba con entusiasmo. Leonelo le habia

servido de mucho para adquirirse tan general estimacion, pues al celo de este, á su penetracion debió la marquesa el saber la suerte que iban á padecer Balkan y demas compañeros en la prision, y Leonelo mismo fué el embozado que, por dictámen de Sofia, puso el anónimo en manos del mariscal Otcáro.

Leonelo al dia siguiente divulgó por la ciudad, que el haber desbaratado tan infernal combinacion era debido á la marquesa de Korvei, en pro de las palabras de proteccion que habia empeñado con Balkan la noche misma que lo prendieron. Aunque Leonelo calló los medios de que la marquesa se habia valido para ello, porque no fuesen descubiertos, siempre circulò entre la muchedumbre la noticia, abultada, á favor de la marquesa, y ecsajerada contra el príncipe de Marck y la duquesa.

Todos estos rumores llegaban á los oidos de Ludomilia, por Colemberg y Luitzpoldo. El primero creyendo á la marquesa en toda la plenitud de su favor con la gran duquesa, se deshacia en alabanzas hácia Sofia, imaginando que asi lisonjeaba el afecto que aque-

lla le profesaba, Pero no calculaba el imbé-
cil baron que era añadir arista al fuego, y a-
vivando progresivamente las pasiones de la du-
quesa, engendraba otra nueva, cual era la
envidia de ver tan celebrada por todos sus
dominios á una muger que estaba en otra es-
fera diferente que ella, y con menoscabo ade-
mas de su opinion y fama.

Ludomilia conoció que era necesario po-
ner término á aquel ascendiente de Sofia,
bien para vengar su mala correspondencia
con ella, cuanto porque no podia ser bien vis-
to lo que el príncipe de Marck le insinuaba
en sus cartas. No era el orgullo ajado el que
tomaba parte en su determinacion, era un
resentimiento justo, una pena interior que
laceraba el corazon de Ludomilia. Habia a-
mado á aquella muger con una ceguedad y
afecto entrañables, y ella le habia devuel-
to en pago de su cariño una aparente ternu-
ra que jamas abrigó en su pecho... Ella
la hizo partícipe de sus mas ocultos secretos,
la habia elevado á un grado de confianza ma-
yor que á su mismo padre... mas que á todo
el mundo, refiriéndola sus amores con Leo-
nelo, la existencia de un hijo que ignoraba,

circunstancia que no sabia Luitzpoldo, con tener sobre ella un ascendiente tan marcado, y Sofia, en recompensa de esta confianza, de franqueza tan apreciable, se resistia á revelarle aun lo mas leve sobre un secreto tan importante, y en que estaba envuelta la desgracia de su vida entera..... su misma flaqueza con Luitzpoldo.

—Pero yo lo sabré, decia. Yo penetraré este arcano envejecido y profundo apoyado y escondido en esa fortaleza. Apesar de Othon, de Sofia, del consejero, de todos los que se empeñan en guardarlo... De ese Pedro, de ese hombre misterioso y audaz, elevado á una dignidad para la que no nació tal vez, porque así compran mejor su silencio!... Ya estoy cansada de sufrir y padecer el agudo puñal de incertidumbre tan odiosa como repugnante. Ya es fuerza que yo por mí misma, por mi estimacion, por mi propio pundonor, deshaga esta niebla espesa que encubre esto.. y que sin embargo preveo que ha de ser mortal para alguno.

He sido burlada, vendida ya bastante tiempo por aquellos de quien esperé estimacion y sinceridad. Tal vez haya cabido en su

cálculo conducirse así conmigo, para que despertándose en mí el resentimiento por la indiferencia de mi marido, por la distincion con que trata á Sofia, cayera yo en el lazo de un amor criminal y reprobado por los hombres, para tener siempre esa barrera que oponerme... ese sello de acriminacion que estampar en mi frente, si alguna vez protestaba contra un secreto que estoy en mi derecho querer penetrar... porque concierne á mi marido, y es causa de su desvio y apatia hácia sus obligaciones conyugales. Quizá me hayan siniestramente presentado delante á ese Luitzpoldo, bello, tierno, dulce, compasivo, y amante, provocando mi sensibilidad... porque conviniera así á sus proyectos... porque en realidad, Sofia al conocer mi inclinacion, cuando yo no habia dado todavia ningun paso hacia mi perdicion que no fuese fácil de enmendar, nada me dijo para contrariar mi flaqueza. Tácitamente la aprobó, no oponiendo obstáculos; no valiéndose de aquel ascendiente poderoso é inconstatable que tenia sobre mí; de aquella seductora persuacion que mi cariño, su talento y elocuencia debieran haber empleado en apartarme con ma-

no fuerte de mi error: de esta senda de condenacion en que mi infausto destino me ha lanzado... y que no he tenido uno... uno solo que me haya separado de ella.

La duquesa sentia en su corazon un sentimiento tan profundo, como grande era la confianza que depositó en Sofia, y su amor, del cual todavia conservaba un resto.

—He aqui la prueba, proseguia... Desde que he fijado mi morada en esta quinta todos me abandonan... escepto Luitzpoldo... Ese ángel tentador que el destino colocó enfrente de mí. Es el único que viene á saber de mí.. Mi esposo, Sofia, los cortesanos... hasta mis súbditos creeran que no ecsisto... Para todos no hay ya ni Ludomiliani gran duquesa de Rавenberg.. Y sin embargo, con que esa muger me fuese fiel... con que creyese yo que me conservaba el aprecio que antes, me conceptuaria feliz y no anhelaria otra cosa en el mundo.

Peró, ah! Bien me dijo Leonelo!... Recuerdo ahora sus terribles palabras sobre Sofia.

Dichos tú si al estimarla así no tienes algun dia que pasar por la amargura de que te sea infiel!

Frases terribles, que conozco se han realizado, y cuya memoria me destroza el alma.

porque marcan el desprecio de una confianza que me ayudaba á ecsistir.. De un consuelo celestial que Dios pensé me habia colocado en la tierra.

Un punto de silencio guardó la duquesa, en el cual quedó como ocupada de una idea grave y profunda.

—Si, hay un medio, continuó... y el cual desconcierta todos los planes de mis contrarios..... Es espuesto, ruidoso..... terrible.... pero en practicándolo con mano fuerte y enérgica... El príncipe me lo ha indicado, y él, que posee conocimientos mas bastos que yo, lo ha conceptuado necesario.... Pero para eso quisiera tenerlo á mi lado, cercademi... En dos dias pudiera venir desu castillo de Coimberk, y oculto en esta quinta tendria lugar de concertar con él... Lo mejor será mandárselo á decir, y sino viene lo practicaré yo sola.

El me ha dado pruebas de su talento de su cálculo, de su invencion. Cuando quiso acabar con los conservadores en la cercel, proyectó el modo, con tanto acierto, que sino hubiera sido por la traicion del carcelero, complice en el hecho, no se inutiliza el plan....

Es verdad que el carcelero no pudo al día siguiente declarar nada... pues aquella misma noche fue cosido á puñaladas en su misma cama, sellando con la muerte el silencio de los nombres de las personas que le prescribieron la ejecución de Balkan y sus compañeros. Si, si, el príncipe debe estar á mi lado como la sombra de mi cuerpo.

Lo que no puedo comprender es, como mi amado tío Leon X no me ha remitido la carta de indulgencias que le pedí.. Mi súplica debe haber llegado hasta él, porque el que la conducía era de mi confianza; persona segura y experimentada... Oh! si ese escrito apareciese algun día sería una prueba terrible!... Yo misma me confieso en él adúltera, y sería preciso quemar hasta la mano que lo contuviese.

Pero es estraña la tardanza, y la posesion de esa bula de S. S. de extrema necesidad para mí. Con ella puede una tranquilizarse sobre su salvacion... y efectivamente, Dios sabe que los pecados en que yo incurra en la lucha que voy á emprender, no son por mi causa. Otros, me obligan á cometerlos y sobre ellos debe caer el anatema del supremo

juez, y la reprobacion de los hombres.

¿Porque ha de ser delito buscarse en esta vida la tranquilidad del espíritu, y cuál es la causa de que todos los medios no sean lícitos para conseguirlo? Hay cosa mas natural que el desear deshacerse de un enemigo que nos pueda perder?... Que nos presente á los ojos de la sociedad cubierto de ignominia, de oprobio y vilipendio?... Y que no contento con esto, se complazca y ria en nuestras desventuras, en nuestra verguenza y amargura? ¿No le seria al hombre mas fácil, en vez de escarnecer y publicar las faltas de sus hermanos, encubrirlos y compadecerlos?... ¿Porqué se ha de asesinar una reputacion, por un delito, hijo de la ignorancia, del descuido ó la fatalidad, rodeándolo del sarcasmo, la sátira y la insolencia mas desmedida y baja?... Eso debe quedarse para los casos fortuitos, en que el perpetrador de la culpa arrostra el enojo de la sociedad, por efecto de una incuria imperdonable, ó por fatuidad, un escesivo orgulloso, ó un alarde sobradamente repugnante. (1).

(1) Aunque la moral de la duquesa no esté

Así pensaba la duquesa, y en esto fundaba sus temores para adoptar el proyecto que le habia propuesto el principe.

Porque indudablemente, debia estremecerla el recuerdo, de que las personas que estaban al alcance de su falta, á quien habia hecho una confianza respetable, la pudiesen vender algun dia, poniendo de manifiesto á los ojos de un marido de alta cuna, de una corte que la acataba, de un pueblo que la respetaba, mas por condescendencia que por estimacion, de la Europa en fin, que conocia

en práctica, su fundamento es por desgracia harto cierto. Reasumida la hipótesis, se sacará de ella que la sociedad, generalmente, funda una de sus mayores complacencias es la murmuracion, en ridiculizar y denigrar al desgraciado que la fatalidad hace incurrir en un error. Y á veces se ensangrienta en los mas débiles respetando al poderoso... porque los hombres son para esto, por lo comun cobardes. Esta viciosa corrupcion es la madre de la calumnia, donde, desencadenada esta barbaramente, segun (como ya hemos dicho en otra parte) la índole y la educacion de cada cual, produce resultados muy fatales. En una palabra que como el vulgo siempre es locuaz, abulta y ecsajera las faltas del desdichado que cae bajo su poder, cuando no le supone otras nuevas, hijas de la primera.

su nombre y familia, una flaqueza que casi la habian obligado á cometer.

Hasta aquí, estaba en su derecho de procurar conjurar anticipadamente el escandaloso temible que iba á producir esta aclaracion, inutilizando el que pudieran practicarle sus enemigos.

Pero la duquesa, harto ofuscada, no advertia que por parte de Sofia no era fácil que sucediese asi, debiendo tener en cuenta su nobleza sus sentimientos, y las bellas cualidades que la adornaban. No consideraba que la ignominia que cubriera la frente de la esposa tenia que caer sobre el marido, víctima inocente, sacrificada al respeto de un padre, á la voluntad de un soberano y al bienestar de sus vasallos.

Razon porque para proceder decididamente en una cuestion delicada y de graves consecuencias, se necesita, primero, ecsaminar detenidamente, no solo los resultados, sino la índole y el caracter de las personas mezcladas en ella. Si Ludomilia hubiese reflexionado con menos acaloramiento y prevención, se habria convencido de que Sofia, por mucho que fuese el interes que le animase, no podria ja-

mas ponerla en el caso que ella tanto temia.

De modo que precipitando la accion de su seguridad, eslabonó una cadena de acontecimientos á cual mas desagradables. Lisongeóla ambicion del príncipe de Marck, y se dejó conducir ciega, por él, á un abismo de calamidades.

III

Una visita inesperada.

La mision del mariscal Otocaro en el principado de Hesse-Delmot no podia ofrecer un resultado mas favorable. El mariscal seguia estrechando cada vez mas á Ernesto, lo habia arrojado de las plazas invadidas por él en el principado, y favoreciéndole la victoria en todas partes, habia pisado con su ejército el territorio de Brunswich, y amenazaba á Ernesto en su misma corte.

Tan repetidos y rápidos triunfos amedrentaron al príncipe de Marck, que retirado en su castillo, no imaginaba que Otocaro concluyese tan felizmente una campaña, emprendida con tan débiles auspicios por parte de Othon, por su escasez de tropas, y dinero. Pero le pericia militar y la constante decision del mariscal, superó y venció cuantos obstáculos se opusieron. Ya se hablaba de su retorno á Ravemberg, despues de una capitulacion pedida por Ernesto, y en la que Otocaro sacò todas las ventajas imaginables para su pais.

Esta lisonjera nueva infundió un valor extraordinario en los conservadores, y se preparaban á la venida del mariscal, para por su influjo hacer que Othon sancionase un código civil, redactado en sus asambleas, á favor de las prerrogativas del pueblo, y mas que nada sobre la sucesion futura de la corona de Ravemberg.

La marquesa por su parte, sabedora de todas estas noticias, ansiaba el retorno del mariscal, para ver si podia aclarar algo sobre lo que sucedió á este á vista de los dos retratos, en la quinta del Recuerdo. Aunque á la

mañana siguiente solicitó de Sofia una audiencia, en la conversacion que tuvo con ella se limitó el mariscal á pedirla informes sobre aquellas dos mugeres que habia visto retratadas, disculpándose sobre su enagenamiento, y pretestando que la impresion que recibió fué al traer á su mente recuerdos de la juventud, sobre el parecido de dos personas que creyó ver en aquellas mugeres, que quizá no serian tal vez las que él imaginaba, y cuyos nombres profirió maquinalmente en su sorpresa.

La evasiva de Otocaro fué comprendida por Sofia, y desde entonces fijó su pensamiento en el mariscal esperando, con un ardid que imaginó, sorprenderlo y arrancarle la verdad.

Pero precisamente aquel mismo dia recibió el mariscal la orden de marchar á tomar el mando de las tropas que debia guerrear en Hesse-Delmot, y la marquesa dejó para mejor ocasion el proyecto concebido.

Nada habia dicho á Othon sobre las sospecha que tenia del mariscal, ni la indiferencia que le mostraba Ludomilia. Sofia conoció que ya no poseia la estimacion de esta, que

se habia retraido à la quinta del Recuerdo para evitar su contacto, y asi por un mero cumplimiento á la situacion en que se hallaba la duquesa, solia pasar alguna noche en la quinta, mas al dia siguiente tornaba á palacio.

La calma aparente que reinaba, sabia Sofia que debia terminar en cuanto la duquesa diese á luz el fruto de su crimen. Lo primero que ella trataria seria de legitimar al hijo de Luitzpoldo, haciéndolo pasar por que era de Othon, obligando á este á que lo declarase príncipe heredero de Ravemberg. Perpetrar un crimen es delito, pero hacer alarde de él con impudencia y audacia, es mucho mas detestable, y á esto si que la marquesa se iba á oponer con todas sus fuerzas, y con el poder que disfrutaba.

Los conservadores no estaban al corriente de estos pormenores, ni al príncipe de Marck habia querido participarselo por que ya desconfiaba de que le diesen favor. Desde su destierro varió enteramente su plan de política; y si antes procuró en secreto denigrar á Ludomilia, ahora con todas sus fuerzas trataba de que el pueblo la devolviese la esti-

mación y entusiasmo que al principio de su matrimonio.

Pero ya no era fácil. Cuando un alto dignatario hace que se enerve su popularidad, es muy difícil, y casi imposible, volverla á robustecer. Es una llama fugaz, la cual es necesario saberse aprovechar de su valor, porque pasado ya, no torna á comunicar su ardor vivificante por mas que se procura atraer.

Sin embargo, los esfuerzos del príncipe de Marck no fueron del todo inútiles, pues consiguió al menos que la opinion conyugal de Ludomilia quedase en su primitivo estado.

La marquesa de Korvei tambien por su parte trato de desvanecer esos recelos, destruyendo la acusacion anónima que recibieron contra Ludomilia los conservadores, del príncipe de Marck. El crédito que gozaba Sofia entre ellos fué lo bastante para ser creída, y la duquesa quedó otra vez en el concepto de todos, por una esposa fiel, por una muger pura.

Sofia al obrar así tuvo presente evitar el escándalo y el ruido... Atendiendo en esto mas á Ludomilia que á los intereses que defendía, no queria para su vencimiento esgrimir

unas armas tan repugnantes; como hacer públicas las faltas de la duquesa y su criminal conducta con su marido.

Mas Ludomilia, poco reflexiva, ó mejor dicho, engreida en extremo, no omitió provocar este escándalo. Es verdad que, segun el plan que le propuso el príncipe de Marck, Sofia iba á ser súbitamente derribada de su altura, sin que en el concepto de ambos la marquesa tuviese donde asirse en su caída.

Otra circunstancia mas obraba, segun Ludomilia, á su favor. Leonelo habia desaparecido subitamente de Ravemberg hacia seis meses, y se ignoraba su paradero... prueba que perdiendo á su hijo y toda esperanza de vengarse, habia renunciado á ello, abandonando unos sitios tan funestos para él.

A Leonelo le temia la duquesa, á pesar de encontrarse este sin las pruebas que fueron quemadas en la calle de Ratz-Bogen, porque conocia su valor, audacia y talento, para meditar, acometer y realizar cualquiera empresa por ardua que pareciese.

—Monseñor Erardo de Gotinga, anunció un paje de cámara á S. A. R. la gran duque-

sa que se encontraba sola en su retrete leyendo, y sentada en frente de una ventana que daba vista á las margenes del Ems, y por donde se divisaba toda la campiña de Ligen.

—Que entre.... contestó sin soltar el libro.

Despues de saludar el condestable, le hizo la duquesa tomar asiento.

—Que es eso, mi apreciable Erardo?... Hay ya alguno que se acuerde de mí en la corte de Ravemberg?

—Eso mismo pudieramos decir nosotros, señora. V. A. R. nos ha abandonado... Nosotros no podemos faltar del lado del duque, porque bien conoceis...

—Que su esposa como se vé olvidada de su marido, no puede hacer nada por vosotros... Eso lo tengo mas que sabido, lo mismo que en la desgracia es cuando se reciben lecciones tan sabias como inolvidables. Yo ahora lo estoy, y así no es estraño que todos me abandonen.

—¿En desgracia, señora?... No lo creo así... ¿En desgracia cuando vais á dar un sucesor á la corona de Ravemberg? Cuando el

pueblo aguarda ese favor de la providencia con entusiasmo, la corte con deseo, y vuestro esposo con regocijo... Perdonad; pero no lo comprendo. Hay cosas, vive Dios que salen del círculo natural para que al saberlas se trastorne nuestro cerebro, y divague el discernimiento mas perfecto.

—Pues ahí vereis... le contestó la duquesa con una sonrisa amarga.

—Nosotros, la mayor parte de los cortesanos, lo que siempre nos consideramos honrados con vuestras atenciones, hemos extrañado el aislamiento en que vivis en esta quinta; pero lo atribuimos á disgusto particular del estado en que os hallais, y no hemos querido traspasar los límites de la delicadeza y atencion importunándoos. Pasaban dias y dias, y siempre hemos esperado inútilmente que el duque nos mandase acompañarlo para venir á hacer os una visita... Nunca ha llegado este caso... y no sabemos porque....

—Porque se hallará seriamente ocupado.... A que no se las ha escaseado á la marquesa de Korvei?

—Sin duda.... La trata como siempre.

—Lo veis?... Un marido.. y mucho mas

un soberano, no puede estar en todas partes... Es necesario que falte en alguna... y en tal caso debe hacerlo á su esposa... porque nosotras sabemos disimular y sufrir en silencio.

—Celos tal vez, Señora.?

—Yo? que disparate!.. Ni la virtud de de Sofía lo permite, ni mi marido quiere á ninguna muger... que ecsiste.. Puede que tenga su imaginacion ocupada de alguna memoria pasada... porque presente no se le conoce. Sin embargo mi dignidad de esposa y soberana debe resentirse de que me trate así.

—Con efecto, os sobra razon.... La conducta del duque con vos, es injusta en demasia, y su fundamento, si lo tiene, es hasta ahora desconocido de todos...

—Dejemos esto, condestable... Decidme; ¿sigue el duque visitando el castillo del Aguila Negra?

—Diariamente como antes, no. Ahora se le ve dirigirse algunas tardes á la selva de Roden. A falta del mariscal suele acompañarlo el consejero Biling... Se internan en la selva, y salen de ella al anochecer... Otras veces va el duque solo.

—Solo!.. Y en la selva de Roden!..

La duquesa trajo á su idea en la tarde de la batida, la casa rústica de Conrado. El retrato despues de la aldeana colgado en la habitacion oculta de la quinta.. Entonces entre la selva y el castillo tenia su esposo el objeto que absolvía su atencion... Sofia para engañar y burlar su confianza, habia mentido hasta al mariscal. Aquellas mugeres retratadas ecsistian, y la Beatriz á quien el duque se dirigia era el objeto de su pasion.

Este nombre se gravó en en el corazon de Ludomilia con caracteres de fuego.

Gotinga reparó el distraimiento de duquesa. Pero calló y lo respetó, mostrando no advertirlo.

Ludomilia recorria su memoria atrayendo á ella los acontecimientos pasados. El traje de la aldeana del retrato era igual al que usaban las de la campiñas de Ligen... Luego aquella muger vivía por los contornos de la quinta.

Otro acontecimiento justificó sus sospechas. La tarde de la caza cuando se desmayó la marquesa, á el anciano, dueño de la casa rústica, causó una conmocion extraordinaria

la cruz que la marquesa llevaba al cuello. Al mariscal Otocaro sucedió lo mismo con la que tenían los dos mugeres de los retratos... La marquesa poseía el secreto de Othon... luego entre Sofia, el anciano de la casa rústica y el mariscal, habia una complicacion tan sospechosa con indudable, pues todos conocian un distintivo cuya significacion encerraba aquel misterio.

Ademas, la targeta que Pedro el ugiere daba para facilitarse el paso hasta la cámara de la marquesa, tenia tambien una cruz.. Simbolo adoptado como una contraseña general en todos lo que estaban en el secreto.

Ahora se arrepentía la duquesa de no haber ecsaminado la de Sofia la tarde de su desmayo, y sí prohibírsele al baron de Colemberg.

Cuando una muger ofendida reflexioua, son pocas las circunstancias acaecidas, por leves ó insignificantes que sean, que se escapen de su perspicacia.

—Y qué objeto os ha traído hoy á verme, condestable? preguntó la duquesa, dando un corte estraño á la conversacion anterior, y que no dejó de sorprender á Gotinga.

—Una misión puramente diplomática, señora, y de la que me he encargado con placer por tener el gusto de veros.

—Gracias. Decid.

—Hoy debe presentarse á la corte, el enviado de S. A. R. el duque de Ferrara, y vuestro esposo os lo participa para si que-
reis hacernos á todos el honor de asistir á la
ceremonia.

—Del duque de Ferrara!... Raro es
por cierto que envíe el duque de Ferrara á
Ravensberg quien lo represente.

—Hemos presumido que, como los asun-
tos de Lutero se enredan cada vez mas, querran
los soberanos de Italia tener aqui una especie
de observador para que les participe lo que
ocurra.. Y notad si viene recomendado cuan-
do trae cartas de S. S.

—¡Del Pontífice! Y cómo se llama?

—Se ignora... Llegò ayer de incognito
y mandó á pedir su venia al gran duque para
presentársele hoy.

La duquesa se detuvo un poco á meditar
sobre lo que acaba de oír.

—Sí... debo presenciar ese acto... Diria
el enviado que era una groseria... Mi estado

no me priva de asistir á esos actos indispensables y que cesigen las etiquetas y formalidades diplomáticas. Pensaria el representante de Ferrara que en Ravensberg no habia duquesa... Condestable, mandad poner mi coche, entretanto que me mudo de vestido.

Ludomilia llamó á sus camaristas y pasó á otra habitacion.

El condestable salió á obedecer las órdenes de su soberana; que fueron escuchadas con sorpresa, por que hacia ya algunos meses que la duquesa no se presentaba en la corte.

Erardo tornó á la cámara, Ludomilia volvió á poco vestida sencillamente, y sin mas séquito que el condestable y su camarista de confianza se metió en el coche y llegó á palacio.

IV.

El enviado.

La corte se hallaba reunida en el salon de embajadores cuando la gran duquesa se presentó en palacio... Su vista fué un movimiento simultaneo de sorpresa y admiracion. El duque la recibió con amabilidad, los palaciegos con aquel fingido entusiasmo y aprecio que sienten por las cosas mas insignificantes de sus señores, cediendo á aquella tendencia supuesta con que se desviven por parecer solícitos y amables.

Ludomilia pidió ver á Sofia, y á esta le fué pasado aviso de que la duquesa la aguardaba.

Las dos sin embargo, al verse, no dejaron de sentir interiormente una conmocion tan imperiosa como triste. Sofia, sin decir una palabra, al ver á la duquesa en los ultimos dias de su embarazo, dejó escapar de sus ojos una lágrima de sentimiento.

Ludomilia lo notó y mandó que la dejaran con la marquesa.

—He querido quedarme sola contigo, dijo la duquesa, porque he notado en tu rostro al mirarme, señales de lo que has sufrido interiormente, tan raras como incomprendible para mí... y de las cuales te pido aclaraciones, por que creo que puedo hacerlo. Sin dejar aparte otros pormenores, que te mencionaré algun dia, quiero que me declares ahora, que ha significado esa lágrima que has derramado en el momento que tu vista se encontró conmigo.... Me daras gusto en ello, Sofia?..

—Y porqué no?... Acaso los desgraciado han perdido el derecho que siempre han tenido á mi sensibilidad y ternura?

—Ah! con que tu me consideras como tal!

—Y de que otro modo pudiera mirarte?

—Agradezco esa compasion y al mismo tiempo te digo que la considero inútil.

—Nunca puede serlo un afecto tan dulce y apreciable.

—Lo es en esta ocasion, porque no lo acompañan la sinceridad y el cariño que algun dia me manifestastes.. Sofia, bien dicen que el tiempo puede mas que los hombres... Y yo digo que es verdad, porque enerva y estingue las mayores afecciones y los mas gratos recuerdos.

—Oh! no, Ludomilia no. Tu estas en un error tan repugnante como triste. Nunca confundas las causas con los efectos... No tomes el curso infalible de los acontecimientos, por extremos ingratos, y correspondencias injustas. No creas que la naturaleza pueda retroceder jamas antes los odiosos y tiránicos preceptos de esa sociedad que nos pretende sujetar y nos sujeta por desgracia, á sus desópticos caprichos... á sus injusticias las mas veces.... á sus seducciones perniciosas y mortíferas con frecuencia. Para que yo te desen-

vuelva esto, para que te analice y aclare lo que mi mente concibe en este momento, para que te conteste en fin á lo que me has dicho, necesito destrozarte tu corazón y despedazar el mio; desgarrar tu alma, y hacer aun mas á la mia presa del sentimiento y la amargura. Tu tomas por desamor, por ingratitude... ó por lo que hayas pensado, la lucha acerva que sostengo ya hace tiempo en mi corazón, imaginando que no es una compasión franca y verdadera la que siento por tí... pero ahora no estas en estado de poderte hacer una aclaración.

—Pues cuando? La deseo, la ansio.

—Cuando vuelvas á ser madre!... Cuando ya no te puedan ser mortíferas mis palabras.

—Sofia!!

—Basta... Tu estado es tan respetable, que una indiscreción, la menor ligereza pudiera comprometerlo... Lo que tengo que decirte es de tal influencia, que son de aquellas palabras que llegan al corazón y no se pueden apartar de él.

—Te comprendo, dijo la duquesa con desagrado, y levantándose. Yo espero evitar—

te el disgusto de referírmelas, por que no te prevalgas del ascendiente que mis secretos te han dado sobre mí. He sido harto imprudente y locuaz, por que te creí una persona para mí franca, pura y sincera, pero he visto, con dolor, Sofia, que me has tenido puesta una venda, que tu sutileza y perspicacia perpetuaron en mis ojos, para no conocer, sino tarde que me has estado veudiendo inicuaamente. Yo te doy las gracias y procuraré recompensartelo.

La duquesa salió cerrando la puerta tras sí.

—No seré yo la responsable de los resultados, contestó la marquesa en términos que Ludomilia lo escuchó perfectamente al marchar.

Su orgullo la perderá, continuó con amargura. ¿Que esperará aun esta muger infeliz? En quien confiará esta desventurada ignorante?. Si, ignorante, porque no calcula que conmigo siempre se llega tarde, y que yo tengo la costumbre de adelantarme á todos. Desventurada, por que en medio de estar a-brumada por la reprobacion de los que sabemos su flaqueza, confía y espera sellar nues-

tros labios, siendo así que su necia arrogancia nos va a obligar á abrirlos. ¿Puede esa desgraciada creer la sorpresa que va á tener hoy? Hoy, en medio de su corte, allado de Othon.. á la vista de todos los cortesanos?.. Sí; verdaderamente ignorante por que desconoce lo que me he interesado por ella, con un hombre cuya justa venganza toca ya en impiedad, y el cual ha sido sordo á mis súplicas y persuaciones.

Ay, Ludomilia! proseguia Sofia; tu ceguedad te compromete. Cuanto mas fuertes y terribles sean los medios que adoptes, mas te precipitas desde la cima de tu destruccion. El resentimiento te ha hecho nuevamente criminal... el resentimiento es el que te persigue tambien incansable y tenaz... el que te quiere abrir las puertas de un abismo de lágrimas y acervos dolores... Yo, aun constante en favorecer mi objeto, aparto con mis manos todavia todos los sinsabores que puedan sobrevenirte, por que yo no quiero tu abatimiento, verguenza y humillacion, sino tu convencimiento... Pero si huyes de él mostrándote, como lo espero, tenaz y fija en tu propósito, entoncés te combatiré por todos los

medios que pueda, por que la causa que defendiendo es primero que tu. . y yo quiero que triunfe.

La marquesa se retiró á su cámara, persuadida de que iba á tener que adoptar lo que indicaban las últimas palabras que acababa de proferir.

¿Por qué una fatalidad cruel y ciega, o fusca el entendimiento de la criatura en los términos que estaba el de Ludomilia.?

¿Porqué no ha de haber un convencimiento íntimo en ciertos mortales para conocer su error.. y cuando no corregirlosya, porque no sea posible, someterse á reconocerlos, y ocultarlos sin perjuicio de nadie.?

¿Dónde está consignado el derecho de querer que nuestra decisiones, nuestras flaquezas, las acciones indebidas y reprobadas por una ley tan poderosa como sabia, han de ser acatadas, reconocidas ó cuando menos pasen desapercibidas?

Es nuestra misma flaqueza que nos las hace cometer.

Y el hombre ¿se contenta siquiera con el disimulo y tolerancia de los demas, que las conocen y saben su procedencia?

No: al contrario quiere que esta tolerancia, si ecsiste, sea para que otros participen indebidamente, los efectos que producen, la inconsecuencia, el error, el orgullo ó el vicio.

Detestables extremos! Ecsigencias odiosas, ridículas y dignas de eterna reprobacion.

Y sin embargo la sociedad, en ciertos casos, admite estas ecepciones, y hay faltas cuyos funestos resultados han pesado sobre infinitos inocentes, y estas faltas han sido halagadas por la impudencia, el descaro, la arbitrariedad y otros extremos tan detestables como odiosos,

Por que segun la posicion del hombre así son juzgados sus actos por lo regular, y la parcialidad severa se ensaña casi siempre con el débil y el misero que no puede oponer resistencia á su censor.

Esto era lo que la duquesa pretendia. Su orgullo ajado, la condujo á cometer una falta grave, pero lejos de reconocerla y deplorarla, queria perpetuarla entre el disímulo y el engaño, pero para ello las consecuencias habian de pesar sobre aquel que se atravesase en su errada y tortuosa senda.

.

Othon se presentó en el salon del recibimiento llevando de la mano á la gran duquesa, que por cierto su ocupacion la hermoseaba mas. Despues de colocados en sus asientos, el duque hizo señal al ugier de honor de que el enviado de Ferrara podia presentarse á la audiencia.

El consejero Biling, como miembro del supremo de estado, y secretario particular de S. A. R., ocupaba el bufete que se hallaba á la izquierda del duque.

El enviado de Ferrara no habia sido conocido de nadie en palacio, pues llegó en su coche sin mas séquito que una persona, y entró embozado en una capa de escarlata, hasta la antecámara, donde esperaba la órden para presentarse.

Pero una sorpresa general se ocasionó en todos los que habia en el salon, cuando al abrirse una puerta se presenta, en el enviado de Ferrara, Mastropetro el escudero.

Ludomilia al reconocer á Leonelo hizo un estremecimiento involuntario.

Los cortesanos se miraban mudos y silenciosos, y monseñor Nobourg-Pakteim, que estaba presente, se le figuró un sueño semejante metamorfosis.

Leonelo, elegantemente vestido, y mostrando un continente airoso y audaz, echó una mirada imperiosa y rápida sobre los cortesanos, acompañándola de una sonrisa desdenosa, y despues fijando sus ojos del mismo modo en Ludomilia se dirigió al gran duque.

—Señor antes de hacer presente á V. A. R. mi comision, pido que se ecsaminen mis credenciales.

Othon las tomó, y entregándoselas á Billing este viò que estaban en debida forma.

—Pido permiso á V. A. R. para presentaros á mi secretario privado, añadió Leonelo...

El duque lo otorgó, y Leonelo dirigiéndose á la puerta por donde entró, introdujo en el salon un hombre, como de cincuenta, á cincuenta y cinco años, alto, delgado.... la cabeza calva, y los pocos cabellos que tenia canos.... De fisonomía adusta, y cuyas señales indicaban que su constante ocupacion eran el estudio y la meditacion.

Monseñor Marco Orseólo, gentil hombre al servicio de S. A. R., Alfonso I. de Este, y secretario particular de monseñor Leonelo conde de Polesino, enviado de Ferrara.

Esto lo leyó el consejero Biling, al presentarse Leonelo con su secretario.

Ambos hicieron un respetuoso acatamiento, á que contestaron los duques, y demas que habia en el salon.

Despues Leonelo puso en manos de Othon una carta particular de Alfonso de Ferrara, y otra de Lorenzo de Medicis, hermano político del gran duque.

Así que Othon concluyó de leerla, dijo Leonelo,

—Mi noble señor, el duque Alfonso, no puede menos de manifestar en ese pliego lo que ocupan su imaginacion, los asuntos de Lutero. Esta cuestion se va haciendo Europea y tiene en espectacion á los potentados. Lutero lisongea extraordinariamente á los príncipes y soberanos del sacro imperio, defendiendo sus inmunidades y privilegios contra la autoridad pontificia, lucha que ha tantos años sostiene sin fruto la Alemania por sacudir el yugo de los papas... En vano su santidad ha procurado detener la audacia de ese fraile. Ni la elocuencia del inquisidor general Prierias, ni la autoridad del legado Cayetano, ni las amonestaciones de Leon X, ni el

haberlo anatematizado como herege la corte de Roma, ha bastado, y la Alemania presenta un aspecto harto grave y delicado para que los demas soberanos no se ocupen de ella.

—Esa es mi opinion, conde; pero no me negareis que mi querido tio Leon X, ha andado al principio bastante descuidado con Lutero, y despues desacertado en demasia. La bula (1) publicada contra él y sus escritos, ha sido en algunas ciudades del imperio una tea incendiaria, arrojada en medio de combustibles preparados para ello. Claro se ha manifestado en Wittemberg, y otros puntos. Los decretos romanos han sido entregados á las llamas sin que el pueblo se halla resentido de tal desacato, antes al contrario se ha ocupado con gusto de ese espectáculo... Una severidad tan intempestiva solo ha servido para agriar á Lutero, no para reprimirlo, y dar lugar á que Federico de Sajonia le conceda su proteccion. Pues qué, tan escasa de recursos estaba la corte de Roma, que en cuanto se presentó en la liza Lutero, no pudo reprimir los progresos de un pigmeo que despues se

(1) La del 13 de Junio de 1520.

ha tornado en un gigante? Nada hay mas fá-
cil que deshacerse de un hombre cuando se
propone alguno este fin.

—Pero V. A. R., se decide por Lutero
ó por el pontífice?

—Yo me decidiré por lo que esté bien á
mis pueblos. La dieta de Wormes convocada
por el emperador para juzgar á Lutero, no ha
podido intimidarlo. El recibimiento que ha te-
nido en la ciudad ha sido mas que regio... La
dieta ha publicado un edicto contra él, á nom-
bre suyo y del emperador, y yo debo esperar
los resultados para regir por ellos mi conducta.

—En tal caso debería V. A. R. escu-
char solo la voz de su conciencia.

—Estais engañado, conde. Ningun sobe-
rano debe gobernar sus estados segun su con-
ciencia, sino bajo los preceptos que dicta la
ley, y siempre procurando á sus vasallos lo
mejor. Un fanático, un caprichoso, ó un ti-
rano, creen mandar en conciencia, y sin em-
bargo no cometeran mas que absurdos y tro-
pelias.

Aunque Leonelo no estuviese tan persua-
dido del caracter bello, y de las recomenda-
bles ideas de Othon, estas palabras hubieran

bastado á darle una idea ecsacta de él.

—V. A. R., prosiguió Leonelo, obra en este con tanta cordura como acierto... El emperador ademas, no puede seriamente ocuparse de hacer cumplir las deliberaciones de la dieta de Wormes. La guerra entre él y Francisco I, es inevitable en Navarra, los Paisés-Bajos y Italia, los tres puntos mejores de su corona; y Carlos V. no se descuidará con un rival como el que está deseando venir á las manos con él para vengar el desaire que ha recibido de los Electores de Francfort, por haberle arrebatado la corona de Carlomagno con que creyó ceñir sus sienes. Carlos V. acaba de celebrar una alianza con el pontífice para reunir sus fuerzas en el Milanesado contra Francisco... y la Italia va á ser el teatro principal donde se empeñará la lucha entre emperador y el monarca Frances.

Sobre otros puntos mas trataron el gran duque y Leonelo, por donde se convencieron los cortesanos que este último los habia estado engañando antes perfectamente.

Colemberg en particular se hallaba casi corrido, cuando los ojos de Leonelo, á intento, se encontraban alguna vez con los suyos.

El pobre recordaba la escena primera de esta obra, en las orillas del Ems, entre él y el escudero Mastropetro, transformado en espía y agente del imbécil baron de Colemberg.

—La política cortesana es el demonio! exclamaba en voz baja á Ebersten y á los que estaban á su lado!... Quién diria que el tal Mastropetro era un alto personaje?... Esto es incomprendible en demasia! Hasta me ruborizo de mirarle! No sabe uuo con quien habla siquiera!..

—Todas las partes de que constan la mision que me conduce á esta corte, no estan esplicadas aun, dijo Leonelo con cierta socarrosneria. Traigo tambien encargo particular del Santo Padre, para S. A. R. la gran duquesa.

—Para mí? preguntó Ludomilia sorprendida.

—Habeis estado en Roma?.. añadió Othon.

—Me hallaba en ella á la sazón, y precisamente conferenciando con S. S., cuando este recibió un pliego de su querida sobrina, vuestra noble esposa.

—Vuestro, señora?.. dijo el duque con estrañeza.

La duquesa no contestó.

—Su Santidad, prosiguió Leonelo, me mandó volver, noticioso de que yo venia á Ravemberg, y cuando fui, puso en mis manos este pliego cerrado para S. A. R. la gran duquesa, suplicándome que yo mismo se lo entregase personalmente .. Este es... y cumplo con hacerlo así, señora.

Sacó en seguida de su escarcela un pliego cerrado y marcado con el sello pontificio, y lo dió á la duquesa.

El duque y los cortesanos miraban con sorpresa aquella escena.

Leonelo sintió temblar la mano de Ludomilia al entregarle el pliego.

Esta leyó para sí, y sin poder contenerse palideció en extremo.

Othon que lo notó, contuvo su curiosidad, por que no dudó que la mutacion de la duquesa provenia de alguna causa grave. Abrevió cuanto le fué posible la audiencia, y despidiendo á Leonelo le señaló habitación en palacio, tratándolo como pudiera hacerlo con el mismo duque de Ferrara en persona.

La duquesa iba á salir, pero él la detuvo, diciendole:

—Quedaos, señora.

Ludomilia se admiró de ver el modo con que lo pronunció Othon.

—Qué me quereis? le contestó con indiferencia. Os acordásteis ya de que ecsisto?

—Si, porque necesito leer la carta que os envia vuestro tio... Saber su contenido.

—Con que es decir, que por que habeis nacido con distinto secso, hade ser tanta vuestra arbitrariedad, que prevalido del derecho de mandar, del caracter que os dá esa autoridad egoista y despótica, me ecsijis saber mis secretos cuando me ocultais los vuestros?... Está bien, por vida mia!

—Y tanto, señora?... Es por que yo soy responsable de ellos, ante Dios y los hombres. Es por que una ley, injusta y tiránica, me prescribe rêsponder de vuestras mas ocultas acciones, á esa sociedad cruel.... Es porque cualquier paso desacertado que deis en ella, seria un padron infame para vos y una mancha ignominiosa para mí... Y por que colocados, en fin, en un puesto que nos eleva sobre el nivel dé los demas hombres, las miradas de todos estan fijas sobre nosotros, y nos devoran con sus ojos, los indiscretos, los curiosos y los murmuradores.

—Y solo para mí habeis tenido eso en cuenta, es verdad?

—No os he dicho señora, que yo debo responder de vos al mundo y á Dios?..

—Y vos no debeis á nadie satisfaccion de vuestro proceder?...

—Acabemos.. venga esa carta. Os habeis inmutado á su contenido, y yo quiero saber lo que encierra.

—Eso jamas. Cuando vos me descifreis el misterio que ecsiste en el castillo del Aguila Negra, y vuestras palabras en la habitacion retirada de la quinta del Recuerdo.., Cuando me digais quien son las dos mugeres que hay retratadas alli... Quien es la Beatriz á quien nombrásteis, y que relaciones ecsisten entre esa muger y vos.

—Con que es decir?....

—Que ya llegó el tiempo en que hablemos con claridad... y en que cada uno ocupe el lugar que merece en esa sociedad, cuyos fueros y prerogativas reclamais... Que reconozcais que esa arbitrariedad despótica de que os creéis los hombres revestidos, para obrar á vuestro antojo y esclavizarnos al mismo tiempo á ese yugo tiránico que nos impo-

neis, si existe es indebida, por un abuso pernicioso, y no tan lata como pensáis. Que si teneis que responder al mundo de mis mas ocultas acciones, vos teneis que responderme á mi de las vuestras, que soy vuestra esposa... ¿lo entendeis? vuestra esposa, y madre del hijo vuestro que llevo en mis entrañas.

Una exclamacion comprimida que sonó en una de las puertas que estaban al extremo del salon, llamó la atencion del duque, y mucho mas al ver caer á sus pies un papel doblado, que sin duda arrojó desde la misma puerta la persona que estaba al traves de ella.

La duquesa se lanzó á la puerta con rapidez pero no vió á nadie. El que era habia desaparecido.

El dúque entretanto desdobló el papel, que era la hoja de un libro de memorias, y la cual tenia escrita con lapiz estas palabras, de una letra disimulada.

«Duque no cedais.. Apoderaos de la carta ú os perdeis....»

—Esto es detestable, exclamó Ludomilia... Este palacio está pervertido hasta lo sumo y vos teneis la culpa, señor. Vuestra conducta misteriosa y enigmática ha escitado la

atencion de todos, despertado la curiosidad, y dando armas á la malicia palaciega... Ya lo veis.... Estamos cercados de imprudentes que nos acechan y escuchan. Detras de cada puerta hay quien oiga... Al traves de los tapices un espía encubierto y traidor, pronto á cualquiera delacion.

—O tal vez á un aviso prudente y oportuno, Leed, señora..... leed.

Y le mostró el papel que acababan de arrojarse.

—Vileza inaudita!... prorrumpió Ludomilia, indignada... Iniquidad horrible!... Comprometer así la tranquilidad de una triste muger, su opinion, las consideraciones mas respetables... Despertar en el corazon de su marido recelos y sospechas, tan injustas como indebidas... Pero ya lo comprendo todo. Ese será algunos de vuestros viles confidentes, de los que estan en el secreto que tanto os empeñais en callar, y que sin respetar mi clase, ni mi estado... la disposicion en que me encuentro, pretende con un ardid detestable salvaros de mis justas y poderosas reconvencciones, agravando mi situacion, acosta de mi alliccion y amargura... Pero no será, vive

Dios!.. (añadió haciendo un esfuerzo sobre sí).. Conozco la trama, y os juro, duque Othon, *mi noble y leal marido*, que no saldreis de aqui sin que me hagais una justificacion plena de vuestra conducta.

—Y vos sin que me entregueis esa carta.

—Nunca lo espereis, sin que me satisfagais primero... Veis la carta..? (apretándola fuertemente entre sus manos) veremos quien es bastante á sacarla de aqui.

—Ignorais que hay medios para ello?

—La violencia!!

—No; un castigo severo á vuestro desacato.. ¿Habeis olvidado que soy vuestro soberano y vuestro esposo!

—Ira de Dios!!! Esclamó Ludomilia, con cólera estremada.

—El único dueño y arbitro de vuestra vida..?.. Y que ese hijo que abrigais en vuestro seno puedo hacer que lo deis al mundo entre las tinieblas sombrías de un profundo calabozo?

—Dios mio! Dios mio!!

—Sí, por que tambien hay prisiones para sofocar los secretos que revelan una sospecha mortal... Para ahogar el mas leve eco

de mengua y baldon... Las hay para las duquesas soberanas que faltan á sus deberes, desobedeciendo á sus esposos, y dando materia á que conciban un recelo atroz y desgarrador en esta misma desobediencia... La casualidad me ha hecho engendrar este recelo... este anónimo lo ha afirmado... vos os negais á satisfacerme, y yo, si os juro, que no volvereis á la quinta del Recuerdo.

Ludomilia no sabia lo que le pasaba.

Un llanto de despecho y furor acudió á ahogar sus espresiones.

Breves momentos fué interrumpida la conversacion. Ludomilia hubiera deseado borrar con su llanto los caracteres del pontífice que estaban estampados en el pliego fatal.

Othon la observaba mudamente, con los brazos cruzados, y esperando su respuesta.

La gran duquesa fluctuaba entre mil contradicciones. La carta de Leon X, solo podia aumentar las sospechas de Othon, pero estas no tenian otro fundamento que el contenido de la epístola... ¿Pero y si en vista de ella el duque, como era natural, se ponía sobre aviso y empezaba á observar la conducta de su esposa?

Por otra parte, ella lo veía muy decidido á meterla en una prision, á encerrarla por toda la vida, hasta que entregase la carta, y Othon tenia tanto caracter como bondad.... Jamas retrocedia de su propósito... y solo el bien de su estado era lo que con él lo podia todo.... por lo que todo lo sacrificaba.

Si Ludomilia era puesta en reclusion, aunque no fuera mas que en su cuarto, no podria seguir en la combinacion de sus planes con el principe. Asunto de mas importancia que los demas, y el punto esencial en que se apoyaba su porvenir, su venganza.... todos los recursos de que tuviese que echar mano en lo sucesivo.

Luego lo prudente era someterse por ahora á la ley del mas fuerte, en obsequio de mayores esperanzas... De planes mas colosales y permanentes.

El orgullo de Ludomilia estaba sufriendo lo que no es imaginable... Lo que puede conocer únicamente quien lo posea en el mismo grado y calidad. Leonelo habia empezado un nuevo plan de venganza, y el primer paso era despertar recelos en el duque, habiéndola entregado la carta ante él.

Leonelo bien pudo pedirle á ella una entrevista secreta, participándole las instrucciones que traia de Roma, y no haberlo hecho, aparentando indiferencia, y una ignorante inocencia, delante de Othon y toda la corte.

La habia puesto, por último, en el caso de sufrir desaires y duras palabras de su esposo.. de tener que sucumbir al precepto del duque por necesidad, de humillarse en fin á un precepto injusto, cuando tan superior se consideraba á su marido por la combinacion de los acontecimientos.

El furor que la ahogaba no la dejaba proferir una frase. Sollozos comprimidos y lágrimas ardientes, era lo que su estado le permitia.

Muda, colérica y corrida de su derrota, alargó la mano al duque, y le entregó el arrollado pliego, que decia asi:

«Mi muy amada hija Ludomilia: La gracia que me demandas como humilde pecadora, te la concedo, en vista de tu desprendimiento en favor de nuestra santa sede.... No necesito todo el subsidio que has recaudado de tus vasallos.. Tu crimen, aunque gran-

de, no es de tanto precio. Monseñor Leonelo, conde de Polesino, es el encargado de entregarte la carta de indulgencias que solicitas de mi paternal poder, en el momento que satisfagas la cantidad, que los comisionados del imperio para el efecto, é instruidos por mí, te pidan y...»

El duque ciego de ira no pudo acabar de leer la carta.

—Que *crimen grande* es el que se menciona aquí, señora? Responded... Mas es vana toda pregunta... porque vos no sereis tan franca que me lo confeseis... Solo sé que sois criminal cuando el Santo Padre lo dice así... Criminal y ante mí que lo he leído!! Que soy vuestro esposo, y que debo por honor, por deber y tranquilidad ecsigir esta aclaracion... Conque que sois una muger manchada, cubierta de un crimen!... Cuál? no lo sé.... Tiemblo solo, de pensar... de conjeturar lo mas leve sobre lo que imagino... porque la menor prueba os costará la vida!!!

Othon estaba pálido de cólera... La duquesa, á estas últimas frases, lanzó sobre él una mirada espantosa.

—Qué osais decir?...

—Que pidais al cielo que vuestro crimen no sea de aquellos que es necesario lavar con sangre!... Con sangre del perpetrador... Y aun esta no basta á veces á quitar la mancha que se ha estampado en el honor de un marido.. en el blason de un soberano.. Rogad al cielo, señora!... Pedidle misericordia... porque bien la habreis menester si confirmo mis sospechas.

El duque salió precipitadamente, sin dar lugar á que le contestase Ludomilia.

Jamas Othon se habia mostrado tan severo y enérgico como entonces. La duquesa tembló por la suerte de Luitzpoldo.. y la de ella no dejaba de inquietarla tambien. Habia visto estampadas en el semblante de Othon, las señales ciertas de una venganza atroz y horrorosa... Dé una de aquellas venganzas que estremecon solo su recuerdo.

Para destruir en parte los recelos de duque habia solo un medio seguro, pronto y que la vengaba algo de la accion que Leonelo acababa de hacer con ella. Confesar al duque que el perdon que solicitaba del pontífice, el crimen á que se referia, eran sus amores con Leonelo cuando era soltera aun, y el haber—

Un aviso á tiempo.

En un gabinete del palacio de Ravensberg, amueblado suntuosamente, habia un gran bufete con muchos papeles, y junto á él, sentados dos hombres, uno enfrente del otro.

El gefe ó principal acababa de leer una carta que tenia en la mano.

—Mucho os ocupa la lectura de esa carta, monseñor, cuando la habeis leído lo menos tres veces seguidas, le dijo el otro.

—Cada vez me irrita mas su contenido. No la conoces?... (mostrándosela.)

—Ah! sí... Es la que nos facilitó la marquesa de Korvei, y que yo he copiado esactamente para entregarla al pontífice, imitando la firma de la duquesa.

—Faltábale el sello real de Ravensberg, pero una carta particular no es preciso que vaya sellada.

—Sin duda.

—Tengo que volverle este documento á la marquesa.

—Y porque no os quedais con él?... Es un testimonio⁴ que algun dia su uso os puede ser de mucha importancia.

—No lo necesito... Además que poseyéndolo la marquesa es lo mismo que si la tuviera yo... ¿No sabes cuánto es el amor que tengo á esa muger, verdaderamente singular?

—Varias veces me lo habeis dicho ya, monseñor. Solo extraño, que habiendo vos jurado no amar á ninguna muger despues de la correspondeneia de la duquesa...

—Ah! Es porque yo, ciego y ofuscado con Ludomilia, creí que todo el mérito y la

virtud de las mugeres se encerraba en esa, inconsecuente y tirana... Que separado de ella, de su amor, era imposible poder gozar felicidad en la tierra.

—Pero esta marquesa, no será un traslado de la duquesa?

—Oh! no lo profieras, Orseolo.. Tú que estudias profundamente para conocer en el rostro los sentimientos del corazón humano; tú que me digiste en Ferrara lo que debía temer de Ludomilia, y que ha salido esacto: tú que te complaces en buscar en la ciencia lo que á veces falta á la razón, ¿no has conocido en la marquesa de Korvei un fondo de talento, cordura y prudencia superior?... Un mérito no comun entre las mugeres?...

—No la he observado despacio. Bien sabeis que no ha habido ocasion.

—Es verdad... Pues sí, es como te la he pintado... Por ella, por merecer su estimacion y su amor, es por lo que he tornado á Ravensberg, en la alta clase que me he presentado... Muchos, y la misma Ludomilia pensarán, que es una vanidad necia, un alarde petulante, lo que me ha hecho manifestar ahoramis ocultos títulos y honores á la vista del

gran duque y sus cortesanos... Que vengo en prosecucion de mi venganza tal vez... pensaré en esta si la marquesa me lo manda... pero no quiero mas que á poderme colocar cerca de esa muger celestial, para admirarla y rendirla veneracion como si fuese un ser divino.

—Muy entusiasmado hablais!

—Sí, doctor... Y no creas; que es una hija del pueblo... es como tú.

—Doble satisfaccion que me cabe... Asi se convenceran de que la naturaleza es la verdadera madre y preceptora de todo ser procedero, y que lo que ella dispone, no hay poder, orgullo ni vanas consideraciones, que lo combatan ni hagan retroceder.

—Ella tiene aglomerada en su cabeza una combinacion de circunstancias, que no me ha querido revelar aun, y entre las cuales se mezcla tambien le suerte de mi César.. Este, ha confesado que lo ama con ternura, con un afecto maternal, y me ha jurado nada menos que colocarlo en el solio de Ravensberg.

—Eh! eso ya es una quimera!... Cómo es posible que lo consiga una muger sola?..

Cómo derriba los derechos que alegue la duquesa? ¿Qué puede madama de Korvei presentar al pueblo para reemplazar al hijo de Ludomilia? Un bastardo de ilegítima procedencia, aun cuando sea hijo de esta misma Ludomilia?... Eso no es posible. El que lleva en su seno pasará por hijo del duque, y en la alternativa, mas se decidirá por el segundo que por el primero.

—Esas mismas reflexiones le he hecho á la marquesa.

—Y qué os ha contestado?

—Se ha sonreido.

—Mucha confianza, ó mucha ignorancia posee.

—Yo estoy por lo primero.

Un page entró á anunciar, que el señor Frugoni deseaba hablar á monseñor Leonelo.

—Que pase.

El genoves se presentó, con capa y espuelas.

—Qué traes?... Le preguntó Leonelo.

—Traigo: contestó secamente.

—Habla.

—No puedo.

—Por qué?...

—Porque no puedo.

—Quien te lo impide?

—Monseñor, os digo que no puedo.

—Ah! ya comprendo!. Doctor, tened la bondad de pasar al otro gabinete...

Orseolo obedeciò sin replicar.

—Qué tenemos, Frugoni?

—Sabeís, monseñor, que me dais unas comisiones divertidas?... Voto á brios que si no estuvieran en armonia con mi carácter!..

—Por eso te las elijo.. ¿No conoces que en eso está el mérito del que dirige enalquiera empresa?... Cada cosa para lo suyo.

—Y es verdad.

—Habrás tenido que andar á cuchilladas tal vez, y por eso...

—Poco menos... porque en nada estuvo que me descubriesen.

—Pero no ha sucedido, eh?

—Oh! no... porque yo soy tan ligero de piernas como fuerte de brazos.

—En fin, qué has visto?..

—Lo de siempre. Llegó mi hombre en la barca... Saltó en tierra, la puerta de la verja estaba entornada... pasó el jardin... entró por la puerta interior... y volvió á salir al amanecer...

—Y por qué dices que por poco te descubren?

—Toma, porque al pasar él cerca de mi escondite, por un movimiento involuntario que hice, agité algunas ramas. El, que lo oyó se para, y luego se dirige al sitio con la espada en la mano diciendo: «quién vá?» A mí me hubiera sido fácil despacharlo allí mismo, pero por no traspasar vuestro precepto recurri al recurso de los cobardes... Me tiré á tierra... y así cuando mi hombre llegó no vió á nadie..

—Hiciste bien. Matar á ese hombre no lo considero difícil, pero la marquesa de Korvei se opone á ello... Sus razones tendrá... y yo acato y reverencio la menor insinuacion de esa muger adorada.

—Sea lo que queráis... Pero yo me retiro á descansar, que he pasado mala noche. Frugoni salió, y á poco volvió el page

—S. A. R. el gran duque, os manda comparecer á su presencia al momento.

El page se retiró.

—Tan temprano! exclamó Leonelo.... Alguna novedad ha ocurrido... Vamos allá... Y llamando á su ayuda de cámara se vistió con elegancia.

Orseolo habia vuelto.

—Sabeis que el duque me llama con mucha prisa? le dijo mientras se vestia.

—Querrá tener con vos alguna entrevista particular. Id prevenidó presumo que no es asunto de política lo que va á trataros.

—Veremos.

Leonelo concluyó, y salió en direccion á la cámara de Othon.

El duque se encontraba solo y entregado á profundas reflexiones, paseándose á lo largo de la habitacion, cuando el ugier le anunció la presencia del enviado de Ferrara.

—Que pase dijo con adustez.

Leonelo se paró en el dintel de la puerta, y al encontrarse sus ojos con los de Othon, conoció que el duque tenia en su interior una pena grande y repentina, que le obligaba á llamarle.

Porque el duque estaba en extremo pálido.

—Sentaos, señor conde, prorrumpió Othon con cierta severidad, que en vano pretendia disimular.

—Obedezco á V. A. R. contestó Leonelo con desembarazo.

—Os he hecho venir aquí, para consultaros sobre un asunto harto espinoso. Informado, y cierto de vuestro talento, quiero que deis vuestra opinion como caballero y hombre de estado.

—Espero que os espliqueis, señor.

—Vuestra presencia ahora en la corte de Ravensberg, tiene un carácter, al parecer, franco y comprensible. Venis como enviado extraordinario de un soberano amigo, y esta distincion que merezco de S. A. R. el duque de Ferrara, me envanece.. pero, mi querido conde. ¿Me dareis placer aclarándome, porqué morásteis tantos dias antes en mi palacio bajo el incógnito de escudero?

Leonelo se sorprendió momentáneamente, pero pronto contestó sin inmutarse:

—Eran asuntos particulares, señor, los que me trajeron á Ravensberg.

—Pero asuntos reservados quizá.

—Entonces... sí, ahora.....

—Ahora no.?....

—Oh! lo mismo... Pero advierto una cosa.... y perdóneme V. A. R. Me digisteis, señor, que me llamabais para consultarme y noto que es, hasta ahora, para interrogarme

sobre lo pasado... y en cosa que me concierne á mí solamente.

—Por que de vuestras preguntas pende lo que tengo que consultaros. Y ya que vuestros negocios anteriores fueron, como decis, reservados, voy á manifestaros.. porque entre caballeros debe haber franqueza, y el honor prescribe el secreto despues. voy á manifestaros que no han estado tan ocultos que no hayan llegado hasta mí.

Leonelo miró con algun asombro al duque, sin demostrárselo, y sí disimulando con una sonrisa irónica... por que Leonelo era hombre que no se dejaba sorprender tan fácilmente.

Un nuevo accidente vino á ayudar á su serenidad.

El ugier se presentó con un pliego cerrado.

—Para monseñor Leonelo , conde de Polesino.

—Quién le envia esto? preguntó Othon.

—El secretario particular del señor conde, monseñor Orseolo, que queda á la puerta esperando el resultado.

—Bien; decidle que lo doy por recibido, contestó Leonelo.

—Señor, me ha prevenido vuestro secretario que veais el sobre.

Leonelo miró, y advirtió que decía. «urgente»...

—Señor, me permitirá V. A. R. unos cortos momentos.

—Leed.... contestó el duque.

Leonelo vió que decía:

«El gran duque sabe vuestras relaciones pasadas con Lndomilia... para ello os mandará llamar. No negueis nada pues es infructuoso .. Omitid solo aquello que pueda ofender la delicadeza de Othon... Por la carta que el duque os mostrará de la duquesa, sabreis el objeto que la ha movido á revelar á su marido tal secreto»

«Habladle de vuestro hijo, y decidle que está en mi poder... Yo nada le he participado de esto último, por que quiero que seais vos; el que se lo anuncie... pero no paseis de eso cuidado.»

Leonelo con una serenidad é indiferencia admirables doblò el pliego, y guardándolo en la escarcela se volvió al ugier... que aun permanecía á la puerta.

—Decid á mi secretario que luego se despachará.

—Un pliego de mi noble señor el duque de Ferrara... Me participa que pronto tendré en mi poder los pormenores del tratado de Leon X. con el emperador, para que lo ponga en conocimiento de V. A. R. Estos serán, devolver á los estados de la iglesia, Parma y Plasencia: arrojar á los franceses de Milan y colocar en el trono de ese ducado á Francisco Sforzia hijo de Ludovico el Moro... Todo está ya mas que previsto, y Alfonso de Ferrara no debe descuidarse con el pontifice, pues aunque este lo halaga, aunque á mí en su nombre me ha dado en Roma á besar la mano y me ha colmado de atenciones, el Papa es codicioso y unos de sus sueños de ambicion es Ferrara... Fortuna que Alfonso está prevenido y no le cogerá de sorpresa. . porque yo se lo he dicho.

Othon escuchaba con cierto respeto, las palabras de Leonelo.

—Y es un dolor continuaba, que Leon X sea tan amigo de aumentar su lujo y profusion acosta de otro, porque es un pontifice, que sin esto, daría un lustre escelso á la silla de San Pedro..., pero le auguro muy poca vida. . Casi estoy por asegurar que no sale de este año.

—Conde!.. exclamó Othon sorprendido.

—Oh! Los papas que quieren abarcar tanto como Leon X. duran poco... Se acortan ellos mismos la vida con tan asiduo afan.

—Mas Leon es jóven aun.

—Si.. cuarenta y cuatro años... Pero nos separamos de la conversacion que teniamos... y hace ya rato que estoy á la disposicion de V. A. R. Continuemos, si gustais, señor.

—Os digo que vuestros asuntos particulares, los que os habian traido antes á Ravensberg, no estaban tan reservados que yo no hubiese penetrado algo de ellos.

—Pido sobre esto una aclaracion á V. A. R.

—Primero quiero haceros una pregunta.

—Decid.

—Que debe hacer un hombre de honor si obedeciendo á los preceptos de este, á lo que prescriben sus obligaciones, se entrega descuidadamente, aun contra su voluntad, en unas manos que, lejos de apreciar su sacrificio lo venden y engañan?... Ay mas; que siguen burlando su confianza y haciéndolo un objeto de escarnio y de desprecio quizá.

... sin infundir sospechas.

—Vengarse, señor... porque esa ofensa, tal como lo pintais, no merece perdon.

—Está bien: Leed entonces esta carta.

Leonelo, con serenidad, á causa de la prevencion que acababa de hacerle Sofia en el escrito que le trajo Orseólo, abrió la carta que le dió el duque y la leyó para sí.

Othon se admiró al notar su tranquilidad.

—Y bien, que me decis á eso, conde de Polesino?

—Qué quereis que os diga al ver la confesion de una muger que declara su falta cuando ya es irremediable? Esta culpa es solo suya porque yo he sido engañado por ella como V. A. R.

—Vos!!

--Yo... Si señor... Esa muger... por que para vos y para mí en el caso que nos hallamos, añadió Leonelo con energia, desaparece la duquesa de Ravensberg, la hija de los Médicis, y no debemos ver mas que una muger... Esa muger, repito, bien por ignorancia, timidez ó liviandad, ya veis que ha faltado á una obligacion austera contraida conmigo, al deber de madre y á los preceptos de amante, destrozando el corazon de un

hombre que le ofrecia su mano, y cuyos votos acogió hasta el extremo que sabeis... Pero ella lo olvidó todo, y atropellando las consideraciones mas respetables, me ocasionó unos dias de amargura y desesperacion tales, que hubiera preferido que la muerte los hubiese terminado.

—Con que tan infeliz os hizo su himeneo conmigo?

—Sí Duque, por que la amaba, y crei en ella como en mi angel de ventura y felicidad.

—Y ahora, cómo la mirais?

—Con indiferencia, por que su ingratitud hacia mí y su hijo, ha producido un desengaño saludable, apoyado en la conviccion, un la imposibilidad y en una falsa correspondencia.

—Entonces, qué objeto os condujo á Ravensberg, de incógnito?

—El de reconvenirla, el de hacerle ver su infame conducta y ecsigirle, en la apariencia, una posicion para su hijo correspondiente á la clase de los que le dieron el ser... Viví oculto porque, como ahora, hubiera despertado recelos, y á favor del disfraz he podido permanecer, convenciéndome de su indiferencia, sin infundir sospechas.

--Y ella, qué os ha contestado en fin?

--Me pedia á su hijo, sin duda para entregarlo á manos mercenarias, y que el infeliz viviese ignorado sin saber nunca quienes fueron sus padres.

--Y ese niño, dònde ecsiste ahora?

En poder de la muger que adoro, por su virtud, talento y cordura... De la que es el ídolo de Ravensberg y lo será eternamente de mi corazon... Lo tiene la marquesa de Korvei, sabedora de todo.

--¿Amais á Sofia!!.

--Sí, la adoro, os repito. En esto, señor, creo seguir el precepto de Dios, que secretamente me lo prescribe.

El duque inclinó la cabeza sobre el pecho, y quedò un rato pensativo.

--Oh! lejos de mí, exclamó maquinalmente, estas ideas quiméricas y absurdas... Yo nací para padecer los efectos tristes de la fatalidad... A donde quiero que he fijado mi vista paramarcar un paso de mi vida, siempre he encontrado abrojos en vez de flores.... contratiempos y obstáculos en lugar de una senda fácil y alagueña... Está visto... nací para padecer y no gozar.

Un profundo silencio reinò entre los dos unos cortos instantes.

Escuchad conde; fiando en vuestro honor y palabra, yo creo que el trato vuestro con Ludomilia de Medicis habrá sido hasta aquel punto que las leyes de caballero os prescribieron; despues presumo que habreis tenido en cuenta que era la duquesa de Ravensberg.... Esta persuacion, y la confianza de que estando Sofia mezclada en ello no habria sufrido menoscabo alguno mi honor, es lo que salva vuestra cabeza... (Leonelo hizo un movimiento de sorpresa...) Sí, vuestra cabeza; porque aunque sois representante de Ferrara, las leyes del honor en todos los paises son iguales, y el cumplimiento que esigen alcanza á todas partes. Las prisiones de Ravensberg, guardan en sus muros lo mismo al noble que al plebeyo, y el hacha del verdugo corta igualmente la cabeza del alto noble, como la del humilde pechero... Es la diferencia, que á vos os la hubiera cortado en secreto en vuestro calabozo, y despues yo la hubiera enviado lo mismo á vuestro amo, con un rótulo que dijese: «por adúltero al duque soberano de Ravensberg» y creo que el de Ferrara ha-

bria respetado mi justicia, por que la causa que está sujeta á ella es estensiva á todos los reinos... y á todos los potentados.

Leonelo entrevió demasiado el carácter justiciero de Othon, al través de la bondad y dulzura que le caracterizaba.

—Pero como, repito, continuó el duque, estoy persuadido que habreis obrado en sentido opuesto, no debo abrigar contra vos resentimiento alguno, porque, efectivamente, si vos ignorabais el himeneo de Ludomilia conmigo, fuisteis engañado como yo. En cuanto á las causas que impulsaron á esa muger infeliz á darme lá mano, bien fuese por precepto paternal, ó por orgullo, de todo hay menos amor ó inclinacion hacia mí.. y aunque se queja de mi indiferencia, esta al producirse por una causa oculta y poderosa, parece que ha sido guiada por esa providencia sabia que prevee lo venidero, y lee en el corazón de las criaturas hasta sus mas ocultos sentimientos... Ahora bien: He aqui el consejo que os insinué al principio. A nadie puedo ni debe pedírsele en este caso mejor que á vos. ¿Qué os parece que haga con esa muger? Hablad, segun os dicte vuestra conciencia.

El duque calló, esperando respuesta.

Jamas podia imaginar Leonelo que los acontecimientos se hubiesen rodeado de tal modo que la suerte de Ludomilia estuviese así á su arbitrio... Que se hallase colocada en su mano de tal manera, que en el abrirla ó cerrarla, dependiese hasta la vida de la muger inconsiderada, de la muger orgullosa, ingrata y perjura, que así habia atropellado su fé y el cariño de su hijo. Una palabra suya bastaba, una sola.... Menos que una palabra: poner mudamente en manos del duque la carta que Ludomilia escribió al papa, pues aunque para el entender de ella ecsistia este escrito en poder de Leon X., no era así. La segunda carta mandada por la duquesa á su tío, no llegó, porque el enviado quedó en el camino á poco de salir de Ravensberg. Ya aclararemos esto á su tiempo.

Leonelo apesar de su justo resentimiento, ni podia traspasar los límites de su deber como caballero, ni desobedecer á lo que Sofia le acababa de prescribir en el aviso que recibió de ella. Sus frases estaban muy terminantes.. *«Omitid todo lo que pueda ofender la delicadeza de Othon... Habladle de vues-*

tro hijo... Decidle que está en mi poder... pero no paseis de eso; cuidado.»

Esto no dejaba duda, para comprender que la marquesa queria que se le ocultase al duque el tráfico de su esposa con Luitzpoldo.

La carta de Ludomilia al duque revelándole el secreto de Leonelo, aunque redactada en estilo harto humilde, aun que demandaba el perdon del duque y confesaba que ese era el crimen á que aludia el pontífice en su épistola á la duquesa, encerraba un fondo de animosidad y siniestra intencion contra Leonelo, que no dejó de comprender este... Pero apesar de todo, la voz del honor y el mandato de la marquesa podian mas en él que todos los estímulos que le impulsaban contra Ludomilia.

Un nuevo accidente lo desconcertó todo.

El duque mientras esperaba la respuesta de Leonelo, se puso distraido á tocar la carta de su esposa que tenia sobre el bufete y á repasar algunos de sus renglones. Cuando volviendo involuntariamente la hoja de la cuarta llana, que anteriormente no habia reparado, vió en ella unos caracteres no leídos por él aun.

Los recorre rápidamente, y soltando una exclamacion dolorosa, se cubrió el rostro con las manos.

Tan imprevisto caso hizo volver á Leonelo de su estado de meditacion, y clavar sus ojos en el duque, con admiracion y sorpresa.

—Que os ha dado, señor? preguntó á Othon... Acaso esa carta fatal .!... Habeis hallado en ella nuevo motivo de tormento?.. Permitidme....

Leonelo iba á cogerla, pero Othon deteniendo su mano con un ímpetu estraordinario, prorrumpió fuera de sí...

—Deteneos... ¿Qué haceis? Vais á leer la sentencia de vuestra muerte?

—De mi muerte!! . ¿Acaso alguna nueva delacion!!.

—No.. no es delacion. Es la confirmacion de mis sospechas... De unos recelos que no podian menos de estar justificados por la conviccion mas forzosa y necesaria..... por una necesidad incontrastable.

—Pero permitidme, señor, que me entere de lo que dice ademas esa carta.

—Paraqué? Creeis que lograreis desvanecer lo que mi corazon de antemano habia pre-

visto!. No es posible... Yo debo padecer los crueles efectos de mi conducta... La providencia ha dispuesto una venganza revestida del sagrado carácter de su justicia.. Las causas son regidas por ella... Este es un juego en que el destino nos tiene á todos á su disposicion... Cúmplase el de cada cual, y á su vez vayamos pagando una deuda que en vano pretendemos con todas nuestras fuerzas contrastar.. La predestinacion es la que nos conduce, y oponerse á ella en un absurdo tan vano con infructuoso.

—Pues, bien, señor, aunque yo aparezca tan criminal que merezca vuestro severo castigo... Aunque mi cabeza sirva aqui mismo de trofeo á vuestro resentimiento, y mi sangre para apagar la llama de vuestra cólera... os suplico, encarecidamente, que me dejeis leer esos funestos renglones que tanta impresion os han causado.

—Lo quereis, conde?... repuso Othon mirando convulsivamente á Leonelo.

—Hay mas... lo anhelo, señor.

—Tomad.... y no os quejeis luego de mí.

Leonelo leyò:

«He vacilado un momento, señor, antes de decidirme á confiaros lo que voy á decir, porque sé que avivaré mas la úlcera que he abierto en vuestro corazón. Leone-lo se presentó disfrazado en Ferrara, para hacerme faltar de nuevo á mis deberes. Instó suplicó, amenazó para conseguir mi correspondencia otra vez. Por último, se valió del ascendiente que un hijo tiene sobre una madre, para proponerme la fuga, echarme á los pies del pontífice, anular nuestro matrimonio y enlazarme á él. Yo resistí cuanto mi deber me dictaba... Ahora ha vuelto á aparecer como enviado de Ferrara... medita lo que debéis temer y hacer con él...»

—Detestable maldad!... Esclamó Leone-lo fuera de sí... Muger inícuca, y perjura á todas sus obligaciones!... Asesinó la intachable reputacion de un amante inocente, y ahora asesina la de su marido, con imposturas y falsedades.

—Qué decis!!...

—No mas, duque.... El estado en que se halla esa muger, la hace invulnerable á los efectos de mi justa venganza y de vuestra sagrada justicia. Cualquiera paso que yo

dé ahora para mi justificacion y vuestro desagravio, pareceria imprudente, inconsiderado y hasta despiadado. Nuestra causa desde este dia es una solamente.

—Cómo una? prorrumpió el duque con asombro!... Acaso vuestros derechos son iguales á los míos?.. Puede haber de comun nada entre nosotros en este caso?...

—Lo hay... sí, lo hay y yo os lo haré ver muy pronto... En cuanto la duquesa salga de su cuidado... Entretanto tomad mi espada, y me entrego desde este momento á vuestra disposicion, para daros esta prueba de seguridad hasta el tiempo que os he aplazado.

—No la necesito. Me basta vuestra palabra de caballero.

—Os la doy solemnemente... Si os pido que esto no salga de esta cámara, señor... pudiera destruir mi vindicacion y vuestro desengaño.

—Descuidad.

—Voy á desobedecer en ello á la muger que amo, pero espero que ella me perdonará. Voy á disgustar á ese ángel de bondad y beneficencia, que me tenia prescrito respetar vuestro sosiego y tranquilidad. Mas estoy a-

cusado indignamente y todos los medios son ya lícitos para justificarme. He obrado hasta aquí como caballero... ahora lo haré como amante burlado y hombre ofendido.

Leonelo hizo al duque las aclaraciones suficientes sobre sus relaciones pasadas con Ludomilia, de lo que sabía por Sofia respecto á la libertad de su hijo, y de que su amor á la marquesa era un secreto que él guardaba en su corazón, engendrado solo por los méritos y virtudes que notaba en ella.

Después de reiterar á Othon el cumplimiento sobre el silencio convenido entre ellos, salió de la estancia del duque y se retiró á la suya.

VI.

El natalicio: despues de él.

La intencion de Ludomilia en la carta enviada á su marido ya se ha manifestado. Alejar de él toda sospecha que pudiese recaer en Luitzpoldo, haciéndoselas concebir por Leonelo, y que de resultas lo retirase con disimulo de Ravensberg, librándose ella asi de un enemigo á quien con tanta razon debia temer.

El plan no podia estar mejor combinado, pero la marquesa de Korvei le salia siempre al paso á Ludomilia. Constante é incansable vigilante de lo mas leve que ocurriese, si cuando Ludomilia estaba en palacio escaseaba sus visitas á Othon, ausente esta de él, eran pocos los momentos que se separaba del duque.

Su actividad y cuidado se demuestra; en que el dia de la audiencia escuchó detrás de una de las puertas del salon, todo lo que pasó en él, y fué la que arrojó á Othon la hoja del libro de memorias con el aviso. Othon en cuanto recibió la carta de Ludomilia, despues de leerla, se la entregó en seguida á la marquesa, para que se enterara y le dijera su parecer.

El duque á la impresion que le causò su contenido, queria mandar prender al conde de Polesino, pero Sofia le hizo ver que ese era un paso tan escandaloso como imprudente. En aquellas circunstancias los ojos de todos los cortesanos estaban fijos en el enviado de Ferrara, y no podia presentarse un motivo ostensible y legal que disfrazase una accion producida por un arrebatò de celos, justa en su esencia, y tan natural en su origen.

Pidió su dictámen á Sofia, y esta le dijo que lo mas acertado era hablar á Leonelo, presentarle la carta y pedirle aclaraciones sobre ella.

Nunca pudo imaginarse la duquesa que tomase tal giro su proyecto. Giro raro y fuera de todo cálculo. Lo mas probable era que el duque hubiera callado lo de la carta y su contenido, obrando con sigilo y prudencia en asunto tan delicado. Que Leonelo hubiese sentido, el golpe antes que el amago.. y que Othon, por su propia delicadeza, aun cuando Leonelo le pidiese una aclaracion sobre su conducta con él, con cualquiera evasiva disfrazase el verdadero motivo que le impulsaba.

El duque, en parte, se resistia á mostrar la carta á Leonelo y tener con él semejante conferencia. Su repulsa dimanaba en que creia asi ajada su autoridad como soberano, como esposo y como hombre. Pero la marquesa le hizo ver que hay casos en que el hombre, por encumbrada que sea su clase, no debe desdeñarse de esclarecer la verdad, y mucho menos un soberano, pues Othon en aquella causa, tenia que comportarse mas como juez que

como marido ofendido, siendo así que debía procurar alejarse de toda animosidad ni prevención, que pudiera alterar el curso de la justicia depositada en su mano.

Othon se venció y accedió á lo que Sofia quiso, tal era el ascendiente que tenia sobre él, y ella avisó á Leonelo entonces por conducto de su secretario como hemos visto.

El conde de Polesino conoció desde luego la solapada idea de Ludomilia, que era tomar la represalia de su conducta en el salon de la embajada. Pero lo que mas impresion le hizo, fué el tratarse alejarlo de allí, tanto por su hijo, como porque lo separaba de la marquesa de Korvei. Leonelo habia vuelto á Ferrara y á Roma, para tornar á Ravensberg tal como era, y poder ofrecerle algun dia á la marquesa su corazon y su mano.

Si esta circunstancia hubiese influido algo en Ludomilia, se lo hubiera participado, pero se hallaba harto convencido de que esta lo aborrecia ya, y así poco podia importarle el que amase á otra muger.

Por otra parte, él nada habia declarado á la marquesa tampoco, aunque, sobradamente se lo dió á entender en varias ocasiones.

El Barón de Colemberg, constante en sus obsequios á Sofia, y sin abandonar su esperanza, trabó una amistad estrecha con Leonelo. Después de haberse disculpado de mil modos con él sobre su conducta anterior, se le ofreció con todo lo que el valia al alto enviado de S. A. R. el duque de Ferrara.

Leonelo lo escuchaba y atendia por dos motivos... Primero porque de lo que el barón le contaba de palacio, sacaba el algo de provecho, y segundo que lo tenia como á un objeto de diversion y entretenimiento.

La decision de Leonelo hácia Ludomilia, era irrevocable... Ofendido estremadamente de ella, cuando él se habia conducido generosamente con una muger tan inconsecuente... cuando por ella hasta sufrió el pesar de ver incendiada su casa y creer muerto á su hijo... cuando, en fin, olvidando y atropellándolo todo habia puesto su amor en otro hombre, y no satisfecha aun iba á coronar su ingratitud haciéndolo sospechoso á su marido, á acarrearle su odio y á hacer que, cuando menos, lo desterrase de sus estados, comprometiendo su nombre y dignidad, todas estas acciones formaban un conjunto

poderoso, que obraban con mas fuerza en su corazon que su generosidad y tolerancia.

Concibió su proyecto, y para no tener que temer la desaprobacion de la marquesa, su repulsa ó sus suplicas, ni aun le dijo nada de él.

Al dia siguiente de la entrevista de Othon y Leonelo, que fué al tercero de la presentacion de este, en la corte, un aviso que llegó de la quinta del Recuerdo, participó á Othon que su esposa habia dado á luz aquella mañana, un heredero á la corona de Ravensberg.

En efecto, Ludomilia se habia retirado del salon de embajadores indispuesta, tanto por lo sorpresa que le causó ver á Leonelo en el enviado de Ferrara, cuanto por la conversacion tan acalorada que ella tuvo despues con su esposo.

Othon recibió la noticia del alumbramiento de Ludomilia, con disgusto y consternacion. Sofia con pesar y zozobra... la corte con alegria, y el pueblo no con el entusiasmo que muchos esperaban.

El gran duque, para cumplir con las etiquetas que tal ocurencia ecsigian, se trasladó

inmediatamente á la quinta, con la mayor parte de su corte. Leonelo fué de los del séquito, y monseñor Orseolo.

La gran duquesa estaba rodeada de sus damas de honor.. Pero una vestida de negro, y sentada á la cabecera de su cama, llamó la atencion del gran duque al entrar en la alcoba.

Era la marquesa de Korvei, que se trasladó en su coche á la quinta, sola con Richsa, en el momento que el duque le participó la nueva.

Othon al conocerla, y principalmente verla en aquel trage de luto, se consternó de tal modo, que apenas acertaba á preguntar á su esposa como se sentia.

Leonelo y monseñor Orseolo, que entraron solamente con el duque, notaron esta conmocion en él.

Ludomilia no se ocupó tanto de ella, por que al ver á Leonelo, fijó en él su vista con estrañeza y admiracion.

Leonelo sonrió maliciosamente, al encontrarse sus ojos con los de la duquesa.

—Doctor, dijo, Leonelo á Orseolo, con permiso de S. A. R. el gran duque, y sin que

se ofendan los físicos de cámara que estan presentes, interponed vuestra sabia inteligencia con S. A. R. la gran duquesa... Es el estudio á que mas se ha dedicado en la medicina el doctor. Su primer ensayo lo hizo hace catorce años una noche en el palacio de Ferrara... ¿Os acordais, doctor? En la cámara oscura....

—Sí, sí.. ya me acuerdo; contestó prontamente el doctor con severidad.

Este se acercó al lecho de la duquesa y la tomó el pulso.

—S. A. R. necesita quedar sola, añadió . El recogimiento y el silencio le son de suma necesidad... Mandad despejar, señor, dijo dirigiéndose al gran duque; y que se queden con S. A. R. solo los doctores de cámara. La vida de la gran duquesa pudiera peligrar.

Inmediatamente fué ejecutado el precepto del doctor.

—Por qué habeis hecho eso? preguntó Leonelo á Orseolo al salir.

—Quereis matarla, monseñor? Ha sido una imprudencia cruel recordarle delante de su marido la noche funesta en que dió á luz vuestra hijo en el palacio de Ferrara... Su

estado es muy crítico ahora... y yo no os tengo por asesino de una infeliz muger, monseñor.

Leonelo á estas reflexiones del doctor enmudeció, penetrándose de la importancia de ellas.

Othon, la marquesa, Leonelo y los cortesanos, permanecieron en la quinta los dias que la duquesa estuvo en cama. Si notaron Leonelo y Sofia, que Luitzpoldo en ese tiempo no se dejó ver por allí.

Leonelo, ademas de estar informado por Frugoni del modo que tenia Luitzpoldo de visitar á la duquesa, se propuso una noche, cuando ya esta iba abandonar el lecho, ver por sí mismo la verdad de ello.

Aquella tarde se propuso dar un paseo á caballo, solo, por las campiñas de Ligen... y en la ribera del rio vió varias barcas de pescadores. Ninguna ofrecia á su parecer, motivos de sospechas, á pesar que las ecsaminó con detencion.

Vuélvese para la quinta, y cerca de ella, en una pequeña ensenada que habia en la márgen del Ems, divisa amarrado un barco pequeño, diferente de los demas que navegaban por el rio.

Pero no habia persona alguna á quien preguntar para informarse.

Ya no duda que aquel era el barco que él buscaba.

Vuelve á donde estaban los de los pescadores y le alquila uno de los suyos para aquella noche, con un pretesto falso.

A la hora que le pareció oportuna, se dirige al lugar donde mandó al pescador que lo esperase, entra en el barco y se situa á corta distancia del otro, de modo que no pudiera ser notado.

Media hora no habria pasado, y ve llegar á tres hombres; dos caballos y uno á pié.

Uno de ellos se apea, y el que venia á pié entró entretanto en el barco á prepararlo para marchar. El que se quedò montado se marchó, llevándose el caballo del que se apeó, despues de hablar con él algunas palabras.

Entraron los dos restantes en la barca y se dirigieron á la quinta.

Leonelo los siguió á una distancia proporcionada, porque la noche estaba oscura.

Cuando el barquichuelo de los primeros se aprocsimò á la quinta, uno de los hombres embozados saltó en tierra, abrió con una llave

la pequeña puerta del cercado del jardín que caía al río, y entrando por ella volvió á cerrarla. El otro permaneció en el barco.

Leonelo hizo lo mismo. Serian las dos de la noche.

Ya cerca del amanecer volvió el embozado, se embarcó, y tornando al sitio anterior, ya el de los caballos estaba esperándolo. Montó en uno de ellos y los dos desaparecieron.

Infinitos proyectos cruzaron por la mente de Leonelo. Pensó sorprender al barquero que quedó amarrando la barca, y arrancarle con la daga en la mano el secreto, pero reflexionó que era una imprudencia, porque el barquero no podia decirle otra cosa que el nombre del que iba á la quinta en su barco, y ese lo sabia Leonelo demasiado.

Haber penetrado detras del embozado en el jardín, tampoco era acertado, porque el que quedaba en la barca lo hubiera notado, y participándolo despues al otro, inutilizaba el plan que él proyectaba para lo sucesivo.

Por entonces se limitó á lo visto aquella noche solamente.

.....
 Dos meses hacia desde el nacimiento del

nuevo hijo de Ludomilia. y aun no se habia pensado por el duque en darle nombre á su supuesto hijo. Siempre que Othon hablaba de esto á Sofia, procuraba esta dilatarlo con excusas y pretextos... El duque queria que la marquesa de Korvei fuese la madrina del recién nacido, y esto puede calcularse que seria un paso harto repugnante para Sofia, y el cual procuraria retardar todo lo posible.

La duquesa apremiaba al duque sobre el bautismo del niño, y la corte empezaba á murmurar de aquella tardanza.

Leonelo la celebraba interiormente, porque en cierto modo ayudaba á la ejecucion del plan que estaba preparando.

El duque mismo estrañaba la lenidad de Sofia y empezaba á entrar en cuidado, cuando Leonelo se le presentó y le dijo:

—Señor, esta noche á las doce vendreis conmigo donde òs satisfaré de la acusacion que vuestra esposa me ha hecho en su carta... Ya es tiempo que la verdad se manifieste en todo esplendor... Terribles son las pruebas que voy á presentaros.. Pero la suerte de Ravensberg está íntimamente unida á llo tambien.. No me acuseis de la tardanza..

pues para obrar así en materia tan delicada necesitaba poder dar el golpe con toda seguridad.... atar todos los cabos. Vendrá V. A. R.?

—Aunque no mediase la vindicacion vuestra, conde, me habeis dicho que la ventura de mis estados está interesada en ello, y me basta. Ha de acompañarnos alguno mas.

—Si, yo llevaré dos hombres de mi confianza. Id embozado en vuestra capa.

—A las doce?

—A las doce: tendremos dos caballos á la salida de la poblacion, camino de la quinta del Recuerdo... Yo os esperaré para acompañaros, á la puerta de palacio.

—No, pudiera infundir sospechas mi salida.. Esperadme con los caballos en la poterna del castillo del Aguila Negra. Saldré esta tarde, y me quedaré en él hasta la hora de vuestra cita.

—Escuso recomendar á V. A. R. el silencio anterior.

—Sé que estas cosas necesitan precaucion y disimulo.

El duque pasó todo el resto del dia en una ansiedad cruel. Conjeturas á cual mas

sombrias herian su imaginacion, destellando en su corazon la ponzoña de la amargura y el dolor. Imagenes espantosas de recelos y dudas funestas!... Fantasmas tétricas, y que reproducian todo el tormento que engendran, no los celos, sino el pundonor ajado, burlado y hecho juguete de un tráfico vil... Ese ídolo invisible, poderoso é influente, á quien el hombre honrado rinde adoracion, á quien todo lo sacrifica, por quien todo lo pospone, pierde y aventura... Su estabilidad, su posicion, su porvenir y hasta la ecsistencia. El honor maneillado en fin, pasaba por su memoria, por delante de los ojos de Othon, pero cual un fantasma de destruccion, sangre y luto, cubierto en un sudario salpicado de sangre, envuelto en una nube roja y de lúgubre aspecto... Pareciale que retumbaba en sus oidos, el rumor sordo y espantoso que ha de producir la voz aterradora del angel del juicio, cuando llame á los hombres ante en el incesorable y justo juez.

Atrayendo á su mente las palabras del conde de Polesino, el emplazamiento que le acababa de hacer, no veia en él nada lisonjero y favorable para su porvenir. Para vindicarse

el conde, para desvanecer los cargos fuertísimos que Ludomilia habia formulado bajo su firma, eran preciso pruebas mas fuertes, testimonios mas poderosos aun.... y estos no podia adivinar Othon cuales serian, aunque su corazon los auguraba infaustos.

Porque á qué fin ir á buscar esos datos en la quinta del Recuerdo, á media noche y disfrazados? Es evidente que yendo asi se trataba de una sorpresa, y no de tener una entrevista con la gran duquesa, donde Leonelo pudiese refutar los cargos que esta le hacia en la carta dirigida á su marido.

El dia y el principio de la noche, hasta la hora marcada por Leonelo, fue para Othon el tiempo mas dilatado de su vida. No quiso hablar ni aun con la marquesa, y en cuanto fue hora salió, solo, para el castillo del Aguila, donde permaneció sumergido en la lucha que sustentaba.

La campana del relox del castillo marcó las doce, y en seguida despidiéndose de Pedro salió por la poterna.

Pedro quiso acompañarlo á palacio, pero Othon se escusó diciendo que le esperaba abajo uno de sus gentiles hombres.

Indudablemente, Leonelo estaba en la poterna aguardándolo ya.

El duque á su vista no pudo dejar de sentir un movimiento involuntario... Su corazón latía con una fuerza tal, que le obligó á decir á Leonelo:

—Sabeis, conde que mi corazón se resiste á acompañaros?

—Lo creo, señor, le contestó ... No hay uno que nos vaticine lo que nos puede suceder con mayor sinceridad y fé que el corazón, á veces.... Y sin embargo el mío al ponerse el otro día delante de V. A. R. no presagiaba que me iba á calumniar la muger misma que tantas consideraciones me debe... porque yo confiaba en mi buena comportamiento con ella. Pero la fatalidad ó la suerte, hace que todo tenga término en el mundo. Lo tuvo su cordura, y ahora lo ha tenido mi tolerancia y sufrimiento... Y quizá lo va á tener vuestra tranquilidad, pero no me culpeis á mí... Yo obedezco á causa mas poderosa.

—Tentado estoy por no acompañaros, conde.

—Sentiré tener que deciros una palabra para obligaros.

—Cuál!

—Permaneced señor en el propósito que formásteis antes, y abandonaos en las manos del destino... En vano es que lo rechaceis, si él está empeñado en luchar con vos... No anticipéis sus efectos, ostigándolo y provocándolo con vuestra repulsa... Ved que yo soy ahora un instrumento de que él se vale, para sus arcanos é inflexibles determinaciones.

El duque montó en seguida á caballo, sin proferir una palabra. Cuando habia cabalgado, dijo secamente á Leonelo:

—A la quinta del Recuerdo.

Este ser fantástico á quien llaman destino, y que los antiguos tenían tanta fé en su libro de bronce, donde estaba escrito lo bueno y malo, lo próspero y adverso, lo pasado, lo presente y el porvenir no es otra cosa, á nuestro entender, que la marcha de los acontecimientos, regidos por las causas naturales, que tiene que sufrir todo el que ecsista en la sociedad... porque la lucha del hombre con el hombre, es inherente á su organizacion.. nace indudablemente con él. La índole, las ideas la educacion y el talento son auxiliares ó enemigos de esta contienda, cuyos efectos nadie

puede alcanzar hasta que se manifiestan... en donde se prueba que el hombre vive para el mundo, no el mundo para el hombre... ¿Previo Dario que habia de besar las plantas á Alejandro? ¿Podia el sultan Bayaceto imaginar que desde su trono de diamante habia de servir de escabel á Temir, gran emperador tártaro, cuando este montaba á caballo sacándolo para el efecto de una jaula de hierro donde lo tenia-encerrado? Que atadas las manos lo habia de colocar debajo de su mesa cuando comia, sin darle mas alimento que las viandas que le arrojaba entonces? ¿Quéla desesperacion, en fin por tantas injurias le obligase á suicidarse rompiéndose el cráneo contra los hierros de su jaula?..

Demostrado esto en estos y otros ejemplos que todo ser perecedero está sujeto á las vicisitudes que el mundo encierra en sí... y que el destino no es mas que el curso natural de estas misma vicisitudes.

VII.

Ei enmascarado.

La poterna del castillo del Aguila Negra se habia ya abierto varias noches á una hora avanzada, sin conocimiento del alcaide de la fortaleza y sí para dar entrada á un hombre desconocido, que embozado en su capa, estaba algunos momentos dentro y en seguida volvía á salir.

La noche precisamente, en que nos hallamos, habia ido como lo practicó la ante-

rior. Demos una idea de esto.

Ei desconocido llegaba, daba un golpe en la puerta y se introducía en seguida en el cuarto del escudero que tenía á su cargo la entrada aquella.. No pasaba de allí porque su objeto entonces no era penetrar en lo interior de la fortaleza.

Parte de la conversacion que tuvo aquella noche con el escudero fué la siguiente:

—Conque efectivamente, tú no has podido averiguar que es lo que guarda el gran duque allá dentro?

—Os he dicho que no... Bien sabeis que mi encargo está reducido á guardar la puerta solamente.

—Ya lo sé... pero pudieras haber visto algo... conjeturar...

—Nada... Si lo hubiera visto os aseguro que lo sabriais, porque basta que la gran duquesa me lo haya mandado.

—Ya debes considerar que cuando ella se arrojó á venir hace dos noches conmigo á verte, le interesará esta aclaracion.

—Lo supongo.

—Te ha tomado bajo su proteccion, y puede hacer tu suerte... sacarte del estado

miserable en que aquí te ves hace tiempo. Ponerte en un auge, en una elevacion para ti desconocida. Servir asi á los grandes señores, nunca es obra perdida, al contrario, es un camino abierto á la felicidad. Y si no, dime... Si el gran duque, por desgracia, muriera y la duquesa quedase regente del ducado, te pesaria el haberte decidido á su servicio?

—Oh! ya lo creo.

—Pues ese es uno de los casos que pueden sucederte, y de las ventajas ciertas que te reportará tu obra. Amigo mio, el que sabe vivir en este mundo debe inclinarse á donde saque mejor partido.

—Es verdad.

—Ademas, que aqui no se trata de ninguna infamia, de ningun crimen. La gran duquesa como muger y soberana se muestra resentida, porque su marido le guarde un secreto que sabe ha confiado á otro, y que ella procure saberlo, no es delito, antes al contrario, está en su deber y se lo dicta su misma queja, fundada justamente; y que ella procure conseguirlo por todos los medios posibles, tampoco tiene nada de particular.

—Yo á quien temo es á monseñor Pedro... No podeis presumir lo que respetan y temen todos aqui á ese hombre.. Por lo cual dificulto que la gran duquesa pueda lograr su objeto.

—Oh! Tenga ella franca la entrada de esta fortaleza, que lo demas es menos.

El enmascarado se despidió del escudero, metiéndole al mismo tiempo en la mano unas cuantas monedas de oro.

En cuanto salió del castillo se dirigió á la quinta del Recuerdo.

La entrada le fue fáeil hasta la misma habitacion de la gran duquesa.

—Está sola, Imegarda? preguntó á esta el enmascarado.

—Si señor... Aun es temprano para que venga el otro.

El incógnito se puso en presencia de Ludomilia y quitándose la máscara apareció el príncipe de Marek.

—Solo por tí, querida sobrina, arrostraria yo los azares y peligros á que he hecho frente en los pocos dias que hace dejé mi castillo de Coimberk. Pero me llamastes con instancias... y efectivamente, conozco que ne-

cesitas de mis consejos y ayuda... Vamos á lo de ahora.... El escudero Warlock, encargado de la poterna del castillo del Aguila Negra, està propicio á franquearnos la entrada la noche que tú lo deseas. El oro es la mejor llave para abrir todas las puertas.

—Eso es lo que anhelo.. No sabeis cuanto es mi afan por descubrir le que el duque guarda alli.

—En cuanto á las tropas suizas que mandaba Otocaro, todas, por mi destreza, se han desertado, y el mariscal volverá solo á Ravensberg, sin que pueda oponernos otra resistencia que su persona.

Los Ludomistas, aunque al parecer abatidos, solo desean el momento oportuno para alzar la cabeza y mostrarse en todo su poder.. Sus filas están aumentadas considerablemente, gracias á mis esfuerzos y constante afan.

—Bien... pero no me habéis de eso.... habladme de mis asuntos...

—Y qué, estos no lo son?... Luego llamas tuyos los puramente personales... O mejor dicho los domésticos. ¿Quién ha podido persuadirte á que los unos no están enlazados con los otros... Que aquellos no son inhe-

rentes á estos... Sino calcula, reflexiona de qué te ha servido hasta ahora llamarte duquesa de Ravensberg. Qué has tenido y tienes, mas que un título vano, una posición falsa... una prerrogativa supuesta... ¿Qué eres ahora como esposa y soberana? Nada. ¿Qué has recibido como deber y holocausto de títulos tan sagrados y respetables? Desprecios, humillaciones abandono? Trátarte por todos como la última persona de la corte. Verte aislada, menospreciada hasta de tus cortesanos, consumiéndose de tedio y mortal tristeza en una retirada quinta. ¿Dónde está Ludomilia de Médicis? La duquesa soberana de Ravensberg? Qué se ha hecho de aquella muger altiva y hermosa, que circulando por sus venas la sangre ilustre de los Médicis podía decidir con solo una mirada de un reino entero?... Dónde se ve ahora oculta que nadie se acuerda de ella y no existe mas que para la soledad, ó el olvido? Acaso tan exenta se mira esta muger de recursos que no pueda alzar su frente otra vez imponente y orgullosa haciendo caer á sus plantas á sus contrarios?... Pues sí, es preciso que lo haga, por deber, por resentimiento y necesidad...

Por sacudir esta abyeccion miserable en que la han sumergido, para que deje de ser el ludibrio y la mengua de sus vasallos, para ver en fin, que si han podido menospreciarla indignamente, ella se eleva en medio de las sombras detestables de este abandono, y se levanta mas brillante, mas poderosa, mas temible aun.

A estas palabras el corazon de Ludomilia sentia animarse de furor y deseos de venganza.

—Repase esta desdichada, continuaba el príncipe, la serie de los acontecimientos que le han sucedido desde que se unió á su marido.. los hechos de estos últimos dias, y verá en ellos marcado el sello de la reprobacion, el sarcasmo y la humillacion. Juegan con sus sentimientos, con su sensibilidad, con su suerte, tres personas, poderosas. En el caso que le han puesto, no necesito repetírselo: lo que puede temer de ellos, tiemblo de recordarlo. El misterio que ecsiste entre dos de estas personas, lo preveo mortal para esta muger... y sin embargo la incauta no ha advertido que para cimentar este secreto, para cerrarla los labios y atar sus manos, la han ido condu-

ciendo con doblez y malicia... con toda la perversidad imaginable, hasta hacerla caer en una falta criminal, para ensu dia, si ella quiere levantar las voz y reclamar sus derechos, tapar su boca. Ah!... Tarde, por desgracia viene á iluminar mi mente esta luz sombría para conocer estrategia tan infame.... Ese plan hábilmente conducido, y que acredita hasta lo infinito la refinada política de la marquesa de Korvei..

Una llama eléctrica fueron las frases del príncipe para la razón de Ludomilia: todo lo profundo de su infortunio lo vió de repente.

—Ah! me han vendido!..

—Sí, te han vendido inicuaente, pobre desgraciada... Han traficado con la mayor ignominia con tu sensibilidad, y tu resentimiento..... Hasta con aquellos estímulos tan dulces é imperiosos que naturaleza inspira. Te sitiaron y aislaron... te cercaron al mismo borde del precipicio, para que no tuvieras otro recurso que arrojarte en él, para despues gozarse y reir en tus males. Han hecho lo mismo contigo que con el infeliz á quien encierran en un calabozo y le niegan el agua para despues presentársela emponzoñada y que no

tenga otro arbitrio que tragar el veneno que va en ella, porque su necesidad es extrema é incontrastable... Te han vendido con efecto, pero tan bajamente, que no hay ejemplo de una maldad tan refinada y execrable.

—Oh! venganza!... venganza!....

—Si, venganza.. justa, indispensable, espiatoria!. Venganza que te dicta tu deber, tu honor atropellado... Cualquiera pechero infeliz de la plebe levanta su cuchillo contra el que le ofende gravemente; y tú, duquesa soberana, hija de los Médicis, sobrina del primer soberano del mundo cristiano, ¿te dejaras tratar así sin manifestar que tienes sentimientos? Que posees un corazon bárbaramente herido?... No.. no lo espero de tí.... Me tienes para ello á mi: tienes á tus partidarios... y tienes por último los inmensos recursos que dicta la venganza, tu posicion te ofrece y el mundo te brinda. Empieza la obra por el cimiento... Echa este, fuerte, doble, indestructible para sobre él levantar el edificio de tu venganza, grande, colosal é inmenso. Los medios seran crueles, pero mayor es la ofensa, mas terrible es el agravio que impunemente te han hecho: vuelve los ojos hácia

ese hijo de la ignominia y el crimen, que duerme en la cuna... Contéplalo, y reflexiona que ese no es un arcano ya. Que tu marido sino lo sabè hoy lo sabrá mañana... ¿No concibes todo el horror de las consecuencias que pueden sobrevenirte si llega ese caso?... La menor es tu muerte... Pero medita las amarguras que precederán antes á esta muerte... Quiza la de presentarte ese inocente mutilado por la mano del verdugo, arrojándote á los pies su cadáver livido ó ensangrentado...

—Ah!

Ludomilia corrió á abrazar y besar á su hijo.

—Hijo mio! Hijo mio!... exclamó con entusiasmo y espanto.

—Pues bien, piensa en ese inocente, y si deseas su vida... solo su vida, cuando no librarle de la mengua y el vilipendio público que recaerá sobre tí con la venganza de Othon, no debes vacilar en adoptar mis determinaciones.

—Cuales?

—Toma...

Y sacando un pomo del bolsillo se lo presentó.

—Oh! no.. no... contestó Ludomiña.

—No?... pues bien... Acuérdate de mi última predicción... Quizá no se tarde en que el duque te haga sentir todo el peso de su cólera... En que te arrepientas de no haber seguido mis consejos.

Inmegarda entró á anunciar al señor Luitzpoldo.

—Me marchó, dijo el príncipe... Entrad caballero, entrad... añadió á este.. Me retiro como siempre, sin haber adelantado nada. No os pondré por cierto de intercesor para que la decidais á lo que la propongo... Los acontecimientos lo haran; con la diferencia que cuando ella se proponga adoptar mi plan, repito que podrá ser tarde.

El príncipe se puso la máscara y se dirigió á la puerta.

—Esperad, señor, dijo Luitzpoldo... sepa yo al menos...

—Nada... nada... Ella os lo podrá contar. Entretanto las circunstancias se complican... los enemigos crecen... Hasta el obispo de Munster se ha declarado por Othon y por consiguiente lo será vuestro tambien... Y cuidado con el tal obispo que es nuestro ve-

cino mas cercano... y mas temible tambien.. La suerte es que yo lo tengo cogido ya por mi cuenta... y mucho será si se meescapa.... Oh! trabajo le mando... En fin, no quiero ser mas molesto... á Dios, à Dios...

Y salió sin dar lugar á que le pudiesen responder.

Luitzpoldo no sabia qué opinion fundar sobre las palabras del principe.

—Por qué dice eso? le preguntó á Ludomilia..

—Su tema de siempre... Insiste en que me valga del veneno para.....

—Temes concluir la frase.?

—Sí... porque me horroriza la idea sola de delito tan execrable!

—Y en nada tienes tus padecimientos anteriores, tus ofensas pasadas, los temores presentes... y lo que puede ofrecernos aun el porvenir?... Ludomilia, ya es tiempo de que pensemos con juicio, y obremos lo mismo.

Y soltando su capa se sentò en un escaño junto á la duquesa pasándole el brazo izquierdo por la espalda.

Ludomilia lo miró con ternura y se sonrió mudamente.

—Recuerda, hermosa mía, añadió, lo falso y espuesto de tu posición... y los peligros que rodean la mía... A cada instante estamos temiendo el vernos descubiertos... Que sorprendan una palabra, una mirada, una seña... En los momentos presentes, aun en aquellos que mas placer y deleites nos ofrecen, en los que nuestro amor se embriaga en sus ilusiones, el menor rumor nos sobresalta y asusta... y todo es porque esta felicidad que la suerte nos ha proporcionado, no procuramos consolidar sus goces... Ludomilia, en el derecho de todo ser humano está ampliar su dicha lo que pueda y la sociedad le permita disfrutar... Aunque para ello sea fuerza luchar si al cabo se espera conseguir el objeto... Pero nosotros, qué esperanzas podemos tener? Una sola, sí, pero muy triste y amarga. El ser descubiertos y sorprendidos, y sufrir los efectos de la venganza justa de un hombre, á quien por necesidad tenemos que odiar, porque él ha de procurar lavar con sangre la ofensa que le hemos hecho.

—Pero á qué recuerdas eso?..... Siempre tienes las mismas palabras en los labios, cuando en estos momentos, únicos en que nos

vemos, solo debias pensar en mí y en tu hijo.

Un leve rumor sonó en la alcoba de Ludomilia. No se apercibió de él, porque estaba segura de que en aquellos momentos no habia alli nadie.

Ademas que un viento fuertísimo agitaba las puertas, y la duquesa no podia presumir que á aquella hora de la noche fuese otra cosa.

—Porque pienso en tí y en mi hijo, contestó Luitzpoldo, es por lo que te hablo así... En tí, porque te amo, y no disfruto de tus encantos con aquella libertad que debia, sino, ya lo ves, entre zozobras y temores, de noche, á horas inoportunas y continuamente azaroso y sobresaltado... Esto no es vivir, ni amar como mi corazon y mi cariño hácia tí lo ecsigen. Yo necesito estar continuamente á tu lado, respirar tu aliento.. embriagarme en tus miradas, adormecerme en el beleño seductor de tus encantos.. porque, Ludomilia, yo te adoro mas que á mi vida... y estar separado de tí es el tormento mas acervo é insufrible que puedo padecer.

—Y yo te amo como á la luz de mis ojos... como al aire que respiro, Luitzpoldo... Yo no

he sabido lo que es querer basta que te conocí, mi amor!. . Si vieras qué venturosa me considero con poseer tu corazón!... Qué orgullosa estoy de que me ames!... Me parece que toda la felicidad reunida se ha reconcentrado en tí, tesoro idolatrado . Si, porque yo te considero como un tesoro que la suerte me puso delante y he sido la venturosa en lograr su posesión.. Mira, te amotanto, Luitzpoldo, que mis bienes, mis títulos, mi corona... todo lo daría por tí... y hasta la vida también... Pero muriendo los dos á la par, porque dejarte vivo para que despues amases á otra muger, seria cruel insufrible, y solo el recuerdo me estremece... Oh! si me abandonáras por otra, me volveria loca... Loca de celos... Porque nadie en el mundo quiero que te ame mas que yo, consuelo de mi vida!

—Ni yo deseo mas amor que el tuyo tampoco.

—Tiernísimos y ardientes besos se prodigaban los apasionados amantes en prueba de sus palabras.

—Pero por lo mismo que nos queremos tanto, Ludomilia amada, debemos poner todos los medios para que esta ventura se per-

petue... para asegurar su estabilidad... No te anonada la idea de un descubrimiento?... De una separacion... y tal vez eterna?..

—Oh! no me lo digas...

—De vernos, quizá presos, aherrojados, cubiertos de baldon, de nuestros é ignominia?.. y á mi verme en un cadalso, sirviendo de objeto irrisible y ridículo á una muchedumbre soez!.. A un vulgo ignorante y bárbaro, que me juzgará con acritud y estupidez, solo porque mi delito no es otro que obedecer á una inspiracion tan natural como divina, que me ha dictado amarte?.. Que el verdugo arroje mi cabeza á esta muchedumbre sedienta de mi sangre, que la pisotearia y hollaria con sus pies, como al objeto de su mofa y su venganza.

Ludomilia á estas palabras miró atentamente á Luitzpoldo, y dando un grito de horror, escondió el rostro entre las manos de su amante.

—Ah!... Te persuades de la verdad de mis razones, continuó el jóven capitán. Conoces toda la estension de lo que tendríamos que sufrir... Esto es nada en comparacion de tus tormentos como madre y como muger.

—Sí... Sí!..

—Tu marido, duque y gefe de un estado, tendría que vengar horrorosamente agravio tan inaudito, hecho á su dignidad de hombre y soberano... á los sagrados intereses de su pueblo. Tu culpa no es únicamente haber manchado el tálamo nupcial... No es solo haber atropellado los deberes de esposa.... Es mas grave, mastrascidental.. mayor aun... Es vulnerar indignamente los derechos del trono de Ravensberg; haber traficado vilmente con los intereses de tus súbditos, presentándoles un hijo del crimen y del adulterio, diciéndoles á tu esposo y al pueblo á la vez: «Este es vuestro heredero... este es vuestro príncipe».. Y á la sombra del engaño y el misterio dar á un intruso, á un bastardo, la corona que nunca pudo pertenecerle, por que su nacimiento está basado sobre la ignominia y el baldon.

—Luitzpoldo! Luitzpoldo!... parece que no es tu hijo... que no le has dado el ser!...

—Ser, que mientras estemos asi, es un padron infame para él y para tí... A quien menos alcanza la culpa de este crimen es á mi... porque al cabo mi delito no es otro, que

haber rendido adoracion á un ídolo que, aunque vedado para mí, en su mano estuvo el haber acogido mis ofrendas ó no. Yó no he mirado en Ludomilia ni la esposa, ni la soberana... He visto solo la muger hermosa llena de atractivos seductores. Si le rendí mi corazón, ha pasado lejos de mi amor la especulacion, el interes y la elevacion... Mi orgullo solo se ha fundado en merecer sus favores, como muger, y ni lo mas leve le ha pedido como soberana. Pero ahora sí... ahora le exijo la seguridad de mi vida, porque soy padre, la de mi hijo que es suyo tambien.... y la seguridad de ella propia porque las tres las miro amenazadas por momentos.

—Y qué quieres que yo haga?

—Lo que te ha aconsejado el príncipe de Marck.

—Dios mio!

—Consideras tan fácil retroceder en la senda que vamos pisando?

—No... bien lo sé....

—Pues no te queda mas abitrio que seguir adelante... Atras no pienses volver ya.

—Estoy persuadida de ello.

—Pues para el efecto es fuerza atrope-

llarlo todo... O todo ó nada, Ludomilia., ¿Qué respondes? Elige: entre perdernos ó salvarnos está la decision.

La duquesa despues de reflexionar un momento, contestó con resolucion:

—Bien... haré lo que quereis.. Pero por tí solo, Luitzpoldo.. por tí... ni aun por mi hijo... La idea de perderte es mas cruel que la muerte!... Te amo con idolatria.

Los sensibles amantes volvieron á entregarse á sus dulces transportes... Ludomilia amaba á Luitzpoldo entrañablemente.

—Ven, mi dueño querido, dijo ella. Todavía podras descansar algunos momentos hasta el alba que te retiraras... Entre mis brazos gozaras las delicias de un sueño lisonjero, porque tantas noches de insomnio podrán alterar tu salud, Luitzpoldo mio.

Y cogiéndolo por la mano, se dirigió al lecho con él.

Las puertas del camarín de la duquesa estaban cerradas y cubiertas con un tapiz... Esta iba delante, pero al levantar la cortina, cuya punta tuvo Luitzpoldo mientras Ludomilia las abria, un grito de espanto que dió la duquesa le consternó.

En la puerta del camarín se presentaron dos embozados.

Luitzpoldo, reponiéndose, saca la espada prontamente y tira una estocada al que creyó mas prócsimo, el cual al pararla con el brazo derecho, se desembozó, y reconoció al gran duque.

—Me habeis herido, le dijo Othon con dignidad.

Pero Luitzpoldo no pudo acabar de oír las frases, porque un tercer embozado que estaba detras de los primeros, tirándole, en seguida que el hirió al duque, una cuchillada, le derribó en tierra mal parado.

Este embozado era el feroz Frugoni.

La duquesa al reconocer á Othon y ver á Luitzpoldo bañado en sangre, cayó sin sentido.

—Recoged á ese hombre y á ese niño, pronunció Othon!.. Conde, de la revelacion de lo que ha pasado aquí esta noche responde el puñal oculto del verdugo... No os digo mas..

—Soy caballero, señor.

—En cuanto á esa muger... dijo al oído á Leonelo... ¿No os parece bien que cuando

vuelva se encuentre sin su hijo y sin su amante?

—Lo que vos ordeneis.

—Sea, añadió el duque secamente.

Leonelo dió las instrucciones á Frugoni, el que arrastrando á Luitzpoldo fuera de la habitacion y cogiendo al niño debajo de la capa, salieron entornando las puertas.

Leonelo acababa de justificarse de la acusacion de Ludomilia, vengándose al mismo tiempo de su antigua amante.

VIII.

Dos engaños.

Serian las diez de la noche.

La soledad y el silencio mas profundo reinaban en torno de la casa de Conrado. La naturaleza comunicando á aquella hora un aspecto tétrico y aterrador á los objetos de la selva de Roden, manifestaba que tambien cambia su faz para aparacer imponente y severa al hombre cuando á ella le place.

Dos desconocidos se dirijian á la casa. Sus

T. II. 11. *Biblioteca popular gaditana.*

caballos caminaban con paso lento, y á su discrecion.

—Sabeis, monseñor, que ha sido empresa árdua atravesar la selva á esta hora? decia uno.. Os aseguro que no me tengo por cobarde, pero esta es una temeridad imprudente.

—Baron, hay casos tan árdulos que es necesario arriesgarlo todo. Sin venir por aqui á estas horas, no lograríamos... digo, no tendríamos probabilidad de conseguir lo que anhelamos

—Si lo esperais asi...

—Segun vuestros informes, aqui no se recibe á nadie .. y ello es fuerza, no solo que nos reciban, sino hasta penetrar dentro de la casa... Tengo ciertas noticias remotas de una familia de las campiñas de Ligen, á quien sin duda debe pertenecer la persona que sospecho... Traigo una apuntacion de sus nombrés... y de las circunstancias mas interesantes de su vida durante su permanencia alli. Un viejo molinero, contemporáneo del padre de la espresada familia, llamado Gerónimo, me facilitó los apuntes que retengo en la memoria, y mediante unos escudos de oro que le di lo he tenido, y tengo propicio á

todo, hasta para que nos prestase estos dos vestidos de molineros con que disfrazarnos.

—Y qué esperais sacar de esta visita?

—Mucho... Lo que vos no alcanzais... Quiza por aqui podamos ir descubriendo algo de lo que se oculta en el castillo del Aguila Negra.

—Muy lejos quereis ir, monseñor!..

—Y espero llegar á mi término. Es una mengua, una vergüenza para la nobleza de Ravensberg, que haya tantos años que se juega con ella de ese modo... Ya estamos convencidos de que siendo un secreto del duque debe respetarse en público; que no es justo atropellar por todo, pero ahí debe lucir la perspicacia palaciega. Una idea brillantísima darán los nobles de sus talentos si al cabo de dilatado tiempo, no han puesto en juego algun ardid para averiguar ese arcano.

—Respetan tanto á Othon.

—Oh! eso es falso. Lo que respetan, es el poco ingenio que poseen, y menor audacia todavia. A mí no creais que me conduce aqui esta noche eso. ¡Qué disparate! Yo ser curioso y á mis años!... Es otro el móvil que me guia. Servir á mi triste y desconsolada sobrina; á esa

desgraciada duquesa, víctima de las injusticias de su marido... ó quizá de su amor oculto, porque yo no dudo que Othon tiene un objeto que lo distraiga de sus obligaciones conyugales. Mi sobrino en eso es un tirano despiadado; y acusará mañana á su muger de que haya buscado otro corazon, faltándole el de su esposo á quien querer, y en quien depositar sus penas... Como si todo ser racional no necesitase á cierta edad amar... dar ensanche y latitud á esos afectos dulces y tiernos que, hijos del corazon, envuelven la lisonjera complacencia de desear hacer partícipe de ellos á uno de nuestra especie, porque en esta fraternidad, en esa recíproca correspondencia hay goces inefables y de mas que terrestre calificación... La naturaleza, sábia preceptora del hombre, promueve esas sensaciones, las multiplica y dicta el estímulo para satisfacerlas... y sin embargo tan lejos de tenerse esto en cuenta, pretende el hombre necio, comprimirlas, sofocarlas ò destruirlas, apoyándose en un derecho mentido, en una ley que él mismo ha formado... Ley parcial que hasta imagina lo autoriza para subyugar mas allá de lo posible, cual es, á una infeliz muger

á quien le hace sufrir todo el peso de su arbitrariedad y despego, á quien aborrece tal vez; privarla de que no pueda amar á otro, que ahogue ó destierre de su corazon sentimiento tan privilegiado, entretanto que él goza; se embriaga y adormece en aquellos estremos sensuales que imagina le están concedidos, por ese código absurdo y parcial que él propio ha redactado.

—En eso mismo convengo con vos.

—Sí, pero si os viérais en igual caso, yo estoy seguro, que no solo condenariais la conducta de la muger que os perteneciese, si se conducia asi, sino que hasta habiais de procurar castigarla.

—Monseñor, la sociedad ecsije ciertas injusticias...

—Que el hombre ejerce arbitrariamente. Estamos convenidos. Hasta ahí justificais mi opinion... y la duquesa al procurar tomar la represalia, usa de un derecho natural, aunque no esté autorizado. Yo la patrocino por deber y obligacion, y todo el que haga lo mismo no tiene que temer agravar su conciencia, porque al desvalido y abandonado es justo tenderle una mano de consuelo.

—Es un deber.

—Mientras que he estado desterrado de la corte, me he ocupado en las averiguaciones mencionadas... No he perdido el tiempo por cierto... Es muy precioso para desperdiciarlo como hacen muchos.

—Esta es la casa, dijo el baron de Co-
lemberg.

—Pues apeémonos de los caballos y atad-
los á algun árbol donde esten ocultos, porque
conviene hacerlo asi.

El baron obedeció, y volvió á donde el
príncipe de Marck le esperaba.

—Os advierto que me llamo Antonio y
vos Juan... El hombre que vive en esta casa
dicen que es un misántropo verdadero, y lo
que no haga la cortesía y hospitalidad, lo al-
canzaran el ardid y el engaño. Llamad á la
puerta.

El baron lo ejecutó, pero nadie respon-
dia.

—Volved á llamar mas fuerte.

A los repetidos golpes del baron salió
Brunon por la ventana alta que acostumbraba
á asomarse.

—Quién es? preguntó...

—Dos molineros de Ligen... contestó el príncipe.

—Y qué buskais á estas horas?...

—Traemos una noticia importante al señor Pedro...

—Aqui no vive ningun Pedro...

—Cómo que no?... Señor Pedro Martelo el molinero.

—Os digo que os engañais.

—Bueno! si no quiere escucharlas, mejor... Nos marcharemos, Juan.... Habremos perdido el viaje, y mas adelante él me buscará á mí, una vez que no le importa saber de sus cuatro hijos.

A estas palabras Brunon estuvo un rato indeciso.

—Esperad un poco, contestó; y cerró la ventana.

Breves momentos pasaron y la puerta de la casa se abrió, presentándose Conrado y Brunon.

—Señores, dijo el primero, no estrañeis que en mi casa se use tanta reserva y precaucion para abrir, porque despues de ser una hora ya avanzada, es mi costumbre tenerla cerrada á todo el mundo. Los motivos que para ello tengo.....

—Los sé demasiado, amigo Pedro... Mi hermano Gerónimo me los ha referido, así por encima. Ya sabéis la amistad que le unía con vos, y pocas cosas teniais ocultas uno de otro.

—Buen hombre, ved que os equivocais... mi nombre es Conrado, y yo no he tenido jamás intimidad con ningún Gerónimo.

—¿Conque no, eh!... Bien: entonces está demás lo que me ha encargado mi hermano que os diga de vuestros hijos.

—De mis hijos?

—Sí... dos hijas... Matilde y Beatriz... y dos hijos... Joaquin y Roberto...

Conrado á estos nombres enmudeció.

—Os diré, continuó.... Creo venis mal guiado, amigo mio...

—Bien... concedido... podran haberme engañado en los informes.. Yo busco al señor Pedro Martelo... Si vos no lo sois, toda conversacion inútil no es buena á esta hora, y en medio de un bosque... Las noches de setiembre no son muy gratas, y esta menos que otras... Quedad con Dios... Anda Juan.

—Esperad... Me ha ocasionado curiosidad los nombres de esa familia, porque yo

tengo alguna idea de ella... No eran molineros de Ligen.?

—Si..... hace, creo, unos diez y seis años... Mi hermano sabe la fecha justa... por que yo salí pequeño de mi casa y no he vuelto hasta ahora poco tiempo.

—Pero ¿sabes, Juan, que traigo una sed atroz! Como que salimos del molino casi de noche... y nos hemos perdido por la selva á riesgo de haber tenido un mal encuentro.

—Quereis agua... ó vino.?... Entrad aqui en el zaguan y bebereis; ó en la primera sala baja que es donde yo duermo... No me pareceis gente sospechosa y asi os franquearé la entrada de mi casa nada mas.

—Como gustéis... Descansaremos un poco y nos tornaremos á nuestro molino despues.

Conrado los dejó pasar y que Brunon los guiase. Entretanto él cerró la puerta y se guardó la llave.

Entraron, conducidos por el criado, en una habitacion baja donde solo habia una cama, una mesa, algunas sillas y un estante pequeño. Sobre la mesa se notaba una lámpara encendida y unos papeles.

—Sentémonos, dijo Conrado; y arrimó sillas junto á la mesa.

Así que tomaron asiento, tuvo lugar Conrado, á favor de la luz, para ecsaminar la fisonomia de sus huéspedes.

—Mucho nos mirais, amigo Pedro, le dijo el príncipe... Es sospecha que os infundimos ó es que nos habeis visto ya en alguna otra parte y quereis recordar donde?

—Ni es sospecha... ni es recuerdo que trato de atraer... Es costumbre que me ha quedado desde mis infortunios pasados. Estudió la fisonomia de los hombres con quienes hablo por la primera vez.

—Y qué os dice la nuestra.?

—Nada por ahora... veremos mas adelante.

—Con que habeis padecido infortunios, amigo Pedro.

--Dos veces me habeis llamado Pedro, despues de deciros que no es ese mi nombre, sino Conrado.

--Sea lo que querais... pero os advierto que si no sois Pedro, aqui estamos perdiendo tiempo y me voy.

--Ya seria falta de atencion. Os he hecho entrar en mi casa, cosa que no acostumbro con nadie, porque desearia saber de esa

familia que habeis nombrado. El gefe de ella era colocado mio tambien, y me alegraré tener noticias de su paradero.

—El de él se ignora... El de sus cuatro hijos tambien... pero el de su hija Matilde se sabe de cierto.

—Matilde!... No se cual de ellas seria la que se llamaba asi.

—Oh! ni su mismo padre la conoceria aunque la viese. Dicen que está hecha una moza bellissima. Dotada de tanta hermosura, como gracia, talento y sutileza, goza de un favor en la corte, extraordinario, de una popularidad inmensa. Es amada de todos; de la nobleza y pueblo.... pero de este último casi con adoracion. En una palabra, nadie nombra sin veneracion ni orgullo el nombre de la marquesa de Korvei.

—¿La marquesa de Korvei!!! prorrumpió Conrado sin acertar á contenerse... La marquesa de Korvei es Matilde Martelo?... Eh! eso no puede ser... Cómo es posible que haya alcanzado un favor tan grande? Adquirido una fortuna tan colosal!... Para haber llegado á esa altura, ¿qué ha hecho? ¿Qué méritos tenia contraidos, ni á qué persona podia habérselos debido?

—Al gran duque?

—¿A Othon!... Ella tambien?...

--¿Cómo ella tambien!!... preguntò el príncipe prontamente, notando el descuido de Conrado? Conque ya sabiais algo de esa Matilde?

--No... contestó el anciano disimulando. . Es que en mi tiempo... es decir, algunos años atrás, se decia que el duque tenia relaciones clandestinas con cierta muchacha de las campiñas de Ligen... y no fuera que esa Matilde que habeis nombrado, hubiese caido tambien en los lazos de su seduccion.

--Esperad... dijo el príncipe como si recordase algo... Puede que sea Matilde la que tuvo y tenga trato con Othon...

--No... no me parece que tenia ese nombre....

--Os acordais de él?

--No..

—En fin, sea lo que fuere, lo cierto es que esa Matilde se halla hoy en el palacio de Ravensberg bajo el nombre de madama Sofia, marquesa de Korvei y condesa del castillo del Aguila Negra.

—Condesa tambien?

—Oh! y del Aguila Negra... Es verdad que lo merece... porque en ese castillo se encierra un secreto impenetrable, que existe entre el gran duque y la marquesa... Secreto de tanta importancia que ha llamado la atención de la gran duquesa, de la corte, del pueblo, y es un objeto de novedad en todo Ravensberg.

Conrado pensativo y cabizbajo, parecia no escuchar lo que decia el príncipe.

—Y calculad si será de importancia, añadió Colemberg, cuando uno llamado Pedro tambien por masseñas, ugier de toda confianza de la marquesa y del duque, que habita en en ese castillo, debe tener ademas parte en el arcano porque ahora lo ha hecho Othon marques de Ligen. Y aun cuando simple ugier, tenia en la fortaleza una autoridad tan superior, que el mismo gobernador de ella estaba bajo sus órdenes. Se le llama Pedro el ugier, por que es el que guarda la entrada de la sala del Aguila.

Conrado tampoco contestaba... solo dirigia algunas miradas involuntarias á un manuscrito que tenia sobre la mesa, y que estaba repasando sin duda cuando entraron el baron

y el príncipe.

—Y ved, continuó el baron, si ese Pedro posee influencia para con la marquesa, que tiene una tarjeta para entrar en palacio á verla, con una seña particular en ella, y que yo poseo por una casualidad.... Mirad:

Y le mostró la hoja del libro de memorias, donde copió la cruz de la tarjeta de Pedro y las cinco iniciales.

Conrado fijó su vista en el pedazo de papel con sorpresa y emocion.

—Qué tal? preguntó el príncipe.

—Si.. contestó esforzándose, por aparentar indiferencia... Es una señal adoptada para el objeto que me habeis indicado... Eso nada encierra de extraño en los casos extremos en que dos personas tienen que entenderse entre sí, por necesidad y sin que lo comprenda nadie mas que ellos... Lo que me admira mas que todo eso, es que vosotros, simples molineros de Lingen, esteis enterados de las cosas que pasan en palacio, tanto como poseer hasta la copia de la tarjeta.

—Y qué os admira?..... Yo tengo un pariente empleado alli, contestó Colemanberg, y nos vemos muy á menudo...

—Y será de alta categoria, señores, añadió con cierta risa maliciosa Conrado, porque yo recuerdo que en una batida que hizo la gran duquesa en este bosque, estuve hablando con uno que se parecia bastante á vos... hasta en el eco de la voz... Porque yo me precio de tener buena memoria y de retener en mi mente todas esas particularidades.

—Eso es lo que no podré aseguraros, si era ó no mi pariente el que visteis. Yo creo que fué una tarde que se desmayó la marquesa de Korvei...

—Y qué nos importa á nosotros la marquesa ni su desmayo?... Ea, interrumpió el príncipe, volvámonos, que ya es tarde. Nuestro objeto no lo hemos logrado que era ver al señor Pedro y darle noticias de su hija, que esta quizá sabrá donde están los otros hermanos.. Y en fin sea lo que sea... vámonos ya.

—Amigo... como os llameis... añadió el príncipe; sin que este conocimiento altere en nada la costumbre que teneis adoptada en vuestra casa, nosotros nos damos por muy contentos con que tal ocasion nos haya proporcionado conocimiento tan grato..... y en cuanto podamos serviros, Antonio y Juan,

molineros de Ligen, lo haran con harta complacencia.

—Gracias, señores, gracias.

El principe y Colemberg se despidieron, persuadido el primero de que Conrado, sino era el que buscaba, tenia demasiado conocimiento sobre aquel asunto.

—Ya lo habeis escuchado, baron, le dijo despues de montar... Por el simple hecho que me contásteis de que la marquesa al desmayarse, la duquesa le sacó del pecho una cruz, la que al verla este hombre se enagenó tambien, os dije que la cruz de la marquesa es la copiada en la tarjeta, y que ese anciano ha visto en esa señal un recuerdo funesto para él que coincide formalmente con la marquesa. Este viejo, en fin, podrá en su dia ser muy útil á mi sobrina si esta sabe conducirse con tino y prudencia. No, no se ha dado el salto valde.

Los dos siguieron su camino, y cuando llegaron á ciertos sitios se separaron, despidiéndose hasta el dia siguiente, donde se verian en el sitio que acostumbraban á hacerlo.

IX.

Madre y amante.

Leonelo y el gran duque, despues que salieron del castillo del Aguila, se dirigieron á la quinta del Recuerdo. Leonelo, ya práctico en las noches anteriores, hizo meter al duque en la barca del pescador y que se situaran en frente de la puerta que caia al rio.

A poco rato vieron llegar un barco con dos hombres. Uno, embozado en su capa, salta

T. II. 12. *Biblioteca popular gaditana.*

en tierra, y entra por la puerta indicada.

El duque, al notarlo, hizo un movimiento de indignacion, pero Leonelo le habia esci-gido la prudencia y moderacion hasta su tiempo.

La barca en que estos iban se aprocsimó á la orilla y saltaron en tierra Leonelo y el duque.

Llegan á la puerta por donde el embozado habia entrado y la encuentran cerrada por dentro... Leonelo dá un golpe con la empuñadura de su daga, y la puerta se abre apareciendo dos hombres.

—Frugoni... ven con nosotros, dijo el conde... Tu Venneti ya sabes lo que debes hacer... no dejes entrar ni salir á nadie por esta puerta.

—Descuidad, monseñor; contestó con un acento feroz y ronco.

—Ya estará arriba, eh?. preguntó Leonelo á Frugoni.

—Lo he seguido hasta casi el pie de la escalera... Pero, monseñor, yo hallo por oportuno que Venneti nos siga mejor que quedar aquí. La puerta del rastrillo del jardin se cierra por la parte interior y nadie puede introducirse en la quinta ya.

--Es verdad, dijo Leonelo.. guia, Frugoni.

Los tres siguieron al genoves que con la daga desnuda iba á corta distancia de ellos por una de las sendas del jardin.

Llegan á una puerta de verja de hierro, que era la que dividia el jardin de las habitaciones y demas dependencias de la quinta.

--Hasta aqui, señores, dijo Frugoni he guiado con acierto porque el jardin lo tengo medido á palmos... pero en el interior de esta casa es menester que lo haga otro que esté mas práctico que yo, que no la he pisado en mi vida.

--Yo lo haré, contestó el duque. Seguidme.

--Pero sepamos á qué atenernos, repuso el genoves con audacia, porque yo no acometo estas empresas para andar con melindres, ni desempeñar un papel triste en ellas. ¿Se quitan los estorbos que se vayan encontrando al paso, ó qué hacemos?

--Solo hareis uso de las armas en un caso extremo, que no lo espero, y pueda peligrar nuestra vida, contestó el duque.

--Vaya pues: replicó el genoves, con cierto desden.

Frugoni es sabido que estas empresas nunca le gustaba concluir las *friamente* como él lo llamaba; es decir sin tener que usar de la daga ó la espada.

--Vamos..... ya veo, murmuró entre dientes á Venneti, que este es negocio de poco ruido.

--Si, contestò el veneciano... y tan poco como hay que hacer... Anda de puntillas y no suenes los tacones de las botas.

Atravesaron una larga galería, y llegando cerca de la escalera ven bajar por ella un hombre embozado.

El desconocido quedó detenido un poco al ver aquellos hombres y á tal hora, como dudando si bajaria ó retrocederia.

El duque y los suyos se pararon tambien á esperarlo en la esquina del primer ángulo de la galería, por donde precisamente tenia que encontrarse con ellos.

El incógnito se decidió al fin á bajar.

Con paso receloso, y sobre aviso, se dirige á aquellos cuatro embozados.

El duque se adelanta á recibirlo, pero el desconocido á una distancia proporcionada se detiene y pregunta:

--Quien va?..

--Quien puede: contestó Othon con resolución.

--Eso es lo que dudo, caballeros... repuso el estraño... Nadie puede ir á esta hora y de tal modo dentro de un recinto real y estando habitando en él uno de sus soberanos.

--Y porqué vais vos, y hasta enmascarado? le preguntó el duque:

Una lámpara colgada en el ángulo, derramaba su luz sobre el desconocido, de modo que dejaba ver perfectamente su talle y rostro enmascarado.

--Sirvo en ello á mi duque, contestó. La mision misteriosa que me trae á esta hora por aqui, algun dia conocerá Othon su importancia.

El duque quedó un punto callado: pero se aprocsima á Frugoni y le pregunta:

--¿Es este el hombre que vistes entrar antes?..

--No señor.... le contestó el genoves. Este trae capa negra y el otro roja. Este lleva un sombrero de ala tendida, y aquel una gorra con una pluma... No es él de ningun modo.

Othon se aprocsimó algo mas al desconocido, diciéndole:

--Pero el objeto vuestro, os está encomendado por el duque.?...

—Acabemos, repuso el incógnito con impaciencia... tened la bondad de acercaros.

Othon lo hizo sin recelo.

—Estáis perdiendo un tiempo precioso, señor, le dijo en voz baja. Ya sé el objeto que os conduce aquí. Habeis destruido mi intencion, porque yo iba á conducirlos aqui mañana la noche. Mas ya que os habeis adelantado, subid; encontrareis la puerta cerrada, pero con cualquier pretesto os la abrirá el ugiere que la guarda... Los dos amantes estan en este momento entregad ; á sus dulces transportes, guarecidos, á su entender, del descuido y la soledad.... Las habitaciones de la gran duquesa son el receptáculo de sus criminales deleites... Os he dicho bastante... Quedad con Dios.

—Pero ya que me has conocido... dime quien eres.

—No os empeñeis en saberlo, porque no puedo dejarme reconocer, y el ruido y el escándalo no os convienen ahora de ningun mo-

do... Al contrario, por reconocerme inutilizábais el justificar la deshonra que cubre vuestra frente hace ya tiempo... Si perdeis esta ocasion quizá no volveréis á lograr otra... porque Ludomilia es una muger tan sagaz como hermosa. No creo que me tomareis tampoco por vuestro rival, porque este se introduce aqui por una puerta falsa que dá á la ribera del rio y yo entro y salgo por la principal. Conque, duque Othon, sed prudente, y no perdais lo mas por lo menos, lo esencial por lo inutil... Dejadme ir, y no desecheis mis consejos, que se hace tarde para vos.

—Id con Dios: dijo el duque con resolucion, despues de una leve reflexion.

Othon creyó reconocer la voz y el estilo del embozado.

Este torció el ángulo hácia la derecha, y desapareció con admiracion de todos.

Leonelo en particular no podia comprenderlo. Tales palabras calculó que le habria aquel hombre dicho al príncipe, que al cabo se decidió á dejarlo partir.

El duque se dirigió á los suyos, y prorrumpió:

—Marchemos...

Leonelo no se atrevía á preguntarle nada, mucho mas cuando Othon guardaba silencio sobre lo que acababa de departir con el enmascarado.

Suben la escalera, y al llegar arriba sucedió lo que el incógnito les habia advertido. La puerta estaba cerrada.

Aquello disgustó sobre manera á Leonelo, porque consideró perdido para él todo lo que hasta alli habia hecho y combinado.

El duque quedó detenido:

—Qué hacemos, conde?. No contábamos con este impedimento, á pesar de que ese hombre enmascarado me lo acaba de advertir.

—Es cierto, señor. Y por mi vida que es de mas importancia que lo que parece.

—De ninguna... añadió Frugoni, y si no vereis.

Y diciendo esto dió un porrazo en la puerta con la espada.

—Qué haces? dijo Leonelo...

—No quereis entrar, monseñor?. Pues entraremos.

—Pero quiero hacerlo sin ruido y sin escitar sospechas.

—No habrá escandalo.. Ruido tampoco será mucho.. Toma mi capa Venneti... Dejádme hacer.

Y volvió á dar otro golpe en la puerta.

A este segundo se oyó la voz de un ugier que preguntó desde dentro:

—Quién es? . .

—Abrid pronto.

—A quién?

—A mí.

—Y quién sois?

—Un enviado del duque, que traigo un pliego urgente para la gran duquesa sobre el bautizo del príncipe recién nacido.

A estas palabras la puerta se abrió.

En cuanto Frugonisintió quitar el pestillo y moverse la puerta, empujarla violentamente, entrar, coger al ugier del cuello y presentarle la punta de su daga desnuda sobre el corazón, diciéndole:

—Silencio ó te atravieso el alma; todo fué obra de un instante.

El ugier sobrecogido en extremo, no tuvo lugar ni aun para advertir que tenia delante cuatro hombres, como por encanto.

—No mas: dijo Othon desembozándose,

y dándose á conocer del ugier, el cual temblando, cayó á los pies del duque sin poder hablar.

—Por esta puerta ¿no acaba de entrar un hombre antes que nosotros? preguntó con severidad.

El ugier no acertaba á responder.

—Señor... perdonadme... yo no tengo culpa....

—No es eso lo que te pregunto... Sino si es verdad que ha entrado un hombre.

—Sí, monseñor.

—Hacia dónde se ha dirigido?

—Hacia las habitaciones de la derecha.

—Hay mas vigilantes en ese corredor?

—Ninguno: la doncella Inmegarda y yo somos los únicos que vigilamos.

—Dónde está Inmegarda?

—En la entecámara de la señora duquesa.

—Conde, dejad un hombre en esta puerta.

Venneti quedó guardándola.

—Vé delante, continuó el duque al ugier. Vas á llamar con sigilo á Inmegarda y que salga á la puerta de la cámara. La dices que yo la espero fuera... pero se lo diras sin meter rui-

do... sin ninguna seña que indique inteligencia ni prevencion... y la añades que al mas leve aviso que dé á la duquesa, á la menor indiscrecion que cometa, entro en la habitacion y acabo con ella despiadadamente.

—Obedeceré puntualmente vuestras órdenes, señor.

El ugier se dirigió á los aposentos de la duquesa. Othon, Leonelo y Frugoni lo seguian de cerca.

Llamó el ugier suavemente á una puerta. Inmegarda así que se presentó en ella, y él la enteró de lo que habia, quedó petrificada.

Asomó la cabeza á la puerta y se convenció de la verdad, viendo á los tres embozados á corta distancia, y que uno de ellos se venia hácia donde estaba.

Pero mayor fué su temor, cuando conoció al duque, en la voz que le dijo imperiosamente, aunque bajo:

—Acércate.

—Inmegarda, temblando, no acertaba á dar un paso.

—Señor... perdonadme... dijo arrojándose á los pies de Othon.... Yo no soy delincuente... Me mandan callar... y yo, qué que-

reis que haga?... Temo por la vida de mi pobre padre... y así...

—La vida de tu padre!... Pero no perdamos tiempo... Ya aclararemos eso mas adelante... dime ¿dónde está la gran duquesa?

—Señor...

—Acaba... acaba... Dónde está?...

—En su cámara...

—Sola?

—No señor...

—No tiene su habitación una puerta que dá á su camarín, y esta otra á las habitaciones interiores?

—Si señor.

—Y las damas de la duquesa?

—Todas duermen.

—Bien. Guíanos á la habitación mas próxima del camarín con recato y silencio.

Inmegarda obedeció, y el duquese encontró en la puerta que abrió Ludomilia cuando conducia á Luitzpoldo á su alcoba.

Lo que Othon padeció, colocado en aquel sitio escuchando el diálogo de la duquesa y su amante, no es imaginable. Mil veces estuvo á punto de salir y acabar con ellos á pu-

ñaladas, pero Leonelo lo contenía aconsejándole que la venganza y el desagravio, cuanto mas justos deben procurarse por medios razonables y que den opinion al ofendido.

Ademas que tenia en su mano sobrados arbitrios para conseguirla, y él no lo habia conducido allí para que se vengara, sino para desengañarlo.

Frugoni se hallaba en la misma alcoba que el duque y Leonelo; pero guardando la puerta opuesta donde estaban estos, que comunicaba con el interior, no pudo oir ninguna de las palabras de Luitzpoldo y Ludomilia. Casi ageno á lo que habia pasado allí, solo se aproximò al duque y al conde, cuando estos, entrando en la cámara de la duquesa, cenoció que ya no habia necesidad de guardar la otra puerta; y llegando precisamente cuando Luitzpoldo acometió á Othon, Frugoni no esperó á intimaciones de nadie y dió al capitan la cuchillada que le derribó; y hubiera hasta acometido á la duquesa, á pesar de ser muger, si esta hubiese hecho el menor amago contra el conde ú Othon.

Despues que los tres salieron de la habitacion, el duque mandó que Frugoni y Ven-

neti condujesen á Luitzpoldo, vendándole antes la herida que tenia en la cabeza, la cual no era de consideracion pues no le alcanzó mas que la punta de la espada del genoves.

Luitzpoldo cuando lo bajaron al jardin iba ya en su acuerdo, pero entre Frugoni y Venneti difícil era que se pudiera escapar.

Frugoni lo llevaba sujeto con su formidable mano por detras, y sus dedos de hierro penetrando por entre el cuello y la tela de la almilla, que era por donde lo tenia cogido, se creía el amante de la duquesa asido por una fuerza aterradora y extraordinaria.

El genoves empuñaba la daga desnuda con su mano derecha.

—Digo, mi dueño; fueron las primeras palabras que profirió á Luitzpoldo cuando estuvo en estado de comprenderlas. Creo por demas repetiros que sois un raton que ha caido en nuestras manos... Las mias son algo pesadas... pero tambien prontas... Digo me parece que os acabo de dar una prueba arriba. Con que presumo que tendreis juicio y no dareis lugar á una majaderia... porque lo que es yo... estoy encargado de vuestra persona, y vivo ó muerto os pongo en el sitio que me indiquen.

Luitzpoldo miró á Frugoni á la luz de la linterna que llevaba Venneti, y se espantó de ver su fisonomia.

En seguida bajó los ojos y no contestó una palabra.

Lo metieron en su barca, la cual notó que estaba sola y sin el hombre que la conducia todas las noches.

Leonelo tomó al niño debajo de su capa, y montando á caballo él y Othon, se dirigieron al castillo del Aguila Negra.

Á poco mas de una hora llegaron á él Frugoni, Luitzpoldo y Venneti.

El duque al salir de la cámara de su esposa, se llegó á donde estaba Inmegarda, sola y esperando el término de su vida... Esta al verlo se puso de pié, sin poder sostenerse apenas, pero mas se asustó al oír que Othon le dijo:

—Vé y socorre á tu señora, que lo necesita... Que ninguna dama de honor penetre en su habitacion sino tú. Entra, enciérrate con ella, y aun cuando la misma duquesa quiera salir, no lo permitas... porque los ugières se lo impedirán y esto seria humi-

llante y vergonzoso para ella. Antes del alba yo habré dispuesto de su destino y el tuyo.

Estas últimas frases hicieron una profunda impresion en Inmegarda.

Ludomilia volvió en sí, y al abrir sus ojos no distinguió mas que á Inmegarda á su lado que tenia colocada su cabeza sobre las rodillas.

La pobre muchacha lloraba desconsolada, al ver el estado de su señora.

Porque Inmegarda aunque colocada, como sabemos, al lado de ella para espiarla por dictámen del príncipe de Marck, habia cobrado afecto á la duquesa y contaba al príncipe, por cumplir con él, menos de lo que veia en Ludomilia.

A tornar esta de su desmayo notó que un silencio profundo la rodeaba. Aquella calma sombría tenia un carácter sumamente aterrador para Ludomilia. Una lámpara lejana que comunicaba una luz opaca á la habitacion; ella tendida en el suelo y solamente apoyada su cabeza sobre una muger que, triste y acongojada, la contemplaba sollozando; el ruido del viento que zumbaba fuertemente, la hora... la zozobra que agitaba á su cora-

zon... todos eran motivos á cual mas tristes para justificar su suerte... para persuadirla de lo infausta que era.

Lentamente pudo incorporarse ayudada de su doncella... Fija la vista en los objetos que se le presentaron, y advierte la capa, la gorra y la espada de Luitzpoldo, esparcidas por el suelo.

Busca al dueño de ellas... al que lo es de su corazon... pero inútilmente... La soledad y el abandono es lo que halla nada mas.

Aquello tiene toda la idea de un sueño pasajero... de una memoria lisongera... pero fugaz, rápida, veloz.... y de una mortal realidad al despertar de ella.

¿Qué se ha hecho de aquella dulce y sin igual complacencia que habia experimentado pocos instantes habia?... De aquel consuelo celestial, de aquellos goces hechiceros que difundia, por su corazon, por todos sus sentidos, la imagen, la voz, el contacto de Luitzpoldo?. Nada ecsiste ya... Pues qué, ¿puede trocarse asi en un punto la dicha, el placer, la ventura mas inefable, por el dolor, la amargura y la desesperacion?... Sí, por que el dolor y la amargura que experimenta Ludomilia va á su-

ceder el despecho mas acervo.

Al contemplarlo variado enteramente el cuadro de su felicidad... á la memoria de que Luitzpoldo estaba ya perdido sin remedio y por su causa, un llanto copioso acudiò á sus ojos.

Hasta entonces no conoció la duquesa cuanto era el amor que experimentaba por él. Lo que costaba al corazon querer con sinceridad y perder el objeto de sus ilusiones.

Esta muger verdaderamente infeliz... esta victima de la fatalidad, tenia aquella noche que experimentar el último golpe... Trance cruel, que no hay pincel que pueda trazarlo con la ecsactitud que ecsije... con la verdad que encierra en sí!!.

—Con que lo han preso... ó han acabado con su vida!. Nada sabes de él, Inmegarda? dijo Ludomilia estremadamente afligida.

—Por quién me preguntais, señora? repuso la doncella ahogada en llanto...

—No te haces cargo? No ves su capa y su espada.

—Ah! me hablais del caballero Luitzpoldo... No lo he visto, no sé en que ha terminado esto.

—Pero efectivamente era el duque?... Por que me parece que ha sido un fantasma aterrador que ha cruzado por mi mente .. Un espectro horroroso que se ha interpuesto entre mi dicha y la penalidad que me atormenta ahora.

—Ojalá que no hubiera sido!... Si señora, era el duque... Le ví y le hablé... Me mandó encerrarme en mi habitacion hasta que él me avisara... como efectivamente lo hizo para que viniera á estar á vuestro lado, de modo que cuando salí para obedecerle ya no he visto á nadie mas que él y su compañero.

—Y conocistes á este?..

—Si no me engaño es el enviado de Ferrara.

--Leonelo!!

--El mismo. El que se llamaba antes Mastropetro.

--Si... sí,.. Ya lo veo! Lo comprendo todo! Ese hombre incesorable me persigue sin cesar... Se ha declarado mi enemigo irreconciliable... Ah! demasiado terrible es su resentimiento... Harto cruel su venganza!...

Ludomilia á un solo golpe que hirió su

reflecion conoció que todo se lo debía á Leonelo... pero se equivocaba. Leonelo era solo una de la primeras piezas de aquella máquina. Le tocaba una parte en la ejecucion, pero otro era el que ocultamente la movia... el que jugaba á su arbitrio con los sentimientos y los afectos de todos.

Nunca hubiera Leonelo sabido que Luitzpoldo visitaba de noche á la duquesa en la quinta del Recuerdo, sino le hubiesen avisado por medio de un anónimo, cuya letra no pudo conocer.

La duquesa fijaba su atencion en el blanca que tenía mas prócsimo, en el objeto que resaltaba mas á sus ojos, y ni aun remotamente podia preveer á donde debía dirigir sus quejas y agravios. La cadena estaba bien eslabonada segun la opinion del artifice que la habia fraguado. El príncipe de Marck creia enredados á todos en ella, y él, estando á salvo, tenía el cabo para que ninguno se le pudiese escapar... Pero se equivocaba. El lazo estaba mas en falso que él se figuraba, tenía uno de sus mayores hilos desprendidos, y debía, á su tiempo, quebrarse para no volverse á anudar mas con sus intrigas.

La infeliz é incauta duquesa entregada á sus tristess sinsabores acordóse que no le quedaba en aquellos momentos crueles mas que un consuelo. Dirigese en pos de tan bienhechor recuerdo á su camarín, penetra en él, pero un grito agudo y desgarrador que hirió los oídos de Inmegarda no le dejó duda de que la duquesa habia tocado uno de los extremos del dolor.

Ludomilia sale despavorida, pálida y sus labios convulsos y casi lívidos... Sus ojos queriendo abandonar sus órbitas y girando con espanto y horror, buscan un objeto por la estancia... Objeto adorado... joyainestimable y de estremado valor para el corazón de una madre!

—¿Y mi hijo, Inmegarda!! ¿Y mi hijo!!! pronunciò con un acento tan vehemente y desesperado que hacia conmover y temblar al que lo escuchaba. También me lo han quitado? Quién ha conferido tal autoridad á esos bárbaros? A esos hombres crueles y despiadados. Es mi hijo! El hijo de mis entrañas! Nadie tiene derecho á él mas que yo... Es cierto que es fruto de un crimen... la concepción de un adulterio... el testimonio irrefragable

de un delito que me han obligado á cometer... Pero soy su madre! Es mio... Y quién es el inicuo que arranca un hijo á las caricias de su madre?... ¿Por qué no me han dado mil muertes, primero? porqué no han vertido toda mi sangre gota á gota? Todo hubiera sido nada como me hubieran dejado al hijo de mi amor... á la prenda de mi vida!!

La desventurada duquesa escitaba, el escucharla, horror y compasion. Su acento era tan profundo y sensible, que Inmegarda retraida en un rincon de la estancia no hacia otra cosa que mirarla, llorando amargamente.

Ludomilia se paseaba fuera de sí... Revolvía todos los muebles de la cámara dando furiosos gritos llamando á su hijo.

Pocas horas antes habia dicho á Luitz-poldo que amaba á este mas que á él... pero era falso... El corazon de una madre no conoce lo que adora á un hijo hasta el momento que lo pierde... Y del modo que acababa de suceder á Ludomilia, era mas terrible aun la pérdida.

La razon de la duquesa empezaba á trastornarse, en términos que Inmegarda tuvo miedo.

—Si, decia, en su raptó de desesperacion: me lo han quitado para vengarse en él de mí... para derramar su sangre!!.. Han sorprendido mi secreto, y Luitzpoldo tenia razon... Me lo arrojarán ensangrentado á los pies... mutilado por la mano del verdugo... Ah! sí... sí!!... Lo veo... Allí está!!.. mi hijo!! hijo mio!.. Su sangre!! su sangre inocente!.. Ay! no... no!.. Asesinos!! ¿no os mueve á compasion!.. Otra vez! otra vez!!... Basta! Basta! apartadlo de mi vista!!

Y dando descompasadas voces se cubria el rostro con las manos, como para no presenciar espectáculo tan horroroso.

Luego calmándose un poco, proseguia..

—Pero Luitzpoldo lo salvará.... Sí.... Acaso no es su deber?... El me ama... me adora... y á su hijo tambien.... Me lo pondrá en los brazos sano y salvo... porque es su padre... su padre... y un padre no puede permitir que maten á su hijo.

De pronto se sentó y quedó con la vista fija meditando sobre alguna nueva idea.

Sus ojos se secaron repentinamente... y aunque su respiracion era agitada, solo unos profundos y ahogados suspiros se escapaban

de su pecho... Parecia que habia concebido un pensamiento nuevo y consolador... Igual al mar borrascoso, y á quien un huracan violento agita fuertemente, y de pronto una calma bonancible le torna todo el realce y hermosura que le daba la tranquilidad apetecible y envidiable que disfrutaba anteriormente.

—Sí... no debo desconsolarme tanto, decia con sosiego y enteresa... Me arrebatan mis objetos mas caros, para anonadarme, abatirme y hacerme presa del dolor, y despues á su salvo levantar el odioso edificio de su venganza sobre mi propia desventura y humillacion.. Oh! no será, por la sombra de mi padre... Aun tengo medios para vengarme y triunfar... Este abatimiento ha sido pasagero.... Procuremos borrar todas las huellas que pueda haber dejado en mi corazon... y ahoguemos sus mayores sentimientos para sobreponerme á mí misma. ¿No soy Médicis? No soy soberana de Ravensberg! Esta dignidad nadie me la puede quitar. Es cierto que el duque me amenazó hasta con la muerte, pero aun cuando los muros de sus calabozos sean tan espesos como su venganza le dicte,

yo alzaré mi voz, será oída de mis vasallos y haré ver la injusticia é infamia de mi marido. Patentizaré que el soberano que tiraniza á su infeliz consorte, no puede ser padre desus pueblos, y que con el dolo mas inicuo me ha hecho ser delincuente, para juzgarme despues con impiedad y deshacerse de mí por un medio tan inicuo como denigrante... Que no me ha amado nunca, que siempre me ha aborrecido... y que me ha engañado, como á sus vasallos, por que cuando se unió á mí, sostenia un trato clandestino... y lo conserva aun. El príncipe de Marck me ayudará y estoy segura de que triunfaré... Pedirá su divorcio, y yo lo aceptaré gustosa como recobre á mi hijo, porque con él y Luitzpoldo podré ser feliz en cualquiera parte.

Y quién sabe si antes, continuaba, no me podré vengar de él por otros medios que le sean mas sensibles... Oh! no perdonaré nada por conseguirlo... y siento ahora no haber adoptado el parecer del príncipe de Marck. Bien me lo dijo.

Ludomilia volvió á cobrar aquella energia y fuerza de carácter que le era peculiar. Tan cierto es esto, como que la fuentes del cora-

zon agotadas por un pesar agudo, brotan dos extremos opuestos que deciden al desgraciado mortal que los abriga. Un sentimiento perenne abate, anonada... debilita nuestro ser, y al cabo mata enteramente... O bien en sentido opuesto se torna en un resentimiento furibundo é inestinguible que anima, estimula engrandece y robustece el ánimo, produciendo la sed de una venganza inaciabable que con nada se satisface, si bien funda su complacencia en la desolacion, las lágrimas y el esterminio, no solo de los que cree enemigos, sino á veces de los mas indiferentes; porque su corazon ya no siente ningun asomo de sensibilidad; porque el pesar que le hicieron experimentar fué tan grande que agotaron la suya, y no dejaron en su alma otro lugar mas que para que se albergue el deseo de su venganza.

Es verdad que para esto último se necesita poseer un ánimo á toda prueba, una constancia privilegiada que pueda sufrir, que se muestre impasible á los padecimientos, é igual á la roca que resiste imperturbable en medio del mar el impetu de las olas; que llegan á ella amenazantes é imperiosas, pare-

ce que van á destruirla, se estrellan contra aquella masa impertérrita, y se la vé elevar despues su cuello erguido mas allá que la superficie de las aguas arrogante y orgullosa. Para decidirse á ahogar en el corazon un sentimiento desgarrador... un pesar que se enseñoreó de él tan cruelmente, es necesario ser de tan superior naturaleza que casi parece imposible quepa en un ser humano.

Y sin embargo estos ejemplos se reproducen con frecuencia. Un hombre á quien hacen, no un agravio, sino á quien causan un pesar que le devora y destroza el alma, parece fuera del órden regular que estando dotado de una sensibilidad tan exquisita como la que ha demostrado, se torne despues en duro, inflexible y hasta sanguinario. Parece que lo natural fuera que mientras no se ecstinguiera de su mente idea tan triste se doblegase al pesar y al sentimiento. Pero lo vemos en sentido opuesto sacudir aquel afecto tierno, para dar lugar á todo lo contrario; á actos inhumanos y á veces de estremada barbarie.

Ludomilia reunia infinitos elementos para que esta reaccion en ella fuese temible. Combatida continuamente del desprecio y el

abandono de su marido, ajado su amor propio del modo que no perdona jamas una muger... si alguna vez la concedió un remoto favor, fué valiéndose ella de artificios y engaños. Despues la trataba como un juez inflexible, y hasta se creia con derecho á atentar á su vida para castigarla... ¿y por qué delito? Por que ella ha procurado curarse con otro de la indiferencia, el despego y las humillaciones que aun sufría?

— Por último le quitan el amante y le arrebatan su hijo.

Ludomilia se decide á imitar á la leona á quien roban del antro sus cachorros, no á la tímida oveja que bala acobardada en el redil porque ha perdido á su cordero.

Unos pasos precipitados de varias personas, se oyeron fuera de la habitacion donde estaban la duquesa é Inmegarda.

Los que eran se pararon y llaman á la puerta.

— Abre, Inmegarda, dice la duquesa con serenidad.

La doncella obedeció, y se presentan á la puerta el consejero Biling y varios pages y es-

cuderos armados de la servidumbre de palacio.

—Esperad á fuera, dijo el consejero á los que le acompañaban.

Despues dirigiéndose á la duquesa;

—Me permitireis, Señora? Le preguntó.

—Pasad, consejero, pasad... contestó Ludomilia con calma. Aun es de noche y me estraña en verdad esta vista tan intempestiva.

—V. A. R. no deberá desconocer el motivo que me conduce, sí, como lo creo, recuerda los acontecimientos ocurridos aqui esta noche... los que le suplico me ahorre el tener que referírseles.

—Ola! tambien estais enterado de ellos?

—Señora.... ya sabeis que el duque me honra, como ayo suyo, con tener en mí entera confianza.

—La que pudierais haber empleado mejor en mi obsequio, advirtiéndome que me engañaba, que tenia entregado á otra su corazon cuando se unió á mí... Pero se me escogió por todos los que estaban en el arcano del castillo del Aguila Negra para cubrir las apariencias, para presentarme al pueblo y á la Europa como un objeto que sirve para deslum-

brar al que lo observa, y despues á su sombra proseguir satisfaciendo ecsigencias indebidas á costa de mis sufrimientos y amarguras. Oh! muy biense ha negociado con los sentimientos de una infeliz muger sola y aislada... estrangera y sin otro patrocínio ni consuelo que la ingratitud, la falsia y la infamia de los que la han circundado. Bien se ha combinado la trama hasta conducirla al estado en que se ve, para ahora oprimirla, escarnecerla y ridiculizarla hasta lo infinito.

—Señora!

—Eh! callad... No me digais nada. Esas venerables canas que cubren vuestra cabeza que debian simbolizar la probidad, la honradez y la prudencia, están mancilladas, porque han demostrado en esta ocasion que os inspiraron para mí todo lo contrario. Creyendo servir á vuestro amo me habeis vendido y engañado... y quien sabe si en este momento me vendeis tambien.

—Señora, estais ofuscada, y no lo extraño... No es esta ocasion oportuna de haceros ver lo errado de vuestra conducta. Mi encargo se reduce ahora, de parte de S. A. R. á preguntaros qué retiro por vida quereis escoger, para conducirnos á él.

—Qué retiro?... Pregunta tan necia como indiscreta... Mi cámara del palacio de Ravensberg... ¿Os parece bien que despues que tantos desprecios he sufrido de mi marido, se añada ahora el escándalo tambien á estos acontecimientos. Id y decidle que para no verme ni tratarme como hasta aqui, lo mismo es mi cuarto en el palacio de Ravensberg que en el mas humilde rincon del gran ducado... Y que si se me impone por precepto real abandonar la corte, que me envíe con mi hermano Lorenzo que desde alli haré saber á Ravensberg y á la Europa entera para lo que quiso unirse á mí el duque Othon.

El consejero conociendo que el ruido en lance tan delicado seria en extremo perjudicial, se mostró propicio á lo que la duquesa solicitaba, encargándose de convencer al gran duque, pues efectivamente para no ver ni tratar á Ludomilia lo mismo tenia que habitara el palacio de Ravensberg que en otra parte.

Al amanecer entró la gran duquesa en palacio mandando antes retirar todas las guardias y ugiere que pudieran notarlas.. Su servidumbre se trasladò despues aquel mismo dia, de modo que la noticia, cuando circuló

por la mañana en la corte, fué una verdadera sorpresa.

Parece prudente que Ludomilia hubiese escogido para su retiro, la misma quinta del Recuerdo y no el palacio de Ravensberg, pero llevaba en eso otro objeto muy diferente del que espuso al consejero, y el cual se verá mas adelante.

X.

El castillo del Aguila Negra.

Entre las muchas posesiones que concedieron á los caballeros Teutónicos en Italia, Alemania y Hungría, el papa Honorio III y el emperador Federico II, se contaba el castillo del Aguila, construido por los primeros. Tambien es sabido que estos mismos reyes otorgaron por ese tiempo á los caballeros que colocasen en sus armas un águila, y de aqui es el

T. II. 14. *Biblioteca popular gaditana.*

denominar á esta fortaleza así.

El vulgo, y en aquella época de oscurantismo y atraso, era demasiado preocupado y novelero para no dejar de dar importancia á la cosa mas sencilla, y un carácter maravilloso á lo que fuese mas natural tambien. Vammos á dar una idea de por qué el populacho aumentó el nombre de esta fortaleza.

En 1331 residia Wernero de Orselen, granmaestre del órden Teutónico, en su magnifico palacio de Mariemburg en Prusia. Antes que aconteciese la infausta muerte del maestre, se veia comunmente todas las tardes al ponerse el sol, sobre una de las torres mas elevadas del castillo, una aguila negra que se posaba alli, sin duda para pasar la noche en aquel punto, y por la mañana desapareceria hasta que volvía á la hora de la tarde.

Aquella llamó la atencion de los aldeanas de las cercanias, y tanto que pronto se extendió á los habitantes de Ravensberg... Se empezaron á hacer comentarios y observaciones, hasta ver de qué lado venia el águila, y al notar que la Prusia caia hácia aquella parte, conjeturaron que era mensajera de algun acontecimiento infausto á los caballeros de la

orden y que por eso se paraba en la torre de uno de sus castillos.

A los pocos dias vino la noticia de haber muerto á manos de uno de sus caballeros el gran Maestre Wernerero de Orselen, y justificaron sus augurios.

Otra circunstancia contribuyó á favorecer esta persuacion. El matador fué conducido á una de las prisiones del castillo, y se le miró con asombro, asegurando que el espectro del gran maestre se le aparecia á su asesino á reconvenirlo de tan enorme crimen.

Desde entonces se llamó á la fortaleza *el castillo del Aguila Negra*, y no se consideraba sino como guarida de espíritus sobrenaturales, centro del horror, ó de algun acontecimiento funesto.

Por lo que deberá conjeturarse si la conducta de Othon en él infundiria respeto, y hasta cierto pavor interior, aun en algunos de sus cortesanos.

En uno de los calabozos mas profundos de esta fortaleza, en el mismo tal vez donde habia acabado sus dias el matador del gran maestre que hemos mencionado, ecsistia un hombre... si ecsistir se llama no ver en torno

de sí mas que una oscuridad profunda; respirar una atmósfera glacial y fétida, tocar con sus manos los pesados hierros que oprimian sus miembros, y tener presente recuerdos lisonjeros y entusiastas, horas de placer, favor y deleites, perdidos ya.. En una palabra, estar gozando las delicias de un sueño lisonjero, bello y casi divino... sentir los transportes hechiceros de una felicidad poco menos que celestial, y despertar en un caos de tinieblas, tormentos y negras imágenes que le ofrecia su porvenir.

Luitzpoldo With, aquel jóven capitán tan bizarro, bello y airoso; en el que cifraba su mayor complacencia la primera muger de la corte de Ravensberg... el que llegó á obtener el favor mas encumbrado y envidiable, como fué que esta muger lo hiciese padre; aquel mancebo galante cuya hechicera cabeza cogió ella tantas veces entre sus delicadas manos para cubrir de ardientes besos sus sonrosadas mejillas... ahora tendido sobre las losas de un húmedo calabozo, tiene su rostro ensangrentado pegado al detestable pavimento que le sirve de lecho... no para descansar de sus fatigas y sombríos pesares, sino para dar

latitud á sus tormentos... impulso á su desesperacion.

—La muerte es lo menos, decia.. Morir, aunque sea sensible en la juventud, hay casos en que se debe preferir á los padecimientos del alma... Pero sufrir ser juzgado como criminal... y de un crimen tan detestable... Ah! yo debí preveer el término que debia tener esta malhadada inclinacion... Amar á una muger cuyo dueño lleva una corona.. esto, si lisonjea, tambien tiene por premio la deshónra, la muerte, y con ella el desprecio y las maldiciones de todo un pueblo.

Y sin embargo, yo incauto de mi, no reflexioné que mi carrera de honor, gloria y esperanza, si bien por ese medio, medio mezquino y detestable para engrandecerse y que jamas he querido usar de él, podia llegar á ser, tambien envolvia la persuacion casi cierta del desenlace infausto cuyos efectos experimento.

Luitzpoldo no se sentia con fuerzas para arrostrar las consecuencias de su indiscrecion. Satisfecho su deseo con respecto á Ludomilia, si bien el seguir disfrutando de sus favores le hacia arrostrar los pequeños riesgos de visitar-

la de noche en la quinta del **Recuerdo**, ahora que estos habian tomado un giro tan grave, y de no lisonjero aspecto, se arrepentia interiormente de haberse sacrificado en la primavera de su juventud, á una inclinacion, sin otra solidez en su fundamento, que saciar un apetito desordenado.

Aun cuando el amor lo dominara en términos tales que degenerase en pasion, las frias losas de su calabozo abrieron su raciocinio á la luz de la razon y la prudencia. El no podia aspirar á otra cosa ya con aquella muger mas que hasta donde habia llegado.. Su elevacion, si bien ella la intentó, hubo quien tuvo maña para destruirla... Casarse con la gran duquesa, si el duque fallecia, era imposible, porque aun cuando ella quisiese ¿qué vida, qué porvenir podia disfrutar á su lado?.. Leonelo, su antiguo amante, los persiguria en todas partes, haria una manifestacion pública del trato reprobado que habian sostenido, descubriria que el fruto de tan criminales amores era el que creian hijo del duque de **Ravensberg**, y su nombre, á par del de **Ludomilia**, cubierto de íguominia y baldon tendria que arrastrar

así una vida detestable y de maldición, una existencia de disgustos continuos, y pesares anticipados.

Se convenció al cabo, que habia errado miserablemente su direccion, por un capricho producido por la edad y el antojo.

Luitzpoldo no poseia las ideas viciadas y detestables del baron de Colemberg, y por lo tanto su ceguedad no podia ser tan permanente y funesta.

Sumergido en estas reflexiones pasó varios dias, en que solo se le presentaba el carcelero que le entregaba su alimento, y sin hablarle una palabra volvía á salir.

Lo único que le acongojaba era la lobre-guez del calabozo, pues no le entraba luz por ninguna parte.

Una noche, no muy tarde, pero no á hora acostumbrada, sintió correr los cerrojos y las barras de su encierro.

Alza la cabeza, que tenia apoyada entre sus manos, sentado sobre el lecho, cuando á los rayos que despedia la luz del carcelero que venia delante, divisa una dama.

Se incorpora repentinamente creyendo que era Ludomilia.

—Os habeis engañado, Luitzpoldo. Quizá de la que habeis creído no os seria tan lisonjera la visita como os puede ser la mia.... Conocedme:

Y cogiendo la linterna del carcelero, se la aplicó ella misma al rostro, y Luitzpoldo notó con asombro á la marquesa de Korvei.

La luz habia, en el momento de entrar dando del lleno sobre el rostro del capitan, de modo que Sofia leyó perfectamente en él la emocion que le causó su vista.

—Perdonad, señora, dijo Luitzpoldo, una equivocacion involuntaria... Teneis razon.... Tal vez me sea mas grata vuestra presencia... porque vos no llevais nunca en pos, mas que la beneficencia y el consuelo.

—Salid... repuso la marquesa al carcelero.

Este colocó la luz sobre un poste, de modo que solo alumbraba el paraje donde se hallaban los dos: lo demas del calabozo estaba oscuro.

La marquesa se sentó.

—Y sin embargo me han calumniado con vos, Luitzpoldo: me han puesto en un concepto injusto é inmerecido cuando he te-

nido vuestro secreto guardado en el corazón desde antes de la batida de la selva de Roden... Cuando he permitido indebidamente que vuestro hijo pasase por heredero de Ravensberg, cuando poseía pruebas para acreditar lo contrario.

—Vos, señora?

—Sí, de la misma Ludomilia... pero os he compadecido... y á ella también. A vos por vuestra incauta necedad... á ella por la fatalidad que le acosa. ¿Creeis que debajo de ese firmamento tan estenso, de ese manto divino tachonado de esos brillantes astros que revelan la omnipotente grandeza de su Creador, puede ecsistir el crimen oculto mucho tiempo?. Os engañais!... Y sin embargo, vos habeis apurado las haces de ese amargo caliz, aun cuando hayan estado mezcladas de lisonjeros deleites... y abominables placeres. Satisfacer los estímulos que hace concebir una inclinacion reprobada, no es grato, Luitzpol-do... Si al principio nos brinda y ofrece sus delicias, despues queda el detestable sinsabor de la vergüenza y los remordimientos.

—Es verdad, señora.

—Sin reflexion, sin tino y sin cordura

habeis procedido los dos. La duquesa olvidò que habia entregado en Ferrara su fé, y algo mas, á un hombre de ilustres antecedentes, y que este hombre ofendido por ella, si pudo respetar los sagrados derechos de un esposo, habia precisamente de combatir los deleites criminales de un adúltero... Buscó los medios y hé aqui los resultados.

—Ah! Con que él ha sido!..

—No ha sido él... si no su resentimiento, su doble ofensa; porque la duquesa para coronar su indiscrecion, se puso en oposicion directa con él... trató de desterrarlo de Ravensberg, haciéndolo hasta odioso á su marido.

—Ludomilia!...

—Si... pero no es esto precisamente de lo que vengo á tratar aqui...sino de vos.

—De mí!... Y para qué... Mis esperanzas han fenecido todas ya.

—Debia ser asi... si el duque, despues de contenido por mi, no poseyese un corazon benigno y generoso. El os perdona, Luitzpol-do... (este hizo un movimiento de sorpresa;) sí, os perdona, y en ello dá una prueba de ser mas grande que los agravios que ha recibido.

Pero este perdon tiene sus condiciones... Cuales, os las diré despues. Ahora quiero preguntaros, si os costaria mucho sacrificar el amor de Ludomilia á vuestra salvacion.

Luitzpoldo mirò receloso á Sofia, como queriendo adivinar el movil de aquella pregunta.

—No me contestais? añadió la marquesa.

—Dudo qué giro dar á la respuesta que ecsigis, señora.

—Muy sencillo... El que os dicte vuestro corazon... porque yo vengo á salvaros... Pero á un precio que ignorais... ó mas claro, si dais una prueba, como caballero de honor, de arrepentimiento y olvido á lo pasado.

—Si no es mas que eso lo que deseais, la doy. Empeño mi palabra de no volverme á ocupar de nada de eso.

—Es que no creais que es á vos este obsequio... Es al hombre benéfico que, juez y esposo ofendido, puede aun tomar una venganza justa y sangrienta... Venganza admitida y que reclama el crimen que habeis perpetrado... Pero para dar ensanche á ese espíritu de generosidad que le domina, para quitarle todo motivo forzoso de ser justiciero,

alejando el menor recelo, el indicio mas leve, que lo denigre y ridiculize, es fuerza que vos seais el que vayais delante en lá senda que yo le he indicado... el que la surque primero. Pero no por recurso ni necesidad de salvar la vida, sino por conviccion íntima de su inimitable proceder, por agradecimiento y deber.

—Os lo juro. El sacrificio mayor que pudiera imponérseme seria el de mi vida... y esa, vista la beneficencia del gran duque, la ofrezco en su obsequio.

—No es vuestra vida la que él quiere de vos, sino vuestro arrepentimiento. La vida la tiene en su mano, porque el delito que habeis cometido es doble... es de aquellos que no admiten disculpa ni disimulo. Le habeis atropellado su honor y herido alevosamente indefenso y sin que os haya provocado. Habeis faltado al respeto y á la fé de súbdito, al deber de caballero, y vuestra cabeza pertenece á la ley sin excusa ni perdon.

—Ya lo sé.

—Y á quién habeis ofendido?... A un soberano tan bueno... tan digno de respeto y amor.... Al que, tanto á vos como al menor de sus súbditos, dá cada dia nuevas

muestras de paternal benevolencia. No os estremecia la idea de ir á herir en la parte mas sensible para el honor de un hombre, á aquel que merece casi tanta veneracion en la tierra por sus virtudes como Dios? Ademas, no es su persona sagrada é inviolable por los preceptos divinos? Luitzpoldo... tambien fuisteis ingrato!.. Tambien habeis ahogado ese sentimiento noble!.. Vuestra ceguedad ha sido inaudita.

—Sí, lo ha sido... lo confieso... ¿Qué quereis de mí?... Un error de la inesperienza.. un extravio!.. Si yo hubiera tenido quien me hubiese hecho ver mi culpa!... ¿Por qué las saludables palabras que me dirigis ahora no llegaron antes á mis oidos... Pero todo lo contrario, señora. Me cubrian de flores el camino de mi perdicion... la boca del abismo en que me iba á precipitar.

—Y de qué hubieran servido mis palabras? de nada... De avivar mas la llama voluptuosa que ardia en vuestro pecho. Ahora las escuchais con atencion, ahora conoceis su valor, porque la misma enormidad del delito que habeis cometido al ponerse delante de vuestra vista, os hace ver toda la gravedad de

él... las tristes consecuencias que ha producido... y que pasaran mas allá si no os sometéis al último recurso que os resta.

—Hablad, señora...

—Hay una persona, que, á pesar de todo, se ha dirigido al gran duque, ha vencido su rubor al saber la suerte que os espëra, se ha echado á sus pies, ha llorado, suplicado, y no se ha levantado hasta obtener vuestro perdón.

—Quién?

—Ya lo sabreis. Esa desgraciada os ama... os ama con ternura y vehemencia... Su amor puro, secreto y desinteresado fué sorprendido por mí. La he consolado en su desgracia... cuando os veia, no en los brazos de otra porque lo ha ignorado siempre, sino indiferente, á su entender, á sus suspiros. Pues bien, ella sabe por mí, no los pormenores de vuestra prision, sino que estais acusado de un delito de estado y que vuestra cabeza peligrá... Entonces ya no tuvo reparo en publicar su amor, y ha demandado el perdón del hombre que ha sido tan ingrato para ella.

—Y quién, quién es ese ángel de beneficencia y consuelo? Esa muger celestial?

—Sí, verdaderamente celestial, porque tal extremo de fineza y generosidad es sobrehumano. . Mas, no adivinais quién pueda ser esa hada bienhechora?

—Ah! **Nombradla... nombradla, señora!** que yo tenga el placer siquiera de conocer su nombre.

—Isabela Montabourg!...

—Isabela!! Una de vuestras damas de honor... La mas hermosa de todas...

—Y la de mas bello corazon!

—Ah! sí sí! Criatura encantadora!. Y yo no he sabido comprenderte!... Y yo miserable de mí, huia del paraíso para precipitarme en un caos de zozobras y tormentos! Ah! cuan feliz hubiera sido con ella!...

—Y sino fuese tarde, Luitzpoldo?.

—Qué decis, señora? Vuestros labios no se abren esta noche mas que para la ventura y el consuelo?... Hablad... hablad...

—Si yo pudiese estar cierta de que desterrábais de vuestro corazon la imagen de una muger, que ni puede ni ha debido ocuparlo jamas; si oyéseis la voz del honor... si diéseis una prueba segura, esacta de olvido, de indiferencia á la que os ha puesto en este estado, Isabela seria vuestra.

—Si?...

—No lo dudeis...

—Pero esa prueba?..

—Aqui está... Leed...

Sofia sacó un pliego, el cual puso en manos de Luitzpoldo.

En seguida cogió la linterna, y le alumbró para que lo leyera, pues sus cadenas no le permitian llegar á donde estaba la luz.

Al mismo tiempo que iba leyendo Luitzpoldo daba muestras de sorpresa.

Un momento estuvo pensativo despues de leer.

La marquesa lo observaba mudamente.

—Estoy pronto á todo señora, prorrumpió con resolucion Luitzpoldo... Ningun sacrificio hago, que no cumpla en él con mi obligacion. El reconocimiento y el honor me lo dictan... y si por un momento he olvidado que soy caballero, quiero ahora borrar enteramente el recuerdo de mis pasados extravios haciendo ver, que aunque tarde, he escuchado la voz de mi deber.

Solo una cosa me contrista... Soy padre por desgracia, señora... y ese inocente y desventurado fruto, no debe padecer los efectos

de la culpa que han cometido los que le dieron el ser.

—Ese hijo será de Isabela tambien... yo me encargo de ello. ¿No lo habeis leído así?

Las puertas del calabozo se abrieron de par en par, presentándose Isabela Montabourg, acompañada del consejero Biling, el Arcipreste de Ravensberg, el carcelero y cuatro dependientes suyos con luces.

Isabela al ver á Luitzpoldo de aquel modo, dos torrentes de lágrimas inundaron sus hermosos ojos.

El consejero Biling, que estaba desde la puerta de la prision escuchando la conversacion de Luitzpoldo y la marquesa, habia, por acuerdo anterior de esta, enterado á Isabela, de un secreto que tenia que saber por fuerza antes de entrar en el calabozo de Luitzpoldo.

El carcelero quitò á este los hierros, mientras el consejero Biling, primer notario de S. A. R. el gran duque, leia en alto un contrato de matrimonio.

Acabado lo firmó Luitzpoldo, Isabela y la marquesa, quedando el lugar para la firma de otra persona, que debia hacerlo.

El Arcipreste unió en seguida á Luitzpoldo con Isabela, y acabado el acto, Luitzpoldo firmó el pliego que Sofia le dió á leer poco antes.

Todos salieron de la prisión, sin reparar en un hombre embozado en su capa, que cuando entraron los últimos, estaba en un rincón del calabozo, oyendo lo que Sofia hablaba con Luitzpoldo y que después se puso en el dintel de la puerta.

La marquesa fué la última en salir y al emparejar con el embozado le dijo:

—Estareis ya contento, monseñor.

—Y quién pudiera no estarlo al ver y admirar vuestro inimitable talento?

—Mucho me lisonjeais.

—No es lisonja el tributo que se rinde al mérito.

—Ah! porque no os conocí antes, marquesa?

—Para qué?

—Para haberos consagrado mi vida eternamente.

—Dejemos eso ahora y pasemos á lo que mas interesa; tomad, dándole el pliego que habia firmado Luitzpoldo... esto creo que vale algo.

—Oh! y tanto... se lo entregaré yo mismo en persona.

—Quereis abatirla mas aun?

—Señora me declaró la guerra, y yo no hago en ello mas que mi deber... El triunfo será del que lidie mejor.

—O del que tenga mejor suerte.

—Sea lo que sea... veremos Dios mediante.

Este adalid incógnito era Leonelo.

XI.

Otro motivo mas.

Othon, desde el acontecimiento de la quinta del Recuerdo, no habia querido ver ni hablar à nadie mas que à la marquesa, al consejero Biling y à Leonelo.

Metido en su cuarto se entregó à una melancolia profunda, considerando lo grave de los acontecimientos pasados y que para hacer justicia contra la duquesa, su conciencia le

presentaba su conducta con ella haciéndole unos cargos demasiado poderosos.

Si Othon hubiese tenido otro carácter menos bendadoso, desde luego no se hubiera detenido en estos escrúpulos, si no haciendo sentir á los que le habian ofendido el rigor de su justicia, habria satisfecho su venganza y acallado algun santo el acervo dolor que le destrozaba el alma.

Los consejos y persuaciones de Sofia, Billing y Leonelo, eran su único consuelo, en particular los de la primera, á quien consideraba su oráculo, y respetaba como á tal.

La marquesa le hizo ver, con cuanto tacto y prudencia se necesitaba caminar en aquel asunto. Castigar severamente á la duquesa y á su cómplice era provocar un escándalo en el pueblo y en la corte, desfavorable á todos. Negar la existencia del niño tan repentinamente, lo mismo, y asi lo que se debia hacer era quitar las armas posibles á la murmuracion y el encono.

El embozado que el duque encontró en la escalera de la quinta le dió que pensar al pronto; pero luego conjeturó que podria ser muy bien el príncipe de Marck, á causa que

ella sabia que faltaba ya algunos días de su castillo.

Lo primero que le hizo firmar al duque fué el decreto levantándole el destierro al príncipe, y mandándolo venir á ocupar su puesto en el consejo, pues lo esigian los intereses del estado.

El objeto de Sofia era tener al príncipe cerca pues le convenia enaquellas circunstancias. Nunca habia aprobado la determinacion de Othon en separarlo de la corte, porque, como Sofia tenia dicho al duque y al consejero Biling mil veces, que el príncipe era un enemigo tan temible que era necesario tocar con él los extremos. O ponerlo bien retirado donde no pudiese tener esperanzas de volver, ó muy cerca, para espiarlo constantemente, y estarle leyendo en el rostro á cada instante sus proyectos é intenciones.

Pero á Sofia le engañaba en esta ocasion su cálculo. El príncipe deseaba tener un pretesto para venir á la corte, y ella misma acababa de favorecer sus miras. Los planes infernales que en la actualidad abrigaba el príncipe de Marck, Sofia no podia, ni aun remotamente, imaginarlos, porque no cabia en

su cálculo que un hombre como el príncipe encerrase un fondo de maldad tan detestable.

Pero el príncipe era ambicioso en demasía y estaba ofendido por haberlo desterrado; dos circunstancias poderosas para que hiciese una guerra encarnizada á su sobrino.

El asunto del himeneo de Luitpoldo habia sido todo manejado por la marquesa. Al dia siguiente se publicó en la corte su casamiento con Isabela Montabourg... y los nuevos esposos besaron la mano al duque.

Othon al ver á Luitpoldo palideció en términos que casi se sintió desfallecer. El joven capitán al notar el estado del duque, se sintió conmovido tambien en unos términos, que al hincar la rodilla en tierra, creyó que sus fuerzas iban á abandonarle.

Othon sin decirle una palabra, le entregó un pliego cerrado, confiriéndole el grado de general, y mandándole salir para la frontera de Brunswick.

A una muestra de generosidad tal, al conocer Luitpoldo que la mano que justamente podia esterminarlo, no solo lo salvaba sino que le elevaba tambien, un sentimiento dulce dereconocimiento, le hizo otra vez caer

á las plantas del duque, y bañando su mano con lágrimas de placer, exclamó:

—Ah! señor... Sois en extremo indulgente y generoso... Castigais perdonando, señor... Bien representais la imagen de Dios en la tierra.

—General... le dijo el duque... Si mi ofensa ha sido grande... yo quiero mostrarme mas grande que mi ofensa. Si soy esposo, tambien soy soberano... procurad borrar la huella de lo pasado.

—Con mi sangre os ofrezco hacerlo.

A los pocos dias Luitzpoldo salió para su destino acompañado de su esposa, la que antes colmó de favores la marquesa.

Como la prision de Luitzpoldo fué tan corta, por dictámen de la marquesa, aunque se notó su falta en la corte, Sofia la cubrió con una disculpa que hizo circular por Leonelo y el consejero. Inmegarda estaba amonestada por el duque. Frugoni y Venneti, que ignoraban tambien el fundamento de lo ocurrido en la quinta, ademas de estar prevenidos por Leonelo, no se asociaban en palacio con ninguno de la servidumbre, porque eran poco amigos de los alemanes.

Por otra parte, estos servidores fieles del condé de Polesino, ni se metian jamas en averiguar las causas, ni prevenirse contra los efectos de ninguna empresa que les mandaba acometer. Pasada esta, todo su conato era beber y gozar, y si hablaban de algun lance que les habia ocurrido era entre ellos y sin dar parte á ningun estraño. Eran, en fin, unos seres aislados en la sociedad, viviendo para sí y para el que les pagaba.

La elevacion de Luitzpoldo no dejó de hacer ruido en la corte, y mas que todo su casamiento. El baron de Colemberg, asombrado mas que otro de ello, pidió esplicaciones á la marquesa, pero esta, mostrándose indiferente, le contestó que esos eran golpes de estado... y que el capitan habiendo sabido por ella que Isabela Montabourg lo amaba, habia aceptado su mano, y como regalo de boda el grado de general, admitiendo este por mas positivo, que no unas relaciones peligrosas que mañana serian descubiertas por el duque, y que podrian tener muy fatales consecuencias, no solo para los que las sustentaban sino hasta para los que tuviesen conocimiento de ellas.

El baron, á estas últimas reflexiones de la marquesa, temblò por la parte de confianza que tenia en el asunto.

—Sois la suma cordura!.. el talento personificado, marquesa, le dijo Colemberg. Habeis dado un corte maravilloso á un asunto que verdaderamente se iba complicando cada dia mas, y que, efectivamente, no podia tener buen desenlace... Pero para ello se necesita poseer ese tacto tan fino que os adorna... Esa consumada sabiduria que os hace tan superior á todas las de vuestro secso.—Al prodigar el baron tales lisonjas á la marquesa, sentia lo contrario, porque le supo muy mal el término de los amores de la duquesa y Luitzpoldo.

—Y decidme, preguntó á Sofia, la duquesa ¿sabe esto?

—No tardará en tener noticias de ello...

—Y quién se comisionará para darle tan plácida nueva.

—No faltará.

—Siempre sereis vos.

—Veremos... Per lo demas, baron, yo creo que no será necesario encargaros la reserva y el silencio... Y ya que Othon lo ignora, no vayais con alguna indiscrecion á espó-

ner vuestra cabeza y la de Luitzpoldo.

—Eso solo me hará callar... porque lo que es el duque, me tiene altamente ofendido con el desaire que me hizo, despojándome del grado de mariscal que me dió la regencia.

—Aun no es tarde para que lo obtengais, pero para ello se necesita que os conserveis en armonia con todos... en particular con el consejero Biling.

—Sí, ya sé que fue él quien me hizo entonces la guerra en la regencia, y quien aconsejó al gran duque mi deposicion... Si el consejero no fuera tan viejo ya se lo hubiera yo agradecido de otro modo.

—Mal hecho. Siempre debemos respetar y procurar tener por amigos á los que saben mas que nosotros. Es falta de cordura, y hasta toca en idiotismo, chocar abiertamente con quien posee la ventaja del talento. Sus recursos son mas inmensos que los de nuestra ignorancia.

El baron, aunque estaba persuadido de esto, por temor de cumplir lo que acababa de insinuarle Sofia, se disponia á callar, pero sin perjuicio de desquitarse con la duquesa murmurando de todos, y lisonjeándola, porque

era su costumbre inveterada y pasaba en ello la mayor parte del tiempo.

Ludomilia retirada tambien en su cámara, no salia de ella por mandato espreso del duque, y solo con Inmegarda solia tener sus conversaciones privadas. Ya habia preguntado varias veces á esta por Luitzpoldo, pero la doncella le contestaba que nada sabia, porque alli no entraba otra persona á hablar con ella ni á comunicarla órdenes, mas que el consejero Biling.

Esta reclusion cruel ocasionaba á la duquesa una mortal desesperacion... La incertidumbre por el destino de Luitzpoldo y su hijo, la tenian en extremo abatida. No permitiéndola tratarse con nadie de la corte, no le era posible que llegasen á sus oidos, entre aquellas paredes, una voz, un eco que le hiciese saber aunque remotamente, de unos objetos tan interesantes para ella.

Varios cortesanos ignorantes de su aislamiento, habian pretendido entrar á hacerla la corte, pero lo escusaba Inmegarda con que S. A. R. no podia recibir porque estaba indispuesta.

La duquesa no sabia qué partido abrazar.

Tan pronto pensaba hablar á la marquesa de Korvei y pedirle informes, como solicitar de su marido que pusiese un término á aquel estado de inaccion que la consumia... Aunque sus derechos de amante no podia hacerlos patentes, los de madre sí... y reclamar el saber donde existía el hijo de sus entrañas.

Un dia entró Inmegarda y la dijo:

—Señora... algo os puedo participar del caballero Luitzpoldo... Anoche, al cruzar yo uno de los corredores de palacio, ví parados en conversacion á los dos criados de monseñor Lecnelo: me quedé un poco detenida detras de una columna y pude coger estas palabras, entre otras que decian en voz baja:

—«El pájaro volò ya... y eso que estaba bien asegurado en un calabozo del castillo.— Si, pero es porque le han dado libertad, por lo que ha dicho monseñor, bajo unas condiciones muy severas.»

Yo recelosa no me viesen, me separé de allí á toda prisa, con que calculo que hacian alusion al caballero Luitzpoldo preso allí.

Ludomilia á estas palabras estuvo un momento reflexionando sobre ellas, y poniéndose en su bufete escribió á su marido:

«V. A. R. habrá meditado como yo, que si debemos evitar todo motivo de sospecha y murmuracion, mi residencia en palacio, con tal aislamiento, no puede durar mucho, sin que yo tenga que asistir á aquellos actos indispensables que las etiquetas de la corte exigen. Por lo tanto he pensado trasladarme otra vez á la quinta del Recuerdo; y V. A. R. á este fin podrá, para su seguridad sobre mi persona, tomar las precauciones que juzgue conducentes.—Ludomilia.»

El duque á la lectura del billete no se atrevia á decidirse, pero acordándose de que la duquesa no podria hacerlo ahora con el objeto de verse otra vez con su amante, pues para el entender de ella se hallaba preso, si bien casado y fuera de la corte, y si por lo que manifestaba en su carta, le otorgó la peticion.

Aquel mismo dia se divulgó que la gran duquesa se volvia á la quinta, porque su salud en palacio se iba visiblemente quebrantando.

Othon le permitió, por dictámen de la marquesa, llevar toda su servidumbre completa y ademas algunos gentiles hombres que la acompañasen, menos el baron de Coemberg, pues á este dijo Sofia que lo necesi-

taba en palacio para asuntos de importancia.

El objeto era evitar que viese á la duquesa por algunos dias nada mas.

Dispuesta ya la partida, y Ludomilia muy complacida de que se efectuase, con lo que no contaba ella, fué con que al bajar la escalera de palacio y al ir á entrar en el coche, viese al pie del estrivo de él, ofreciéndole la mano para subir, á monseñor Leonelo, conde de Polesino.

Inmóvil y absorta dudó un momento si tomaria la mano ó no.

Leonelo notando su indecision, y que los observaban ademas, le dijo con maligna sonrisa.

—Señora, ved que aguardan... ¿No os dignareis favorecerme aceptando mi mano?...

—Por qué no? le contestó devolviéndole la sonrisa. Teneis ademas un asiento en mi coche... Hacedme el placer de acompañarme en él.

A pesar de su palidez, ocasionada por los acervos pesares que habia sufrido aquellos dias, Ludomilia estaba hermosa é interesante.

La mirada que lanzó á Leonelo al brindarle con el asiento del coche, hubiera trastor-

nado á otro mas incauto y menos previsor que el conde de Polesino.

—Esto es mas de lo que yo puedo merecer; le contestó este, y entró en el coche.

Inmegarda que debía ir con la duquesa, se trasladó á otro carruaje, quedando solos en aquel Ludomilia y Leonelo.

Partieron al fin, y la duquesa mandó echar los cristales.

Breves momentos se estuvieren mirando sin hablarse... porque el conde iba colocado en frente de Ludomilia.

Al cabo esta rompió el silencio:

—Jamás pude presumir verte en ese lugar y del modo que lo ocupas... Ya estarás contento habiéndome puesto en el estado en que me encuentro; porque á tí tambien debo mucha parte de mis infortunios.

—Solo una cosa puedo darte por respuesta, Ludomilia... Repetirte ciertas frases que te dije en tu cámara de Ravensberg. *Nos conocemos hace tiempo... y tan de cerca!*

—Y qué quieres decir con eso?

—Que las apariencias y el fingimiento entre nosotros están demas. Aquel dia se decidió el rompimiento de esta lucha... Se enar-

boló el pendon de guerra entre nosotros... y yo estoy persuadido que no cejaremos ninguno ya sino en el sepulcro.

—Tan empeñado estás en llevarlo á cabo?

—Oh! te he dicho ya que sé con la muger que lidio. Tus recursos han sido inmensos... es verdad... Has echado mano de cuantos resortes te ha inspirado tu talento y poder para combatirme... No te ha faltado mas que asesinarme... y eso en poco estuvo que lo lograras, cuando me quitastes mi hijo. Hiciste que mi casa se incendiara, me arrebatastes al único consuelo de mi vida, al hijo de mi amor... te rendistes á otro hombre á quien nada debias mas que una inclinacion caprichosa, para escarnecerme y despreciarme... Hasejercido, en fin, cuantos extremos estaban á tu alcance para injuriarme y hacerme sentir tu cólera... y todo lo he resistido con valor é imperturbable constancia. Para que en contienda tal se pueda obtener la victoria, se necesita consultar antes las fuerzas del contrario... y eso es lo que tú no has hecho, Ludomilia.

—Por qué?

—Y me lo preguntas? Confiabas en la

T. II. 16. *Biblioteca popular gaditana.*

amistad para derrotarme, y te he separado de ella. Pensastes, calumniándome, arrojar-me de Ravensberg, y te quito tu amante. Me privas de mi hijo, y te arrebató el tuyo... me destrozastes el corazon, contrayendo unas relaciones criminales, y hago pedazos el tuyo con el mismo puñal que usastes... con el del resentimiento y los celos.

—Qué me dices? preguntó sobresaltada la duquesa.

—Ah! Imaginabas que tan amargos momentos, tan acerbos sinsabores como me has hecho sufrir, no habia de procurar vengarlos? Hay agravios que no se olvidan jamas; y añadirles el descaro y la insolencia es doble culpa. Cuando hay quien se complace en lacerar el alma de un desventurado... cuando se hace alarde con descaro y villania de estar devorando á mansalva el pecho del que sufre ¿qué debe estrañarse que el que padece no olvide ni perdone jamas?... Pues bien, hé aqui lo que hecho yo... Ni olvido ni perdono.

—Eres un enemigo franco, cuando menos.

—Y tú una muger desnaturalizada, y empedernida hasta lo sumo.

—Será todo lo que tu quieras, pero yo si he olvidado tu amor, ha sido porque con él querias sujetarme á una dependencia degradante... y que yo no podia admitir de ningun modo.

—Ni yo al ecsigirlo hice otra cosa, que probar si eras muger que conservabas en tu corazon la memoria de aquellos afectos, que por deber y estimacion se reconocen, guardan y aprecian... Si eras capaz de sentir alguna vez en tu pecho una vislumbre de sensibilidad y amor.

—Pues ya ves como te has engañado... porque amo á un hombre mas que á mi vida.

—En muy poco la estimas entonces.

—Por qué?

—Porque tendrás que perderla muy pronto si la alimentas con su amor.

—Eh! vanos temores.

—Realidades que se trocarán en desengaño.

—No te comprendo.

—Porque en el mundo... y mas ocupando en él un puesto distinguido, para contraer esos compromisos... para cubrir ciertas ecsigencias, es necesario ver y meditar antes los

resultados... Nosotros no somos ni aun dueños de nuestra voluntad... Hay un poder superior que dispone de ella... Estos son los lazos y las obligaciones sociales, que reprobaban ó rechazan cualquier afecto que anhelamos satisfacer... el antojo, la afición ó el capricho que deseemos lisonjear... y por consiguiente cuando mas confiados nos hallamos de haber conseguido nuestro objeto, cuando saboreamos con mayor placer la satisfaccion del triunfo, entonces un desengaño triste viene á derribar el edificio halagüeno de nuestra ilusoria ventura.

—Y tú habrás tenido presente esos pormenores.... consultado esos inconvenientes.... pedido permiso á esa sociedad severa y respetable para regir tus acciones. Porque ninguno mejor que el que dá el consejo, es el que debe adoptarlo para sí.

—Al menos he pensado con mas calma y detenimiento que tú.

—Y no has dejado ninguna circunstancia desatendida? .. Todas las sendas están cogidas?... A tu parecer, me has aislado y estrechado en términos que no tengo por donde salir de tus manos.

—No me parece muy fácil.

—Y tienes razon... Según tu cálculo, has dicho: quitando á esta muger la estimacion y el respeto de su esposo... apriñonando á su amante... arrebatándola su hijo... ¿qué le queda ya? Nada. Además, me resta el recurso todavia de denigrarla, vilipendiarla públicamente, si ella entreviendo algun arbitrio para satisfacer su agravio echa mano de él... No está mal combinado, y se conoce que has atado bien los hilos de tu intriga ¿Qué te queda ya que hacer conmigo?... Nada.

—Eso será según tu opinion, pero aun me queda... Sí... Y mira si soy contrario generoso: te lo aviso para que estés prevenida.

—Sí?

—Y tanto... Oh! Es un plan que ni aun remotamente puedes imaginar, Ludomilia... Y es mio: mio solo el pensamiento... La ejecucion se confió á otra persona... porque los dos golpes mortales que has sufrido en el corazon, yo te los he dado... ¿Y sabes por qué? Porque las úlceras que tú abristes en el mio fueron tan profundas que aun no se han cerrado... y yo quiero herir el tuyo de muer-

te... sin compasion... y con la sonrisa en los labios como hiciste conmigo... Me has enseñado y sigo la pauta que has abierto.... el camino que me has indicado.

—En verdad que no imagino dónde vas á parar ahora... Pero en fin, sea lo que fuere, mi alma está tan avezada á los padecimientos que, por mucha que sea la impresion que pienses ocasionarme, ya pierdes mas de la mitad de tu objeto. Así como yo, fundada en este convencimiento, aun no desespero todavía de conseguir algunas ventajas en mi posicion.

—Esperanza químera, Ludomilia.

—Qué quieres, Leonelo?... El reo que está al pie del patíbulo la conserva aun... y ni aun remotamente debe aguardar su salvacion ¿No sabes que la esperanza es la segunda existencia de todo ser racional?... Mas ó menos fundada... alimentada mas sólida ó vagamente, todos rinden culto á ese ídolo, y los desgraciados son los adoradores mas ciegos que tiene. Nadie cree en la esperanza con mas vehemencia y fé que el infeliz... Pues yo me cuento entre estos, gracias á tí, y á otras personas.

Leonelo, segun el sentido que Ludomilia dió á estas frases, conjeturó que alguna idea germinaba en la cabeza de esta muger vengativa.

Ademas, Ludomilia era italiana, Médicis, y él sabia, por sí, de lo que eran capaces sus compatriotas.

Los coches llegaron á la quinta del Recuerdo. Los criados y pages de la duquesa, el resto de los criados, fué colocado en las dependencias preparadas para ello, pues la otra vez, Ludomilia no habia traído mas que unas cuantas damas de honor y muy escasa servidumbre.

La duquesa quiso ahora colocar su lecho en la misma alcoba que acostumbraba tenerlo Sofia; es decir, junto á la habitacion de la puerta rústica y los retartos; separándose tambien de la que tenia antes, y tan tristes memorias le ocasionaba.

Despues de mandar retirar á sus damas, y á los cortesanos que se le habia presentado, quedó sola con Leonelo.

—Ya estás otra vez en la quinta del Recuerdo, Ludomilia, le dijo el conde. Efectivamente el nombre de esta posesion cuadra

bien á los acontecimientos que te han pasado en ella. Momentos de placer y entusiasmo! Deleitables horas de recíprocos suspiros, de celestiales transportes... de dichas inefables y de tan hechiceros encantos con tu Luitzpol-do, como las que pasábamos tú y yo en el palacio de Ferrara. Es verdad, que en aquellas noches de gloria y voluptuosidad, nosotros, jóvenes sencillos y sin experiencia, girábamos al rededor de los placeres sensuales, como el insecto inocente, que, deslumbrado con la hermosura y esplendor de la llama, se aproxima tanto á gozar de ella, que si no pierde la vida quema al menos sus alas, inutilizándose para posarse, como lo hacia, de rama en rama, de flor en flor, y quedar sujeta á la voluntad imperiosa de la necesidad que le pone en aquel estado de esclavitud marcada. Tarde, por desgracia, conoce su error, y buscando donde huir de la mano que la persigue, viene al cabo á caer en poder de ella... porque... no supo mirar tanto por sí... que se privó asi misma de lo mejor que la naturaleza le concedió... las alas para volar... y ser libre. Nosotros hemos hecho lo mismo, Ludomilia, Cuando la experiencia y el conocimiento hu-

mano han venido á difundir en nuestra mente su divina luz y hemos pretendido volar, nuestras alas se han aniquilado al fuego devorador de una pasion insensata... Solo que tú quemastes las tuyas, mas que yo las mias... y la prueba es, que he podido levantarme á mas altura que tú lo has hecho.

—No es lo peor que lo creas asi.

—Si no que tú lo dudes, eh?

—Yo no.

—Ya comprendo tu intencion, duquesa?... Pero no nos estraviemos de la conversacion anterior.

—Es verdad.

—Sabes, Leonelo, que me complace ahora tu conversacion mas que antes?

—Tambien lo siento.

—Por qué?

—Porque ya no puedo ocasionarte mas que disgustos con ella. si algun tiempo pudo hacer tu felicidad y la mia.

—Quién piensa ahora tan atrás!...

—Si... ocupémonos del presente.

—Está claro; lo pasado se olvida.

—Ni ego absolutamente.

—Lo presente se goza.

—Así... así.

—En el porvenir se espera.

—Tal cual...

—Volvamos al presente.

—Volvamos.

—Prosigue.

—Decia antes, que el nombre de esta quinta tiene una analogía maravillosa para tí... Aquí la suerte juega contigo á su placer. En ella has tenido horas enteras de gozar la felicidad, revestida de todas sus ilusiones... Las dulzuras del amor, los incomparables afectos de la maternidad... y al reverso de esta medalla... la zozobra, el temor... el disgusto de la sorpresa; la desventura de perder tu hijo, y la desgracia de herir á tu amante... ¿No te queda nada mas que sentir en esta quinta, Ludomilia?

La duquesa á esta pregunta fijó en el conde una mirada de fiera.

—Por qué me dices eso, Leonelo?

—Porque quiero darte la despedida para marcharme.

—Acaba.

—No adivinas tú que pueda haber otro tormento tan amargo, ó quizá mas agudo que

los que has sufrido hasta aquí?... Otro dardo mas emponzoñado é insufrible, que perder un hijo y ver herido á un amante! Otra pena mas profunda para el corazón, porque la ponzoña incesante que la acompaña está compuesta con la cicuta de la desesperacion, por el desprecio, el olvido y la ingratitud? La pérdida de un hijo, si llega al corazón, no envuelve la hiel mortífera de la inconsecuencia... Ver caer herido á un amante, solo sirve este sentimiento para consolidar mas el afecto que se le profesa, porque la compasion y sus padecimientos obran en favor de él y de la inclinacion que abrigamos... Pero ¿dónde hay nada comparable con el convencimiento, con la prueba de ser infiel, de faltar á la fé, á las promesas, á las mas austeras obligaciones, como tú lo hicistes conmigo, Ludomilia?... ¿De olvidarse de todo para lograr algo?

—No te comprendo.

—Porque no lo has padecido como yo... Pero imaginabas que habia de faltarme la compensacion, y á tí el castigo?... No. Toma y confúndete.

Y le entregó el pliego que firmó Luitz-poldo en la prision.

—Conoces esa firma?... le preguntó el conde.

—Sí... es la suya!... la de *mi Luitzpoldo*.

—Ah! le llamas tuyo creyendo escarnerme! Siempre has de ser infeliz y miserable hasta el último momento... Lee... lee, desventurada.

La duquesa vió que decia así:

«Un momento de error, un capricho de la inesperienza, me persuadieron que debia corresponder á la inclinacion criminal que V. A. R. me hizo concebir, señora. Sus efectos no necesito recordarlos á V. A. R. Pero si es cierto que el cometer un delito es crimen, mas lo es, no abrir los oidos á las voces de la prudencia, la razon y el deber, mostrándose recalcitante y pertinaz en la culpa.»

—«Todo me impulsa á suplicar á V. A. R, que borre hasta la idea de lo pasado entre los dos... Vuestra reputacion asi queda mas asegurada en el secreto y el olvido, y yo no llevaré sobre mí mas tiempo, la carga insufrible de remordimiento tan atroz.»

«Se me concede la vida por gracia especial... Se me dá una muger bella y virtuosa... Se me manda salir para la frontera de Bruns-

wick con el grado de general... y todo á trueque de un olvido... del abandono de una causa criminal y digna de severo castigo.. Muy fácil es la eleccion. La muger que se ha unido á mí me ama, y yo estoy seguro que la querré tambien, porque su amor es sincero y sin otro interes que amarme.»

«Mi hijo me acompaña, porque le he dado una nueva madre, que ha jurado quererlo entrañablemente como lo hace con su padre.»

«El cielo prolongue la vida de V. A. R. Tales son los votos de vuestro súbdito mas fiel y que besa V. R. P.—Luitzpoldo With.»

El efecto que hizo en Ludomilia la lectura de esta carta es inesplicable. Muda, pálida y sin proferir una palabra... la repasaba velozmente con su vista, sin convenir en creer lo que encerraba su contenido... Se le figuraba un sueño... un enagenamiento... una febril exaltacion, producida por las palabras de Leonelo.

Mal articulando apenas, dijo secamente, arrojando el pliego sobre la mesa y sentándose junto á ella:

—Esto es hecho.

Su faz, si bien cubierta de una palidez

mortal, estaba inmutable. Sobre el dorso de su mano derecha apoyó la mejilla, y con la vista fija sobre la alfombra de la cámara parecía una estatua sepulcral, sin acción y sin vida.

Aquella imperturbabilidad aparente fué demasiado comprendida por Leonelo, y conociendo que no debía permanecer mas allí:

—A Dios Ludomilia, pronunció, y salió de la habitación.

—A Dios Leonelo, le contestó la duquesa, sin mirarlo siquiera.

En cuanto quedó sola volvió á leer el billete... pero así que llegó á estas terribles frases:

«Se me concede la vida por gracia especial... se me dá una esposa bella, noble y virtuosa... se me manda salir por la frontera de Brunswick con el grado de general, y todo á trueque de un olvido... del abandono de una causa criminal y digna de severo castigo. Muy fácil es la elección... La muger que se ha unido á mí, me ama, y yo estoy seguro que la querré tambien, porque su amor es sincero, y sin otro interés que amarme ..» El llanto inundó sus ojos y las congojas le ahogaron la respiración en tér-

minos, que esta era comprimida y fatigada.

—Villano! pudo prorrumpir al fin... Ingrato! Mal caballero!.. Hombre odioso y perjuro! Conque me abandona y sigue á otra!.. Y los brazos de una rival reemplazarán á los míos!.. Los míos que con tanta ternura y espresion lo estrechaban contra mi corazón!... Y tiene la audacia, la vilantez de insultarme en medio de mi infortunio. ¿Conque compra con mis tormentos y mis lágrimas una esposa y un ascenso?.. Sí, bien claro lo dice.... *A trueque de un olvido, del abandono de una causa criminal!* Infame! Y este es el modo de conducirse con una muger?... Con una muger que tanto le adoraba... que ha espuesto por él su reputacion, su tranquilidad, su posicion y las mas caras consideraciones?... Y todo lo atropella... y huella y destroza porque dá á entender que mi inclinacion es de inteligencia!.. mi amor era interesado y falaz!... Oh! no se burlará impunemente de mí!.. Todos se han decidido en mi daño... Todos me abandonan y parece se han combinado para atormentarme. Así se trafica inicuaamente con los afectos de una triste muger, que se halla sola, abandonada, sin otro amparo que el interes

que pueda inspirar, y todo porque la ven menospreciada, olvidada por su marido!.. No es Leonelo, no, el enemigo injusto que yo tengo!.. El al menos se halla ofendido por mí, y está en su terreno... su lucha es legal y admitida.... Pero los otros ingratos que están sin piedad devorando mi corazón... cebándose en aniquilarlo!.. En extinguir de él todos los sentimientos, no dejándole más que el odio, el aborrecimiento y la venganza!.. Pues bien, ya lo consiguieron.... Ya no me acuerdo de nada.... ya no miro otra cosa que saciar la sed de mis ofensas... aplacar los resentimientos que ya no caben en mi alma.

El dardo agudo de los celos traspasó mortalmente el corazón de la duquesa. Los desprecios de Othon, la falsedad de Sofia, pues como tal la había calificado el príncipe de Marck, la venganza de Leonelo, todo era poco, nada para su corazón... Pero sentir el cáncer roedor de la ingratitud, el recuerdo de que otra merecía de Luitzpoldo lo que merecía ella sola y casi de derecho la pertenecía, era un tormento que no había experimentado nunca... pero de un carácter

tan acerbo que no bastaba á tolerarlo su sufrimiento.

En aquel momento se acordó de la represalia que acababa de tomar Leonelo.

—Me ha herido con la misma arma! exclamó,.. El hierro que yo clavé en su pecho me lo devuelve, hundiéndolo en el mio. Leonelo! Leonelo! Cómo te ensañas con una llaca muger!! Mucho me has amado cuando tu venganza es tan insaciable!

Un grito de alegría dió Ludomilia al concluir estas frases arrojándose en los brazos del príncipe de Marck, que se presentó en la puerta de la cámara.

Sin duda el espíritu tentador, el ángel malo lo acaba de poner ante la colérica duquesa de Ravensberg.

En seguida volvió á cerrarse la puerta, y una entrevista secreta que efectuaron fué la precursora de terribles acontecimientos.

XII.

Un lazo seguro.

La llegada del mariscal Otocaro á la corte de Ravensberg, se habia efectuado entre las aclamaciones de sus amigos políticos y una gran parte del pueblo... El mariscal acababa de terminar una guerra en extremo perjudicial para los intereses del estado, y las bendiciones de sus compatriotas debian acompañarle por todas partes.

Los conservadores lo recibieron con entusiasmo y deseo. La aurora de su esperanza volvía á renacer, pues Otocaro era entre ellos el áncora donde se apoyaban sus principales intereses.

El gran duque abrió sus brazos al mariscal con ternura y amor. Desde cierta conversacion que habia tenido Othon con la marquesa de Korvei, ambos miraban á Otocaro con duplicado interes y estimacion.

El mariscal preguntò por la duquesa y el príncipe recién nacido, pero se le contestó que la duquesa estaba en la quinta del Recuerdo, y el príncipe que se temia mucho por su vida, pues estaba enfermo de bastante peligro.

Esta última novedad la habian hecho circular por palacio y el pueblo, hacia ya dias, Leonelo y la marquesa, como la de que habian tenido que bautizarlo precipitadamente bajo el nombre de Pedro, en memoria de su abuelo paterno.

La primera reunion que el mariscal tuvo con los conservadores no fué muy satisfactoria para él, por cuanto que en ella le manifestaron los progresos hechos por los

Ludomistas. Las filas de estos iban en aumento diariamente, gracias á la actividad del príncipe de Marck, y tanto, que ya llegaban á formar un partido numeroso. Sus doctrinas eran en extremo contrarias á la felicidad de Ravensberg, pues entre varios artículos que pensaban presentar á Othon, sobre las reformas del estado se veía uno que proponía la venta del principado de Hesse-Delmot al duque de Brunswick, por una parte mas de las minas que este príncipe poseía en el Harz.

El mariscal al saberlo se irritó sobremanera. Acababa él de combatir por el aumento y esplendor de su patria, y precisamente por la reconquista de la prenda que se pensaba enagenar. Los Ludomistas apoyaban su dictámen en que, estando el erario tan escento de recursos pecuniarios, esa participacion mas en las minas, era una fuente inagotable de prosperidad y riqueza para la patria.

Othon se optó abiertamente á ese parecer aun antes de que se lo presentasen por escrito. Los Ludomistas, si era un partido aristócrata que lisonjaba los intereses de la corona, era también igualmente interesado, y su objeto en la venta del principado no era o-

tro que una especulacion onerosa y lucrativa á favor de los suyos.

El mariscal se propuso combatirlo con todas sus fuerzas é influjo, y efectivamente, consiguió en el ánimo de Othon, ayudado tambien del consejero Biling, que no surtiese efecto la tentativa.

El principe de Marck, que ya entraba en palacio, vió la repugnancia de Otocaro y su sobrino, y ni una palabra habló en el asunto. Habia solemnemente protestando contra los negocios políticos, y aseguró á Othon y á los del consejo, que para no lamentar otre medida precipitada y severa como la que lo habia alejado por algun tiempo de la corte, no haria otra cosa que aprobar en adelante lo que otro propusiera, ó rechazar lo que creyese injusto; pero solo por su simple voto, sin tomar parte en controversias ni discusiones.

Esta conducta del principe, adoptada rigidamente desde su nueva presentacion en palacio, engañó á los cortesanos y aun al mismo Othon. Biling era el único que no la creyó, porque ya se ha dicho que lo conocia demasiado para poderse fiar de él.

Mas el príncipe entretanto no dejaba sus maquinaciones en otra parte... Las horas que faltaba de palacio las pasaba en la quinta del Recuerdo, combiando sus proyectos con Ludomilia y asegurándola que triunfaria de sus enemigos.

—Te lo anuncié, le decia cierto dia, la noche que me separé de tí y fusteis sorprendidos por el duque. Hay males que no se conjeturan sino por un medio radical, pronto y seguro. Si entonces hubieras adoptado el que te propuse y que anteriormente te tenia indicado, ni Luitzpoldo estaria casado, ni te verias privada de tu hijo, perdida para siempre tu opinion con el duque, ni ese Leonelo se alzaria victorioso sobre tu ruina... Pero no quisistes... Te pareció muy violento y al cabo tienes que hacerlo aunque tarde.

—Tarde!...

—Si... tarde, porque aunque los resultados den lo mismo, las ventajas serán menos.

—No importa. Yo lo que deseo es la venganza... Es la única idea que me ocupa... Mi hijo, mi constante pensamiento.. A vos me he entregado... Vengadme... vengadme de tantos ultrajes como he recibido... y todo lo demas es nada.

El príncipe de Marck habia conseguido su idea completamente. Ludomilia se habia entregado á su disposicion que era lo que deseaba hacia tiempo. El queria presentar al pueblo y á los Ludomistas un autómeta, un objeto para llegar al cabo de sus intentos, y ninguno mejor que la gran duquesa, persona harta de influencia entre los principales gefes del partido que tomaba su nombre.

Pero el príncipe como hombre sagaz y de estado queria á una hora, en un mismo momento dar un golpe de mano tal, que ningun pormenor faltase, es decir, no dejar pendiente algun cabo de la trama, por donde pudiera desatarse, ó cuando menos entorpecerse.

La duquesa se consumia de impaciencia en la quinta del Recuerdo, contando por siglos los mometos que se dilataba la esperanza que le habia dado el príncipe de Marck. Mas no podia ser de otro modo, porque la combinacion del príncipe era complicada.

—Si tú deseas vengarte, contestó á Ludomilia, yo hija mia, deseo tanto como tú el que lo logres. Bien sabes que te he compadecido antes de ahora, y si el cielo hubiera

escuchado mis votos, días hace que los agravios que has recibido nuevamente, los tendrías escusados, y no te hallarías oscurecida y abandonada en esta quinta.

—Oh! ya os he dicho el pensamiento que me condujo otra vez á ella. Sabiendo que Luitzpoldo estaba en un calabozo del castillo del Aguila, ignorando que volvais á palacio, como aqui me era fácil veros y en palacio no, solicita por la libertad de ese ingrato, queria buscar con vos los medios de conseguirla, mientras que él me olvidaba y abandonaba en los brazos de otra.

—Eh! consuélate... que todo lo acaba el tiempo... Pero ya tarda el baron de Colenberg.

—Lo teniais citado aqui?... ¿No sabeis que le está prohibido el visitarme?

—Por ese, y otro motivo mas poderoso he puesto los ojos en él para lo que imagino. Se le priva que te vea, porque la marquesa sabe que favorecia á Luitzpoldo en sus amores. Hace bien Sofia, y yo voy á servirla completamente haciendo caer al baron en una celada que él no imagina siquiera.

—Vais á perjudicarlo?

—Algo mas pretendo.

—Al baron!... A un amigo nuestro?

—El baron es amigo de todos y no aprecia á nadie. Es un ambicioso indiscreto, que mañana venderá tu secreto al que se lo pague mejor... y esto es en extremo perjudicial á mis miras. Si Leonelo hablase y te denigrase con el pueblo, es un estrangero, y se podria decir que te amo antes y que el resentimiento le obligaba á mentir!... Pero y si Colemberg declara algo por inteligencia, resentimiento... ó aficion á hablar? Oh! no, no. Es preciso quitarnos de encima al baron, y que sea por manos de nuestros contrarios.

—No os comprendo.

—No importa... Lo que deseo es que llegue cuanto antes.

Inmegarda anunció al baron de Colemberg.

—Magnífico, dijo el príncipe rebozando de gozo... Ya es mio: que pase adelante.

El baron se presentó.

—Oh, querido mio!.. exclamó el príncipe poniéndose en pie, y cogiendo las manos de Colemberg que apretó fuertemente. Habreis entrado por la puerta que cae al rio.

—Si señor... He llegado hasta aquí sin ser notado.

—Muy bien... Ea, saludad á mi amada sobrina, que ese ha sido el objeto de llamaros aquí... Como os tienen prohibida la entrada ella deseaba veros... y yo no he podido menos de proporcionar los medios de complacerla.

Ludomilia miró al príncipe sin adivinar donde iría á parar la ficción que acababa de participar á Colemberg.

Este obedeció al príncipe, mostrándose galante en demasia, como tenía siempre por costumbre.

—Verdaderamente, continuó el príncipe, que á primera vista parecerá estraña y hasta ridícula, la determinación que os prescribe no ver á mi sobrina... ¿A que no adivinais el motivo, baron?...

—Seguramente que no. Esas órdenes secretas...

—Llevan por lo regular un intento incomprendible ó cuando menos solapado. Y si no, decidme... Qué os han respondido cuando habeis preguntado el motivo de ese casamiento improvisado de Luitzpoldo, de su

ascenso á general y de su partida á Freisburg en la frontera de Brunswick?

—Oh! no me habéis de eso, señor. Luitzpoldo dejó ya de ser mi amigo para siempre... Su conducta es detestable... ignominiosa! Olvidar así los sagrados deberes que le ligaban á un amor...

—Que él no supo comprender en sus principios, y por lo tanto no podía producir fines lisonjeros. La culpa no es suya, sino de la incauta que se fió de un mancebo, imprudente y liviano, que al menor contratiempo habia de comportarse como otros muchos... Trabajo perdido! Tiempo precioso, que otro en su lugar hubiera empleado con provecho y lucimiento! Bien dicen que la fortuna brinda con sus favores al que no sabe apreciarlos.

—Es verdad! Contestó algo pesaroso el baron.

—Pues, amigo Colemberg, el casamiento de Luitzpoldo ha sido un negocio dirigido por monseñor Leonelo, y manejado por la marquesa de Korvei. Parece que el duque tuvo... ó se las han hecho concebir, sospechas del trato del capitan con mi amada sobrina, y ellos, aprovechándose de tal circuns-

tancia, lo han casado y mandado á la frontera. Todos los amigos que estábamos en ese secreto hemos quedado burlados... y es de nuestro deber desagruar á la duquesa de la infamia de Luitpoldo, y de las maquinaciones de sus enemigos.

—Contad conmigo.

—Escuchad, bajo la fé del secreto que nos liga como caballeros. Se está en la persuacion que el duque guarda una manceba en el castillo del Aguila Negra, y que la marquesa de Korvei y el consejero patrocinan esos amores.

—¿De veras!... Oh! eso seria indigno... criminal hasta lo sumo!... Esa seria una maldad ecsecrable!

—De otra cosa no ha podido provenir el perpétuo desvio que el duque ha concedido á su esposa, ni esa privanza ciega de la marquesa... Ahora bien: sitiada, aislada la duquesa como la han dejado ¿quién le queda mas que nosotros dos?... Pues bien, lo que ninguno ha conseguido está reservado á nuestra fidelidad y buen deseo.

—Esplicaos.

—Descubrir lo que se encierra en el

castillo del Aguila Negra.

—Oh! eso es imposible señor... Cómo penetrar en esa fortaleza inespugnable
No considera V. A...

—Que no hay nada imposible al hombre cuando posee valor y noble arrojo.

—Pero de nada sirven estos si los medios...

—La astucia los encuentra, cuando ayudada del talento los quiere buscar... Vamos á ver: ¿Qué dificultad existe para vos en esa empresa?

—La de penetrar en el castillo.

—Cuando?

—De noche...

—A qué hora?...

—A la que se considere oportuna.

—Os parece bien á las doce?

—La mejor...

—Con sigilo... acompañado de cuatro enmascarados.

—Scberbio!...

—Quereis que os ponga el plan?...

—No estará de mas.

—Se entra en él... Se sube la escalera... Se llama... Se mata al ugier que abra, en

seguida se entra precipitado hácia la sala del Aguila... se penetra por la puerta de la misma, matando ó no á Pedro, y allí, allí está lo que se desea.

—Y teneis probabilidad de todo lo que habeis dicho?

—La teneis vos para conservar el valor necesario á tal empresa?...

—Señor... ¿puede dudar V. A. R?

—Baron, qué equivocacion habeis padecido!.. V. A. R solo es mi sobrino!..

—De menos que vos se ha formado un soberano, señor.

—Es verdad... pero prosigamos la conversacion.. ¿Qué noche elegis para entrar en el castillo?

—La de mañana. Precisamente investigar eso es mi continuo afan... mi perpétuo soñar. Por lo mismo que la marquesa de Korvei lo sabe y oculta, quiero reirme de su orgullo en esa parte... Y que separado de eso, ¿no es una mengua estar entrando en palacio toda su vida ignorando las cosas mas esenciales de él? V. A. me ha colmado de un placer que no puedo espresar, porque al fin voy á conseguir lo que tanto he deseado.

—Pues mañana la noche tendreis á las doce, franca la entrada de la poterna, y cuatro hombres enmascarados que irán con vos... No os olvidéis de vuestra máscara tambien.

—El baron se despidió contento y satisfecho de que se realizase una esperanza que le habia ocupado hacia tanto tiempo.

En ocultarle el príncipe la verdadera causa del casamiento de Luitzpoldo obraba con sobrada prevencion. Si Colemberg hubiera sabido que Othon sorprendió á la duquesa y Luitzpoldo, habria él temido por sí, por la parte que tenia en aquellos amores, y su timidez seria tambien causa de que no se aventurase á una empresa tal, como la de querer descubrir lo que se encerraba en el castillo del Aguila Negra, y donde sabia el príncipe que labraba la perdicion cierta del baron pues tenia que ser descubierto y preso sin remedio.

Asi en cuanto lo vió salir de la cámara, se levantó, y dando paseos por ella, exclamaba sonriéndose:

—Ya va bien!... Su curiosidad lo precipita! Bravísimo!... Estos majaderos llevan

en sí el yugo que lo sujeta al antojo del que sabe manejarlos. Flaqueza humana!... No escapará del lazo que le tiendo. Es preciso quitárnoslo de encima para lo sucesivo. . Es un testigo de tu flaqueza , sobrina mia!.... Podria algun dia hacernos mucho daño, y para llegar al fin que me propongo es fuerza allanar el camino, apartando antes los estorbos que hallemos al paso.

—Ah! conque no tratais entonces de que aclare ese misterio.

—Disparate!... Pues qué! ¿no hay mas que penetrar por la puerta del Aguila?... Por mucha que sea la precaucion del baron no se librará de la perpétua vigilancia del ugier Pedro.

El príncipe odiaba al baron por fátuo, entrometido y orgulloso; y aunque los consejos que dió este á Luitzpoldo, y por los cuales se decidió á declararse á Ludomilia, habian sido de utilidad para el príncipe, sabedor Colemberg de este secreto, y rotas ya las relaciones entre el capitan y la duquesa, le era indispensable deshacerse del baron á toda costa, si antes lo lisonjeo con el grado de mariscal.

La noche aplazada llegó y con ella la hora que Colemberg esperaba impaciente y ansioso. Embozado en su capa, y debajo de ella vistiendo un fuertísimo gambai, se ciñó la espada, la daga, tomó la máscara, y montando en su caballo salió á las once y media de la ciudad con direccion al castillo del Aguila.

La noche estaba tenebrosa y fria... El cielo cubierto de negras y espesas nubes daba un aspecto tétrico á los objetos. Al salir de la poblacion al campo hizo el baron un estremecimiento involuntario, del cual se arrepintió al punto, porque él mismo se avergonzaba de que pensasen el príncipe y la duquesa que no poseia valor, como en realidad no tenia el necesario para empresas de esta clase.

Pero su orgullo y curiosidad le infundian el arrojo suficiente, cerrándole el entendimiento para no calcular los resultados. Tan cierto es que estas pasiones detestables ofuscan y ciegan al hombre en términos, que lo conducen á veces hasta su esterminio.

Casi se arrepintió el baron de su determinacion, considerando que tenia que llegar solo y á aquella hora hasta el castillo del

Aguila, Se ocupaba de un peligro imaginario y desatendia el positivo, cual era conseguir su objeto dentro de la fortaleza.

Pero su deseo vencia todos los temores... los mayores recelos. Nada era comparable con la satisfaccion, la vanidad de poder decir al dia siguiente en la corte, «yo sé lo que el gran duque guarda con tanta reserva en el castillo del Aguila Negra.»

Este pensamiento le acompañó hasta que llegó á él. Se dirige á la poterna, y efectivamente vé junto á ella seis embozados.

—Quién vá? preguntó el baron deteniendo el caballo.

Uno de ellos se viene hácia él y le dice:

—Colemberg?

—El mismo... y vos?...

—El que os dado la cita... Llegad sin temor. Somos nosotros.

El baron se aprocsimó.

—Aun no son las doce, señor, le dijo uno de los embozados al príncipe de Marck asi que estuvieron reunidos à Colemberg.

—Poco tardarán contestò el príncipe... Ya sabes lo que has de hacer Warlock, le añadió en voz baja. Esta gente son unos des-

almados que no me conocen, no saben quién soy ni tú tampoco. El baron no hablará y si lo hace ya procuraremos callarlo. Tú los conduces hasta las habitaciones altas, y despues los dejas, metiéndote en tu cuarto cerrando bien la poterna, que si despues acusan al encargado de ella, se niega que han entrado por alli, y si por el rastrillo que del muro vá al rio, y por el que no es dificil saltar dentro del terraplen matando al centinela, y ese es negocio mio... ¿Cuál es la contraseña de esta noche?

Warlock se aprocsimó mas al príncipe y se la dijo al oido.

—Quedo enterado.... Baron, le añadió á este en voz baja tambien; aquí no nos conocemos unos á otros. La contraseña es *valor y fidelidad*... no se la digais á los que os acompañan, ni les mostreis, por algun descuido, el rostro, sin la máscara. Ea, adentro.

Warlock sacó una llave del bolsillo, abrió la poterna, y todos entraron por ella. El vigilante que estaba en la parte interior, y bajo la autoridad de Warlock, fué distraido por este con un pretesto falso, mientras penetraban el baron, los suyos y el príncipe.

Este al momento tomó el ángulo izquierdo que formaba el muro, en dirección al terraplen del rastrillo.

El centinela colocado en él vió venir un embozado y preparando su arcabuz le preguntó quien era.

El príncipe con una serenidad admirable, le contestó que el gobernador de la fortaleza que iba á practicar un reconocimiento por aquella parte.

El centinela le escige la contraseña como tenían de costumbre, pero al aproximarse para dársela, el príncipe, que llevaba la daga desnuda, lo hiere mortalmente con tal prontitud, que el infeliz no tuvo ni aun tiempo para hurtar el golpe.

El príncipe se detuvo un rato mirándolo, para convencerse de que estaba imposibilitado de hablar.

—Ya se aseguró la apariencia, que es lo principal. Este hombre muerto dará á entender que por aqui se han introducido los salteadores... El baron de Colemberg tiene sobre sí este cargo mas, y Warlock queda libre de toda responsabilidad.

Y con efecto, Warlock entretuvo con

tanta maña al centinela de la poterna que todos entraron en el castillo, deslizándose entre la oscuridad, sin que este lo advirtiera.

Ya que el baron y los suyos estaban ocultos bajo los arcos del pórtico que se hallaba antes de la escalera, se despidió del centinela y se incorporó con ellos.

—Arriba, señores, dijo, y todos le siguieron.

—Escuso deciros, añadió, que hay que efectuar dos sorpresas..... La una es la del ugier que está al cuidado de la primera puerta, y la otra la de monseñor Pedro que defiende la puerta del Aguila.

—No importa, contestò el baron, mas animoso al parecer que los demas.... Guia y no temas.

Colemberg sacó el brazo por debajo del embozo de la capa, empuñando la daga.

—Si vais prevenido así, dijo Warlock, tomad la delantera... La seña ya la sabeis... Nosotros quedaremos retrasados hasta que el ugier deje libre el paso, porque vos le obligueis á ello.

El baron subió la escalera hasta la puerta alta donde estaba el ugier. Warlock y

los que le acompañaban, se quedaron en la meseta, al pié de la estatua de Enrique de Walpot.

Pocos instantes habia que estaban esperando, cuando un gemido sordo y el ruido de un cuerpo, que rodando por los escalones vino á caer á sus pies, les indicó que el baron acababa de vencer el primer obstáculo.

—Esto es hecho!... Vamos, dijo Warlock. Ved al ugier muerto!... No nos detengamos —Los cuatro enmascarados subieron precipitados, y Warlock, apagando al punto la luz que llevaba, y aprovechándose de la oscuridad, desapareció.

Colemberg habia tocado en la puerta, y al ser interrogado por el ugier, contestó que era Waldock, el guardian de la poterna, que iba á comunicarle á monseñor Pedro una novedad interesante.

El ugier, por el mismo postigo donde lo habia escuchado recibió la contraseña, la que oida, se apresuró á abrir la puerta.... Al punto fué herido por el baron y arrojado por la escalera para evitar que lo hallasen arriba.

Los cinco entraron dejando la puerta abierta y sin echar de menos á Warlock, que llegó antes que el príncipe, entablado conversacion con el vigilante, algo distante de la poterna, como tenia de costumbre algunas noches.

El príncipe volvió sin que el que estaba departiendo con Warlock lo advirtiera, y se entró en el cuarto de este.

—El centinela del rastrillo es muerto, le dijo.

—Lo mismo que el ugier de la puerta de la escalera, monseñor. Lo he visto caer á mis pies.

—Perfectamente... Entonces conviene retirarme... enciértrate. Niega á todo y espérame mañana en el bosque de álamos que está enfrente de este castillo.

—A qué hora?

—Temprano... á las siete de la mañana.

Y salió de la fortaleza sin que nadie lo advirtiera. Warlock se encerró en su habitacion despidiéndose del vigilante por aquella noche

Colemberg y los suyos cruzaron con estremado sigilo, y segun las señas que le dió

Warlock, las habitaciones, hasta llegar á la sala de jaspe negro donde estaba la puerta del Aguila.

El baron no se curó mucho de la falta del quinto de los enmascarados, pues el príncipe solo le habia ofrecido cuatro. El otro seria algun criado ó confidente, que se volveria á acompañar al príncipe que quedaria esperando abajo el resultado de la empresa.

La estremada ceguedad de Colemberg no le dejó al pronto conocer que acometia una empresa tan espuesta como delicada. Aun cuando saliese bien de ella, tenia esta que dejar rastros tristes, como ya se manifestaba en la muerte del ugier y eso iba á escitar la cólera del gran duque y á causar un ruido espantoso en la corte.

Pero el baron estaba tan ofuscado en su propósito, y tanto lo habia trastornado el príncipe de Marck con sus palabras, dejándolo al paso entrever algunos proyectos futuros, que nada meditó ni reflexionó, antes al contrario, se dirigió derecho al blanco que fijó su necesidad.

En todas las habitaciones que transitaron, lo mismo que en lo demas del casti-

llo, reinaba un silencio profundo, que solo era interrumpido por el alerta de los centinelas. La servidumbre que tenia á su cargo Pedro era tan escasa, que aquella parte del castillo estaba casi inhabitada, pues él queria tener lejos de aquel punto todo motivo de investigacion y curiosidad imprudente.

Una lámpara colgada en el centro de la sala negra, y cuya opaca luz comunicaba á la habitacion un resplandor opaco, le hizo conocer á Colemberg que estaba ya en el caso mas importante de su aventura. La vista de aquellos jaspes oscuros, y sobre cuyo brillante relieve reverberaban los rayos de la luz, aterró al baron, en términos, que el miedo que le acompañó al salir de Ravensberg lo reprodujo con mas fuerza entonces.

Pero cuando sufrió un trastorno general en su ánimo, fué al levantar la cara y reparar en el águila que estaba sobre la puerta.

Asombrado y temeroso dió algunos pasos otras sin quitar sus ojos de ella... La escultura le pareció estar animada... y aquel águila terrible y amenazante la creyó ver pronta á arrojarle sobre él, y devorarlo con sus garras al querer entrar por allí.

Las piernas del baron temblaron... Sus pasos vacilantes los movia hacia la puerta, y sentia una fuerza eléctrica que lo clavaba en el sitio.

—Teneis miedo, camarada?.. le dijo en voz baja uno de los que le acompañaban... Pues hemos hecho bravo negocio.. Veis muchachos?... (dirigiéndose lo mismo á los otros.) Desde ahora os digo que es un mandria... Cuando mató al portero lo tuve por otro hombre... Acabemos... A cuál puerta de esta vamos á llamar?

—A esa, dijo Colemberg... pero yo llamaré.

—Eh! no os molesteis, mi dueño, que yo sé franquear puertas con mucha facilidad.

El embozado llamó en seguida á la puerta del Aguila.

Un profundo silencio fué la respuesta.

Volvió á llamar y al cabo de algunos momentos se oyó la voz de Pedro que dijo desde adentro

—Quién llama?

—Yo... contestó Colemberg.

—Y quién eres?

—Warlock, monseñor que vengo á en-

tregaros un pliego importante del gran duque, que acaba de llegar en este momento. El conductor me aguarda en la antesala que está en esta habitacion.

—Espera un poco.

Pocos instantes transcurrieron y oyeron correr los cerrojos de la puerta.

Pedro la abrió muy despacio pero los cinco se arrojaron con ímpetu sobre ella. Pedro, que conoció la sorpresa, sostuvo con la puerta el empuje de sus contrarios, valiéndose de toda su fuerza, sacando entretando la daga y preparándose, porque sabia que en aquella lucha tenia que ceder al número mayor.

Efectivamente, Pedro cedió exclamando:

—Traidores probad á entrar.

El primero que se adelantó fue el enmascarado que llamó, pero Pedro saltando sobre él como la pantera acosada, le tiró una puñalada que le hizo caer ecsánime á los pies del baron que le seguia.

La entrada de la puerta del Aguila era un callejon tan estrecho que solo cabia de frente una persona. A su mediacion habia un rastrillo de hierro, y á su término, para entrar en las habitaciones, otro.

La sorpresa y el entorpecimiento que causó á Colemberg la caída del embozado, dió ventajas á Pedro, que pudo desembarazarse de ellos alcanzando el primer rastrillo. El baron ostigado por los otros que venian detras, saltó por encima del cuerpo del caido, llegando todos á él, al mismo tiempo que Pedro, próximo al segundo rastrillo, no tuvo mas que el tiempo preciso para entrar por él y sujetarlo tambien con su cuerpo evitando que penetraran los que le seguian.

Colemberg que llevaba la daga en la mano iba por entre los hierros á tirar una puñalada á Pedro, pero este exclamó con voz aterradora:

—Infames: recibid el premio de vuestra traicion.

Y hundiéndose el pavimento que mediaba entre los dos rastrillos, desaparecieron el baron y los tres embozados, entre un grito de horror y consternacion que dieron al caer en aquel abismo.

Pedro acababa de tocar á un resorte, por el cual se movia aquella especie de trampa construida á intento para la defensa de la entrada. El pavimento era de madera, y

giraba por efecto del mecanismo que conocia Pedro, volviendo á su ser asi que sepultaba al infeliz que se hacia digno á aquel castigo.

Pedro en seguida salió del rastrillo con una luz, y acercándose al embozado muerto, le arrancó la máscara para ver si lo conocia, pero advirtió una fisonomía de asesino, segun su aspecto y las varias cicatrices que tenia en el rostro.

—Nada importa, dijo: vaya este donde están los otros... El que ha osado entrar por esta puerta de tal modo, no debe volver á salir por ella.

Y arrastrando el cadáver, lo colocó sobre la trampa y haciéndola girar desapareció este al punto.

Tal fué el término que tuvo aquella empresa para Colemberg; mas lisonjero tambien á el príncipe de Marck que lo que él se imaginó al concebirla.

XIII.

El festin.

Dos dias habian pasado donde el acontecimiento referido últimamente, en el castillo del Aguila Negra.

Pedro despues que arrojó por la trampa al enmascarado muerto por su mano, cerrando por fuera la puerta del Aguila, se dirigió á investigar por donde habian entrado aquellos hombres en la fortaleza, y llegado hasta aquel sitio.

Ve abierta la puerta que daba á la escalera, llama al ugiar, y no responde... Sin querer molestar á ningun criado ni dependiente del castillo, baja con una luz en la mano, y se sorprende viendo muerto al ugiar al pié de la estatua.

Sale al pórtico, y se encuentra con el vigilante de la poterna. Le interroga con astucia, y le contesta este que nadie ha entrado por ella... mucho menos cuando él guardaba las llaves del castillo al toque de ánimas.

Porque la llave con que abrió Warlock era falsa.

El vigilante, situado algo distante de la puerta, seguro de que á aquella hora estaba cerrada y la llave guardada por el gobernador, ni aun sospechaba que pudiese ninguno entrar por allí. Luego la entrada de la poterna era un callejon tortuoso y algo dilatado, de modo que el centinela, despues que se cerraba la puerta, se colocaba distante de ella en el interior de la fortaleza, para evitar que ninguno de los de adentro hiciese alguna tentativa para salir ò para dejar entrar.

La puerta, ademas de las llaves, tenia

fuertes barras de hierro, las que quitó con sutileza Warlock, despues que el capitan de la guardia del castillo y el claverero, habian practicado su requisita de seguridad, para dar las llaves á Pedro.

Este se convenció de la verdad del vigilante de la poterna, y en seguida, no hallando en quien fijar sus conjeturas, se dirigió al rastrillo del muro.

Ya se le habian reunido el capitan de la guardia y varios soldados.

La vista del mosquetero muerto le llenó de indignacion y lástima. Ya no dudó que aquella tentativa era precursora de otras mayores, que estaba autorizada por persona superior, y que los ejecutores de ella, aunque no los conocia por haber muerto del modo que sucedió, no habian sido solos en la empresa.

Desde luego fijó su sospecha en la gran duquesa.

Abre el rastrillo del muro, baja y no se advertia barça ni esquife amarrado alli, que pudiese haber conducido aquellos hombres.

Manda recoger al centinela y al ugiar... y encargando el sigilo á los que le acompañaban regresó á su habitacion.

Otro, que no fuera Pedro, hubiera quedado satisfecho y tranquilo habiéndose conducido con tanto valor como energía.... pero él no lo sentía así... Su corazón le auguraba aun mayores males para lo sucesivo.

La marquesa de Korvei y el duque, ignorantes de lo ocurrido en el castillo, se ocupaban de otra cosa muy diferente. El cumpleaños de Othon se acercaba y este, por dictamen de Sofia, había decretado una fiesta popular, para celebrar también ese día la victoria y la llegada de Otocaro.

Sofia al pensar en esa fiesta había llevado un objeto triple. Obsequiar al mariscal Otocaro, que la duquesa se presentase en la corte á desmentir ciertos rumores que ya circulaban, y ver si podía arrancar algo al mariscal sobre el secreto de su sorpresa, al ver los retratos en la quinta del Recuerdo, lo que en vano pretendió hacer la marquesa antes que él partiese á la frontera.

El día de esa celebridad era el presente. Todo Ravensberg estaba entregado al gozo y el placer que inspira una fiesta tal, producida por el entusiasmo y la sinceridad. Estrepitosas salvas de artillería resonaron en el cas-

tillo del Aguila Negra y demas fortalezas de la ciudad.

En palacio manifestaban todos el mismo júbilo. La servidumbre y los cortesanos, de gran gala, no se ocupaban de otra cosa que del dia. La duquesa con sus damas se había trasladado á palacio desde la tarde anterior. La marquesa fué mandada llamar por Ludomilia; la noche antes, tuvo con ella una conversacion aunque indiferente, tan amable y amistosa, que Sofia estrañó en la duquesa una conducta no usada con ella hacia tiempo.

Ya el príncipe había hablado con Ludomilia sobre la desaparicion del baron de Collemberg y los que le acompañaban. Warlock acudió á la cita que le dió el príncipe, pero todo lo que pudo contarle fué, que Pedro había hecho una requisita en varios puntos del castillo interrogando al centinela de la porterna, pero que en cuanto á la suerte de los que subieron, ignoraba absolutamente cual hubiera sido.

El príncipe, á pesar de estar prevenido contra cualquier accidente y de haber hecho lo mismo con Warlock, se hallaba inquieto y receloso. Ya no le cupo duda de que un si-

lencio tal, provenia de que el baron habia sido preso con sus cómplices y que se le formaría proceso procurando averiguar los autores del atentado.

La duquesa perpleja tambien, aunque ya nada debia temer en vista de lo que le habia pasado, esperaba ver los resultados, cuando el principe le anunció, lleno de gozo, el banquete y el baile que se preparaba en palacio para el cumpleaños de su sobrino.

El salon de las grandes ceremonias se encontraba obstruido por la numerosa corte que entró á felicitar al duque. Ludomilia estaba á su lado, el principe la seguia, y al otro el mariscal Otocaro y el consejero Biling.

Un rumor extraordinario quese oyó fuera del salon llamó la atencion de Othon; pregunta la causa y se presenta Leonelo.

—Perdonad, señor, dice este... pero un caso que he presenciado esta mañana me ha sorprendido y contristado en extremo. Sin duda V. A. R. tendrá ya conocimiento de él.

—Esplicaos, conde, dijo el duque.

—Recorria yo á caballo las riberas del Ems por la parte de los molinos, cuando he visto sacar del agua en varios puntos, pero

no muy distantes unos de otros, cinco hombres ahogados.

—Cinco?... preguntó Ludomilia.

—Sí, cinco, señora... Cuatro no tenían herida, pero á uno le han dado una en el pecho y se infiere que despues lo arrojaron al agua.

—Y qué clase de hombres eran? preguntó el príncipe con serenidad.

—Os diré, monseñor. Cuatro de ellos, entre los que estaba el herido, tenían mala traza... pero el otro... el otro señores, (dirigiéndose á los cortesanos,) es un noble... un amigo vuestro, y á quien favoreciais con vuestro aprecio y compañía.

Los cortesanos se miraron unos á otros.

—Acabad, conde... añadió Othon: decid quien era ese último.

—El baron de Colemberg.

Todos exclamaron con asombro.

—Colemberg!! ..

Ludomilia miró prontamente al príncipe de Marck. Leonelo lo advirtió y siguió disimulando, pero dispuesto á sacar partido de su sospecha.

—Si, señores, Colemberg, añadió Leo-

nelo... Y lo mas estraño es, que se ignore el cómo se han ejecutado esos homicidios. La ropa de los cuatro, en particular la del baron, está destrozada, y no por las aguas, sino á efecto de alguna lucha violenta que estesostuvo antes de morir y que sin duda agotaria sus fuerzas. Yo, no quisiera aventurar mi juicio (mirando al soslayo al príncipe y la duquesa,) pero creo que la muerte de Collemberg ha sido un lazo infame que han armado á su ignorancia.. ó mejor dicho, á su demasiado saber.

—Cómo? repuso Othon.

—Si, á su demasiado saber, porque me consta que estaba iniciado en arcanos graves que debian para ocultarlos, envolverlos en la sombra de la muerte. El baron ignoraba en medio de su fatuidad, que en la corte hay secretos de tanto peso, que ciertos hombres no pueden cargar con ellos, y que á su poder y fuerza se tiene que rendir, á su pesar, el depositario, quedando sepultado bajo las ruinas del edificio que levantó su propia ignorancia... No lo dudeis, señor, el baron ha sido asesinado.

—Asesinado!!! prorrumpieron todos con terror.

—Asesinado, caballeros... Asesinado para que no hablase en su día... Para que no revelase algun secreto... Lo repito, y tornaré á repetirlo mil veces.

Leonelo entretanto no quitaba los ojos del príncipe y la duquesa, y se convenció de que ellos eran los asesinos.

Los nobles irritados con las palabras de Leonelo, demandaron castigo á semejante atentado. La nobleza alemana entusiasta por sus fueros y privilegios se creia terriblemente ofendida toda, conque algun noble le hiciesen el mas pequeño ultraje.

El gran duque se encontró dudoso sobre un hecho tan delicado, y oscuro al mismo tiempo. Sin embargo mandó al consejero Biling que se practicasen al punto las diligencias convenientes, que se diese parte al consejo de estado, y que la terrible espada de la ley cayese pronta y severa sobre el asesino y sus cómplices, si eran descubiertos.

Los cortes anos mismos mandaron hacer averiguaciones por los contornos de los molinos de Ligen, y por las riberas del rio, pero todo en valde. Nadie daba otra razon que la

de haber sacado aquellos hombres ahogados porque el agua los arrojó á la orilla.

La fiesta sin embargo no fué interrumpida, si bien entre los palaciegos reinaba el disgusto y el resentimiento unidos. Colemberg, era un fátuo, un majadero, pero al cabo un noble y lo habian asesinado.

Ya mas satisfecho y tranquilo el principe de Marck, se dedicó á animar el festin, usando de su genio satirico y zumbon.

Pero Ludomilia manifestaba lo contrario. Bien porque la presencia del duque le fuese repugnante, por la muerte de Colemberg, sacrificado inocentemente... ó ya por las palabras de Leonelo, se encontraba violenta y disgustada. Su semblante estaba serio en demasia, tanto que algunos cortesanos, en particular Bervern, Ebersten y otros se lo manifestaron.

La noche llegó, y con ella empezó el baile que se habia dispuesto de antemano... Ludomilia y Sofia danzaron; la primera con Leonelo y la segunda con los principales señores de la corte. Othon era el único, que en conversacion retirada y tranquila con el consejero y el mariscal Otocaro,

parecia no ocuparse de lo que allí estaba pasando.

A la hora determinada pasaron á otro salou donde habia una magnífica mesa con esquisitos licores, preparada para los soberanos y la nobleza. Othon no se desdeñaba en estos casos de usar una franqueza, que complacia en extremo á su carácter bello y bondadoso.

Concluido que fué el refresco, y en el que el duque mismo, Leonelo y la marquesa contribuyeron á amenizar aquel momento con los brindis y dichos festivos, se tornó á la danza con mas energia y vigor por efecto de lo que infundieron los licores de la mesa.

Cuando se sentaron á ella, el príncipe de Marck se colocó á la izquierda de Othon y la duquesa á la derecha... Los pages y escuderos de la real servidumbre escanciaban á presencia de todos, y las copas del duque, Ludomilia, el consejero, Sofia, Leonelo y el príncipe, las servian de un mismo licor.

El doctor Orseolo, sentado allado de Leonelo, le hablaba á menudo algunas palabras en italiano al oido y en voz baja... de modo que los pages que estaban detras, para

servirlos, no podían entenderlas ni oírlas de ningún modo.

El regocijo y la alegría había llegado á su colmo en la reunión. La animación era completa.... Hacia muchos meses que en la corte de Ravensberg no se disfrutaba de una noche más satisfactoria y feliz.

Los amantes, los amigos... los de genio bullicioso... los de severo y apático carácter, todos se sentían inflamados de un placer, un contento singular. Todos hablaban, danzaban y se divertían con fraternidad y buena fé... Parecía aquel sencillo solaz por su efervescencia y vida, el resto de una existencia alterada y borrascosa... la despedida de un mundo de deleites, para entrar en otro de tranquilidad, calma y meditación.

En este grado de excitación halagüeña en que se hallaban todos los espíritus... en ese ser de entusiasmo y goces, un rumor de consternación y amargura se esparció, con la velocidad que se inflama una materia combustible, por los salones de la reunión, por todo el palacio, viniendo á interrumpir la fiesta.

—El gran duque ha sido acometido de un accidente mortal!!!...

Esta fué la voz que resonó... terrible y aterradora.

Othon habia vuelto á su anterior asiento. Esta vez no conversaba con Otocaro y el consejero. Lo hacia con la marquesa y varias damas de honor, que lo tenian rodeado, y á quien él proponia enigmas y charadas picarescas, que las hacian reir y celebrar la cordialidad de su soberano; cuando de repente un grito de susto y espanto que dieron las damas llamó la atencion de todos sobre el estado del duque.

Pero si fué repentino el accidente, mucho mas lo fué el aprocsimarse al duque el doctor Orseolo, y sacando un pomo lo vertió en la boca de Othon, el que bebió con vehemencia al oir proferir al doctor estas terribles palabras:

—Bebed, señor, bebed sin demora, por que estais envenenado!

—Envenenado!!! exclamaron todos con horror, indignacion y sentimiento.

La gran duquesa y Sofia, acongojadas y llorosas á los piés del duque, le tenian cogidas sus manos, que se iban helando por momentos.

Aquellas dos mugeres lloraban, pero con diferente objeto... por distinto estímulo... La primera impulsada de un fingimiento criminal, á la segunda acababan de traspasar su corazon con un puñal agudo.

Parece ocioso referir que la fiesta concluyó, y todo era consternacion y luto.

Othon quiso hablar y no pudo... su pecho y cabeza se abrasaban... El infeliz duque padecia unas congojas mortales... El doctor lo miraba sin perder ninguno de sus movimientos... Pidió una luz para examinar minuciosamente los signos de su rostro, y al notar el aspecto cadavérico de Othon, frunció las cejas en señal de disgusto y pocas esperanzas.

Este hizo otro esfuerzo para dirigir á Sofia la palabra, pero en vano. Entonces cogiéndola una mano entre las suyas ya heladas, la estrechó fuertemente contra su corazon, y una gruesa lágrima resbaló por la mejilla del infeliz duque.

Aquel a lágrima fue demasiado comprendida por la marquesa: su significacion era harto terrible para Sofia!

Othon en seguida cerró los ojos, y pa-

recía que el sueño de la tumba había venido á tomar posesion de él.

El doctor mandó que lo condujesen al lecho.

Despues que lo retiraron los pages, acompañándolos la duquesa, Sofia y el consejero Biling; prorumpió el doctor, dirigiéndose á los cortesanos:

—Señores, vuestro soberano ha sido traídoramente emponzoñado con el festin de esta noche, por una mano villana y oculta. En el licor no estaba el tósigo, supuesto que otros han bebido de él y ya veis que no han experimentado tales efectos. El veneno se hallaba en la copa de antemano... y esta tenia alguna señal particular para distinguirla. Al que la ha preparado es necesario buscar... Eso os toca á vos... como á mí deciros que, demasiado práctico en estos casos, no se puede responder de la seguridad de la vida del duque.

—Yo considero, doctor, contestó el príncipe de Marck, harto inútil esa manifestacion aquí. Habiendo emitido antes vuestro parecer, diciendo que han envenenado á mi sobrino, yo creo que todos se harán

cargo que han sido traidores y no fieles servidores los que han perpetrado crimen tan horrendo..... Lo demas lo creo tan insulso é inútil, que en mi concepto, todos estamos perdiendo aquí un tiempo precioso. Ustedes el asistir al enfermo, estos señores porque aquí ya no deben estar, y yo porque en nombre de mi sobrina, duquesa soberana de Ravensberg; á título de pariente y miembro de la regencia anterior, mando que se retiren todos, asegurando que desde hoy, hasta que la suerte decida del soberano, la corte de Ravensberg se regenerará, y limpiará de aduladores y villanos que se hospedan en ella. Salid ya.

El príncipe pronunció estas palabras, con una severidad y teson tan desconocidos en él, que impuso á todos, menos á Leonelo, al doctor y á Otocaro, que fué el primero que le contestó, sin inmutarte.

—V. A., le dijo el mariscal, se ha revestido muy pronto de una auteridad caduca, y que de ningun modo el pueblo ni la corte reconocerán. Los que nos hallamos aquí, fieles servidores y amantes del duque soberano, ni somos dignos de esa reconven-

cion, ni menos estamos acostumbrados á que nos espulsen de palacio de un modo tan grosero y descomedido. Tened en cuenta mis palabras, monseñor; ni vos estais autorizado para mandar así, y lo que es yo, me guardaré muy bien de obedecer á un enemigo del pueblo.

Este language libre y enérgico del mariscal, desconcertó al príncipe que se sonrió, malignamente, y apretando los puños de furor, contestó con afectada humildad:

—Es verdad .. teneis razon... Mi demasiado celo me ha espuesto á vuestras descortes palabras, mariscal... y os las disimulo, porque yo no abrigo rencores... En cuanto á que soy enemigo del pueblo... estais equivocado, querido... Yo solo odio lo que es perjudicial á los intereses del estado... y si he errado alguna vez, estad en la persuacion que ha sido con el mejor deseo.

—No es este sitio ni ocasion para que yo os pruebe lo contrario... Doctor, no perdamos tiempo, añadió el mariscal. No os separéis de la cabecera del duque que yo voy entretanto á otra parte.

—Imbécil, exclamó el príncipe al ver-

lo salir... Cree que porque tiene un corazón honrado y una valiente espada, lo posee todo!... Pronto te haré ver que eso no vale nada en el mundo, cuando no van acompañados tales méritos de otras cualidades indispensables. Veamos á la duquesa. Ya... ya se arreglará todo.

XIV.

Arrojar la máscara.

Tan universal como fue el júbilo el día anterior en Ravensberg, así dió el pueblo muestras inequívocas de sentimiento á la noticia de lo sucedido al duque. El mariscal Otocaro sin perder un momento, reunió á los conservadores, y después de participarles lo ocurrido y hasta las palabras del príncipe de Marck, les hizo presente que aquella

Los Ludomistas por otra parte, corrian las calles de la ciudad aquietando los ánimos alarmados y desmintiendo la noticia del envenenamiento del duque. Llevaron à mayor punto su audacia, aleccionados por los agentes del príncipe de Marck. Acusaron secretamente de traidor al representante de Ferrara, asegurando que habiendo sido amante de la duquesa en su juventud, y estando viviendo despues en palacio con el fingido nombre de Mastropetro para ver si podia obtener algun favor de ella, los repetidos desaires que sufrió de Ludomilia le hicieron presentarse asi con el caracter de enviado de Ferrara, pero era para vengarse del duque su rival, en secreto, y que para este fin le acompañaba aquel médico italiano, práctico en esos infames secretos que el arte comunicaba en Italia para deshacerse de un enemigo poderoso. Que claro se manifestaba, cuando él calificó el accidente de Othon de envenenamiento, no siendo mas que una especie de parálisis, y que el envenenamiento si lo haria efectivo: cuando, fingiendo salvarle, le hizo beber un licor desconocido al duque en aquellos momentos de consternacion.

El pueblo, y aun los mismos conservadores, creyeron semejante calumnia... La ciudad hervía en ira é indignacion á estas voces... Innumerables grupos se presentaron delante de palacio, pidiendo á gritos la vida de su soberano y el castigo de los asesinos.

El mariscal Otocaro fué uno de los que desmentían tales inculpaciones porque había observado la conducta de Leonelo y Orseolo. Este último al saber tan horrenda impostura fué tanta la cólera que manifestó, que dijo iba probar al pueblo con datos auténticos la enfermedad del duque de donde provenía, y á señalar por sus nombres á los perpetradores de tan atroz atentado.

Lo primero que hizo el consejo, por dictámen del príncipe, fué mandar prender á los escuderos y pages que sirvieron y custodiaron la mesa, lo mismo que al repostero de palacio.

Entre ellos estaba Ulrico, el escudero mercenario del príncipe de Marck.

A todos se les interrogó con severidad y cuidado, y confesaron que nadie se había aproximado á la mesa, antes de sentarse á ella los personajes que lo hicieron.

Del licor del duque bebieron los demas. Las copas todas se habian limpiado antes y ecsaminado por los encargados de ello, y al llenarlas del licor aseguraban los criados que nada contenian.

El plan estaba combinado perfectamente.

La vida del duque se dió públicamente por salvada, gracias á la actividad y celo del doctor Orseolo, el que á pesar de las calumnias que lo difamaron, cedió á los ruegos de Sofia y Leonelo, y á las instancias de Otocaro y el consejero Biling... Pero aseguró que las facultades intelectuales del duque quedarian paralizadas para siempre, sin que una cura maravillosa, y á la que casi no alcanzaba la ciencia del arte, pudiera tal vez restituirle la razon.

Este parecer lo dió por escrito, y las perdidas esperanzas que manifestó, fué por dictámen de Sofia, porque en ello tenia fundado esta muger incomprendible un plan que no lo habia comunicado á nadie.

El doctor Orseolo hizo firmar á los médicos de cámara su declaracion, la que archivò el consejo, despues de hacerla saber al pueblo.

La salvacion de la vida del gran duque por el doctor Orseolo, y el interes que manifestó en ella destruyó el mal concepto que divulgaron los emisarios del príncipe... Además la amenaza del doctor, infundió temor al príncipe, por que no sabia si el doctor tendria pruebas secretas que presentar contra los regicidas.

En seguida la regencia, compuesta como la anterior, de la duquesa, el príncipe y el consejero Biling, empezó á gobernar en nombre de Pedro I de Ravensberg.

Sofia al ver firmado el primer decreto por la duquesa, en nombre de su hijo, conoció que ya no habia otro camino que recoger la máscara que Ludomilia acababa de arrojar. El consejero Biling habia contrariado esta determinacion de la duquesa y el príncipe, pero el voto de la regente prevaleció y no tuvo mas arbitrio que ceder.

La marquesa se dirigió á la habitacion de la duquesa.

Esta vez no entró Sofia con semblante risueño ni condolido; sino severa, imponente y con ademán de dictar preceptos á la soberana del gran ducado.

Ludomilia al verla no calculó para lo que iba á visitarla.

Sofia mandó retirar á las damas de honor de la duquesa y cerró la puerta en seguida.

Aquella accion sorprendió á Ludomilia.

La marquesa tomó asiento y se espresó así:

—No vengo á recordarte, ni nuestra primitiva amistad, ni los lazos que nos han ligado: lazos que tú has roto, instigada por los consejos de un hombre que será tu perdicion al cabo... Quisiera no tener que vaticinarte esto, pero mi conciencia me lo dicta. Dejando aparte los sucesos pasados y refiriéndonos á los presentes, te has dejado conducir por ese fatal consejero hasta el extremo que has adoptado. Has atentado á la vida de tu esposo... ó mejor dicho habeis sido los dos. Tú, impulsada de resentimientos... él por vengarse de todos y hasta de tí misma.

—¿Qué es lo que dices!

—Que ya se acabaron los disimulos, Ludomilia... Entre tú y el principe de Marck asesinásteis al baron de Colemberg, y habeis envenenado al duque Othon.

—Sofia!!

—Oh! Tengo todas las pruebas de tus crimines pasados, y de tus hechos presentes. Al principio te creí una muger infeliz que merecias amor y compasion.... pero luego he visto que eres una fiera sedienta de sangre y sacrificios.... Los tiranos simpatizan, se unen y obran de consuno... Eso te ha sucedido con el príncipe de Marck. Yo, cuya generosidad contigo es innegable, á pesar de estar ligada á tu marido con vínculos estrechos, aunque tu adulterio ofendia en cierto modo esos lazos que me unen á él, he respetado tu secreto, porque conociendo que entre tí y Othon no podia haber advenimiento, él tenia que vivir con su ilusion, y tú necesitabas para soportar la vida un desahogo, un consuelo, y este, tan natural como justo, era fuerza concedértelo en lo mismo que carecias. Pero no imaginé jamas que crimines sangrientos, delitos espantosos, sucediesen á la inclinacion que alimentastes. Si indiscreta y consentida has procurado surcar esa senda errada de venganzas y violencias, si has chocado abiertamente con Leonelo, con un hombre poderoso á quien mas que declararte su enemigo debiste atraerlo á tí, ¿te

quejas de que culpándolo siniestramente ante el duque y bajo tu firma, Leonelo al leer la acusacion que falsamente le hacias, se sincerase, mostrándole á tu marido que él no era tu amante?

—El fué?...

—Sí, él solo... Cuando un hombre como Leonelo se ve ofendido en su honor, cuando bajamente se le culpa, está autorizado para vindicarse y confundir á su contrario. Y á pesar de todo, este hombre, despues de desengañar á tu marido, ha sido generoso é indulgente. Se unió á mí, para suplicar perdon para tí... olvido.. Pero este no podia concedértelo Othon sin quitarte á tu amante... sin hacer desaparecer ese hijo del crimen... ese padron de reprobacion... esa mancha ignominiosa, que emborrona y oscurece una de las páginas del soberano mas benéfico... del hombre mas infeliz... El modo ya lo has visto... se le casa y se le premia... Y el pago de tanta generosidad y beneficencia, es tratar de asesinarlo impiamente y no habiéndolo conseguido, al notarlo incapaz de contrarrestar un segundo crimen... un crimen infame que revela el alarde y la audacia mas

descarada, se le desprecia, aun ecsistien-
 este hombre desgraciado, y se le quiere
 arrebatat la corona para colocarla en las sie-
 nes de una concepcion detestable, del fruto
 de un adulterio infame... pretendiendo con
 impudencia y audacia solapar un delito, al
 mismo tiempo que se hace ostentacion de él á
 los ojos de los que lo saben escarneciéndolos y
 mofándose de ellos.

—Sofia!!!

—No... no será; prosiguió la marquesa
 con una decision admirable... Ese hijo de la
 reprobacion y del vicio, no puede nunca lle-
 gar á sentarse en el trono de Ravensberg...
 Las leyes divinas y humanas lo prohiben, y
 su sacrilega madre sufrirá el anatema de Dios
 y la maldicion de los hombres.

—Y te opondrás tú acaso?..

—Sí, porque alzaré mi voz, me dirigiré
 al pueblo, haré patente quién es... publicaré
 su procedencia, y el pueblo arrojará tu ídolo
 hecho pedazos ante tus pies.

—Y con qué pruebas te presentarás á
 sostener semejante acusacion?... Hasta vos-
 otros mismos queriendo ofenderme me ha-
 beis favorecido para lo sucesivo!... Luitz-

poldo, que es el único que pudiera hablar, no lo hará porque atentaria contra su hijo... Colemberg no ecsiste... Leonelo es un testigo falso, porque su ofensa dará á su testimonio un carácter parcial y calumnioso, y tú porque aparecerás como una muger desagradecida é ingrata vendida á mis contrarios... por miras ambiciosas... por deseos de elevarte aun mas.... Porque has tenido relaciones sospechosas y criminales con mi marido.

—Miserable!! exclamó la marquesa con un acento tan terrible, que aterró á Ludomilia!.... Cuando podrás tú igualarte á mí?..... Comprender el valor y la pureza de mi conducta? Imaginas, muger impia y criminal, que mi frente está manchada como la tuya?.. Yo la elevo erguida y brillante... resplandeciente como la aureola virginal de los ángeles... La tuya está cubierta de una niebla opaca, sombría y horrorosa!... Tus ojos no ven ya mas que el crimen y el delito... los míos las virtudes y el cumplimiento de los mas santos deberes. Para que tú pudieras alzar la vista para mirarme, necesitarías volver á tu estado ino-

cente y primitivo de la infancia... Ante los ojos de la sociedad no podrás aparecer mas que como un monstruo hediondo y despreciable... Yo como una muger digna de respeto y veneracion. Analiza tu vida miserable, solo hallando goces en el vicio y los delitos... La mia en la virtud y la beneficencia.... Esperaba reducirte á mi fin, por medio de la amistad, el aprecio y la reflexion. Dejarte bien colocada con el mundo, despues de hacerte conocer la justa causa que yo defendia, y que la reconocieses y apreciases... pero ahora triunfaré y tú quedarás envilecida para siempre.

—Te engañas, porque antes haré nadar en sangre á Ravensberg. .

—Mira no te ahogues en ella.

—No temo tus amenazas.

—No, mis realidades... Revoca al punto ese titulo usurpado que das á tu hijo. El gran duque Othon vive todavia, y á su muerte no debe ocupar su trono sino un heredero legítimo, no un bastardo despreciable.

—Eso jamás. El gran duque está ya imposibilitado de mandar, no tiene mas heredero que yo... y ese hijo que tú sabes que

no es suyo... según dices, pero que no puedes probarlo... Aquí no hay más duque soberano que yo... Mi voluntad es la que impera... y mi hijo será el que le sucederá en la corona.

—Con que te empeñas en ello?

—Sí...

—Pues bien... veremos de quién es el vencimiento.

—Veremos...

En este momento se oyó el sonido de varios clarines en la plaza de palacio.

—Mira, añadió la duquesa, cogiendo á Sofia de la mano y abriendo las puertas de una ventana... Ves?... ochocientas lanzas... y otros tantos hombres de armas me envia Ernerto de Brunswick para hacer respetar mis decisiones. Entre ellos vienen Luitzpoldo y su esposa aprisionados, y he rescatado también el hijo que me quitasteis. Ahora es cuando se acabaron los disimulos, Sofia... Me llegó mi vez y yo penetraré ese arcano profundo del castillo del Aguila... arcano que tanto ha dado que decir y pensar, y que ha costado la vida á Colemberg.

Sofia á el aspecto de la fuerza armada,

á la vista de traicion tan bien combinada y execrable, no profirió una palabra.

—Hola! continuó la duquesa... parece que ahora enmudeces y te muestras menos altanera!.. Vamos, querida Sofia, no olvides la prudencia, que es el distintivo mas bello que siempre te ha adornado... Reflexiona... y mira que, á pesar de las palabras que me has dicho aquí, no se ha estinguido de mi pecho el resto de estimacion que te conservo. A mí me basta con que me afirmes que estas pura, porque la voz de la verdad es tan conocida y manifiesta, como la del crimen. Mi humillacion pasada y mi elevacion presente, míralas como causas naturales, y sometámonos á ellas. Yo no desconozco cuanto me has estimado y los favores que me has hecho... Prosigue obrando conmigo lo mismo, no te separes de mi lado, guíame en esta senda de maldicion y fatalidad en que el destino me ha lanzado.... y convéncete que ni tú ni yo obramos por voluntad propia, y sí porque un poder mayor que ella nos somete y sujeta á su capricho. Tú conoces demasiado mi posicion y advertirás que ya no me es posible retroceder de ella...

Pues bien, no me abandones y vivamos la una para la otra.

Ludomilia al conducirse así con la marquesa, daba una prueba de inteligencia y falsía. Ella hubiera podido mandarla prender y hasta quitarla la vida, pero la consideraba unida á Leonelo, y este era invulnerable para su poder. ¿Quién sabe los medios de que él se podría valer para vengar á la marquesa?... Lo que atrayéndola á así, convenciéndola, lograba echar un áncora poderosa á su situación, porque el talento de Sofia no era comun.

Ademas, ella, á pesar de todo, temia al príncipe de Marck, temia á Leonelo á la misma Sofia... y aun al pueblo. Los Ludomistas podrían defenderla, pero los Conservadores que no le cedían la ventaja á aquellos, estaban á favor de la marquesa y por ahora no convenia entrar en oposicion abierta con ellos, sino cuando ella hubiese echado raices profundas en su soberania.

La marquesa por su parte, conoció la desventaja que tenia para lidiar abiertamente, y varió de propósito. La guerra era necesario emprenderla de nuevo, y así aparentó

someterse al parecer de la duquesa ofreciéndola de nuevo su servicio.

Llaman á la puerta de la cámara, Sofia abre, y se presenta el príncipe de Marck con el hijo de Ludomilia en los brazos.

— Toma, sobrina amada le dijo; te lo arrebataron, y yo te lo devuelvo.... Sírvale esto de castigo á los que destrozaron impiamente tu corazón.

Y fijó una mirada sardónica en la marquesa, que bajó los ojos, sufriendo tan villana reconvencion.

Ludomilia era madre, y era fuerza que se entregase á los afectos de tal.

Despues de haberlos satisfecho un tanto, notando el estado de Sofia, dijo al príncipe:

— Querido tío, en este momento acabo de experimentar dos felicidades. He recordado á mi hijo y el afecto de Sofia. Os suplico que ni aun indirectamente la reconvengais... Entre la marquesa y yo... no ha habido nada... nada ha pasado*.

Pero Sofia pidió permiso para retirarse. La presencia del príncipe y del infante le hacian daño.

El duque, por dictámen del doctor Orseolo, fué llevado, hacia dos dias, á la quinta del Recuerdo, paraje que el doctor conjeturó mas útil para la salud del enfermo. Ludomilia no se opuso, porque vió con placer ocupar á su marido el sitio de abandono y olvido que tuvo ella poco antes.

El mariscal, Leonelo y el consejero, eran los únicos que lo visitaban á menudo, en particular el primero, que ya hacia dos tardes que se paseaba con él por el jardin.

El doctor interiormente confiaba en su curacion... Es decir, en volver á la facultad intelectual toda su fuerza, porque el duque tenia la mayor parte del tiempo perdido el conocimiento y hablaba desconcertadamente sobre un tema ó un objeto.

La tarde del dia que tuvo Ludomilia la conversacion que hemos referido con Sofia, el duque bajó al jardin. El doctor habia encargado que procurasen atraer á su idea hechos pasados, para ver si asi podia ir recuperando poco á poco la memoria.

Othon venia del brazo del mariscal. Mu-

do y silencioso. Solo reia á la vista de una flor ó de lo mas insignificante.

—Recuerdo, dijo el mariscal, que V. A. R. me dijo cierto dia que me enseñaria el jardin de esta quinta y haria varias esplicaciones sobre él.

—A tí?... Pues tú quien eres?

—No me conoce V. A? Vuestro súbdito mas fiel.. el mariscal Otocaro...

—Otocaro?... sí... Con efecto... yo conocí á uno llamado asi... pero ya no ecsiste...

—No... que vive... vive, señor, para amaros y consagraros su ecsistencia.. ¿No conocéis este anillo que una tarde colocásteis en su dedo como una muestra de vuestra bondad?

—Sí... cuando estaba muerta... yo le quité un anillo á Beatriz... pero luego se lo dí á mi Eleonor... Oh! si es tan bella!... Y Beatriz lo mismo... Ven... verás donde la ví la primera vez...

El duque cogió otra vez el brazo del mariscal y echó á andar con precipitacion.

—Eleonor!... continuaba! Sí tú la vieras!.. Por eso me inspiró tanto interes Gacela... porque se parece á mi Eleonor... Po-

bre niña!... Y el mariscal la queria tambien... Ya lo creo!... El mariscal piensa que no lo he conocido... Oh! yo sé quién es y Sofia lo sabe tambien... Pero disimulamos porque queremos sorprenderlo y que él se esplique.

Otocaro sufrió una conmocion poderosa.

En esto se aprocsimaron á una hermosa glorieta de jaspe, construida con el mas esquisito gusto... La puerta estaba cerrada.

El duque la miró de repente, y soltó una estrepitosa carcajada.

—Cómo te va á sorprender lo que notarás aquí... y á cualquiera lo mismo... añadió. Verás... verás...

Fué á entrar, pero al ver cerrada la puerta, un furor extraordinario se apoderó de él.

El conserge del jardin, que los seguia á corta distancia, llegó, y tocando á un resorte, la puerta cedió.

—Como V. A. R. sabe abrir... yo creia...

—Ah! eres tú, Roberto? y tu hermana Matilde?... qué amable es! cuánto me quiere tambien... Solamente tu padre y tú me manifestais ceño.... Oh! si yo no quisiese

tanto á Beatriz no volvería á tu casa.

El duque entró con el mariscal en la glorieta.

Otocaro fijó sus ojos en un objeto, y quedó absorto, sin atreverse á moverse del sitio, creyendo un sueño lo que veía.

—Sí... no lo mires... le dice el duque... En ese banco... ahí la ví por primera vez... en este mismo sitio... Estaba en la puerta de su molino... El banco te parecerá rústico é indigno de este edificio... Oh! no... amigo mio... Lo engrandece el que Beatriz se sentaba en él... y esta glorieta se fabricó para él... solo para él... por que no se moviese de donde está.

Una congoja mortal cubria la frente del mariscal... Conociendo que sus piernas vacilaban, fué á sentarse en el banco

—Traidor! exclamó el duque, con un acento de cólera estremada... ¿Qué haces? Sabes que ese banco es sagrado? Que ni aun yo mismo puedo ser osado á profanarlo?... Solo á una persona se le tolera sentarse en él ya... A Eleonor... á Eleonor... y nadie mas. La cabeza te costaria tal atentado.

El mariscal no sabia lo que le pasaba...

Confuso y anonadado deseaba pedir esplicaciones al duque... pero cómo era posible!.. Su razon estaba en un estado deplorable, é imposible de que se pudiesen coordinar sus palabras.

El resto de la tarde lo pasó el mariscal entre dudas mortales. Hizo varias preguntas al duque. Pero este, constante en su idea, le repetia siempre las mismas frases, sin querer apartarse de la glorieta.

Ya cerca de la noche, al ir á retirarse, una muger, cubierta con un velo, se presentó á ellos.

—Mariscal, le dice Sofia así que se descubrió; se os espera esta noche, dentro de una hora, en el castillo del Aguila Negra... Pedro el ugier os tiene que dar informes circunstanciados sobre vuestra familia.

—De mi familia?

—Sí... ya es infructuoso que os oculteis..

—Señora!...

—Teneis el corazon empedernido con los combates... sordo á la voz de naturaleza... Os he reconocido en esta quinta la noche que proferisteis ante los retratos de

vuestra madre y hermana, sus queridos nombres..... Porque reconocisteis tambien la cruz que llevaban sobre el pecho, simbolo sagrado, distintivo apreciable de la mejor de las madres... Y si no, decidme, ¿á que llevais tambien otra sobre vos?

—Marquesa... delirais?

—No, no deliro.... porque esta tarde os he escuchado detras de las celosias que tiene esta glorieta... Me he introducido en ella antes que vos llegarais.... presumiendo que el duque al dirigirse aquí no dejaria de entrar en ella. He visto vuestra agitacion... la impresion que os han causado sus frases desconcertadas y las preguntas que le habeis hecho... Pues bien... vos deseábais ver á vuestra madre Ana y vuestra hermana Beatriz... no existen... pero en cambio vereis á Roberto, Matilde y otra persona que no conocéis, y que amareis entrañablemente porque tiene vuestra sangre...

—Sofia! Sofia!...

—Os mostrásteis pertinaz antes de marchar á campaña... no quisisteis declarar vuestro verdadero nombre... llenásteis de amargura un corazon que os amaba... y todo por-

que temiais descubrirnos á Othon que varias veces le habiais oido acusaros de ingrato y mal hijo... Ah! os engañasteis... pensando engañarnos! Othon os hubiera abierto sus brazos porque él no podia odiaros... Pero ahora que está imposibilitado de comprenderos... ved que vuestra revelacion es quizá la salvacion del resto de vuestra familia.

Otocaro perplejo no sabia qué partido adoptar.

—Vamos, mariscal... el tiempo pasará... la oscuridad va á estender... Esa cruz... mostrádmela... no esteis remiso... y ya vereis lo que os entrego en cambio... No ois á vuestra madre que os lo manda desde el cielo?

—Ah! madre mia!!... prorrumpió el mariscal enternecido, abriendo prontamente su jubon... y sacando una cruz que llevaba al cuello. Aqui la teneis, señora...

—Quereis trocarla por esta?... le respondió Sofia...

[]—Qué veo!... Esclamó Otocaro fuera de sí... Quién sois?... quién eres?...

—Ven, Joaquin amado!... Ven y estrecha á tu Matilde.

—Matilde! Ah! hermana mía!... hermana de mi vida!...

Los dos permanecieron abrazados unos momentos. El mariscal no acertaba á comprender tanta dicha.

—¿Con que eres tú! Tú mi Matilde!... Aquella niña inocente y tan amada de mí, que dejé olvidada al abandonar la casa paterna! Ay, no! olvidada nunca! Jamas os he olvidado, prendas de mi amor!.. Pero es posible! Aquella aldeanita tan sencilla y tierna, transformada en la poderosa marquesa de Korvei! En el ídolo de Ravensberg! Ah! Cuán orgulloso me siento de ser tu hermano!

—Y yo de tener por tal á un militar tan valeroso!... A un héroe tan estimado de todos!

La frente del mariscal se cubrió de repente de un velo opaco y sombrío. El aspecto ledo que ostentaba su faz, desapareció al recuerdo de alguna idea triste y abrumadora.

Sofía que lo notó le dijo;

—Joaquín... hermano mio!... Qué pesar repentino ha venido á ocupar tu corazón? A desterrar el placer que mutuamente nos acompaña?

—Si... me ha asaltado un pensamiento desgarrador para el alma. Matilde, añadió con severidad, tú sabes que nunca he transigido con la ignominia. En medio de mis extravíos juveniles te consta que mi frente se elevaba pura y sin mancha. Esta grandeza que te circunda, ¿la habrás debido acaso...

—Joaquín, repuso la marquesa con una dignidad admirable... y que sorprendió al mariscal... ¿Olvidas que tu sangre es la que circula por mis venas?... ¿Que me tienen por el tipo de la honradez y la virtud en la corte de Ravensberg?... Mis flaquezas estarían tan ocultas, mis vicios tan en silencio, en medio de esa turba de palaciegos, ávidos en criticar y destrozar con el sarcasmo mas despiadado la reputacion del desgraciado que incurra en el menor desliz?

—Perdóname, Matilde... perdona mi temor, si recuerdas nuestra humilde cuna... Yo me he elevado por mis hazañas, por mi valor, y como ignoro... lo mismo que todos, los medios que tú...

—Harto siento el tener que participártelos... Pero no hay remedio... Ya es fuerza manifestarte á qué debo unos títulos y una

privanza que no me han acarreado otra cosa que amarguras... y que he comprado con el sacrificio de lo mejor de mi vida. La noche nos cubre ya con su oscuro manto... Conduce al duque á su habitacion; mi coche está puesto y él nos llevará al castillo del A-la Negra donde lo sabrás todo.

El mariscal cogió del brazo al duque. En el reconocimiento de los hermanos, este no hizo otra cosa que reir descompasadamente al escucharlos.

Su estado de imbecilidad era marcado y seguro entonces.

A poco el carruage de Sofia iba en direccion del castillo del Aguila, conduciéndola en union de su hermano Joaquin.

XV.

Combinaciones.

El principe de Marck ignoraba el resultado de la conversacion que hubo entre Ludomilia y la marquesa, porque no se cuidó de preguntárselo á la primera, ocupado como estaba en sus asuntos, y mas que todo en ver el efecto que hacia en el pueblo el primer decreto de la regente.

Este no podia ser que otro un alarma gene-

ral entre los Conservadores. Esperaban la presencia del mariscal para que este tomara una medida decisiva y pronta; pero la noche que precisamente lo aguardaban con mas ahinco, Otocaro no pareció en la asamblea.

Mas en vez del mariscal, vieron abrirse las puertas y un grueso piquete de soldados hannoverianos invadir el salon y llevar presos á los principales gefes, deshaciendo la reunion.

A esta medida intempestiva y despótica del príncipe de Marck; se agregó la de algunos arrestos mas en otros de los Conservadores.

Pero no fué esto lo que llamó la atencion, sino varios destierros que se decretaron tambien de ciertos cortesanos, entre ellos el condestable Erardo de Gotinga, y otros como el baron de Eberten, Hasbourg, Bevern y otros de los mas marcados de palacio, y que eran caudillos de los Ludomistas.

Tan estraña anomalia hizo un efecto extraordinario en la corte y en el pueblo... El príncipe se escusó con la duquesa y los Ludemistas, fingiendo que eran golpes de estado indispensables. A la duquesa le dijo que

era necesario limpiar el palacio de ciertos nobles sospechosos que, aunque afiliados en los Ludomistas, no eran mas que una polilla que insensiblemente corrompe la corte y mina el trono, haciéndolo desplomar á lo mejor. Y al pueblo, por medio de sus agentes, manifestó, que él no tenia predileccion por ningun partido politico, antes al contrario, que habiendo desecho el club de los Conservadores y aprisionando á los principales caudillos, desterraba á los Ludomistas, porque asi cortaba los brazos que pudieran armar el puñal asesino de conciudadanos contra compatriotas, robusteciendo la paz y el orden, cimiento sólido y recomendable para el bien y prosperidad de los estados. Y que ya que en su pasada administracion se habian lamentado algunos errores inocentes, queria, ahora que era mas grave el cargo de la re-gencia demostrarmayor celo y cuidado en conducir la nave del estado, al puerto seguro de prosperidad y auge nacional.

La gran duquesa, aunque algo sagaz, tragó la pildora que tan bien le doró el príncipe. No asi los Conservadores. Los Ludomistas murmuraron algo, pero siempre se

convinieron á esperar algo del príncipe en lo sucesivo, asi como los primeros lo temieron todo.

Ludomilia no deseaba ya nada pues á su entender todo lo poseia. Habia recobrado á su hijo, y vengándose de su marido y Luitzpol-do. A Sofia, bien por voluntad ó por precision, la tenia á su devocion... mandaba dueña absoluta en Ravensberg, su hijo seria algun dia coronado duque soberano, y su agradable sueño de venganza y felicidad se veia cumplido.

Solo le faltaba aclarar el misterio del castillo del Aguila Negra, pero para eso esperaba la determinacion del príncipe de Marck.

Este, convencido de que lo que alli se encerraba, eran asuntos fútiles de amores correspondientes al duque, y no otra cosa, se habia cuidado muy poco de satisfacer la ansiedad de Ludomilia, porque los momentos los necesitaba él para cosas de mas importancia, y para descubrir lo del castillo del Aguile sobraba tiempo.

Y era asi. El príncipe tenia frecuentes y secretas conversaciones con el baron de

Pompeburg, general de las tropas auxiliares residentes en Ravensberg. El baron, ademas de general, era un politico profundo, y Ernesto en enviarlo á esta comision, sabia que habia de conseguir el objeto que ocupaba su deseo anteriormente.

Los demas soberanos del círculo de Wesfalia, en particular el obispo de Munster, protestaron contra esta invasion de Ernesto en el gran ducado. Pero este se escusó diciendo que habia sido llamado como amigo por la duquesa regente, para sostener los derechos de su hijo, atropellados por las diferentes facciones politicas que se abrigaban en aquel estado.

El obispo no reconoció de ningun modo esta farsa, pero el príncipe ya le tenia buscado un juguete para entretenerlo, y que le arrojó á su tiempo como veremos.

El pensamiento del príncipe al sorprender la asamblea de los Conservadores, fué prender al mariscal, pues es seguro que el genio arrebatado de este, viéndose tratado así por una fuerza militar extranjera, habia de procurar motivo sobrado para no respetar su clase y autoridad.

Pero Olocaro, con admiracion del príncipe, no habia concurrido á la reunion aquella noche, en momentos que parecia imposible que pudiese faltar.

Este era el enemigo que el príncipe temia, y el que era indispensable que se quitase de enfrente, porque era un éstorbo grande atravesado en su carrera de prosperidad y ventura.

A Leonelo, que no habia vuelto á parecer en palacio desde la noche del festin, no lo miraba el príncipe cual á hombre politico, sino como á un amante resentido de la duquesa, y que se habia presentado en Ravensberg dos veces bajo diferente trage y denominacion, para lograr un objeto que era imposible, por cuanto que Ludomilia no le tenia inclinacion. Que habia procurado hacerla la guerra cuando esta podia y debia temer su venganza, porque el duque se hallaba en disposicion de tomarla por él; pero ahora que ya Othon estaba fuera de ese circulo, aunque tenia el conde de Pólesino noticias de los amores pasados de la duquesa y Luitzpoldo, no poseyendo pruebas y estando este asegurado

en secreto en un calabozo, podia desmentirse en público la acusacion de Leonelo, dado caso que la entablase, y calificarlo de calumniador y vengativo por los desprecios, que habia sufrido de Ludomilia; pero el príncipe se equivocaba tambien.

—Os esperaba con ansia, querido tío, dijo la duquesa al príncipe. He notado que de dos dias á esta parte os haceis desear mucho... Ni vos me dais cuenta de vuestros trabajos, ni yo puedo consultaros sobre mis acontecimientos.

—Y qué quieres, hija mia? Ese baron de Pompeburg me absorbe la mayor parte del tiempo. No se encuentra sin mí... Es verdad que como extranjero, qué mejor compañía ha de escoger que la mia?... Me ha hablado de planes colosales!.. De una alianza por diez años entre Ernesto y tú... Sobre el sostenimiento de un cuerpo de sus tropas en Ravensberg todo ese tiempo, costeadas por este ducado... y luego al retirarse, la entrega á su soberano de nuestro principado de Hesse-Delmot.

—¿Cómo! exclamó Ludomilia... Con que

viene como amigo, como aliado, y solicita, despues que le mantengamos su tropa, uno de los estados mejores de mi reino?... Entonces qué servicio nos viene á prestar? Desmembrarnos una de las partes mas estimables de este todo?...

—Sobrina mia, es necesario que te convenzas de que tú no entiendes esto. Ningun extranjero puede ser jamás amigo del reino que pisa. Al contrario, es como un arroyo que, aunque corra mansamente, siempre ha de arrastrar algo al paso... Y es natural: ¿quién se cuida ni se duele de lo ageno, si el dueño lo desatiende y entrega en manos que están deseando pillarlo?... Pues eso sucede con las invasiones extranjeras... Es igual á una medicina que calma al pronto el dolor agudo, pero luego deja varias úlceras abiertas, que cuesta mucho cicatrizarlas... si es que se puede conseguir al cabo el objeto. La casa propia que uno no gobierna bien, mal podrá gobernarla el vecino.

—Pero vos no corroborásteis la determinacion de pedir auxilio al duque de Brunswick?

—Y acaso te he dicho yo que no fuera

preciso? Pero eso no se opone á que yo lamentamente los resultados de una determinacion forzada... indispensable... A que te sometas, en fin, á ciertas ecsigencias á que es preciso acceder.

—Bien... eso mas adelante. Qué tenemos de los conservadores? Se han preso?

—Sí, ya están incomunicados Balkan, Brun, Crefeldi y Stetin.

—Y qué pensais hacer con ellos?

—No sé .. lo que tú digas.

—Cortarles la cabeza... Me insultaron en su asamblea, el duque los perdonó y yo quiero ahora que mueran.

—Eso es aventurado.

—Pues cómo?...

—Se les incitará á que escalen la cárcel, que varios amigos los esperen fuera para proteger su fuga... Hay tropas emboscadas de antemano, y se les mata á arcabuzasos ó á lanzasos, diciendo que hicieron resistencia, y es negocio concluido.

—Bien: y de Leonelo?

—A ese, dejadlo. Qué, no hay mas que atentar á la persona del representante de un soberano amigo?

—Para mi no es mas que un contrario encarnizado de mi ventura, mi honor y mi sosiego; que casi tiene la culpa de todo ó de la mayor parte de mis infortunios... La vida de ese hombre la deseo, la ansio... A todos los perdonaria y á él no.

—Mucho le odias para haberle hecho padre de un hijo tuyo.

—Para el caso, como si no lo hubiera sido por que ese hijo no existe ya. Pero aun cuando viviera, sabria ahogarlo entre mis brazos, si él fuese el estorbo que pudiera oponerse á que yo me vengara de su padre.

—Si tanto lo deseas ya buscaremos un medio. Se lo diremos al baron de Pompeburg y este enviará algunos soldados disfrazados que acaben con él una noche al salir ó entrar en su casa... Es fácil... Son extranjeros... él es italiano, una reyerta se suscita por cualquier cosa... y despues de muerto por los soldados, nosotros no tenemos responsabilidad ninguna del hecho.

—Hacedlo como querais, siempre que lo quiteis de enmedio.

—Y no me dices nada del mariscal Otocaro?

—Qué se yo... Ese me parece un hombre que, aunque contrario nuestro, debemos respetar y conservar.

—Vé ahí tus caprichos. A ese, antes que á ninguno, hay que esterminar. Es el enemigo mas ciego y mas irreconciliable que tenemos... El que no transigirá nunca con nosotros y al que sufriremos siempre si no nos sacudimos de él. Me maravilla en verdad que tú ignores esto.

—No lo ignoro; pero es un militar valiente, y yo no estoy porque sean los hombres de la opinion que sean, ir privando al estado de sus mejores columnas. El mariscal es un verdadero hijo de Ravensberg, y al menor llamamiento que le haga la patria, su valiente espada puede defenderla como lo tiene acreditado... Si lo quitamos de entre nosotros y del mundo, nos puede hacer algun dia mucha falta. Olocaro no está viciado y por consiguiente no se venderá á coaliciones ni inteligencias onerosas.

—Sobrina mia... de nuestros enemigos los menos... Yo sé de mundo mas que tú porque soy mas viejo... La mala yerba se corta... pasemos á otro.

El príncipe no desconfiaba de tener ocasión de perder al mariscal. Le había conocido la flaqueza, que era tener un genio arrebatado, y en esto esperaba encontrar ocasión harto sobrada, para hacerle arrepentir de sus espresiones la noche del envenenamiento de Othon.

—Y á Luitzpoldo, lo habeis visitado en su encierro?

—Lo he visto una sola vez.

—Y qué dijo?

—Nada. A todas mis amistosas reconzenciones callaba. No así la muchacha. Isabel se desata en imprecaciones contra ti. Te acusa de tirana... despiadada y cruel...

—Y acaso lo han sido ellos menos conmigo? El fué un perjuro... ella una infame que no debió admitir nunca su mano.

—No es toda la culpa de los dos, sino de quien los sedujo... ó los instigó á un himeneo que nunca debió efectuarse.

—Si hablais por Sofia, esta lo hizo estimulada del mejor deseo hácia mí.

—Oh! eso es lo que tú no sabes.

—Y vos lo ignorais? La marquesa jamás ha cesado de estimarme, y vos la odiais en

secreto porque alimentais contra ella una animosidad...

—Fundada.

—Os equivocais, señor. Me ha dado infinitas pruebas de amistad, ha ocultado mis flaquezas y me ha compadecido en mi desgracia... Oh! yo os aseguro que el tiempo que la he tenido separada de mi, es cuando me han sucedido los mayores infortunios... cuando he sufrido los sinsabores mas amargos.

—Luego vuelves á la creencia de que la marquesa de Korvei te trata con sinceridad.

—Sin duda.

—Eh! no seas inocente. La marquesa abriga hace tiempo, una idea constante, un pensamiento fijo, permanente y que nadie sabe ni ha penetrado jamas.. La marquesa tiene que ser contraria de todo lo que se oponga á la realizacion de él... y ese proyecto era conocido de tu esposo, pero ahora ha quedado depositado solo en ella. No te diré que adopte para su realizacion medios violentos, ni determinaciones fuertes... pero con su política natural, profunda y amable trabaja para ello.. Adivinarlo es muy difícil... es decir, ahora en este momento , ma-

ñana podrá ser... porque la conducta de esta muger singular, es tan admirable como fija... y este es el gran mérito que tiene á mis ojos. Ella con una sola palabra, con una leve mirada, conmueve, encadena y seduce en términos, que se parece á una astuta sirena á quien se teme, y sin embargo se desea gozar de sus atractivos. Es una muger peligrosa, sobrina mia.

—Y bien, qué quereis que haga con ella?... Alejarla de mi lado... desterrarla!... No es posible! Sofia es astuta, sagaz, de un talento no comun... y personas asi, por mucho que nos lisonjee nuestra posicion, no es prudente tenerlas por enemigos. Mientras la marquesa no me dé otros motivos... y aun dándomelos, os aseguro que la miraré siempre con consideracion y respeto. Aun cuando sus culpas fueran tantas que degenerasen en crímenes manifiestos, aunque mereciese la muerte, me detendria mucho en dársela, porque considero tal su poder, tan grande su influencia, que mil puñales se aguzarian en secreto contra mi pecho para vengarla. Sabéis señor, cómo se castiga á la marquesa?Cuál es el medio de deshacerse de ella sin

responsabilidad ni esposicion? haciéndola perder ese aura popular que posee en todas las clases del pueblo.... en la corte misma. Esa conducta que vos no podeis menos de confesar *admirable y fija* y cuyo mérito reconocéis, no considerais que para sostenerla en un palacio, á los veinte y ocho años de edad, es necesario estar dotado de una gracia tan especial como maravillosa? Pues bien, ese talisman secreto que Sofia posee, ese amuleto prodigioso que arrastra las voluntades, que encadena asi los ánimos, tan seductor, y tan apoyado é indestructible por su conducta y comportacion, derribarlo no es obra de un momento. Es un edificio levantado con tanta sabiduria como encanto y... ¿para qué es cansarnos?... ni vos ni yo podemos en el dia destruirlo.

El príncipe quedó callado y pensativo, conociendo la verdad de estas frases.

Hasta se consideraba corrido de que una débil muger pudiese oponérsele de tal modo.

—De otra suerte, continuò Ludomilia, imaginais que yo no hubiera procurado, á pesar de todo, librarme de un testigo importuno de mis extravios? Pero considero que

Sofía estará ya prevenida contra todo lo que pueda y deba esperar de nosotros dos.

—Que está prevenida? prorrumpió el príncipe con sonrisa irónica. Mucho decir es!... No desconfío de hacerte ver lo contrario... ¿Con que se halla prevenida á todo, eh?

—Claro lo he conocido en la entrevista que hemos tenido. Ella se ha opuesto abiertamente á que mandemos en nombre de mi hijo.

—Qué escucho!.. ¿Y ha tenido la osadía....

—Si, de echarme en cara tal proceder viviendo mi esposo... De declararse abiertamente enemiga de mi hijo.. y hasta asegurarme que nose sentará en el trono de Ravensberg.

—¿Y tú has tolerado.....

—Oh! he tenido el valor suficiente para no mostrarle flaqueza y cobardia... El valor que mi situacion me prescribe... Pero en medio de todo tenia miedo de ella. Sus palabras me desgarraban el alma, y aunque ensayé un recurso grave creyendo hacerla callar, intimidarla... su voz se levantó mas enérgica



y fuerte, en términos que casi me anonadó.

—Qué recurso fué?... preguntó el príncipe, como inspirado de una nueva idea.

—Acusarla de trato clandestino con mi marido... De inteligencias sospechosas en el castillo del Aguila Negra.

—Ah! sí sí... exclamó el príncipe lleno de júbilo... He ahí mi idea .. mi pensamiento... El mismo que yo he concebido, porque yo sé la procedencia de esa muger... Es humilde... de la clase baja del pueblo... y su elevación misma revela sospecha y una malicia criminal... Esa muger ha sido molinera de Ligen...

—Molinera!!

—Sí, molinera, bajo el nombre de Matilde... Calcula ahora por qué habrá ascendido á ser marquesa de Korvei y condesa del Aguila Negra... Porque tendria tal ascendiente sobre Othon... y qué clase de secreto podrá ecsistir entre ellos, el ugiar Pedro y el consejero Biling.

—No sé... pero...

—Uno grave... sobrina mia, de alta importancia, y al mismo tiempo tan reprobado é ilegal, que no lo ha podido en tantos años

cubrir ninguna apariencia y presentarlo, aunque disfrazado, á los ojos de la corte. Este no puede ser otro que una inteligencia en extremo delincuente... Es cierto que tú oistes en la quinta al duque nombrar una mujer llamada Beatriz... que Sofia despues te mostró el retrato de una aldeana, diciendo ser esa misma Beatriz... pero aun cuando hubiese sido una dama del duque, muerta ya, segun la marquesa manifestó despues al mariscal, no podrá Sofia haberla reemplazado? Hay mas: el mariscal Otocaro reconoció á las aldeanas, por medio de una cruz que tenian los retratos... Sofia tiene otra cruz, que la tarde de la batida llamó la atencion del viejo de la casa rústica del bosque... luego entre el mariscal, el viejo y la marquesa, ecsiste una coincidencia casi probable de que se conocerán, ó al menos esta análoga circunstancia de la cruz es fundamento de reciprocos afectos, aunque pasados, de personas influyentes en tal secreto, y que no puede tener otro carácter que el de un crimen enorme, cuando se oculta con tanto cuidado por las personas que lo poseen... El viejo de la selva cayó des-

mayado, según dices tú... es misántropo, y no quiere hablar con nadie... No hay remedio, motivos colosales, y atroces, median para que ese anciano esté así... y él ha reconocido á la marquesa esa tarde.

—Sí, sus palabras lo dieron á entender.

—Lo ves? Mira si mis recelos son bastante fundados,

—Pero bien, qué pensais hacer?

—Que tú lo preguntes? Empezar á difamar á la marquesa en secreto. Hacerla perder la popularidad que goza. Destruir esa fama lisongera que acompaña á su nombre por todas partes... y cuando esto lo hayamos conseguido, sino totalmente en parte, atacarla de frente sin reparo ni consideracion.

—Y entonces...

—Entonces se le prende... se le encadena... Se le estermina si conviene... que sí convendrá... porque á una muger tan poderosa y temible es conveniente cortarle los vuelos... y esto no se consigue sin hacerlo antes con su cabeza.

—Os confieso que me encuentro indecisa y no sé si adopte con la marquesa la paz ó la guerra.

—Y por qué?... La guerra es secreta, mientras se mantiene la paz aparente para disuadirla de toda sospecha. Rumores infamantes puede circularlos cualquiera. Quién pone freno á la lengua de un vengativo, un ignorante ó un mal intencionado? Circule lo que á nosotros nos convenga, y luego que se tome Sofia el trabajo de averiguarlo.

—Haced lo que queráis... pero os advierto que os dejo en esa parte los resultados, sean pròsperos ó adversos.

—Se conoce que esa mûger te domina mas que debe... Bien... yo cargo con la responsabilidad... Mia será la derrota ó el triunfo... Lidiaré solo con ella, y te aseguro que no me arredraré.

—Vos podeis hacerlo mejor que yo.... Teneis una ventaja inmensa. La de que vuestra conducta aparece á los ojos de todos intachable, y nadie os puede marcar con el sello mas pequeño.

—Eso prueba que tengo mas cautela, porque la esperiencia me habrá servido de algo, hija mia. Y mira si tengo un punto de apoyo soberbio para combatir á la duquesa... La muerte de Colemberg ; de los

cuatro mas que se encontraron con él....
Ya verás... ya veras...

Conque... ratifiquemos lo que hemos tratado al principio de esta conversacion.... Despachar á los conservadores, á Leonelo... y al mariscal se deja por ahora... Lo siento! Pero caerà... caerá... A dios, sobrinta... Ah! Tu Luitzpoldo y su parienta es cosa tuya, eh?...

—Sí... ese asunto es mio solamente.

—Corriente. En un calabozo de la ciudadela esta él, y ella en una sala baja... precisamente encima del calabozo... Beltran se llama el carcelero... El gobernador ya sabes cual es; por que presumo que habrá por tí su visita correspondiente al consabido capitán.

—Creo que sí...

—Hasta otra vez, que me aguarda el baron de Pompeburg... Voy á hablar con él tambien sobre lo del conde de Polesino.

XVI.

Dos atentados.

 El día siguiente se leía en las esquinas de Ravensberg los siguientes carteles.

«Ocupada la regente del gran ducado en asegurar la justicia, como base indestructible de la seguridad y bienestar del estado, castigando los crímenes atroces que se perpetran à la sombra de la impunidad, ha parado la consideracion sobre los asesinios

del baron de Colemberg y sus compañeros, los cuales hay toda la probabilidad para creer que han perecido en el castillo del Aguila Negra, víctimas del infausto arcano que depositan en esa fortaleza, personas ilustres de la corte. S. A. R. ofrece un pronto desagravio á las leyes y á la vindicta pública »

Este cartel no dejó de causar eco en la poblacion, pues precisamente se trataba de un hecho ruidoso, y que tanto habia ocupado la curiosidad de muchos, la compasion de algunos y la indignacion de otros. Pero este era el primer tiro que indirectamente asestaba el príncipe á la reputacion de Sofia, empezando por acusarla disimuladamente de un crimen tan espantoso.

Leonelo cuando llegó á su noticia el tenor del edicto, escribió á la marquesa, previniéndola sobre el ataque que á cara descubierta debia sufrir y no muy tarde. Las personas ilustres á que hacia alusion el cartel eran ellas y el consejero Biling, por que el duque, aunque estaba en el secreto, se hallaba ahora fuera de toda reconvenccion ni cargo.

Mas Sofia, tranquila y satisfecha, nunca habia temido, y en la actualidad menos.

Sin levantar mano empezaron los agentes ocultos del príncipe á denigrar á la marquesa de Korvei, tomando por fundamento el edicto publicado. Se la hacia la principal responsable de la desgracia de Colemberg, asegurando que el nuevo título que obtuvo de condesa del Aguila Negra, era debido á aquel horrible secreto que necesitaba hasta inmolar víctimas para su seguridad.

Tales rumores llegaron á oídos de Sofia, la que los escuchó con risa y desprecio. Ludomilia creia verla pesarosa y acongojada y la hallaba siempre festiva y alegre. Únicamente cuando la faz de la marquesa se cubria de pesar, era cuando le recordaban el estado de Othon.

Un dia que se encontraba sola en su habitacion, le entregó Richsa el siguiente anónimo.

—«Se ha asegurado, y anda muy válido entre el pueblo, que sois la favorita de Othon... Mas claro, su dama. A esto dicen que se han debido los disgustos de la gran duquesa con su marido y el trastorno del estado!

y la muerte de Colemberg y los otros. Yo, señora, abandonaria la corte y me retiraria hasta de Ravensberg. De lo contrario, el dia que esteis mas descuidada os pueden dar un pesar porque ya os miran con preven-
cion.»

Sofia guardó el billete sin hablar palabra, y dijo á Rihsa si habia venido el doctor Orscolo.

—Esperando está fuera, señora, á que le deis licencia.

El doctor se presentó.

—Y el duque? le preguntó la marquesa.

—Está ya casi en el estado que se desea para vuestro nuevo plan.

—Cuando podemos ponerlo por obra?

—Dentro de dos dias.

—Id antes preparándolo todo... Ellos mismos van á caer en la red que me han tendido... leed... y le manifestó el anónimo.

—Esto es falso, señora... El pueblo dice lo contrario; solo algunos ignorantes y menguados...

—Ya lo sé... demasiado comprendo de donde sale todo... No es Ludomilia la principal inventora de esto... Es otra persona

que nos hace la guerra ocultamente, y la que pretendo coger por mas que ella procura escapárseme de entre las manos.

Decid á monseñor Leonelo que necesito verlo... que se presente en palacio esta noche: que deje todo reparo ya... que venga.

—Sereis complacida.

Pero en aquella misma noche pensaba el príncipe dar el golpe á los Conservadores que estaban presos, y á Leonelo. El mariscal habia sido envuelto en la traicion, y el príncipe halló doble motivo de placer, por cuanto que el mismo Otocaro se le entregaba sin trabajo.

El modo de coger al mariscal fué el siguiente:

Varios espías ocultos, asociados á los Conservadores, porque el príncipe los tenia en todas partes, empezaron á cundir entre estos que era una infamia tolerar que Balkan y los suyos se viesen presos injustamente. Al mismo tiempo el príncipe los hizo juzgar de nuevo por crímenes anteriores y hasta notificarles la pena de muerte.

El mariscal al saberlo, opuso todo su po-

der é influjo para desviar el golpe que amagaba á sus amigos políticos. Habló al consejo, al príncipe, á la regente y todo inútil... Estos se excusaban con la ley... pretesto que sirve en estos casos para satisfacer rencores, saciar venganzas y apoyar criminales inteligencias.

El único recurso que le quedaba era su hermana la marquesa de Korvei, pero esta demasiado sagaz y advertida, le hizo ver que para Balkan y los suyos no habia entonces remedio; pues eran unas victimas inocentes á quienes mataba la ponzoñosa sed de venganza de Ludomilia, y las miras siniestras del príncipe de Marck. Pero que á pesar de todo, hablaría á la duquesa, segura de que nada conseguiría.

Efectivamente, Sofia hasta llegó á amenazar á la duquesa sobre los resultados funestos, del paso que se iba á dar, pero esta, preocupada por el príncipe y engreida con las tropas de Pompeburg, no temia á nadie.

Demasiado sabia el príncipe que el mariscal no toleraría una infamia como la que se iba á perpetrar con Balkan y los suyos, y que recurriría á extremos violentos ò ardides

para librarlos, los cuales, por ocultos que fuesen, habia él de saberlos con antelacion.

Otocaro convocó en un sitio secreto á los Cónservadores ecsistentes en Ravensberg, y entre otras proposiciones que les hizo, los ecsortó á morir primero que permitir el sacrificio de sus inocentes compañeros.

Esta invitacion hecha por un hombre como el mariscal, en ocasion que los ànimos se hallaban justamente ecsaltados, por las injusticias y tropelias que se cometian á intento por el príncipe, no podia menos de encontrar eco entre los de la reunion. Los primeros que se mostraron propicios y aun los que incitaron con ardor á los demas, fueron los emisarios del príncipe ocultos entre los Conservadores.

El resultado fué juramentarse para una noche y una hora.

La noche era la presente.

La hora las doce de ella.

El proyecto era asaltar la cárcel del crimen, matar á la guardia hannoveriana, sacar de la prision á Balkan y los demas que estaban con él y en seguida con buenos caballos, prevenidos ya, meterse en la

selva de Roden, pasar el Harz y ganar la frontera de Munster.

El plan, aunque arriesgado, llevándolo un gefe como el mariscal y una espada cual la suya, no era difícil de realizar.

El principe se llenó de gozo, al saberlo por sus agentes que concurren á la reunion. La dosis de depravacion que poseia, era la que por lo regular tiene el que, abundando en las ideas perversas que él, procura para sostener un poder que jamás debiera tener, sacrificar con ardid y estrategias infames á ciertos honrados y beneméritos patricios, cuyo valor y ardimiento noble no transigen con la tirania, y son víctimas de su buen deseo, sucumbiendo á impulsos de la rivalidad y de la traicion mas indigna y detestable.

Estaba mas que olvidado que el principe pondria los medios para que todos cayesen en sus manos.

El dia de la noche citada, hizo publicar por medio de un pregon la ejecucion de Balkan, Brun y los demas, como reos de estado, fijando el término para de allí á dos dias en la plaza de Adeltorfen, como

estuvieron sentenciados en otro tiempo.

Sabia que con esto aseguraba mas el éesito de su combinacion.

Leonelo habia recibido por Orseolo el aviso de Sofia, mas no quiso entrar en palacio de dia y esperó á la noche.

A una hora que consideró prudente se dirigió á él.

Leonelo acostumbraba á transitar solo por las calles de Ravensberg contra el dictamen del doctor, que en particular de noche, le habia aconsejado que le acompañase alguno de sus criados. Pero Leonelo fiado en su valor no habia hecho caso de esta advertencia.

El doctor, hombre pensador y preventivo, habia mandado á Frugoni y á Veneti que de noche siguiesen á Leonelo á alguna distancia, sin que él lo advirtiera.

Leonelo, embozado en su capa, se dirigia presuroso á palacio, cuando al medir una enercujada de callejuelas que desembocaban en la calle de Wulffen, fue rodeado y acometido de seis hombres á un tiempo.

El primero le tiró un tajo en la cabeza,

el que sin duda hubiera acabado con él, á no llevar la gorra de Leonelo en su ferro interior una especie de malla de acero que inutilizó el corte de la espada.

Sin embargo el golpe le trastornó en términos, que casi tuvo que agarrarse á la pared para poder sacar la suya.

—Traidores! gritó fuera de sí... Asi asesináis impunemente á un hombre?

Y apoyado contra la tapia de una casa se defendia de los seis que lo acosaban con furor, al ver que no le habian derribado con el golpe primero, como lo intentaron.

El conde de Polesino hubiera sucumbido al fin á la obstinada furia de sus adversarios... pero la voz de uno de ellos que dijo:

—Muerto soy!...

Le hizo conocer que alguien venia en su socorro.

Con efecto, la espada de uno, de dos desconocidos que se acercaron, habia atravesado por la espalda de una estocada al último de los seis. En seguida hirió de muerte á otro... hizo medir la tierra mal parado al tercero y á los tres restantes los puso en fuga.

—Mandrias, aguardad! gritó el libertador con acento brusco y destemplado, siguiendo á algunos pasos á los fugitivos. Esperad y yo os daré lo que mereceis.

Leonelo reconoció á Frugoni.

—Bien por Dios, señor, le dijo este... No quereis hacer caso de las palabras del doctor Órseolo... y os venis de noche por esas calles como un doncel rondador ó un galan fantasma. El doctor es todo un hombre, sabio, prudente y conoce á los picaros... Dadle las gracias de que no os hallan esta noche despavilado esos bribones... porque sin su dictámen no os hubiéramos seguido.

—El doctor os lo dijo?

—Claro está... Yo á esta hora, os podeis hacer el cargo que en vez de hallarme aqui estaria apurando algun jarro de vino... pero no me pesa porque estas bromas me divierten.

—Retirémonos ya, añadió Leonelo.

—Despacio, señor... ¿Y nos vamos así sin sacar la hebra del ovillo, teniendo en la mano el cabo?

—Y qué pretendes?

—Es muy sencillo: ver si por algunos de estos truhanes averiguamos algo. Oscuri-

llo está, pero no importa... Ayúdame, Veneti.

Y llegándose al que tuvo mas en estado de hablar, le preguntó quién era.

Leonelo se sorprendió al conocer por el traje un soldado de las tropas de Pompeburg.

Escaminó á los otros y los vió vestidos con igual divisa.

A las preguntas de Frugoni no contestaba el herido sino con lamentos.

—Esas respuestas no son las que yo quiero, perillan, le dijo Frugoni... Si te duele, llama al demonio y que te cure... Veamos los otros dos... Mira, estos están mas contentos que tú... la prueba es que no se quejan. . Calla, y este tiene una escarcela... curiosidad es... pero voy á ver qué guarda en ella... Toma! un papel!... lindo botin.....

—Un papel!! repuso Leonelo. Trae que puede que nos dé alguna luz.

—Sí.. es verdad, señor... pero vámonos alumbrando con ella, no sea que los que huyeron avisen á los suyos y sea peor la fiesta... Cuidado que no lo digo por mí... que yo me estoy aqui hasta mañana á esperar á esos valientes que acometen seis á un hombre

solo... Pues aqui hay uno solo para todos ellos.

Leonelo vió que era prudente separarse de alli, y se dirigió á palacio mandando á Frugoni y á Venneti que no digesen á nadie una palabra, y que esperasen á que él concluyese para tornarse á su casa.

Sofia lo aguardaba tranquila; ignorante de lo que acababa de pasar y de los acontecimientos que sucederian aquella noche.

En el momento que Leonelo entró en palacio, tuvo aviso de ello el príncipe que se hallaba con Ludomilia y el cual dijo á esta:

—Se nos ha escapado... no puede ser por menos... pero yo lo agarraré... El plan se arregla asi mejor que imaginé. Ellos mismos se entregarán en mis manos, esta noche. Si no los cojo á todos en un lazo serán muy ligeros para poder escapar. Esta venida de Leonelo por primera vez á palacio y en esta noche, es materia para sospechar. Sin duda el mariscal ha dicho algo á la marquesa y esta se lo vá á participar á Leonelo... Oh! Ahora lo veremos. Sobrina mia, llama á Inmegarda.

La duquesa obedeció, y se presentó la doncella,

—Y tu hermano? la preguntó el príncipe.

—Está en la antesala.

—Dile que venga.

Inmegarda salió, y á poco llegó Ulrico.

—Siéntate, y escribe lo que te voy á dictar.

—Yo, señor?

—Sí, tú... De tu letra que será desconocida...

—Pero no es una imprudencia fiarse así de un dependiente?... añadió en voz baja la duquesa.

—La llave del silencio de este y su hermana, la tengo yo muy guardada en el castillo de Coimberg... No temas... Escribe, muchacho.

—Ya os espero, monseñor.

El príncipe dictó:

«Monseñor Leonelo: han ido á buscaros á vuestra casa de mi parte, y el doctor Orseolo ha dicho que estais en palacio. Entonces he pensado dirigiros este billete á él y que os lo entreguen al punto. Junto á la cárcel del crimen, esta misma noche á las doce, os espera un amigo, el cual os

participará cosas importantes para vos, para vuestro hijo, para madama Sofia de Korvei... y os aclarará el fundamento del hecho que os debe haber pasado esta noche á la salida de la calle de Walffen.»

«Que oigais las doce ya en la esquina de la cárcel... El embozado que se acerque á vos os llamará por vuestro nombre.»

—Pliega y cierra. Dirigete á las habitaciones de la marquesa y dile á Richsa que un desconocido acaba de traer ese billete para su señora.

Ulrico cumplió esactamente.

—Estoy seguro que no faltará, dijo el príncipe. Son muchas las promesas que le hago y de gran importancia para que no acuda á la cita... En particular aclarar el lance de esta noche... Oh! no hay miedo de que deje de ir.

Despues conduciremos á la otra, añadió.

Leonelo se hallaba en conversacion con Sofia sobre sus combinaciones futuras, cuando le entregó Richsa el anónimo á la marquesa.

Lo abrió y repasó brevemente, entregándoselo en seguida á Leonelo, diciéndole:

—Es para vos.

Leonelo lo leyó con estrañeza.

—No tenéis ninguna idea de quién pueda ser?...

—No señora.

—Es raro... Ni de ese hecho á que se refieren en la calle de Walffen?...

—Tampoco sé de lo que me hablan...

—Bien podrá suceder, repuso la marquesa con desconfianza. Sin embargo, ahora reparo en una cosa, monseñor, que no lo habia hecho antes.

--Cuál?

—En vuestra gorra... No la veis rota de una cuchillada?...

—Con efecto... Este es algun descuido de ese bribon de Frugoni... Apuesto á que en uno de sus momentos de embriaguez se colocó mi gorra y ha tenido alguna pendencia donde le cupo la buena suerte de recibirla, porque, mirad madama, el tajo es de muerte, y á no ser por la malla interior de que está forrada...

—Sin duda.... es fuerte su armadura... No la desampareis de noche, Leonelo, le añadió con intencion .. y mucho mas si tenéis que pasar por la calle de Walffen y

acudir despues á las citas que os den, como la de la esquina de la cárcel del crimen.

—Tendré en cuenta vuestro consejo, señora.

Leonelo cerca de las once y media se despidió, y marchò dejando á Sofia sobresaltada en extremo, porque esta no creyó la disculpa que le habia dado.

El conde inspiraba interes hacia tiempo á la marquesa, solo que ella jamas se lo habia demostrado.

Ulrico, que estaba en acecho para verlo salir, se dirige en seguida á las habitaciones de la marquesa y le dice á Richsa con interes:

—Es monseñor Leonelo el que acaba de salir?

—Si?...

—Estás segura de ello?

—No he de estarlo si le he visto en conversacion con la señora... Por mas cierto que era para él el billete que me entregastés.

—Para él... Y qué decia?...

—Lo ignoro.

—Dios mio! Si le sucederá algo!

—Cómo, exclamó azorada Richsa.

A este tiempo Sofia la llamó.

—Espérate, que ahora vuelvo y me explicarás eso.

La muchacha volvió á poco, haciendo entrar á Ulrico en la habitacion de la marquesa.

—Acércate, Ulrico, le dice Sofia. Segun me ha explicado Richsa, ¿qué indican los temores que has manifestado por monseñor Leonelo?

—Señora... yo no quisiera aventurar un juicio temerario, pero á monseñor, ó le ha sucedido algo desagradable esta noche ó le va á pasar.

—Por qué?

—Os diré. Cuando trageron ese billete que creí que era para vos, el hombre que me lo entregò me infundió sospechas. Su facha no me gustó, á pesar que venia envuelto en una capa negra. Cuando se retiró le seguí sin que lo advirtiera, y vi que al pié de la escalera de este palacio habia otro embozado, el cual se incorporò con él y le habló en voz baja. Yo me oculté detrás de un pilar prócsimo á ellos, y pude coger estas palabras.—«Si va á las doce... alli no se es-

capará como en la calle de Walffen.»--Enseguida echaron á andar precipitadamente y desaparecieron.

La marquesa quedó pensativa despues que habló Ulrico.

Se omite el advertir que esta farsa la habia proyectado el príncipe de Marck.

—Yo no sé, continuó el escudero, qué laberintos ocultos hay..... El príncipe de Marck ha estado hablando con S. A. R. la gran duquesa... Mi hermana me ha dicho que el príncipe estaba muy acalorado... Hablaba de conspiradores. «Esta noche á las doce» decia... Nombraba al mariscal Otocarro... en fin... ello es que la cosa está mas seria de lo que parece.

—Estás cierto de que se ha tratado del mariscal?

—Sin duda... y de que el príncipe lo ha mandado buscar y no ha parecido en todo el dia, eso no lo dudeis, señora.

Sofia sabia demasiado que esto era esacto, porque su hermano no se habia presentado á ella en todo el dia tampoco.

Mientras trató Ulrico de Leonelo habia mentido, pero al hacerlo del mariscal ha-

bló lo que, según por espresiones que habia cogido, pudo conjeturar. El jóven escudero poseia sentimientos benéficos, si bien la dura necesidad de obedecer al príncipe, le hacia ejercer ciertos cargos de este, que le eran repugnantes y violentos en demasia.

El mariscal le debia alguna deferencia, por su honradez y franqueza, asi es que cuando trataba ahora de él lo hacia con sinceridad y buena fé.

—Si señora, continuó bajando la voz... Imposible que el mariscal no tenga esta noche algun pesar... Yo quisiera evitárselo á costa de toda mi sangre... porque lo aprecio como se merece.. Pero me es imposible moverme de palacio. Si no, de seguro, yo se donde se encontraba esta noche á las doce.

—Dónde?... Dimelo... le preguntó Sofia con ahinco.

—En los alrededores de la carcel del crimen... Pues qué puede el valor del mariscal y de sus amigos permitir á sangre fria que inmolen á Balkan, Crefeldi y los demas, mañana en la plaza de Adeltorfen?... Eso, el que no conozca al mariscal, podrá solamente concebirlo.

La perspicacia de Sofia sintió, en el momento que dijo esto Ulrico, un impulso tan repentino como luminoso. El talento de esta muger apreciable recibió una vida nueva... Una reaccion imperiosa que le hizo abrir los raudales de su discernimiento, y con una sola idea, con un solo pensamiento, transitar rápidamente un espacio inmenso, alcanzándolos en la ventajosa delantera que llevaban los enemigos del mariscal.

Al punto despidió á Ulrico sin decirle una palabra.

--Ah! Esclamó despues que quedó sola... Almas generosas, nobles y sublimes! Habeis caido en la emboscada!... Joaquin!... Leonelo! Los inmolaran á la vez. Son dos objetos de embarazo y estorbo para los tiranos de Ravensberg! Y yo necia, no he alcanzado esto!... No he sentido la menor inspiracion, la idea mas remota... Ah! miserable de mi! De qué me sirven todos mis afanes de quince años... mi disimulo y sufrimiento si al cabo no he conseguido llegar aun al término de mi afan?... Si he retrocedido con desventaja... y estoy próxima á perder mas aun!... Oh! Esto no es

posible... Quizá sea tiempo... Las doce están para dar... Dios mio! . . ayúdame.

Y llamando á su page Guarco le dijo:

--Tendrás valor de acompañarme ahora mismo fuera de palacio?.

--Cómo, señora!... A esta hora!...

--No te pido consejos, sino decision... Si temes iré sola... No me falta resolucion y ánimo, y sin embargo soy una débil muger nada mas.

El page se sintió ruborizado con las palabras de la marquesa, y le contestó, con un ardimiento extraordinario:

--Vamos donde querais... Mi temor era por vos... pero yo no tengo mas que una vida... en ofreciéndola por mi señora habré cumplido mi obligacion.

--Pues anda pronto

Guarco fué á su habitacion, cogió la capa y debajo de ella guardó su arcabuz sin que la marquesa lo advirtiera.

Sofia á aquella noche, vencía todos los obstáculos, lo atropellaba todo, porque amaba al mariscal y á Leonelo verdaderamente. Al primero como á un hermano querido... alsegundo cual á un hombre que se hace due-

ño del corazón de una muger, insensiblemente... De una muger que no ha conocido el amor bajo tal carácter, porque ocupados sus afectos en otros objetos, no ha pensado en fijar su idea sobre ninguno de sus adoradores.

Leónelo alcanzó este privilegio, porque la conducta de Ludomilia con él, fue causa de que la marquesa se sintiese animada en favor de un hombre que ni aun conocia siquiera.

La salida de esta de palacio, solo fué notada de Ulrico que estaba en acecho por dictámen del príncipe de Marck, y del ugiar colocado en la puerta de salida.

La guardia de palacio, compuesta de los soldados hannoverianos, no se metia en examinar al que salia sino al que entraba.

Sofia envuelta en un manto negro, caminaba con tanta precipitacion que casi costaba trabajo á Guarco seguirla.

--Hácia dònde nos dirigimos, señora? preguntó el page.

--Hácia la cárcel del crimen.

Ulrico dejó pasar á intento un buen rato desde la salida de Sofia para avisar al

principe que la marquesa no estaba ya en palacio.

--Ha ido sola? preguntó este.

--Señor, no lo he reparado; porque yo hablaba con el uger de guardia en la puerta cuando advertí que salía una muger con manto... Le pregunto y me dice que es la marquesa que sale casi todas las noches á igual hora. Hace muchos años, es costumbre suya. Algunas noches no ha vuelto... Dicen que se dirige solamente al castillo del Aguila Negra...

--Sí, ya lo sé.. ¿Pero iba sola? repito.

--Regularmente alguien la acompañará .. porque una muger así, sin nadie, y por esos sitios peligrosos... y á media noche....

--A dios, sobrina, dijo el principe á Ludomilia.

--Hasta cuando?

--Hasta mañana temprano en que sabremos los resultados de esta noche... que será borrascosa... A dios, hija, á dios.

Leonelo se habia encaminado con sus dos criados, al salir de palacio, al paraje de la cita. Los tres, embozados en sus capas, lle-

garon á la esquina marcada de la cárcel del crimen. El conde para no infundir sospechas al que lo citaba, antes de aproximarse al lugar indicado mandó á Frugoni y á Venneti que lo siguiesen á corta distancia con disimulo, y que al pararse él en la esquina de la cárcel, ellos se ocultasen en el hueco de alguna puerta inmediata donde no pudiesen ser vistos.

Los criados cumplieron esactamente lo prescrito por su dueño.

Un corto momento habia que Leonelo estaba allí, cuando sin saber por donde, se encuentra cerca con dos hombres embozados tambien.

Estos se aprocsimaban á pasos lentos.

Leonelo desenvaina la daga y se dispone al menor amago á sepultarla en el pecho del que se le arrime demasiado.

Pero no fué así: uno de los dos, al pasar le dice en voz baja, pero inteligible: «Libertad...» y quedan detenidos un poco como esperando la respuesta de aquella señal.

Esto no era lo que le habian prevenido en el anónimo que le entregaron en palacio.

Los hombres se retiraron recelosos al

notar el silencio del conde pero á poco, sin advertirlo Leonelo, se encuentra con seis embozados que por distintos puntos llegan y lo rodean.

Uno de ellos pregunta, puesto casi en guardia, y á media voz:

--¿Quién vá!...

--Un hombre! contestò Leonelo.

--Pues nos importa saber quién es.

El acento arrogante del que pronunció estas palabras no le fué desconocido á Leonelo... el que por un presentimiento involuntario exclamó...

--Otocaro?...

--Quién es?... repitió el mismo embozado.

El conde reconoció al mariscal perfectamente... y añadió:

—Leonelo...

--Vos! Cuerpo de Dios! exclamó el mariscal. De la que os habeis escapado, conde!.. Vuestra vida ha estado en un hilo... Os creiamos un espia infame y estábamos resueltos á acabar con vos... Pero cómo os hallais aquí?

Entonces Leonelo le esplicó el motivo.

—Pues retiraos, os suplico, le repuso

Otocaro. Nosotros vamos á acometer una empresa peligrosa, pero indispensable, y podriais ser envuelto en nuestra suerte.

—Qué ¿correis algun riesgo aqui, mariscal?...

—Ninguno hasta ahora... pero puede. Y le refirió sucintamente su intento.

—Y quereis que parta? añadió Leonelo. . Sabeis que el hermano de Sofia es una persona sagrada para mí?.. Aun cuando vuestro mérito no fuese acreedor á que yo participe con orgullo de los azares de esta empresa, basta que tengais la sangre de la muger que adoro para que no me separe de vos.

—Pues por lo mismo que la amais, vivid y conservaos para ella. Si yo perezco... si sucumbimos los dos, no le queda á la infeliz mas que mi hermano Roberto que acaso mañana caiga bajo el hacha vengadora de nuestros enemigos... Retiraos, conde... retiraos y será el servicio mayor que podeis hacerme.

El mariscal añadió aun mas persuaciones, hasta que consiguió que Leonelo se separase de alli.

—Señores, dijo en seguida á los suyos. Esta circunstancia del conde nos favorece. Ese

aviso secreto que le han dado indica que hay traidores entre nosotros que han descubierto el plan... Nuestros enemigos trataban de envolver al conde en el lazo que nos han tendido... cuando lo condujeron á este sitio... Pero no nos intimidemos. La astucia vence muchas veces los mayores peligros. Nuestros enemigos esperan la hora designada para sorprendernos ó inutilizar nuestra obra... pero puestos estamos reunidos adelantémonos.. y esta ventaja, es indudable que nos proporcionará el vencimiento, ó cuando menos burlar las acechanzas de los que nos aguardan.

Todos aprobaron la determinacion.—La cárcel del crimen no se hallaba aislada, sino contigua á varias casas. Una de estas estaba ocupada por los Conservadores, los que habiendo escalado la cárcel por aquella parte. venian á salir á una de las salas bajas del edificio.

En esta precisamente dormia el segundo carcelero, cómplice de buena fé de los Conservadores, porque habia militado á las órdenes del mariscal, y amándolo ciegamente obedecia todo lo que su general le prescribia sin meterse en mas averiguaciones.

De modo que los Conservadores se encontraban dentro de la cárcel á poco trabajo.

El mariscal entró en la casa espresada y manifestando su dictámen á los que estaban en ella, se puso por obra al momento.

La mitad de los Conservadores en número de mas de cincuenta entraron por la abertura. El resto se dirigió silencioso á la puerta de la cárcel á esperar que le abriesen los de adentro.

De los que entraron fué el mariscal. El plan del príncipe estaba perfectamente, pero se malogró en parte por el adelanto propuesto por Otocaro.

El centinela de la puerta de la cárcel al ver llegar por la sombra que formaba el edificio tantos hombres, preguntó quién era y no recibiendo respuesta disparó su arcabuz.

La bala rosó el brazo de uno de los conservadores, pero al punto se arrojaron á él y un silencio profundo siguió á la detonacion.

El centinela acaba de caer hecho pedazos á puñaladas en las losas del atrio de la cárcel.

El ruido del tiro sin embargo alarmó á los de adentro, que ya habian sorprendido al primer carcelero y obligádole que abriese los

cálabozos de Balkan; Crefeldi y los demas.

Estos fueron puestos en libertad al punto, mas al dirigirse á la rotura para salir con ellos, un piquete de soldados hannoverianos les estorbó el paso.

Una descarga de mosqueteria que hicieron súbitamente los Conservadores sobre ellos los dispersó un poco con muerte de algunos, pudiendo el mariscal, con espada en mano, y seguido de algunos, coger la brecha y sacar los presos.

La casa empezaba á ser invadida tambien por la fuerza armada que iba entrando en ella, pero el mariscal y los suyos se abrieron paso hasta llegar á la calle.

Los Conservadores de la puerta de la cárcel se batian con la guardia y tropa que habia llegado en auxilio, preparada de antemano.

Muy pronto se generalizó el combate.

Los Conservadores eran menos que los soldados, pero lidiaban con la ventaja que les infundia su arrojo y peligro. Muchos soldados habian perecido, en particular á los golpes del mariscal, que se batia furiosamente sin lograr su objeto, que era romper el cerco.

que la tropa les tenía puesto para salvar á los prisioneros.

El alarma se estendió á poco por la ciudad, y se hizo objeto de consternacion y horror... Las tropas se reforzaban continuamente, no así los Conservadores que empezaban á dispersarse entre las sombras.

El mariscal quedó casi solo y hubiera sucumbido, sin el auxilio de tres hombres que se le aproximaron y que con las espadas desnudas sembraron el terror en los soldados. Uno de ellos en particular se cebaba en herir y matar... Este era Frugoni: los otros dos Leonelo y Venneti.

El mariscal, ciego y entusiasmado, no advirtió á una muger que velado el rostro y agarrándolo fuertemente del brazo, le dijo:

--Por Dios Joaquin, quieres que me mate aqui mismo el pesar y el dolor? Sigüeme... sigüeme, imprudente!... sálvate del peligro cierto que te amenaza ya.

El mariscal reconoció á la marquesa.

Otocaro á la vista de esta sintió desfallecer su valor y se dejó conducir maquinalmente por ella.

Toman una de las calles próximas, cuan-

Do al torcer la esquina de otra oyen que los seguian varios soldados... El gefe que los mandaba y venia delante á caballo, pronunció claro é inteligible,

—El es!... cogedlo vivo ò muerto..... Lo he conocido á la luz de nuestras antorchas... Es el mariscal!!

Sofia sintió correr por sus venas el yelo de la muerte.

Aprietan el paso la marquesa, el mariscal... y Guarco que iba detrás.

Los de á pié no podian darles el alcance tan pronto, pero el de á caballo los cogia sin remedio.

Ya casi prócsimo á ellos, Guarco dijo á los suyos:

—Huid... huid pronto!.. y disparando su arcabuz sobre el que los seguia, lo derribó del caballo.

La bala del valiente page habia herido al baron de Pompeburg.

El espanto y la consternacion se esparció en la tropa á vista de su general bañado en su sangre... Esta confusion dió tanta ventaja á Sofia y á su hermano que ganando las afueras de la ciudad, se diri-

gieron al castillo del Aguila Negra.

Warlock abrió la poterna y los tres entraron en la fortaleza.

XVII.

La revelacion.

El pasadizo ó corredor donde Pedro habia muerto al baron de Colemberg, daba paso á una antecámara, despues de ella habia otra habitacion, y en seguida una sala estensa, adornada sencillamente.

Dos mugeres ancianas conversaban en la habitacion antes de la sala, mientras que en esta, al lado de una mesa, dos jóvenes

hermosos se entretenian en otra cosa diferente que las dos mugeres.

Ellas hablaban de los sucesos pasados de su vida.

Pero los jóvenes, que eran César y Eleonor, el primero se ocupaba en leer á la segunda una leyenda de amores.

Ella le oia sin respirar apenas, contemplando la gracia y espresion que daba á la lectura aquel mancebo hechicero, á quien adoraba con todo su corazon.

Pero vino á interrumpir aquel agradable entretenimiento la llegada de las dos mugeres, que entraron en el retrete.

—A qué venis todavia, madama Kunegundis? exclamó César. Aun no es hora de que nos retiremos á nuestro departamento. Monseñor Pedro nos echará cuando debamos irnos.

—No es eso, hijo mio, repuso la Faldro. Es que madama Sofia está ahí... Se ha quedado hablando con monseñor Pedro en la antecámara, en voz baja... ¿no creo que viene sola.

—La acompañará el consejero Biling, añadió Kunegundis.

No habian terminado aun la conversacion, cuando la marquesa y el mariscal se presentaron en la puerta de la sala.

Advertiremos al lector, que hemos retrocedido á la noche en que la marquesa, despues de darse á conocer del mariscal en la quinta del Recuerdo, lo condujo al castillo del Aguila.

Al divisar á la marquesa César y Eleonor, corrieron á coger sus manos y á besarlas á la vez, exclamando con la mayor ternura:

—Mi querida, mi buena protectora!..

La marquesa no pudo responder porque su voz la sintió embargada por al ternura mas profunda.

Mudamente cubrió de tiernísimos y repetidos besos el rostro de Eleonor.

—Y para mí nada, señora! exclamó César con pesar... Ah! no os amaré Eleonor mas que yo en el poco tiempo que os conozco!

—Sí, hijo de mi vida, prorrumpió la marquesa. Tambien á tí alcanza mi ternura... la ternura de una madre.

—Ah! qué nombre habeis pronunciado!..

T. II. 25. *Biblioteca popular gaditana.*

Mi madre!... Ojalá lo fuéseris, señora.... Repetídmelo otra vez para inundar de gozo mi corazón!... Como he carecido siempre de esa satisfacción!.. Llamadme vuestro hijo... y yo os diré madre mía!

—Sí... hijo mío!

—Madre adorada!...

César se había arrodillado á los pies de la marquesa, y besaba sus manos con vehemencia y amor.

Otocaro se limpió las lágrimas que se escapaban á su pesar, de sus ojos.

Las dos ayas sollozaban también.

—Hijo de mis entrañas! exclamó la Faldro entre suspiros profundos... Como no ha conocido á su madre el inocente!..

—Ni es necesario que la conozca, respondió Sofia.

—Luego sabéis quién es?... preguntó con precipitación César... Ah! decidme su nombre, señora... Tenga al menos ese consuelo, aunque nunca consiga verla.

—Lo que pides es imposible, hijo mío: tu madre ha muerto para tí.

—Por qué?...

—No es ocasión, ni lugar para espli-

cártelo... Algun día... Quién sabe!... En fin, basta ya... Retirad á estos niños, añadió, dirigiéndose á la Faledro y á Kune-gundis: pasad con ellos á la habitacion inmediata. Id hijos míos que no me iré sin veros.

Los jóvenes obedecieron con disgusto, porque la presencia de la marquesa era para ellos el objeto de mas entusiasmo y placer que disfrutaban en su encierro.

Sofia en seguida, cerrando la puerta, le dijo al mariscal.

—Siéntate, hermano mio. Al conducirte aqui esta noche, es para hacerte la revelacion importante del secreto que guarda este castillo y que envuelve en sí la suerte pasada de nuestra familia, la mia presente y la de nosotros en el porvenir. A este descubrimiento debia asistir otra persona que era el duque, pero ya ves el estado á que lo han reducido su desventura. No diré sus enemigos, porque su fatalidad lo ha puesto en el caso de acarrear el aborrecimiento de esa muger, á quien está enlazado sin amor ni deseo, y sí solamente, por esa dura razon de estado á quien se sacrifican los mas dulces afectos, las mayores consideraciones.

Solo te pido al escuchar los infortunios de nuestra familia, indulgencia y olvido. Compasion, Joaquin querido, para la inocente y desgraciada delicuente, víctima, no de su debilidad, sino de su desgracia. De esa negra página que el destino abre en su fatal libro á los miseros mortales, y que es en vano querer borrar con el esfuerzo, el valor ni el talento. A esa predestinacion fatídica que nos tenemos que someter al fin, y que muchos censuran y condenan sin piedad ni consideracion.

El mariscal estaba suspenso oyendo á su hermana, y sin poder comprender á que iban dirigidas sus palabras.

La sala donde se encontraban tenia las paredes cubiertas de primorosas entalladuras de jaspe de diferentes colores. Pero sobre la testera de ella se notaba el distintivo ó simbolo de aquel castillo... Una hermosa y perfecta águila de jaspe negro.

La marquesa tocó una especie de resorte, y parte de la cola de la escultura, girando sobre unos ejes dejó ver una pequeña abertura, el espacio único para meter la mano; pero tan bien disimulado entre la figura de las

plumas de que se componia la cola del ave, que era difícil que ninguno diese con ello.

—Este secreto, dijo Sofia, lo sabemos solo tres personas..... pero no lo revelaremos á nadie porque somos harto interesados en tenerlo oculto. Estos somos el duque, el hombre con quien me has visto hablar al entrar en esta sala, y yo... Ahora lo sabes tú tambien, pero estoy seguro de que al salir de aqui no lo dirás á ninguno.

Y sacando del hueco un manuscrito, se lo entregó al mariscal diciendo:

—Lee, Joaquin... lee, sin ira ni resentimiento... Acuérdate que eres hermano y que en algun tiempo nos quisistes entrañablemente.

El mariscal vió que decia asi el principio del manuscrito.

MEMORIAS DE BEATRIZ MARTELO, DIRIGIDAS A SU HIJA.

—¿A su hija! exclamó Otocaro.

—Lee, Joaquin, lee... añadió la mar-

quesa, sin detenerte, y hazlo en alta voz, aunque yo sufra el tormento de oír de tu boca el contenido.

El mariscal empezó la lectura.

«Hija mia: al escribir estas memorias tantas veces regadas con mis lágrimas, interrumpidas con mis sollozos, é intermedias por mi dolor, no me anima otro objeto sino el que compadezcas á tu infeliz madre si vives y lees estos caracteres. Te pido que no reconvengas á tu padre, y que tú, ángel de pureza y de bondad, interpongas tu ruego, para que las personas á quien he hecho desventuradas, en vez de maldecirme vieran sobre mi sepulcro una lágrima de ternura y perdon.

Mi madre desde el cielo, lo hace ya... Tu abuela, hija adorada, me mira con los ojos de una verdadera madre. Mírame tú tambien con los de una hija consecuente y afable.

Antes de hacerte la narracion de mis desgracias, justo es que te dé á conocer quién era tu infeliz madre.

Mis años corrian plácidos y tranquilos en la mansion de mis abuelos, que era un antiguo molino sobre las márgenes del Ems

en las campiñas de Ligen. Mi padre honrado y perfecto modelo de gefe de una familia, se llamaba Pedro Martelo... Mi madre Ana... mi hermano mayor Joaquin, el segundo Roberto y dos hermanas Matilde y Luisa... Esta última será muy niña aun cuando escribo esto. No me conoce... ni creo me conocerá.

Ama, hija mia, mucho á tu tia Matilde, porque es un tipo de cordura, amabilidad y talento. Sin ella, sin su fraternal consuelo, mi existencia hubiera corrido doblemente infeliz .. Para mí ha sido una verdadera hermana. Para tí será una madre dulce y bienhechora..., porque yo no podré vivírte le que deseara.

El trabajo y la virtud era lo único que moraba en nuestro hogar, sin que viniesen á interrumpirlos ni los odiosos sueños de la ambicion, ni la detestable influencia de los vicios. El amor de mis padres, la ternura de mis hermanos, formaban la mas grata y dulce satisfaccion de mi vida.

Solo mi hermano Joaquin era el único que algunas veces, á impulsos de su genio independiente, de su carácter rígido y recto,

solia adoptar extremos que no estaban en armonía con la paz que disfrutábamos... Pero en cambio era generoso y honrado... porque esta última cualidad es inherente á nuestra familia.

Ya ves, hija querida, que parece imposible que viviendo de este modo, la desgracia viniese á estender sus negras alas sobre mí.

Retirada de la sociedad, sin habitar en las grandes ciudades, donde el contacto de los hombres pudiese hacerme sentir los efectos de la perniciosa influencia que los domina por las pasiones y demas debilidades que comunican sus maléficos efectos, nada debia temer y sí solo disfrutar de aquella sencilla y plácida vida, rodeada de imágenes risueñas inocentes y envidiables... Donde la infelicidad no habia fijado su dominio, porque las personas que me rodeaban se contentaban con muy poco.... con amarse entre sí, el uno para el otro. En tan sencillo cuadro de fraternidad y ventura no debia haber caido jamas una mancha. Nunca debió ser interrumpida esta era de felicidad recíproca... este hermoso sueño de mútuos afectos.... Ah! por qué no fué eterno y permanente!... Tanto como mi vida!

El primero que lo trastornó fué mi hermano Joaquin... Parecia que á mi querido hermano lo habia elegido la suerte para romper la valla, al parecer insuperable, que ecsistia entre su familia y la severidad del destino.

Una desavenencia con mi padre fué causa de que Joaquin nos abandonase... y que esta ausencia, despues de eterna quizá para mí, fuese precursora tambien de mi interminable desgracia.

Mi triste madre la sintió, con el dolor que experimenta una madre por la pérdida de su hijo. Jamas para nosotras los hijos cometen defectos... y si alguna vez los conocemos, solo sabemos llorarlos!... Censurarlos, nunca. No recurrimos á la severidad como los padres; somos las mediadoras, las que con nuestras lágrimas y teniendo el corazón destrozado, demandamos indulgencia para los hijos, porque como han estado en nuestras entrañas nueve meses, estas se resienten tanto de verlos sufrir, que padecemos con ellos, su pesar es nuestro, y el dolor que experimentamos á sus infortunios es tal, que quisiéramos nosotras sufrirlos en vez de ellos...

Porque, dònde hay objeto, prenda mas querida é inestimable para una madre en el mundo, que su hijo? Nada. Es vida de su vida... Animacion de su ecsistencia... Sopro vivificador de su ser... Objeto donde se encierran sus dichas, felicidades y gustos... Por ellos deseamos ser eternas; se anhela la felicidad, la riqueza, lo mas halagüeño, bello y grato á la vida.... por dárselo todo á ellos... Porque, dònde hay un gozo mas inefable, puro y verdadero, que el que tiene una madre cuando besa y estrecha con amor á su hijo, y entre mil ósculos de ternura y entusiasmo le puede decir: «hijo mio, ya te he hecho feliz!»

Y sin embargo, hay hijos ingratos que corresponden mal á estos afectos sagrados y respetables; y escuchando solo el impulso mortífero y emponzoñado de las pasiones corren desbocados á encenajarse en ellas. Olvidan los deberes filiales; la corrupcion y los desòrdenes envuelven su vida en un caos de desolacion y desventuras interminables, sin que estos malos hijos se acuerden de su madre... De aquel corazon triste, amante y sensible lacerado impiamente por la ingratitud,

el olvido y la depravacion filial... Sin que jamas llegue á contenerlos este recuerdo tan natural como justo. «Mi madre padece por mi causa!... Es infeliz por mí debiendo ser lo contrario!...» Pero lejos de esto, tenemos que sentir lo impiedad de nuestros hijos, y las reconvenciones de sus padres... que como abrumados con el sentimiento que un hijo desnaturalizado les hace concebir, se desahogan con las madres, como si estas no padeciesen un pesar ilimitado... Porque nosotras hemos sido colocadas en el mundo para padecer dolores por las hijos... y verter lágrimas amargas por ellos... Esponer nuestras vidas al arrojarlos á un mundo, que nos los arrebatara despues con sus placeres é ilusiones, y que hasta es tan egoista que les hace extinguir la memoria, la idea, el sentimiento que debe recordarles lo que somos para ellos... lo que nos deben!... Y no porque queremos cobrar esta deuda.... no.... nos contentamos con muy poco... con que correspondan al amor que les tenemos... al deseo de verlos eternamente dichosos.

Pero por este anhelo santo; por una vehemencia tan recomendable, nos devuelven

los mas, amarguras sin cuento y lágrimas interminables.

Mi hermano Joaquin causó todo esto á mi infortunada madre.

Con su huida de la casa paterna le destrozó el corazon... Con la falta de ella, como hermano mayor y gefe de la familia en ausencia de mi padre... autorizó mi desgracia y causó la muerte de la mas digna, amorosa y querida de las madres.

Aquí el mariscal no pudo proseguir la lectura... El corazon del fuerte guerrero se sintió comprimido en demasia.

Sofia lo miró con ternura y sentimiento, mandándolo seguir.

Otocaro volvió á fijar sus ojos nublados de lágrimas en el manuscrito, y continuó:

«A pesar de que el corazon de mi madre estaba despedazado, disculpaba á su ingrato hijo, y dulcemente reconvenia á mi padre por su estremada severidad con él. Siempre las madres encontramos un motivo para disculpar las faltas de nuestros hijos.

Cuando nos sentábamos á la mesa, ó se ejercian aquellos actos peculiares á una familia que tanto se amaba recíprocamente,

mi madre no podía contener sus lágrimas. Yo lloraba también y mi hermana Matilde lo mismo... porque las dos sabíamos ya lo que era sentir al ver afligida á nuestra madre... Mi hermano Roberto ocupado en sus atenciones no podía advertir demasiado aun lo que padecía su madre... Mi hermana Luisa no había nacido aun.. Solo Matilde, que tenía quince años, y yo que había cumplido diez y seis, éramos las que la consolábamos y sufríamos con ella.

Pero ojalá que todo hubiera sido llorar por mi hermano... Voy á entrar en la referencia de lo mas triste de mi vida.

Teníamos por costumbre mi hermana y yo, todas las tardes de verano ponernos á la caída del sol en la puerta del molino, sentadas en un banco de madera, á gozar de la brisa vivificadora, que lamiendo la superficie de las hermosas aguas del Ems templaba los ardores del riguroso estio. Allí nos ocupábamos de nuestras labores domésticas; entretanto que mi madre en lo interior de la casa compartía los quehaceres de ella, con la memoria de su hijo Joaquin y el amor que nos tenía á nosotros y á mi padre.

Una de esas tardes vimos venir hácia el molino dos hombres á caballo.

No nos distrajo de nuestra ocupacion porque frecuentemente recibíamos en nuestro molino, curiosos que llegaban á ecsaminar el mecanismo de su fábrica.

Nosotras permanecimos sentadas á la llegada de aquellos desconocidos.

Uno de ellos era como de cuarenta y cinco años. Su semblante noble y afable infundia confianza, y estimulaba á profesarle afecto... Venia vestido de negro... Pero el otro... el otro, hija mia, era tan bello como peligroso... De un semblante tan encantador, como falaz su corazon... Era un manco de diez y ocho años, airoso, hechicero, hermoso... y que arrebatava el corazon de cualquiera muger á primera vista, aun sin escuchar su seductor acento.

El fué el primero que se apeó con un donaire singular, y llegándose á nosotras, nos dijo con una gracia estremada:

—Divinas molineras, quereis por caridad dar una poca de agua á dos pobres sedientos?

El sonido de aquella voz penetró hasta

el fondo de mi alma. Su vibracion conmovió mi corazon, cual el impulso de un choque eléctrico y poderoso.

Bajé los ojos y no pude contestar, sin atreverme á moverme de donde estaba.

Matilde mas resuelta que yo, le respondió:

—Aguardad, caballero: y entró en el molino por el agua.

Aquel momento fué el que decidió de mi suerte futura.

Su compañero habia quedado á caballo, y el mancebo, aprovechándose de la ausencia de mi hermana, tuvo la suficiente audacia para decirme:

—Hermosa molinera, es timidez ó disgusto el que habeis sentido, al demandaros una gracia tan corta como una poca de agua? Si es timidez, ella realza mas las peregrinas gracias de ese rostro hechicero; y si es disgusto, siento habérselo causado á esa cara preciosa donde están retratados todo el encanto del amor, y la felicidad celestial del hombre dichoso y afortunado que llegue á poseer vuestro corazon.

El efecto que hicieron estas palabras, la

sensacion que causó en mi alma lenguaje tan lisonjero, no es posible espresarlo, hija mia. Ten presente que los hombres revisten la peligrosa faz de la seduccion, de una máscara tan risueña y plácida, que asi es como nosotras, tímidas é inocentes, caemos en sus lazos... Procura no dejarte arrastrar por esa abstraccion mortal, y lee con detencion estas páginas, para que te sirva de ejemplo la suerte de tu infeliz madre.

Un silencio profundo di por respuesta á aquellas espresiones.

—Vamos, divina, haced oir el eco de vuestra voz, que será tan hermoso como vos... ¿Pensais que miento en lo que digo? Pues mirad que me vais á causar un pesar terrible si me retiro de aqui en la persuacion de que os he disgustado. No me mateis lentamente. Hacedlo, si ha de ser, con prontitud.

Entonces alcé los ojos y le dirigí una mirada risueña y apacible.

—Ah! eso es otra cosa; prosiguió con tanta satisfaccion como orgullo, y que conoci demasiado. Esa mirada hechicera me revela mi ventura... Conozco por ella que mis temores eran infundados... Bien que, cuerpo que

tiene esa cara tan bella, debe poseer un corazón sensible y un alma angelical... Gracias, gracias, hermosa mía.

—Mi hermana volvió con el agua, circunstancia que no sé si la sentí ó agradecí en aquel momento.

Los dos se despidieron á poco, porque ya la noche se acercaba. El mancebo no cesaba de volver la cabeza para mirar hácia el molino, y yo no quité los ojos de él hasta que desapareció.

Matilde que advirtió la atención con que los miraba, me preguntó:

—Te ha pasado algo con esos hombres, hermana mía?

—Por qué?

—Porque noto que los miras demasiado.

—No... curiosidad solamente. He hablado con el más joven mientras fuistes por el agua, y esto me estimula á mirarlos.

—Y te ha dicho quienes son?

—No...

—El mancebo es gallardo... Tiene un semblante tan interesante... Y sin duda es un caballero, porque sus modales y trage lo indican.

—Con que te ha gustado, según eso.

—Oh! mucho, Beatriz mia, pero qué quieres!... pobres campesinas, no podemos aspirar á tanto. El fuego del amor de los grandes señores, á nosotras ni nos vivifica ni nos alumbra.

—Pues qué hace?

—Abrasarnos y consumirnos como á las mariposillas que se acercan mucho á la llama... No conoces, hermanita, que nuestras groseras telas no se avienen con sus brocados. Cada cual debe permanecer en su círculo, y si no está conforme con él, tener paciencia. Pero cuenta si piensa salir, que esto tiene muchos y muy graves inconvenientes.

Las palabras de Matilde fueron un dulce consuelo para mi corazón. El talento natural que posee esta hermana querida, don supremo que el cielo le colocó, tesoro inestimable para el ser flaco y perecedero, que le sirve de luz, de antorcha luminosa en el camino de la vida, de consuelo en sus adversidades... vino en mi auxilio, con aquella persuacion elocuente, que encierra, con la poderosa verdad que reviste las máximas casi divinas que el talento proporciona

al que lo tiene, para hacer ver, aplicándolo con buen fin y en pró de sus semejantes, lo que son nuestras debilidades y flaquezas, lo errado de los impulsos de nuestro corazón, y á donde puede conducirnos una obcecacion ciega, una persuacion equivocada, en la que creemos hallar la felicidad, y solo está depositada la amarga copa de los padecimientos de la vida humana.

Yo escuché á Matilde y me convencí de que á aquel jóven debia mirársele como á un ser perjudicial para nosotras.

Sin embargo, por mas que recordaba las palabras de mi hermana, que procuraba encontrar en ellas la hermosa verdad que encerraban; aunque mi imaginacion desenvolvía, con la fuerza que mi facultad intelectual le comunicaba, la poderosa influencia de ellas, mi corazón repelia su persuacion y se sentia animado de una esperanza tan nueva como estraña, aunque fundada sobre un vago principio y un aereo porvenir.

En una misma alcoba dormiamos mi hermana y yo... Ella disfrutó aquella noche de un sueño tranquilo... Yo del insomnio mas completo acompañado de prolongados sus-

piros. Sentía oprimido el corazón, y al procurar adivinar la causa, me acordaba del nancebo de aquel día. El siguiente fue para mí bastante dilatado... Voluntariamente me asomaba á las ventanas del molino que daban vista al camino por donde se fue el joven la tarde antes.

Mi hermana que en la noche había notado mi desasosiego, en el día mi distracción y dirigirme repetidas veces á la ventana, me dijo sonriéndose:

—Querida Beatriz yo te creía sensible é impresionable, pero no tanto ya que degenerara en necesidad.

Porque las palabras de mi hermana eran superiores á lo que su edad le permitía.

—Por qué? le pregunté.

—He conocido que el mancebo de ayer tarde ocupa mas que debía tu imaginación... Habras abrigado el extravagante capricho de engendrarle afición?... De cobrarle interés?... Por dios, hermana, que ya eso seria estar loca.

Mi respuesta fue tratar de disuadirla, pero era escusado, porque á la penetración de Matilde no era fácil engañarla.

Aquella tarde nos sentamos en el banco mas temprano que las demas.

Mi hermana me miraba al soslayo, como observando mi rostro, y mas de una vez sorprendió mis miradas dirigiéndose hácia el camino.

—Veo, me dijo, que hasta has concebido la quimérica ilusion de volverle á ver esta tarde... Te pareces á aquel que sueña con la felicidad la noche antes, y al dia siguiente se le figura hallarla en lo mas sencillo que practica... Al otro dia espera tambien... y al otro... y algunos mas, hasta que insensiblemente va perdiendo la esperanza, y la felicidad no parece á favorecerlo.

Esta vez no la contesté nada... Clavé la vista en la labor, y no la volví á levantar en bastante tiempo.

Pero una exclamacion involuntaria que se me escapó, llamó la atencion de Matilde.

Alza los ojos y ve cerca de nosotras al mancebo de la tarde anterior que se apeaba de su caballo, riéndose de mi sorpresa.

Matilde frunció las cejas y lo miró con cierto desden.

El, que lo conoció, la dijo:

—Vamos, bella molinerita, no me recibais con tanta adustez, porque vengo á cumplir un deber... A daros las gracias por el rasgo benéfico de ayer... y á suplicaros que lo repitais hoy, porque este camino y el calor fatigan mucho á un viajero, y mas si camina con descao y vehemencia.

—Pues esta vez le toca á mi hermana traeros el agua, caballero, respondió Matilde, y en adelante procuraremos colocar un mozo del molino en medio del camino, con una jarra de agua fresca, para evitaros la incomodidad de llegar hasta aquí.

—Al contrario, hermosa, si el agua me gusta á mí beberla en la fuente de vuestros ojos.

—Anda, Beatriz, anda, y que se refresque este caballero, que se conoce viene trastornado del camino.

Obedecí á mi hermana, despues de echar una mirada al mancebo.

La conversacion que tuvieron mientras estuve ausente, nunca supe cual fué, ni quise preguntársela á Matilde. Solo advertí cuando volví, que se hallaba sentado á su lado,

y que él se levantó para que yo lo hiciera.

Después que bebió el agua, que le ofreci temblando, continuó, sonriéndose:

—¿Con que me habiais tomado por un gran señor!!... Estais equivocada, bella Matilde... Yo no soy mas que un pobre diablo dependiente de mi tío, que es el buen señor que me acompañaba ayer tarde, y el cual tiene un decente patrimonio. Es consejero de estado... y yo su heredero... Quiere acomodarme de page en palacio, pero lo he reusado fuertemente, por que esos destinos son demasiado penosos para el que piensa como yo... Mi padre era un honrado labriego de Bentheim... sin otra ambicion ni pretensiones que la dicha de su hijo único... pero mi tío no fué así. Desde luego se aplicó al estudio de las ciencias, y por último llegó aquí á Ravensberg á ser lo que os he dicho. No me pesa en verdad, porque mi padre, por las vicisitudes del tiempo, murió pobre, y si no fuera por mi tío que me recogió, me ama y ha juntado una fortuna regular, que dejará á su sobrino, yo tendria que empuñar una azada, ó morir de soldado en la guerra... ó quizá ve-

nir á vuestro molino á pedir trabajo... Aunque esto último en verdad, me seria mas grato que nada, porque donde se cree encontrar la felicidad, allí debe fijar su mansion el hombre.

Y al decir esto me miraba con ternura.

—Con que, bellas niñas, prosiguió, ya habreis visto que todos somos iguales. La diferencia está en el vestido, pero este no constituye la calidad de la persona, al contrario, la disfraza y oculta las mas veces. Guantos llevan el traje de un gran señor, y no pasan de ser unos pelafustanes, muriendo antes de confesarlo. Pues yo lo digo sin que me lo pregunten.

—Y cómo os llamis? le interrogó Matilde.

—Alberto, vida mia. ¿Os gusta el nombre?...

—Como no me voy á enamorar de él.

—Sin embargo, existe cierta simpatía en los nombres... Será caprichosa si se quiere, pero ello es cierto. Los vuestros son tan gratos para mí al pronunciarlos... Matilde!.. Beatriz!... preciosos en verdad...

—Y por qué no quereis ocuparos en la

corte, caballero Alberto? dije yo.

—Por Dios, Beatriz, no me digais caballero.... llamadme Alberto á secas... Acordaos que soy un campesino como vos... un poco mas adornado solamente.

La gracia y la naturalidad de su conversacion me entusiasmaban.

—No quiero ocuparme en la corte, continuó, porqué ya os he dicho que me fastidia, y lo segundo, porque es el medio de huir algun enlace de conveniencia que me pueda proponer mi tio. Yo no quiero esclavizarme á esa ley de recíprocos intereses..... Quiero amar á la muger que me inspire amor con aquella libertad que el corazon ecsige y que el alma agradece... Hay tormento mas incesorable que tener que vivir toda la vida al lado de quien no inspira ni aun inclinacion? Sacrificarse á esos preceptos vanos de la etiqueta de las altas clases? No en mis dias.

—Pero si vuestro tio lo ecsigiese, tendríais que acceder.

—Bravo chasco se llevará!... Ya procuraré inutilizar sus miras con pretestos y dilaciones hasta que fallezca, porque entonces,

dueño de mi voluntad y de sus bienes, nadie podrá contrariar mis determinaciones y seré libre para hacer feliz á la muger que mi corazón elija.... Porque, dónde se halla una ley mas dura y cruel, que aquella que pretende tiranizar á su antojo las tiernas y dulces afecciones del alma, los estímulos del corazón, los preceptos en fin que naturaleza, madre y preceptora sábia del hombre, le dicta? Pues qué, quiere este regir por sus caprichos, inteligencias y combinaciones el curso natural de nuestra organizacion? Sujetarla y hacerla someter al yugo inhumano de un cálculo interesado, de un tráfico especulador... No digo no teniendo una posición elevada en la sociedad... pero aun llevando una corona, *la muger que yo ame será la sola dueña de mi corazón y de mi mano.*

Estas últimas frases las recargó echándome otra mirada tan penetrante que profundizó hasta lo mas oculto de mi pecho.

Aquel lenguaje, tan hechicero y entusiasta como desconocido para mí, me trastornó los sentidos de tal suerte, me causó una reaccion tan universal, que parecia empezaba para mí una nueva existencia, pero

azarosa, inquieta... Sumergida en aquel desasosiego y agitacion natural que padese el espíritu cuando falta algo esencial á la vida .. Aquella paz deleitable del corazon, para entregarse tranquila y dulcemente á los goces de una ventura completa , y ansiada entre zozobras y recelos de obtenerla.

Este vacio que yo no acertaba á comprender... este deseo vehemente y estraño, era amor , hija mia. . Era ese dulce veneno, esa ponzoña letal y agradable, que mata y lisongea, que atormenta y halaga... que nos roba la paz del corazon y que no podemos desecharla sino en la tumba.

Alberto me habia seducido y fascinado con su presencia, con sus palabras , con su vista.... y ya no vivia , no respiraba sino por aquel ser adorado.

Inútil es molestarte con la referencia de pormenores infructuosos que fueron dando impulso á nuestra pasion. Alberto me declaró su amorosa llama, que fué acogida por mí, como el bálsamo consolador de la herida profunda que habia hecho en mi alma.

Matilde era la confidenta de estos amores... porque amaba á Alberto casi tanto como yo.

Los pensamientos de Alberto eran los mas nobles y honrados. Continuamente me hablaba de su enlace conmigo, y de que estaba esperando ocasion oportuna para revelárselo á mi padre. Mi hermana y yo temblábamos á esta idea, porque conocíamos su carácter rígido aunque nos amaba con ternura.

Alberto solia visitar el molino de tarde en tarde, á la hora misma que nos vió la vez primera. Mi padre le trataba con alguna franqueza y cordialidad, procurando Matilde y yo no estar presentes en sus visitas para no dar que sospechar.

Mi hermano Roberto era el único que le manifestaba despego y cierta antipatia, que no habia podido ocultar á mi padre. Este le reprendió mas de una vez la adustez grosera que devolvía á Alberto, en vez de las palabras amistosas y dulces que este usaba con él... Alberto se sonreía al notarlo tan brusco, y lo disculpaba con una afabilidad tan estremada, que casi repugnaba el ver á mi hermano corresponder así al que tanto demostraba amarlo.

Un acontecimiento imprevisto añadió

nuevos motivos á mi amor y á la estimacion de mi familia hacia Alberto.

El molino, lo unico que poseiamos con la casa y sus dependencias, estaba arrendado desde nuestros abuelos á sus legítimos propietarios. Desde tiempos remotos existia entre nuestra familia y la de otro molinero llamado Rantz, una animosidad inestinguible, producida por la ruin rivalidad que casi siempre ecsiste entre dos que tiene un mismo arte ó profesion.

Rantz tuvo proporcion de completar su venganza, por medio de la adquisicion que tuvo de una mediana fortuna, y hizo al propietario de nuestro molino proposiciones para comprarlo.

El dueño veia en esto ventajas positivas. Participó á mi padre la noticia, asegurándole que si él le daba igual cantidad, seria preferido á su rival Rantz, como de derecho le pertenecia por el tiempo que hacia que nuestra familia disfrutaba de aquella posesion.

Le fijó un término para que le contestara, y si pasado este no lo compraba mi padre, vendérselo á Ambrosio Rantz.

— Mi padre vió la ruina de su familia, cierta é indudable. La cantidad por ser crecida, ni la poseia ni tenia á quien pedirla. El molino era la única subsistencia nuestra, y ademas nos íbamos á ver lanzados de un techo que por mas cien años habia dado abrigo á nuestra familia.

La consternacion, el llanto y casi la desesperacion se posesionaron de todos nosotros. Cuando en medio de este cuadro de tristeza y amargura se presentó Alberto como el genio del consuelo.

— No se lo que sintió entonces mi corazón al verle.

— Mi padre le informó de todo, pero él soltando una carcajada, la cual no conociendo la bondad de su alma pudiera haberse interpretado desfavorablemente, exclamó:

— Y por eso es acongojais, buen Pedro? Acaso merece eso, de que vos, hombre respetable y virtuoso, tengais vuestra alma echa presa de un pesar tan acervo y vuestra familia sumergida en tal desolacion?... No por cierto.

— Sin duda os burlais inocentemente de nosotros, Alberto. Conque no debe affligirme

de que mi familia no tenga dentro de pocos dias pan que comer, ni morada que les de abrigo?... Como se conoce que vos, joven é independiente, no conoceis la grave mision que pesa sobre un padre de familia, y lo triste y desesperado del caso en que me encuentro!

—No me juzgueis asi, Pedro... Os he dicho que no debeis acongojaros, porque el hombre honrado, el buen padre, el amante esposo, ha de esperar siempre en esa providencia sabia é inescrutable que dirige las causas y rige los acontecimientos ¿Quién sabe si en el momento que ella dispuso daros tal pesar, no os buscó al propio tiempo la compensacion de él, por algun medio tan inesperado como desconocido para vos? Pues sí... El hombre justo debe siempre confiar... El malvado es el que ha de desesperar y temerle todo.

Las palabras de Alberto tenian un encanto, una persuacion tan imperiosa y agradable, que se introducian sin resistencia hasta el corazon, acogiéndolas este con una vehemencia extraordinaria.

—Y asciende á mucho la cantidad que

piden por el molino? preguntó Alberto.

—La suficiente para no poder darla ningún molinero de estos contornos, á no ser Rantz, porque la fortuna le ha favorecido con la herencia que ha tomado.

—Veamos, pues.

—Este molino, continuó mi padre, es el mejor de todos los que ecsisten en las márgenes del Ems... Además, ya veis la casa que tiene para habitar la familia, está colocado en una posición ventajosa en el rio, y tiene su huerta y un pequeño jardin.... Siempre lo dan barato... solo que el dueño, harto ya de arrendarlo, pide por él solo doce mil florines.

—Eh! bagatela... doce mil florines!... Y cuando concluye el plazo?

—Dentro de cinco dias.

—Pues todavía vivis en él, no desesperéis aun... lugar os queda para ello.

Alberto varió la conversacion desentendiéndose de la que tenían.

Se despidió al fin y todos quedamos sepultados en la mayor tristeza.

Aquella noche fué fatal para nosotros. Solo yo tuve algun consuelo, porque volvía á

ver á Alberto que venia á hablarme á las doce en una barca, por la ventana de mi alcoba que caia al rio.

Mi madre lloraba desconsolada teniéndonos abrazadas. Mi padre en un rincon suspiraba abatido en una profunda meditacion... y mi hermano Roberto, sin hablar una palabra, demostraba suficientemente con su gesto el interes que se tomaba por la causa de su familia.

Aquella noche me pareció Alberto mas alegre y satisfecho que nunca... y tanto, que no pude menos de manifestarle una dulce queja, al ver el estado de mi casa, del cual parecia no debia participar yo, segun el regocijo que demostraba ante mis ojos.

Pero con una gracia y donaire singular, se escusó, añadiéndome:

—Consuélate, Beatriz mia, mañana la suerte de tu padre podrá cambiarse. Ya me he informado de quién es el dueño de este molino: vive en Ravensberg, se llama el señor Carlos Ranfect y tengo decidido á mi querido tio, que es bueno, y á que vaya muy temprano á hablarle y á interesarse con él para que no venda el molino y lo deje en arrenda-

miento á tu padre. ¿No considera, bien mio, que he de hacer todo lo posible por enjugar tu llanto precioso? Ignoras, Beatriz adorada, que tus penas son las mías y que tu llanto cae en mi corazón gota á gota causándome una sensación tan triste como profunda? En cuanto me separé de tí esta tarde no he dejado á mi tío de la mano, y no hubiera vuelto á hablarte esta noche sino te hubiese traído algun consuelo.

Alberto tenía cada vez en sus labios para mí un encanto nuevo, un nuevo motivo de enloquecerme mas. Considera, hija mía yo, que amaba tanto á mi padre y á mi familia, como escucharia las palabras de mi amado, y cual lo consideraria.

Mi hermana velaba en la misma habitación mientras hablábamos. Al noticiarle lo que Alberto me acababa de decir, prorrumpió en bendiciones hácia él.

Aquellas alabanzas formaban mi mayor orgullo, mi mas grata satisfacción.

La noche la tuve mas tranquila, si bien deseando la llegada del nuevo día para ver los resultados.

La mañana siguiente la pasé en dudas

y recelos mortales... Cuando cerca del medio día, un hombre á caballo se apea á la puerta del molino preguntando por mi padre.

No puedo explicar lo que al oírlo sintió mi corazón.

El desconocido vestía un traje particular.

—El señor Pedro Martelo? preguntó otra vez... Que venga aquí .. Yo no tengo orden de pasar de la puerta.

Mi padre salió y al enterarse de lo que acababa de decir:

—Caballero, en mi casa puede entrar todo el mundo estando yo, menos los bribones.

—Pues yo no lo soy y repito que no pasaré de la puerta.. Así es la orden que tengo de mi señor.

—Y quién lo es vuestro?

—El gran duque?

—¿Y el gran duque os envía á mi casa!

—El mismo...

—Y para qué.

—Lo ignoro... Nosotros no nos metemos nunca á investigar las órdenes que nos dan... Soy un correo de la casa real y por lo tanto portador de este pliego: conque

abridlo y devolvedme el sobre.

Mi padre lo tomó, y lo primero que vió le hizo esclamar:

—Dios mio! Es posible!... Si estaré dormido!.. No... no... es la realidad.

Lo que á mi padre le habia causado tal asombro era la escritura de la venta del molino, otorgada á su favor, y una concesion del gran duque, signada con el sello real, en que le hacia donacion de las tierras adyacentes, á él y á sus descendientes, con una parte del rio, como dueño absoluto.

Aquel beneficio lo elevaba á mi padre á la altura de uno de los mas ricos propietarios de las campiñas de Ligen, y superior á su rival **Pedro Rantz**.

Entregó el sobre al conductor el cual partiò al momento.

Mi padre lleno de un júbilo extraordinario entró á esplicarnos tan halagüeña circunstancia, pero no la demostraron antes los gritos de alegría que daban los mozos del molino enterados ya.

Todos participaron de tanta felicidad, pero yo, ademas, de una satisfacion que muy pronto se tornó en idolatria, hácia el que

desterraba de aquel modo el pesar y el llanto de mi querida familia.

Mi padre con el gozo y la sorpresa no habia reparado en otra cosa tambien esencial.

—Y ese otro papel que teneis en la mano, padre mio, le dijo mi hermana... qué contiene?

—Qué papel? preguntó mi padre distraido... Ah! sí .. es verdad.. no habia reparado en él... Veamos.

Al punto que lo abrió, Matilde y yo conocimos la letra de Alberto.

«Volví á recordar á mi tio hoy por la mañana muy temprano vuestro asunto: al punto se vistió y me hizo le acompañase. Creí que nos encaminábamos á casa del señor Carlos Rañect, pero noté con disgusto que entramos en palacio: —«No es aqui, le dije con acritud, donde debíamos venir.»— «Calla y sígueme tronera, me respondió, ¿qué entiendes tú de estas cosas.»—Callé y le seguí. Subió, pidió hablar con el gran duque, y como tiene entrada en la cámara real cuando se hace anunciar, lo efectuó al punto. Me ordenó le esperase... y le obe-

decí tambien con desagrado, porque os he dicho que el palacio me fastidia.»

«Al cabo de algunos momentos el ugier que estaba á la puerta me hizo entrar.... No contaba yo con este segundo y aparente disgusto... digo aparente, porque despues que supe el resultado me alegré de vencerme á entrar á hablar con S. A. R. Creed que no lo hubiera hecho por nadie en el mundo.»

«El objeto de mi llamada fué, porque habiéndole mi tio sucintamente referido lo concerniente á vos, el duque queria oírlo mas estenso por mi loca... Lo que le dije no necesito repetirlo... jamas me he conocido tan elocuente.»

«S. A. R. se sonrió con la amabilidad que acostumbra, y me contestó: —«Escribe á esa familia lo que ha pasado y entrégale la carta á tu tio... No se concluirá el dia sin que esos infelices sean consolados.»

«Yo le besé la mano y salí... Despues he visto que al medio dia ya tenia mi tio en su poder la escritura de la propiedad del molino, y la cédula real con la donacion que os hace S. A. R. de no sé qué tierras....

en fin, que lejos de echaros del molino os hacen dueño de él, y ademas os estienden los límites de vuestra pertenencia... Esto querido Pedro, es mas que yo me prometia... Oh! mi tie es un bello sugeto!»

«Cuidado que nada me debeis á mí... sino á la suerte. . . ó mejor dicho á vuestras virtudes y honradez... ¿No os dije que la providencia guarda siempre la compensacion de los males y que el hombre de bien no debe desconfiar de ella?...

«Espero que no me agradeceréis nada porque nada he hecho... Cuidado!.. De otro modo me causareis á nuestra vista un disgusto que me va á ser repugnante en demasia. Es la única recompensa que os ecsijo, y no creo se la negareis á vuestro apasionado.—Alberto Biling.»

Mi padre no pudo acabar de leer el billete sin sentir sus ojos anegados en llanto de reconocimiento. Todos nosotros secundamos este sentimiento, y hasta mi hermano Roberto, venciendo su natural adustez hácia Alberto, dejó correr de sus ojos una lágrima de sensibilidad

Nueva época de ventura y felicidad,

acababa de abrir mi amante en mi afligida familia.

Mi padre consultó con mi madre el como habia de dar las gracias á Alberto. Ir á buscarlo á Ravensberg era inútil, porque se ignoraba donde vivia y su tio lo mismo.

Asi tuvo que limitarse á esperar que fuera á nuestro molino.

Nadie participaba de un placer mas completo que Matilde y yo.

Aquella tarde nos sentamos en el banco donde acostumbáramos las dos hacerlo, mas temprano por órden de mi padre, con encargo especial de avisarle en cuanto divisáramos á Alberto.

Este momento llegó, pero Alberto no venia solo.

Le acompañaba su tio... el caballero del primer dia.

Toda la familia incluso los mozos del molino salieron á alguna distancia á recibirlos. Alberto se apeó al punto, abrazó á mis padres y le suplicó que omitiesen aquellas muestras de reconociendo que no hacian otra cosa que ruborizarle.

—Perdonad la libertad que me he to—

mado, querido Pedro, dijo, en traer á mi tio á vuestra casa, pero movido por la revelacion esacta que le he hecho de vos y vuestra familia, ha deseado conoceros á todos... Os advierto que abriga los mismos sentimientos benéficos que yo, pues en Ravensberg no hay una persona que no pronuncie con amor y respeto el nombre del consejero Biling.

—Y yo tengo un gusto inefable, contestó mi padre en conocer á uno de los bienhechores de mi familia.

—No... al solo bienhechor, repuso Alberto. Os repito que yo nada he hecho, buen Pedro.

El tio de Alberto fué conducido por mi padre á enseñarles todas las dependencias del molino, en compañía de mi hermano: nosotras nos quedamos con Alberto y mi madre.

Nunca habia yo experimentado un regocijo como el que me acompañó en aquellos momentos. Debiendo disimular delante de mi madre tenia los ojos fijos en Alberto. Aquella tarde me pareció mas hermoso é interesante que nunca. Mas digno de consa-

grarle mi existencia entera.

Confieso que estaba orgullosa de su amor... Que me consideraba la mas feliz de todas las mugeres.

Antes de despedirse Alberto, su tio se dirigió á mi padre en estos términos:

—Ahora que os he conocido Martelo me cabe doble placer en lo que he hecho por vos. Es quiza la primera cosa acertada que ha practicado el tarambana de mi sobrino... el interes que se tomó ayer por vuestra suerte... Por eso he querido venir á informarme yo mismo si era esacta la pintura que me hizo de vuestra familia... Veo que se quedò corto en la alabanza... y en prueba de ello, tomad esta libranza de siete mil florines que ireis á cobrar del mismo señor Cárlos Ranfect el antiguo propietario de este molino. Esta cantidad la podeis invertir en algunos reparos que he visto necesita la finca, en comprar los utensilios para la pesca de la parte del rio que os pertenece y atender el cultivo de las tierras anexas á este molino.

Mi padre iba á hablar, pero el tio de Alberto le atajó diciéndole:

—Nada me digais... Lo que hago con vos es justo... y sobre todo no me lo agradezais solo á mí sino al gran duque, á quien mi sobrino ha interesado en este asunto de una manera singular.

Mis padres y nosotros no sabíamos lo que nos pasaba. Lo imaginábamos un sueño... Un fantasma lisonjero y lleno de imágenes á cual mas halagüeñas.

Los dos se despidieron, y Alberto volvió como era costumbre aquella noche en su barca.

La abundancia derramó sus dones desde aquel dia en mi casa. Mi padre se encontró á poco el propietario mas rico de la campiña de Ligen, sin que ninguno pudiese atribuirlo á otra cosa que á favores del gran duque, mas ignorando el motivo.

Pero en medio de todo me consumia de impaciencia... Deseaba que Alberto pidiese á mi padre mi mano pues queria llamarme suya por cualquier medio con tal que no padeciese mi honor. Yo estaba segura de que mi padre no negaria su asentimiento al generoso mortal que le habia traído la dicha mas envidiable.

Pero ¡ah!... ¡cuánto me engañaba!... El amor, el conocimiento de Alberto, sus favores, fueron la desolacion de mi familia... La influencia del mal!... El germen de la destruccion, las lágrimas y la muerte.

Mi padre en pocos meses estableció relaciones con los principales negociantes de Ravensberg y su molino era preferido à los demas. Esto escitó la envidia de sus convecinos, en términos que lo miraban con deseos de que le sucediese alguna desgracia que lo pusiese en un estado, sino miserable, al menos que disminuyese su auge.

Ya habia yo notado que cuando Alberto venia á hablarme de noche, si bien sus palabras revelaban cada vez mas la ternura de su amor, envolvian una amargura disimulada, que no se me ocultó.

Una noche me obligó á preguntarle la causa de esta observacion, pero en su respuesta manifestó una admiracion extraordinaria de que yo no la supiese.

—No por tu vida, le contesté... ignoro lo que puede turbar tu alegria, que es la de mi alma, Alberto... Tú sabes cuánto te amo, y debes considerar si no participaré

de tu tristeza y disgusto. Revélamelo por Dios... porque yo, aunque no soy capaz de ofenderte ni aun con la mas leve idea, tengo una zozobra mortal de si habré inocentemente cometido alguna torpeza que haya podido desazonarte, amor mio... Te lo suplico de nuevo... Si me amas como yo á tí, no me ocultes nada.

—Tú no has incurrido en ningun defecto, porque eres un ángel, Beatriz, y los ángeles son puros... Pero este no es sitio para poderte explicar eso... La noche está fria, lluviosa y me obliga á marchar.

—Tienes razon... y es una imprudencia mia .. Si yo pudiese enmedarla!... Espera.

La curiosidad nos hace indiscretas, inadvertidas y hasta víctimas de un paso des-
acertado... Comprometemos nuestra seguridad... esponemos nuestra reputacion, procuramos el ultraje que hacen á nuestro honor, escitando las pasiones, la audacia de los hombres y dándoles hasta pábulo para que aprovechen de la ocasion que le presentamos, y nos sumerjan despues en un estado deplorable de lágrimas y amarguras,

donde toda nuestra esperanza, el único consuelo despues es un arrepentimiento tardio que llega con nosotras hasta la misma orilla del sepulcro.

No olvides esto, hija mia, y procura ser mas cauta que tu infelice madre.

Tu abuela á pesar de la brillante posicion en que veia á mi padre, de estar nadando en los placeres y la abundancia, no podia olvidar á mi hermano Joaquin. Como era varon y hermano mayor, tenia por él una predileccion que habia causado algunas reyertas entre ella, mi hermano Roberto y mi padre. La pena interior que la consumia la venció al fin, y cayó por último en el lecho. Por mas que mi padre y nosotras procuráramos consolarla, no podia convenir con la idea de no ver á su hijo y no saber si á aquella hora estaria vivo ó muerto.

Mi padre á la sazón se habia despedido de Alberto para hacer un viaje algo dilatado. Su permanencia debia ser en Emden algunos dias, sobre unos bienes que pertenecian á mi madre, herencia de un tio suyo que habia fallecido, y como mi padre tenia ya intereses para el viaje lo efectuó, llevándose

á mi hermano Roberto en su compañía.

Mi madre enfermó cuando mi padre habia marchado, de modo que mi hermana Matilde se encargó de asistirle de noche sola, y yo de dia... Lo combinamos así para dejarme la noche libre y poder hablar con Alberto.

Así en aquella me encontraba sola en mi cuarto.

Cuando me retiré de la ventana fué para cerrar la puerta que desde mi habitacion iba á las interiores.

Ciega de amor, de confianza en Alberto; arrastrada por la compasion de verlo sufrir el rigor de una estacion rigorosa por mi causa, y mas que todo, estimulada por el deseo de que me participase su pesar, le insinué que entrase en mi cuarto desde aquella noche, todas las que mi madre permaneciese enferma, por la ventana, la cual estaba baja y puesto sobre el borde de la barca alcanzaba perfectamente al marco de ella pudiendo saltar dentro sin esposicion ni peligro.

Hija querida, no des nunca el primer paso imprudente... Este es el que te preservará siempre de todos los demas. Dado ya, te des-

peñarás al hondo abismo, de donde no podrás salir por mas esfuerzos que hagas... La desesperacion te acompañará luego, el abandono, el dolor y la triste memoria de que pudistes evitarlo, y que lo conoces cuando ya no tiene remedio. Esto es cruel... inaudito!... Esto no puede concebirse ni esplicarse!... Quisiera dar á mis frases una elocuencia divina para pintarte con su verdadero color tal infortunio... el horror que inspira despues experimentar sus efectos. No te abandones á una ilusion, perniciosa y mortal, traidora y siniestra porque se adorna de un exterior halagüejo, revistiendo su faz aterradora, de placeres inefables, de goces y seductores y hechiceros.

Al sentarme por primera vez al lado de Alberto, al experimentar el contacto de su mano, al sentir su brazo ceñir mi cintura, me creia transportada á un Edem de felicidad interminable... Me parecia que empezaba á ecsistir!

Mi amante por su parte se conceptuaba el mas feliz de los hombres... El convencimiento de esta persuacion nos pierde tambien á nosotras, desdichadas é incautas víctimas.

—Mi bien, me dijo Alberto; apenas me acuerdo ya del pesar que abrumba mi corazón, al verme á tu lado, de noche, en este solitario aposento... sin otros testigos de nuestro afecto, que esos brillantes astros que descubrimos por esa ventana y esas aguas cristalinas, que al parecer murmuran de nuestro amor, batiendo los muros de este aposento, y no hacen otra cosa que envidiar nuestra dicha. Asi es el amor verdadero, Beatriz, y esta es una de las gratas recompensas que guarda á los que se rinden dulcemente á su poder. Hay algunas mas que nos tiene reservadas, y que tú, vida mia, no comprendes, porque tu inocente ignorancia no ha podido penetrarse de los embelesamientos sensuales, debidos solo á esa sábia naturaleza preceptora de todo lo existente. Al depositar en nuestros pechos un corazón ardiente y entusiasta, al formarlo tan impresionable para ver, admirar y adorar sus creaciones, puso tambien en nuestra organizacion tanta fuerza como placer en sus goces, que es indispensable, necesario, obedecer á su influencia, y seria en vano contrariarla..... Muchos pretenden sujetar estos transportes,

regirlos por sus caprichos, como si fuese posible poner un débil dique al río cuando rompa su cauce.... Cuando las cuerdas del corazón las vibra el amor con su potente brazo, y este magnético impulso se comunica en todo nuestro ser, nada puede bastar á contener sus efectos. Y si no, dime, hermosa mía, por quién dejaras tú de amarme en este momento?

—Por nadie, Alberto... ni aun por la misma muerte... Porque todo lo que me dices lo siento... aunque ciertas cosas no las comprendo aun.

—Y si te quisieran arrebatár esta dicha para siempre?

—No me lo digas... porque me volvería loca!.. Me moriría solo de recordarlo.

—Pues hé ahí mi pena... Tu padre inocentemente lo pretende.

—Mi padre! Cómo?..

—Muy fácil... Ha prometido tu mano al hijo mayor de Rantz.

—Alberto!!

—Si... él me ha confiado este secreto, como prueba de aprecio, y el plazo de esta union se ha fijado para su vuelta de Em-

den... Dices que así pone término á ciertas rencillas de familia, asegurándote un porvenir feliz.

—Que yo detesto.

—Y que no tendras otro arbitrio que aceptar.

—Ni ca..

—Pues en quien confias?...

—En ti... ¿Entonces para qué dices que me amas?.. . Pideme á mi padre.

—De seguro no accederá.

—Porqué?

—Porque ha dado su palabra á Ambrosio Rantz padre de tu futuro, y bien sabes que él no la revoca por nada de este mundo.

—Debiéndote un favor tan grande.

—Diria entonces que mi oferta habia sido siniestra, interesada, y que iba á exigirle el precio de ella haciéndole saltar á su palabra, que tanto venera y aprecia. Que habia comprado su felicidad al precio de quedar mal puesto y merecer la censura pública.

—Pues tú discurre un medio, porque nunca perteneceré á Rantz... Yo soy tuya,

Alberto , y no puedo ni quiero ser de otro... Estoy dispuesta á todo... á todo por tí... porque tu amor es mi vida, mi encanto, mi sola ventura... Para mí no hay afectos, obligaciones, ni deberes, fuera de tu amor.... Padres, familias, amigos... el mundo entero para mí, eres tú... tú, porque te adoro con idolatría.

Yo estaba ofuscada, enagenada, y no tuve valor, ni acierto para resistir á Alberto, que arrebatado, imprimió infinitos besos en mi mejilla.

He aquí ya los efectos del primer paso imprudente que dá una muger.

Algunas noches mas siguió Alberto entrando en mi cuarto... ¡Qué horas tan deleitables y dichosas pasó mi inocente inesperienza en aquellas noches fatales... ¡Qué envidiables y dulces noches y como ansiaba el que terminase el dia para que llegaran!.. El amor apuró en ellas todos sus goces, y cuando mi madre sauó de su dolencia su infeliz hija estaba enferma de muerte!

El rubor, la vergüenza mas terrible cubria mi frente... Mis ojos no se atrevian ni aun á mirar á mi hermana, única confiden-

te de mis amores... amiga tierna y consoladora... ¡Cómo confesarle que llevaba en mi seno la prueba de mi criminal debilidad?... Que iba á ser madre?

Solamente al recordarlo, una congoja mortal cubria mi corazon... y la sangre se helaba en mis venas... Entonces fué cuando rasgándose aquel velo dorado de ilusiones y de gloria, aquella apariencia fascinadora, se presentó la triste, la amarga realidad que acompaña al delito... Esa verdad severa y terrible, que nos interroga y reconviene mudamente con cargos tan poderosos como incontestables... Entonces abatidos y humillados bajo su influjo, reconociendo lo detestable de nuestra debilidad, miramos en torno creyendo encontrar donde guarecernos y quitarnos de la vista de todo el que pueda leer en nuestro rostro la deshonra que nos abrumba... y solo nos hallamos circundadas de un espacio inmenso aisladas, desamparadas en él... con la iracunda verdad siempre delante á donde quiera que volvamos la vista; y encima de nuestra cabeza, amenazante, mordaz, satirico é impio, al mundo... con sus infinitos ojos escudriñadores fijos en nos-

otras y tendiendo sus horribles y sangui-
narias garras para despedazarnos... Cubierta
su faz de una sonrisa bulliciosa y festiva, por-
que hemos caído en el lazo que tiende á los
incautos, probando el dulce brebaje que pre-
senta en dorada y agradable copa; ese beleño
traidor que no es otra cosa despues que una
ponzoña mortífera. Un fuego destructor que
halaga y lisonjea al pronto, para matar des-
pues despiadada y bárbaramente.

Otra circunstancia agravó mas mi esta-
do... La enfermedad de mi madre fué tam-
bien efecto de sentirse ocupada .. Cuando
lo conció, mi padre se hallaba ausente.

Pero su embarazo seguia con síntomas
desfavorables. La pena de mi hermano Joa-
quin la combatia insensiblemente, y yo, al
pensar qu iba á aumentársela algun dia cuan-
do llegase el momento que no pudiese en-
cullir mi falta, de que podia matarla con
ese pesar, deseaba morir mil veces.

Oh! Madre mia!... Tú nos perdonarás
tu muerte á mí y á Joaquin... porque sé
que espirastes bendiciendo á tus verdugos...
pero eran tus hijos, y el corazon de una
madre siempre es todo bondad, ternura é
indulgencia para ellos.»

El mariscal interrumpió la lectura, y él y Sofia se miraron à un tiempo con tristeza y amargura.

«Mi delito era grave pero la ocasion estimuló á la debilidad. Mi madre postrada en el lecho, mi hermana sola cuidándola, y yo puesta á merced de mi pasion, cedí á la fuerza de su imperio. Si mi hermano Joaquin hubiese estado entre nosotros, él ó Roberto hubiesen quedado guardándonos en ausencia de mi padre, mi hermana no se habria separado de mi lado cuando hablaba de noche con Alberto, y evitando ese momento terrible de que la ignorancia y la flaqueza se prevalen, ya instigadas por la pasion ó el vicio, no se hubiera esparcido sobre nuestra familia el cúmulo de penas y calamidades que sucedieron, á la imprudente determinacion de Joaquin, y á mi imperdonable debilidad.

No es esto sincerarme, ni culpar á mi hermano. El, como yo, ha sido víctima de esa infalibilidad poderosa que rige el porvenir de los mortales. Nosotros estábamos, marcados por el destino para precipitarnos y arrastrar en la caída á nuestra desventu-

rada familia. Mi hermano será también infeliz, si es que existe, porque la desgracia al que escoge por blanco de su rigor jamás podrá conseguir aplacarla.

Ya no era mi conversacion con Alberto por la ventana, con aquellas dulces y tiernísimas muestras, que en gratas frases nos dábamos del amor que sentíamos. Eran por mi parte, lágrimas eternas, zozobras crueles, y congojas mortales. Una noche me sentí en tan mal estado de salud que tuve que recogerme temprano y no pude salir á hablarle.

Mi hermana, que notando mi palidez y tristeza, me habia preguntado varias veces el motivo, como conoció que yo escusaba el satisfacerla, aprovechó aquella noche la circunstancia de no salir yo á la ventana y ponerse ella en mi lugar. La noche estaba oscura, y Matilde con su natural perspicacia discurrió el medio de hacer confesar á Alberto el secreto de mi estado.

Cubierta con el manton que yo acostumbraba ponerme las noches de frio, ocultó casi su rostro ayudándole también á disfrazar la voz.

Supe la conversacion, por Matilde que me la contó despues.

Esta esperó que Alberto la preguntase algo, escusando todo lo posible el hablar hasta que llegase el caso que deseaba. Entre otras cosas le dijo Alberto:

—Tu pena me tiene en continuo desasosiego, Beatriz mia, y ya he discurrido un medio de ir preparando á mi tio á la revelacion de secreto tan delicado. Pero entre tanto, te suplico, por mi amor, que disimules lo posible con tu familia. Esa palidez, la mortal tristeza que he notado en tí esta tarde están demasiado marcadas en tu rostro, para que no puedan esponerte á preguntas serias que comprometan tu seguridad, y en particular con tu hermana Matilde... Esta es buena, amable, nos ama con extremo, pero ya que has decidido no declararle tu situacion hasta que no tengas otro remedio, debes procurar que no la comprenda.... Y no sé por qué uses con ella esa reserva... Ella te disculpará y ayudará á encubrir... eso que tú llamas crimen y flaqueza.

—Y qué, no lo es? pronunció mi hermana con voz apagada.

—Lo es, á los ojos de un mundo tiránico y egoísta que quiere que todo se lo sacrifiquen... Afecto, estímulos, sensaciones, todo lo bello y hermoso que encierra el amor... ¿Por qué, ha de graduarse de crimen, ceder á un impulso que la naturaleza inspira y anuda mas el lazo, la voluntad de dos almas que se adoran? Y acaso será por ventura un delito, que las preocupaciones sociales queriendo dividir dos corazones que han nacido para amarse, estos procuren poner una barrera inmensa á esa arbitraria tiranía? No, no lo es, Beatriz adorada!.. Tú eres mía y yo te pertenezco ya por una obligación sagrada, austera, y respetable... Estamos unidos ante Dios, porque siempre te reconoceré por la madre del hijo mio que llevas en tus entrañas.

Un grito agudo que di, sacó á mi hermana del pasmo que le causaron las palabras de Alberto.

Cuando se volvió para mirarme habia yo caido en el suelo sin sentido.

Matilde cerró al momento la ventana y me condujo con trabajo al lecho.

Aquel grito penetrante puso en alarma

á mi madre, que, aunque dormia en una habitacion algo distante de la nuestra, el insomnio en que la tenia la memoria de mi padre y hermano, la hizo oirlo perfectamente y cogiendo una luz se dirigió á nuestro cuarto.

Entró y se sorprendió de ver vestida á aquella hora á mi hermana.

—Estoy, madre mia, así le contestó Matilde, porque hace rato que he oido desde mi lecho á Beatriz con una congoja continua. Por no molestaros, teniendo en cuenta vuestra delicada situacion, me vestí y coloqué á su lado, cuando dió el grito que habeis oido, acometiéndole ese sopor que sin duda es efecto de algun ensueño.

Mi madre se tranquilizó con esto un poco, procurando las dos hacerme volver en mí.

Cuando abrí los ojos, y ví á mi madre y hermana al rededor del lecho, en particular á la primera á quien ya se le advertia demasiado su ocupacion, al notarla así, volví á cerrar los ojos y un sudor frio corrió por mi frente.

En cuanto pude hablar supliqué á mi madre que se retirara. Matilde que comprendió mi idea, se lo instó y pudo decidirla.

Qué noche, hija mia!... pero aun esto no era nada para lo que le restaba que pasar á tu desdichada madre.

En cuanto nos quedamos solas, mi hermana, mirándome con un sentimiento profundo, exclamó:

—Ah! qué has hecho, Beatriz? qué has hecho!

Y se arrojó á mí, abrazándome y llorando amargamente!...

Despues que hubimos dado leve tregua á nuestro dolor, la dije:

—Perdóname, hermana querida... perdóname... No es verdad que tú no me aborrecerás?

—¿Yo aborrecerte, desgraciada criatura!.. Acaso te queda ya en el mundo mas que yo?...

—Qué dices? Le pregunté sorprendida!

—Qué, ¿no has penetrado aun toda la estension de tu imprudencia! Y aun me la ocultabas, infeliz!.. A mí, tu único consuelo ya en la tierra... La sola que puede compadecerte y compartir contigo la suerte que te amaga!

—Esplicate, por Dios, Matilde; no me

mates lentamente... Clávame de una vez el puñal agudo que vas poco á poco hundiendo en mi corazón... Qué debo esperar?

—De Alberto tu esperanza, nada mas que la deshonra... De nuestro padre, la maldición. De nuestra madre... ¡Ah! esa vá á ser la victima inocente!... De nuestra madre infeliz, el término de sus dias... y de nuestro hermano Roberto el aborrecimiento... y tal vez la muerte!

—Venga!... venga! exclamé con vehemencia y desesperacion... Aqui tiene mi sangre toda... Yo se la ofrezco gustosa gota á gota... Pero que padre no me maldiga y sirva para rescatar la vida de mi madre!... Dios mio! Dios mio! Ahora veo todo el horror de mi delito!

—Si es horroroso!... De una gravedad inmensa!.. De unas consecuencias, que por mas que procuremos contrariar es imposible que den buenos resultados. Solo un medio hay, y es que Alberto se uniese á tí: de ese modo, aun cuando escitaras la cólera de nuestro padre por haber ambos atropellado su autoridad, él es bueno y acabaría por perdonaros... Pero dudo mucho que tu a-

mante obre como caballero habiendo faltado tan bajamente, atropellando el honor de un padre, á quien si ha hecho beneficios, los cobra con una usura infame... á precio de lo mas sagrado y respetable que hay para una familia... Este tráfico vil, esta negociacion villana no revela buena idea de Alberto, y este, al deshonorarte, ha concebido el proyecto de abandonarte en seguida, porque cree que ha comprado con sus favores este derecho y el silencio de todos nosotros.

El alma me destrozaba Matilde con sus palabras.

—Ah!... yo me ahogo, hermana mia, exclamé!... La pena me matará si es cierto lo que dices.

Al dia siguiente con un pretesto falso, se presentó Alberto muy temprano en el molino.

Aquella llegada repentina me infundió una esperanza consoladora.

Yo sorprendí la noche antes á mi hermana en la ventana, porque desde mi alcoba notando que se tardaba, y conjeturando que estaria hablando con Alberto, el deseo de verlo y escuchar su voz, me hizo llegar á la

ventana en el momento que escuché la terrible revelacion que acaba de hacer á Matilde.

Alberto creyendo que era mi madre la que nos habia sorprendido la noche antes, y sabia ya nuestras relaciones, pues aun no estaba enterado que fué mi hermana con quien habló, venia decidido á echarse á sus pies, declararle nuestro amor, é impetrar su gracia en mi favor.

Pero asi que notó que esta nada le decia, guardó un profundo silencio, y al despedirse, en un descuido, me metió en la mano un billete que decia:

«Zozobras mortales he padecido hasta el momento de verte, porque sabes que te adoro y tus pesares participo de ellos como míos. Venia resuelto á que, si tu madre habia sorprendido nuestro secreto, ratificárselo haciéndole saber mis intenciones... Estas son las de unirme á tí por los vínculos santos, pero esto no puede hacerse ostensiblemente porque mi tio se opone á que me case aun.. El modo de efectuarlo, esta noche te lo explicaré... Ya he tomado mi resolucion. Vivir ó morir contigo; no ecsiste otra

cosa para el que te ama como á su única felicidad. «

ALBERTO.

Pensé perder el juicio de placer al leer el billete.

—Ves, Matilde? Ves, como Alberto es un leal amante y fiel caballero? Ves como el cielo no ha abandonado á tu infeliz hermana?

—Es verdad: prorrumpió esta, participando de mi júbilo.

—Aquella noche esperábamos las dos la venida de Alberto con una ansiedad insuplicable.

Llegó al cabo, y nos manifestó que era necesario para efectuar nuestro enlace que yo le siguiera, abandonando la casa de mis padres.

Esto nos contristó á mi hermana y á mí.

La razon en que se apoyaba, era en que teniendo mi padre la palabra empeñada con Ambrosio Rantz, no consentiría de ningun modo en nuestra union, mucho mas cuando Alberto la efectuaba tambien sin licencia de su tio; y para contraer un matrimonio secreto

era fuerza hacerlo en otra parte que en mi caso.

Para dar á nuestra fuga un motivo algo disculpable, me propuso que esperásemos la vuelta de mi padre, y cuando ~~estuviera~~ ^{se anunciara} anunciase mi matrimonio con el hijo de Rantz, entonces una noche me sacaría por la ventana por donde nos hablábamos.

Ostigada por las circunstancias, y mas que todo por mi estado que iba de un dia á otro á hacerse visible, no tuve otro arbitrio que acceder, pero mi asombro fué estremado cuando ví á mi hermana que me propuso acompañarme.

Yo no acertaba á comprender tal exceso de estimacion, y hasta aquel momento no advertí lo que Matilde me queria.

Cuando le participé esta nueva á Alberto, no solo la aprobó sino que juró á mi hermana estarle agradecido toda su vida por tal rasgo de bondad, y recompensárselo en en su dia con usura.

—Lo hago así, dijo Matilde, porque estoy en la persuacion de que obrareis como hombre de honor y un verdadero amante... Voy á seguir á mi hermana y á un hermano .. y mi

estimacion en eso no peligrará. . Despues de algun tiempo volveremos á esta casa, y todo será en ella indulgencia y perdon. Pero como antes necesitará mi Beatriz de una persona que la acompañe en el trance que aguardo. Quisiera que tenga el consuelo de verme á mí, que la he compadecido y perdonado desde que supe su inocente deslíz.

—Os aseguro que no os pesará esa comiseracion, le respondió Alberto.

Mi padre tornó de su viaje, y despues de recibir las muestras de alegria que eran consiguientes á su llegada, manifestó doble placer por hallar á mi madre tan adelantada en su ocupacion. Su ausencia, aunque dilatada, no fué inútil. Su presencia contribuyò á que le diesen la posesion de los bienes de mi madre, y el caudal de mi padre recibió con esto un aumento extraordinario.

El molino en su ausencia habia estado encomendado á un mozo de su confianza llamado Agustin, y lo hallò á su vuelta en un estado brillante.

A mi me contristaba la alegria de mi padre, y á mi hermana lo mismo. Su satisfaccion era á su parecer cumplida. Su pa-

rimonio consolidado y aumentado considerablemente, sus hijos felices, estimado en la comarca y mi madre iba á hacerlo padre nuevamente, con complacencia que no esperaba encontrar á su vuelta, y que para mi padre era un verdadero regocijo.

Esta aparente ventura, esta supuesta calma fué interrumpida brevemente.

Mi padre participó á mi madre el proyecto de mi casamiento con el hijo de Rantz; pero esta que no se convencía tan fácilmente tratándose de la ventura de sus hijos, le hizo presente, con aquella dulzura que acostumbraba á contradecirle, y que le era peculiar, los inconvenientes que á su parecer encontraba para aprobarle.... El principal punto en que mi madre apoyaba su negativa, era en la codicia de Ambrosio Rantz, que estaba manifiesta, cuando solicitaba ahora enlazarse á nuestra familia porque era rica, cuando pocos meses hacia procuró hasta lanzarnos del hogar de nuestros abuelos.

Mas ese punto era el principal estímulo para mi padre. Generoso y prudente en demasía, queria demostrar que no le conservaba rencor. Además que siendo Ambrosio el pro-

pietario mas rico de su clase despues de mi padre, y su hijo un jóven de recomendables cualidades, el partido que se me presentaba no podia ser mas ventajoso.

Mi padre dió el encargo á mi madre de que me notificara el proyecto del enlace con el hijo de Rantz, á fin de irme preparando á recibir á este en mi casa bajo tal carácter.

Mi madre lo hizo asi, y se admiró al notar la poca impresion que me hizo una noticia, que á su entender debia sorprenderme por lo inesperada para mí.

Mi tranquilidad nacía de la confianza que tenia en Alberto.

La presentacion que se me hizo de mi futuro, fué en familia, y bajo una fiesta doméstica que se combinó para el efecto, fijando el enlace para de allí á un mes.

A pesar de mis esperanzas de que no llegaria á efectuarse, una zozobra mortal me combatia sin cesar. Mis padres habian notado mi palidez, y aunque yo me esforzaba por aparentar serenidad, y mi hermana los disuadia de cualquier recelo que pudiesen concebir, sin embargo, mi situacion iba caminando á su término con rapidez.

Un dia mi madre vino á aumentar mi sobresalto.

—Hija mia, me dijo, hace tiempo que he advertido en tu semblante cierta alteracion, que no he procurado analizar ^{por que} la atribuia él alguna causa pasagera. Pero desde que se anunció tu casamiento con el hijo de Rantz, se ha aumentado en unos términos tan marcados, que hasta tu padre ha llegado á conocerlo. Si padeces alguna causa oculta, dímela, Beatriz. Bien conoceras cuanto os amo á todos, como que sois los únicos objetos que existen para mí en el mundo. . que me deben interes y amor. Tu padre y vosotras, hija mia, formais mi delicia y mis pesares. Si sois venturosos, yo lo soy tambien... si padecéis, yo padezco con vosotros... Vivo para ustedes, y fuera de esto todo lo demas es insignificante y vago para mí. El corazon de una madre como yo, es inagotable de ternura y cariño para sus hijos. Este te ofrece toda su estension, Beatriz. Si tu pena es dimanada de este enlace, admitido por tu padre bajo el mejor fin, sin otra mira que la de labrarte un porvenir feliz, no me lo ocultes... Mira que

mi amor es tan grande para contigo, que sabré oponerme hasta á la cólera de tu padre, porque no se lleve á cabo. No tengas embarazo ni repugnancia en confiarte á tu madre. á ~~su~~ madre que te adora con vehemencia y entusiasmo

Diciendo esto, me estrechaba contra su corazón y me cubria de tiernos y amorosos besos.

Lo que padecia mi alma en aquel momento, imagínalo, hija querida.

Si solo hubiese sido el amor de Alberto, no hubiera tenido dificultad en habersele confiado á una madre tan buena é indulgente... Pero cómo participarle mi criminal flaqueza? ¿Cómo vencer la vergüenza y el temor que me acompañaba? Cómo tener valor para presenciar la herida mortal que iba á abrir en aquel hermoso corazón con mis palabras?... Ah! esto era inaudito!. y sin embargo ¡ojalá en aquel momento me hubiera decidido á hacerlo!

Mi madre al oír mis palabras, que manifestaban todo lo contrario, apoyándolas el disimulo mas insufrible y repugnante para mí, me contestó:

—Bien, si no tienes ninguna causa moral que te combata, debe ser esta, por precision, fisica, Beatriz.. En ese caso, mi obligacion me dicta ~~redoblar~~ ^{acompañar} contigo mi celo y cuidado. Hoy mismo ~~partiré~~ ^{acompañaré} á Rustin á Ravensberg, y en la tartana de tu padre ~~conducirá~~ ^{conduciré} al mejor médico de la ciudad para que te ecsamine, y emprenda tu curacion, no se desarrolle en ti una enfermedad peligrosa, que ponga en riesgo tu vida, por negligencia y abandono.

Estas frases me anonadaron en términos, que sin atreverme á contestar me levanté y me retiré á mi alcoba á ocultar la impresion que me causaron.

En seguida mi hermana acudió en mi socorro.

—Ay Matilde! le dije, anegada en llanto... mi desgracia es cierta!.. La muerte es nada comparada con la suerte que me espera... Suerte que no podemos conjurar. Mi estado vá á ser descubierto hoy mismo, sin que me quede otra esperanza que la deshonra y la maldicion de mi padre! Oh Dios mio!... Dios de misericordia! Qué caro voy pagar mi desliz!.. ¿Y yo podré vivir para

dentro de pocas horas verme reducida á un estado de ignominia y vergüenza semejante!... Para ser el ludibrio de la comarca, la mengua de mi familia y cubrir la frente de un padre adorado de una mancha tan horrosa!.. Del sarcasmo y la reprobacion pública!.. Qué dirán todos de mí?... Qué esa familia con quien debo enlazarme, y que está deseando encontrar un medio, un arbitrio, por leve que sea, para vilipendiarnos y zaherirnos?.. No... no puedo presenciar el espectáculo de mi ignominia y del sentimiento de mis padres... La muerte primero.

Y ciega y desesperada abrí la ventana por donde hablaba con Alberto, y me hubiera por ella precipitado al rio, si Matilde no se hubiese abrazado á mi cintura esclamando:

—Parricida!.. ¿Así quieres con tu muerte asesinar á nuestra madre! No contemplas su estado tambien?

—Y acaso no voy á asesinarla menos dentro de breves horas!...

—Porqué? Tu turbacion, tu enagenamiento no te ha dado lugar para explicarte. Serénate... Qué vértigo cruel y fatal te domina.

Sin poder apenas coordinar mis palabras, conté á mi hermana la conversacion que acababa de tener con mi madre, y la determinacion ^{de esta}...

—Ves como toda... contestó... Padre acaba de partir ^{al} médico? me lino de Rantz, acompañado de Roberto, en la tartana: no vendrá hasta la noche, porque así lo ha dicho, y Agustin en su ausencia no puede separarse del molino: de modo que hasta mañana no podrá ir á Ravensberg á traer el médico. Entretanto Alberto vendrá esta tarde como acostumbra, y tú ó yo le escribiremos ahora un billete en que le participemos lo ocurrido para que cuando venga á la noche á verte se dé el último golpe á este asunto.

Las palabras de Matilde fueron volviéndome en sí, como el que despierta de un sueño agitado y horroroso... Me pasé la mano por la frente, queriendo apartar de mis ojos las imágenes funestas que se habian apoderado de mis sentidos.

Entretanto que mi hermana fué á participar á mi madre lo innecesario que era mandar por un doctor á Ravensberg, y la im-

posibilidad de hacerlo aquel día, escribí á Alberto todo lo ocurrido.

En cuanto se divisó por el camino ^{agrupada} tarde, Matilde, con un ^{pretexto} disimulo me billeteó y le ^{entregó} di. Léedlo con atención, y pronto.

Alberto en seguida torció las riendas á su caballo y desapareció hácia la márgen izquierda del rio, ocultándose en una arboleda que habia como á una milla de allí.

No habia pasado una hora y ya se hallaba de vuelta.

Nosotras estábamos sentadas, como de costumbre, á la puerta del molino cuando llegó, y notándolos solas nos dijo al pasar.

—Tenedlo todo preparado para esta noche á las doce: y se entró á ver á mi madre.

Aquel aviso se me figuró oirlo de la boca de un ser divinizado. La vista de la nave salvadora, para el triste náufrago que se vé solo en la inmensidad de un golfo luchando con el ímpetu de las olas... el eco del perdón para el infeliz reo que pisa las gradas del cadalso, no son mas lisonjeros, mas gratos, de mas valor y estimacion, que fueron

Pero, hija mia, el castigo mayor que sufre un hijo ingrato que atropella y huella preceptos tan sagrados y venerables, es el horror y la desesperacion que le inspira su detestable delito, cuando apurando lo agradable de tan letal brevage, quedan en su caliz las heces de una conviccion, tan segura como triste, de que los goces mas placenteros son nada sin estar basados en la práctica de la virtud y en los preceptos morales... Cuando la inesperienza atropella á la reflexion, los resultados son amargos en su dia .. y este dia no puede ya resarcirnos comunmente de lo perdido.

Mi hermana no correspondia á mi placer.. Su alto discernimiento alcanzaba los efectos de mi indiscrecion, Solo que ella cedia á las circunstancias criticas del momento, pero con la esperanza de mejorar los accidentes venideros.

En eso se engañó la infeliz, porque la he conducido tambien en mi caida... Su vida hasta ahora digna de mejor suerte... su belleza é incomparable talento.. los hermosos y lozanos años de su vida, yo los he esclavizado á mi destino y ajado las flores de su inte-

resante primavera con mis desaciertos y los pesares que la he ocasionado.

Plegue al cielo hacerla tan venturosa como se merece! Te repito que la ames muchísimo, hija mía... ~~Te repito que la ames muchísimo~~ por tu madre la la debemos. Su abnegacion por mi ^{niño} que ne ejemplo... y espero que lo hará igualmente contigo, porque su alma es tan grande como su virtud.

En cuanto oscureció, me metí en mi cuarto á escribir una sentida y larga carta á mi madre. En ella, con la mayor sumision y arrepentimiento, la declaraba mi flaqueza, la aseguraba que seguia á mi esposo, disculpaba á mi hermana, y le pedia su bendicion y que intercediera con mi padre, para que no me negase la suya.

Alberto, en otro momento que logró con mi hermana de descuido al marcharse, pudo advertirle que no necesitábamos sacar nada perteneciente á ropas ni halajas de nuestro uso, porque de nada escasearíamos.

La carta que escribí á mi madre quedaba encima de la mesa de mi cuarto.

Matilde estuvo en compañía de mi

madre hasta que esta se recogió. Yo también, sin poder contenerme, la di un abrazo y un beso, cosa que llamó su atención, porque aunque la adorábamos todos, jamás había yo acostumbrado á hacerlo al retirarme para recogerme.

A mi padre le besé la mano como hacia todas las noches. Al estampar mis labios en aquella mano tan querida y respetable, un frío glacial discurrió por mis venas... y eso que no creía yo besarla por la última vez en mi vida!

Mi hermana al dejar á mi madre y entrar en nuestra habitación, traía impresa en su rostro la profunda conmoción que le causó el abandonarla. Parecía como sobrenatural tanta resignación y sufrimiento en una jóven de tan corta edad...

Sin embargo al oír las doce, dos raudales de mudas y ardientes lágrimas brotaron de sus ojos.

Alberto llegó en la barca y dándome una pequeña escala de cuerdas la sujeté á la ventana.

Confieso que al poner el pié para bajar mis piernas vacilaron.

Matilde fué la última. Antes de salir, dirigió una profunda y dolorosa mirada á la alcoba de mi madre... y no pudiendo contenerse, exclamó con vehemente acento.

—A dios, madre mia!!

En seguida descendió á la barca.

Esta surcó rápidamente las aguas, y el molino desapareció de nuestra vista prontamente, con la distancia y la oscuridad.

Matilde no hablaba una palabra ni yo tampoco. Las dos sentadas en la popa del bajel y abrazadas fuertemente, parecíamos dos víctimas indefensas que conducian al sacrificio.

Media hora habriamos navegado cuando la barca se paró en una especie de ensenada.

—Monseñor, dijo el barquero á Alberto, este es el sitio que me indicásteis.

—Pues á tierra!.. contestó Alberto secamente.

Lo hicimos así, y en seguida se nos presentan dos embozados.

Alberto se va á ellos, les habla en voz baja y parten. A los pocos momentos el ruido de un coche hirió nuestros oídos.

El carruage se detiene cerca de nosotros, y Alberto nos dice:

—Vamos...

Nos dirigimos al coche y el lacayo que estaba al pié del estrivo nos hace al acercarnos una reverencia tan profunda como estraña... despues le preguntó à Alberto con un respeto sin igual:

—Hácia dónde, mauseñor?

—Beltran lo sabe...

El coche partió, y à la hora se detuvo delante de un gran edificio.

La oscuridad no dejaba distinguir su construccion, pero al bajarnos y acercarnos à una puerta, notamos que estaba amurallado y que tenia el aspecto de una fortaleza.

Aquello despertó recelos en mi hermana.

La puerta que era pequeña se abrió al primer golpe quedíó en ella Alberto. El que parecia el portero se inclinó al ver à este que iba delante guiándonos.

Esta puerta, hija amada, se ha cerrado eternamente para mí.

Al subir la escalera que conducia à las habitaciones principales, notamos una gran estátua en uno de sus tramos. Llegamos arriba y la suntuosidad de sus salas convenció à Matilde de que en todo aquello existia un

arcano que ignorábamos, en una palabra, que habíamos sido engañadas.

Así, no pudiendo contenerse, me dijo en voz baja:

—Beatriz, Alberto es mas de lo que parece... ya lo verás.

Entramos por una puerta que conducía á un callejon: pasamos dos cámaras amuebladas con elegancia y paramos en una sala con entalladuras de jaspe y una gran Aguila Negra en uno de sus extremos.

Varios hombres que parecian criados ó súbditos nos seguian con el mayor respeto.

Alberto habia revestido su fisonomia al llegar á aquel edificio de una severidad imponente.

—Aqui es donde vas á habitar, querida Beatriz, me dijo.... Estos criados estarán pendientes de tus mas leves insinuaciones y caprichos.... Mándalos sin embarazo ni recelo, pues ya están informados y te reconocerán por su dueña y señora.

Yo no me atreví á replicar una palabra.

—Mañana, prosiguió, recibirás dos criadas para tu servicio... Lejos de tí el temor ni la zozobra... Vive tranquila y goza de las

comodidades que tu reconocimiento te proporciona.

Matilde algo mas sobre si que yo, prorumpió:

— Tened la bondad de mandar que se retiren esos hombres.

No fué necesaria la órden de Alberto. Los criados nos hicieron un respetuoso acatamiento y salieron al instante de la habitacion.

Mi hermana cerró al punto la puerta.

— Tomad asiento Alberto, le dijo con resolucion y desembarazo.

Nosotras lo hicimos tambien.

— No creo que vuestra intencion, prosiguió Matilde, habrá sido al conducirnos aqui proyectar una infamia, no solo agena de un caballero, pero indigna de un hombre que dice ama á una muger y á quien ha arrebatado todo lo mas digno y estimable que existe en la tierra para ella. Estas sospechas tienen un fundamento hasta cierto punto poderoso. Yo esperaba que nos hubiéseis conducido á una morada sencilla, aunque decente, segun la clase y posicion que habeis dicho teneis en la sociedad, pero todo me

hace ver, que habeis mentido... que nos habeis engañado... Si el fin con que lo haceis es noble y digno de un amante leal, eso os dará un doble realce á mis ojos... Pero si habeis querido poner un sello mas á la criminal conducta que usásteis con esta inocente alucinada, si vuestro objeto ha sido conducir aqui dos víctimas para sacrificarlas á vuestro capricho y torpe voluptuosidad, si teneis en nada el engaño y atropellamiento que ejecutásteis con una doncella incauta, las lágrimas de su madre, y tal vez su muerte, el dolor de su hermano, la desesperacion, amargura y maldicion de un padre irritado... y sobre todo la mancha indigna que echais sobre una familia honrada y respetable, aunque mi hermana muera á manos de su dolor y sentimiento, aunque el mundo nos desprecie, aunque acalleis nuestros clamores con una reclusion tan odiosa como vuestra conducta, el anatema de Dios, la cólera de su divina justicia caerá sobre vos, aunque vuestro rango sea el mas elevado y brillante, porque las lágrimas de su madre, el eco doloroso y penetrante de un padre y la sombra de vuestras víctimas, alcan-

zarán una venganza que en vano procuraréis burlar, y yo mientras exista, no cesaré de llamaros con los odiosos nombres de traidor, infame y asesino vil. ¿Es mi pobre y desconsolada familia.

Un raudal de lágrimas corria de mis ojos al oír las palabras de mi hermana.

Alberto estaba absorto al escuchar lenguaje tal en una joven aldeana de quince años.

Trémulo, consternado, sin poder proferir una palabra, tal impresion le causaron las de Matilde, la miraba Alberto sin acertar á comprender lo que le pasaba.

Al cabo contestó con el mayor sentimiento:

—Me habeis ofendido gratuitamente, Matilde... pero no condenaré jamas vuestras frases. Son tan justas, como elocuentes y poderosas, porque lo delicado y espuesto de vuestra posicion os la dictan... Pero si os advertiré de paso, que al pretender yo villanamente burlar el amor de este ángel de hermosura é inocencia, de esta prenda idolatrada, único tesoro estimable para mí en la tierra, no hubiera aguardado á hacerlo ahora... Despues de obtener de ella el fa-

vor mas grande y costoso para su virtud, la hubiera abandonado, y ocultado en la fuga y el disimulo mas inicuo, mi delito y mi bajeza. Tan lejos de eso, bien sabeis... y ella lo sabe tambien, que mas amante, mas enamorado, mas digno de ella cada vez, no le he dado el mas leve motivo de sospecha y desconfianza... y el cielo me abruma con su cólera interminable, mis dias sean malditos y errantes en el universo, si faltare jamas á la fè que la he jurado. Es cierto que en lo que habeis visto esta noche hay algo de estraño para vosotras, pero no me volveré á poner en tu presencia, Beatriz adorada, sin estar plenamente justificado de vuestras sospechas de ahora, y sin darte la última prueba de mi amor y de la seguridad que tu estado ecsije.

Y besando, con una sumision y amor sin igual la mano de mi hermana, salió de la habitacion dejándonos sumerjidas en mayores dudas.

Un momento permanecimos las dos calladas y mirándonos atentamente.

—Su estilo parece franco y sincero, hermana mia, me dijo Matilde... Esperemos en el porvenir.

En seguida se levantó y registró las demás habitaciones.

En un hermoso camarín había dos blandos lechos preparados con toda comodidad y elegancia. Matilde tiró del cordón de una campanilla, y al punto se presentó un criado el que con la mayor sumisión contestó á nuestras preguntas, que fueron relativas á pedirle informes sobre las dependencias del terreno que ocupábamos.

Después que nos las dió se retiró, participándonos que á cualquiera hora de la noche estaban dispuestos á nuestro servicio él y sus compañeros.

Nos retiramos al lecho, pero en vano, porque en toda la noche pudimos Matilde ni yo dormir un momento.

La venida del nuevo día la esperábamos con un afán indecible... Deseábamos saber donde nos hallábamos y si podíamos encontrar alguna persona que nos informase de quien era Alberto, porque ya para nosotras no era el sobrino del consejero Biling.

No nos habíamos desnudado y por consiguiente no tuvimos que vestirnos.

Matilde se puso delante de un espejo

á arreglarse el cabello.... Yo me sentia tan triste y desazonada que ni siquiera pensé en mi adorno.

Cuando Matilde concluyó, nos dirigimos á la puerta para salir, pero uno de los criados nos detuvo, diciéndonos con el respeto mas profundo:

—Señoritas, no podeis salir de estas habitaciones por ahora.

—Qué causa lo motiva? le preguntó mi hermana con altivez.

—Que no creyendo monseñor que os levantárais tan temprano, no ha remitido aun los vestidos que debeis trocar por esos, segun corresponden á vuestra clase. Es orden espresa que no salgais de aqui hasta presentares con otros trages.

—Pero vuestro amo, quien es?...

Esta pregunta la estrañó el criado, el cual respondió.

—Cuando monseñor no se ha dignado participároslo, yo debo callar.

—Y os ha mandado, añadió Matilde, ocultarnos tambien donde nos hallamos?

—Oh! no: eso de ningun modo... Estais en el castillo del Aguila Negra. No ha

beis visto la señal de ello en la testera del salon?

A estas palabras las dos dimos un grito involuntario de terror, que no pudo menos de hacer sonreir al doméstico.

Nuestra sorpresa dimanó de la fama misteriosa y terrible que se daba á aquella fortaleza.

Nuevas dudas y temores nos asaltaron. El castillo del Aguila Negra era una posesion regia, y por mucho influjo que Alberto tuviese en la corte, nunca podia ser tanto como para conducir á él á su amada, estraida furtivamente de la casa paterna.

A las pocas horas se aumentaron nuestros recelos con la llegada de dos doncellas, con primorosos y ricos trages para Matilde y para mi.

Nosotras nos escusamos cuanto nos fué posible el vestirlos, pero las cariñosas y sumisas insinuaciones de las criadas nos decidieron á ello.

En vano con aquella cordial franqueza que el seco inspira procuramos escaminar á las doncellas. Venian mejor prevenidas que los sirvientes, pues todo lo que saca-

mos de ellas fue, que nuestra felicidad por estar en aquel sitio habria muchas que la envidiasen.

Mudados ya nuestros vestidos, pudimos salir á pasear por la fortaleza, que en verdad no era digna de atencion.

Se conocia que el abandono y el descuido reinaban en ella. Pocos eran los habitantes que encerraba en su recinto, y los cuales al pasar nos rendian respeto y sumision.

Pero al subir á la muralla que dá vista al Ems, un objeto de tristeza y sobresalto nos sorprendió á las dos.

Dirijimos la vista hacia la campiña y divisamos nuestro molino.

El alma se nos cubrió de un luto mortal! Nuestros ojos se llenaron súbitamente de lágrimas; el corazon se nos queria salir del pecho.

—Matilde! Matilde! exclamé echándome en sus brazos, sin poder articular de la congoja que experimentaba... Qué hemos hecho, desgraciadas!... ¿Cuál será á esta hora el estado de los habitantes de aquella inocente y pacífica morada, centro de la virtud y de las costumbres mas puras y recomendables!...

¡Qué consternacion... cuánta amargura reinará ahora en ella!... Oh! huyamos de aquí, Matilde mia... Escondamos nuestro criminal y detestable proceder de los ojos de todo el mundo!... La vista de aquella casa me confunde y me mata!... Me cubre de rubor y de espanto, despertando en mi pecho remordimientos acervos y dolores devoradores y terribles.

Y aterrada y despavorida bajé de la muralla, como si huyese de alguno que me persiguiera para esterminarme.

Tres dias pasamos sin ver á nadie mas que á las criadas, pues Alberto no parecia y yo no quise salir de mi habitacion.

La noche del tercer dia, estando con Matilde entregada á los tristes recuerdos que nos ocupaban sin cesar, se presentó un criado anunciándonos que monseñor Alberto, pedia permiso para entrar.

—Que pase; contestó Matilde.

Alberto llegó con semblante risueño y apacible. Nos miró, y despues abrazó á Matilde diciéndole:

—Os sienta perfectamente ese trage, hermana mia... Sois digna de llevar, no digo

ese, sino otro mas rico y que revele una posicion mas alta en el mundo. Espero sin embargo que sea asi, prosiguiò. Desde luego se puede asegurar que vuestro profundo talento no os lo dió naturaleza, para que se ejercitase en un oscuro y retirado molino, sino en el brillante círculo de la alta sociedad. Espero que en breve nos entenderemos y que me agradezcáis el dulce nombre que ya puedo daros desde esta noche.

En seguida me besó la mano añadiendo:

—Hermosa Beatriz, vengo aquí ahora á cumplir lo que te dije al despedirme la última vez que nos vimos... Te prometí darte la seguridad que tu estado ecsije, y no soy hombre que falto jamas á mi palabra. Mucho mas cuando mi amor es tan grande por tí, que no hay sacrificio posible que yo no emprenda para complacerte. Tu seguridad es un deber, un precepto que debo acatar, porque despues que tu constancia y fina correspondencia lo merece, el hijo mio que tienes en tus entrañas quiero que lleve, sin rubor ni vergüenza, algun dia, el nombre de su padre, con el esplendor y gloria que lo han hecho sus abuelos... Ven, amor mio, sígueme.

Diciendo esto me cogió de la mano, y yo le seguí sin proferir una palabra.

Salimos á la antesala, y sobre la izquierda habia una puerta: la abrió y un espectáculo estraño se ofreció á mi vista.

Era el tío de Alberto sentado en un bufete, en el que acababa de estender un contrato de matrimonio.

Al punto que nos divisó se puso en pié.

Alberto lo leyó, y dijo con satisfaccion.

—Está bien: Leed Matilde... Vos haceis aqui, por vuestra cordura y discernimiento, los oficios de madre de vuestra hermana.

Mientras Matilde leia, observaba yo al tío de Alberto, que con los ojos bajos y semblante triste y meditabundo, no nos dirigia ni aun una mirada.

—Advierto, dijo mi hermana, una cosa, que en este contrato matrimonial están sentados todos los nombres menos el del novio.

—Eso queda para despues, hermanita, respondió con gracia Alberto. Hay que hacer en ello una aclaracion que no puede ser hasta su tiempo. Por lo demas, ¿qué os parece?...

—Muy bien... Y quien son los que de-

ben firmarlo?... porque observo á vuestro tio harto frio é impasible en este momento.

—Oh! no será su firma la última, respondió sonriéndose Alberto... Algo se resistia á aprobar la dicha de su sobrino, pero se ha convencido que es en mí una deuda de amor y honor, y no quiere que mi nombre y la reputacion inocente de Beatriz padezcan... Iremos firmando para no demorarlo.

Y cogiendo la pluma firmó.

En seguida lo hicimos mi hermana y yo; el tio de Alberto fué el último.

Acabado esto, Alberto se dirigió á otra puerta, que se abrió al punto que sintieron un leve golpe que este dió en ella.

Nuestra admiracion fué grande, al observar una magnifica capilla iluminada completamente, y un sacerdote arrodillado delante de su altar.

Su elevada categoria se mostró á nuestros ojos al conocer por sus vestiduras que era un príncipe de la iglesia.

—Señor obispo de Munster, podeis empezar la ceremonia cuando gusteis; le dijo Alberto.

—Yo temblaba á la vista de tal aparato, no sé si de temor ó regocijo.

—Un momento, prorrumpió mi hermana, sin arredrarse por el imponente aspecto que presentaba aquella escena. Reconocida por mi futuro hermano, como representante de mis padres para con mi hermana, deseo saber .. y creo que debo exigirlo, la verdadera clase que ocupa el hombre que va á enlazarse con ella para toda la vida.

—Hija mia, le contestó el prelado; no es de ninguna influencia ahora esa oficiosidad. Este enlace que vuestra hermana abraza por amor y necesidad, lo mismo que su amante, tiene para este, y aun para alguno de los que aqui nos hallamos, mas importancia de lo que es parece... Efectuado ya, vuestro hermano mostrará si lo tiene á bien, su clase verdadera. Baste decirnos que es noble y caballero, y al cumplir esta deuda de honor, se olvida de quién es y atiende solamente á llenar los deberes que Dios le prescribe. Y vos jóven sencilla é inocente, añadió dirigiéndose á mí, no veais en él mas que al padre de vuestro hijo, y que ese ángel que saldrá dentro de poco á luz, os reconven-dria, solo con miraros, de haber desatendido la seguridad que ecsije su porvenir. Ante

los preceptos divinos las preocupaciones y leyes de la sociedad ceden... y vos no podeis oír en esta ocasion mas voz que la de la religion y la conciencia.

Las palabras del pastor sagrado hicieron enmudecer á mi hermana y á mí me llenaron de una satisfaccion completa. *Es noble y caballero...* y esto se acreditaba en que me daba su mano cumpliendo su palabra..... ¿Qué podia importarme su clase bajo estos principios y seguridad, dados por tan respectable persona y en aquellos momentos? Esta reflexion le ocurrió á Matilde no á mí, porque mi regocijo no me dejaba ocuparme de otra cosa en aquel instante sino de que iba á unirme al que mi corazon amaba.

Sueños dorados de felicidad y placer!.. Imágenes seductores de un porvenir sembrado de venturas y goces infinitos! Inmensos en la idea del desgraciado mortal, tanto como el espacio que mide el océano!... Grandes casi como la bondad divina que se los concede ¿por qué desapareceis á lo mejor?... Qué luz brillante arrojais, qué aromático perfume despedis que tan pronto desaparece y se esparce, dejándonos la oscuridad mas

... triste y el fétido ambiente de la tumba?...
Dónde se van aquellos momentos de una embriaguez venturosa, que se considera eterna, y solo pasa como un sueño .. menos aun... como la idea remota y lúgubre que deja una abrumadora pesadilla?

Y sin embargo, hija adorada, el mísero mortal se considera algo en el mundo, y tiene la ignorante audacia de creer que este le guarda sus goces y placeres... Mas aun, que puede atraerlos á sí y encadenarlos á su capricho, porque tiene probabilidad de disfrutarlos; y en medio de este beleño miserable y fútil... de este enagenamiento lisonjero y traidor, la infabilidad del destino lo sigue do quier, y le presenta un desengaño amargo haciéndole ver, que cuando mas se imaginaba ser, cuando una apariencia fascinadora lo elevaba á la cumbre de la felicidad, cae, desmoronándose en su caída, y quedando reducido á nada... á un poco de polvo... á un miserable monton de barro amasado con lágrimas amargas y eternas.

Ah! perdóname esta interrupcion en consideracion á mi triste desengaño.

La circunstancia de ser nuestro hime-

neo celebrado por el obispo de Munster, uno de los príncipes del imperio, ni llamó mi atención ni despertó recelos en mi hermana. Es verdad que nuestra sencilla educación, si bien fundada en el ejercicio de los mas austeros deberes, no pudo ser con aquella instruccion y conocimiento que la alta sociedad requiere, y á donde un capricho del destino nos arrojaba, á nosotras pobres y desvalidas criaturas, que no estábamos en estado de comprender la importancia donde se nos colocaba.

Pero si bien esta inocente ignorancia no nos dejó por aquellos momentos advertir esto, tampoco pudo prolongar tanto su influjo, como para no conocer todo el valor de las palabras que el obispo profirió en seguida de concluirse la ceremonia.

—Monseñor, dijo dirijiéndose á Alberto: ya sois esposo de esta inocente niña á quien una triste flaqueza os hizo imprimir en ella un sello de ignominia pasajero. Este ya se ha borrado por la mano de la religion, fuente perenne é inagotable de consuelo, perdon y esperanza. Ante Dios, que os vé y os escucha, habeis pronunciado vo-

luntariamente un juramento, que yo su ministro, he admitido en su nombre, y que nada bastará ya á destruir. Tened en cuenta esto... Por lo tanto, la máscara con cuyo favor abusásteis del candor é inocencia de esta vírgen incauta, ha durado hasta este momento y ha caido á los pies de este altar sacrosanto. Othon de Ravensberg, hé aquí vuestra esposa... Ines Martelo, ved á nuestro consorte y dueño... El cielo prolongue la vida de V. A. señora, para felicidad del príncipe vuestro esposo, heredero de estos estados... y de los súbditos fieles que sois destinada á mandar algun dia.

Hija de mi vida, yo no pude acabar de entender las últimas palabras del prelado... di un grito agudo y caí sin sentido en brazos de tu padre... Cuando volví en mí me encontré en el lecho, con mi hermana á la cabecera de él anegada en llanto, y Othon á los pies, profundamente pensativo, y sin quitar los ojos de mí.

La infeliz Matilde me confesó despues, que al verme caer desmayada solo pudo mal articular estas frases, ahogada en llanto:

—Ah! señor, qué habeis hecho? dijo á

Othon. . . Habeis asesinado á la infeliz!!....

Entonces el consejero, abriendo sus labios por la primera vez, se dirigió grave y mesurado al obispo, diciéndole:

—Se lo anuncié á V. A... y se lo repito ahora... Las consecuencias de este enlace serán funestas.

—Aun cuando así sea, contestó el prelado, es fuerza legítimar á la criatura que nazca... Bien conocéis, señor consejero, que esto destruye las miras ambiciosas de los Médicis, y las tentativas ocultas del principe de Marck.

Pero mi hermana nada comprendia de esto... y solo se ocupaba de su pesar y de mi estado.

Abrió los ojos, pero al encontrarse mis miradas con las de Othon, volví á cerrar los ojos de vergüenza y sentimiento.

Othon me cogió una mano, y llevándola contra su corazón, me la apretó fuertemente, exclamando:

—Siempre tuyo, Beatriz adorada. Bien Alberto, bien Othon de Ravensberg, mi vida es de tí, tesoro de perfeccion y de hermosura... El rango á que te he elevado no te conside-

res indigna de él... Tu virtud y tu amor valen mucho mas... La alta clase á que pertenezco debe envanecerse de contarte en su número porque lo ennoblece demasiado tu mérito, y algun dia la darás un realce positivo y verdadero... Perdóname el engaño con que me hice dueño de tu corazon... de otro modo me habieras rechazado, Beatriz, y yo, en medio de mi grandeza, me hubiera considerado mas infeliz que el último de mis vasallos... porque te adoro, esposa mia. Imagina tú, que ese Dios que ha escuchado mi juramento al pié del altar, cuando ha permitido que lleguemos hasta aqui, no será porque habrá convenido asi á su inmensa sabiduria? De otro modo, no pudiéndole yo á él ocultar mi clase, al desaprobarnos nuestro amor, en sus manos tiene arbitrios sobrados para haberme castigado antes de consumir la obra de mi ventura.... Esta persuacion debe bastarte, Beatriz... No somos nosotros, que nos vimos y nos amamos, lo que hemos hecho esto por nuestro dictamen, es la omnipotencia divina la que ha dispuesto que el príncipe heredero de Ravensberg se halla unido á la hija de un triste

melinero de Ligen... y cuando lo ha hecho, algo de sublime habrá hallado en esta humilde hija del pueblo para elevarla tanto sobre el nivel de la sociedad... y que yo, cada vez mas satisfecho y tranquilo de ello, me crea el feliz, el venturoso, el favorecido con llamarte mia, y juzgue que el nombre y la corona que te ofrezco es poco aun para lo que tú te mereces, mi bien... Qué vale todo á trueque de poseer tu corazon? Nada.

Mi hermana le contestó, haciéndole ver que sus espresiones eran los efectos de una amorosa ecsaltacion, que nos habia perdido lo mismo que á mi familia, pues la desproporcion de aquel casamiento tenia que inclinar la balanza precisamente en nuestro daño.

Entonces advertí el horror que me inspiraba mi suerte, y el premio de mi flaqueza. Aunque no estaba versada en las inteligencias cortesanas, mi razon se sintió repentinamente iluminada de un resplandor tétrico que le puso de manifiesto lo critico de mi posicion actual el peligroso porvenir que me amenazaba. El gran duque llegaria algun dia á ser sabedor de este himeneo, y su saña no recaeria sobre

su hijo que me habia engañado bajo el mejor fin, estimulado por su pasion, sino sobre mí que, flaca y débil, me dejé atropellar por un hombre... Y aun cuando no me castigase, mi enlace seria anulado y yo públicamente deshonrada quedando cubierta de vilipendio y mengua.

Conocí que para mí no habia otro remedio que el sepulcro.

Othon y Matilde me consolaban, pero en vano... Mis ojos no se han secado, hija mia!... Y tanto que tu tia tuvo que encargarse de continuar estas memorias porque mi vista participò al fin de lo triste de mi situacion.

Sin embargo yo me dirigiré á tí hasta pocos momentos antes de tu nacimiento... Despues lo hará tu tia, si como es probable, no sobrevivo á él... y si tiene, que si tendrá, algo que comunicarte.

En tan incesante afliccion pasaban los dias de mi embarazo, y alguna vez procuraba sobreponerme á mí misma, pensando que era un deber sagrado darte la vida y que para ello necesitaba conservar la mia... Othon no dejaba un dia de visitarme y las noches lo mismo, siempre tan amante, tan fi-

no... y sufriendo de ver mi estado, el cual mas de una vez me manifestó el deseo de mejorarlo aun á costa de abandonar su clase.. todo el esplendor de ella.

Pero estaba determinado que mi suerte fuese cada vez mas infeliz.

Ya habia pasado cerca de un mes en que continuamente estaba suplicando á Othon que adquiriese, aunque fuese secretamente, noticias de mis padres. Efectivamente, él se habia presentado en mi casa á los tres dias de nuestra fuga, habia notado la consternacion de ella, y consolado á mis padres desgraciados sin que estos hubiesen sospechado que él era el autor de sus pesares.

Pero Othon no me lo habia dicho todo. Mi hermano Roberto lo insultó descaradamente con palabras embozadas, dándole á entender que él era nuestro raptor, y asegurándole que iba á hacer indagaciones prolijas para descubrirnos, y lavar con la sangre del infame que hubiese perpetrado tal crimen la afrenta que acababa de echar sobre su familia.

Othon viéndose ultrajado de este modo, se lo confesó todo á mi madre en una en-

trevista secreta que tuvo con ella, descubriéndole hasta su rango.

Aquello fué para la infeliz un golpe mortal... Convencida por mi carta de que mi fuga habia sido con mi esposo, porque estaba prócsima á ser madre y que evitaba así el tener que declarárselo á la familia de Rantz, mientras no conoció á su yerno mantenía la esperanza consoladora de que estando yo casada volveria, aunque tarde, á sus brazos, mientras con el tiempo conseguia ir templando á mi padre. Pero en cuanto supo que me hallaba unida al príncipe heredero de Ravensberg, se presentó de repente á su imaginacion los resultados de aquel casamiento clandestino, y cayó en una zozobra tan mortal, que acelerando el nacimiento de mi hermana Luisa, la condujo al cabo al sepulcro.

Sin embargo, de su puño recibí la carta en que anunciaba este natalicio y nos bendecía á mi y á mi hermana.

Esta madre querida, esta desgraciada víctima de mi desdichado amor, bendijo á sus verdugos antes de morir!.. Me bendijo á mi causa principal de su dolor. Accedió también á los deseos que por Othon le manifes-

té de enviarme su retrato, el que este mandó hacer sin que mi padre se enterara, y me remitió su crucifijo de metal á quien tenia una devocion singular, y que no se apartará de mí sino despues de mi muerte.

Su estado de postracion no la permitió venir, aunque hubiese sido ocultamente, á verme. Asi me lo manifestó en otra carta que escribió algunos dias antes de morir, segun conjeturé luego, y en la que, despues de sus amorosas quejas, me ecsortaba á la resignacion.. porque me anunciaba una serie de sufrimientos interminables, y cuya memoria me aseguraba que acabaria con ella.

Aquella carta adorada fué leida y besada mil veces, empapándo'la con lágrimas copiosas y dolorosas... y es seguro que me la arrancarán de junto al corazon cuando espire.

El día que recibí su retrato y el crucifijo pensé volverme loca de alegría.

Pero débil consuelo!... Satisfaccion pasajera y fugaz!.. Cuán pronto se desvaneció!!

Hija de mi corazon, ceso en la narracion de mis infortunios porque siento los síntomas para darte á luz. El cielo quiera que

al nacer á este mundo falso y pernicioso, los padecimientos de tu madre sirvan de oblacion para que disfrutes la ventura que á ella le falta... y que pudiendo llegar á edad de leer estos renglones que te consagra antes de nacer, conozcas por ellos lo que ha pasado y lo que le cuesta darte la vida... Tu tia continuará estas memorias, corrigiéndolas al mismo tiempo, porque ha de haber que participarte aun.

PROSECUCION DE LAS MEMORIAS DE BEATRIZ MARTELO, POR SU HERMANA MATILDE.

«Tu madre al fin, sobrina querida, te dió á luz felizmente. Al tenerte en sus brazos, con una sonrisa amarga te contempló detenidamente, deseándote mejores dias que el cielo le habia proporcionado á ella.

Despues quitándose una cruz de oro que llevaba al cuello, te la puso diciendo:

«Esta enseña sagrada, hija mia, es la que llevan todos mis hermanos. Mi madre nos la ha colocado al nacer, como un distintivo religioso de fraternidad y amor entre nosotros. Por ella algun dia ocuparas el

lugar que te pertenece entre mi familia... y ojalá te sirva también para preservarte del infortunio. Nosotros conservamos á este símbolo santo, una veneración singular, porque basta que se espese en él á quien ha pertenecido»

—Esta es la cruz que tienes al cuello, Joaquín, interrumpió la marquesa... la que llevamos todos.

La cruz tenía la misma forma que la estampada en la targeta de Pedro, encontrada por el page Guarco.

Las cinco iniciales espesaban losiguiente:



Solo que la marquesa las habia colocado en la tarjeta á los extremos de la cruz.

Sofia y el mariscal, por un impulso simultáneo, sacaron las que llevaban al cuello y las besaron con respeto y ternura.

Porque á tal recuerdo de una madre, se conserva una estimacion tan permanente, que se hace hasta hereditaria y trascendental en las familias.

El mariscal continuó la lectura:

«Sin embargo, las delicias de la maternidad hubieran dulcificado un poco los dolores de Beatriz; los inocentes encantos de tu infancia hubieran ofrecido intervalos de olvido á su dolor, si un acontecimiento imprevisto no hubiese puesto el colmo á su desventura.

Todavía se hallaba tu madre en cama cuando un dia, que estábamos en su compañía Othon y yo, escuchamos un rumor sostenido en la antesala, y voces como de dos personas que altercaban fuertemente.

De repente la puerta del camarín donde nos encontrábamos se abre, y se presenta nuestro hermano Roberto, en el estado mas imponente.

Sus ojos, espantados, giraban convulsivamente buscando un objeto... Su faz pálida... sus labios lívidos, sus cabellos herizados y sus facciones contrídas le daban un aspecto horroroso... Parecía la imagen de un desgraciado privado de la gracia divina y entregado á Satanás.

Fija la vista en mi hermana, y dice con un acento sombrío y desesperado:

—Os encuentro al fin, parricidas!.. Os encuentro porque el cielo no permite mucho tiempo la impunidad del crimen. Ya hace días que he llegado á este castillo, morada de la iniquidad... porque la habitais vosotros... y esos esbirros infames no me han querido permitir la entrada... He pasado los días y las noches pegado á su muro hasta conseguir mi intento... y hoy por último la desesperacion venció, y arrollé á esos satélites del vilipendio que me estorbaban el paso, sin duda porque leían en mi rostro que iba á vengar en vosotras la desolacion de mi familia! Oh! y á vuestro infame seductor yo lo buscaré... Yo sabré quién es! Mi infeliz padre lo sabe porque su despecho me lo ha dado á entender... No ha querido decírmelo

por mas que se lo he suplicado... mas lo sabe... mi madre se lo ha revelado!... ¡Mi madre!! (esclamó con un sentimiento tan profundo que hacia estremecer... y como escitado por un acerbo recuerdo!) Mi desventurada madre!! Ay! pobre madre mia!! Mártir desgraciada!... Tu memoria me desgarrá el alma!.. Ella escita este llanto!.. Estas lágrimas de sangre que claman contra la de tus verdugos. Pero yo te vengaré... Sí... Te vengaré, madre adorada!... Madre de mi corazon!!!

Y con el mayor abatimiento, dejó caer la cabeza á los piés del lecho de tu madre llorando amargamente.

Aquel llanto consternó á Othon y nos sobresaltó á las dos en estremo.

Beatriz sin poder contenerse, exclamó:
—Roberto!... Hermano mio!... ¿qué significa ese llanto que derramas tan desconsoladamente? Y nuestra madre?... Qué es de ella? dilo pronto.

Tu madre al decir esto se incorporó repentinamente en el lecho, igual á aquel que encierran vivo en un sepulcro, y se penetra del horror que escita tan pavoroso lugar.

—Dinos, por Dios, que es de madre, hermano querido, añadió yo.

Roberto como si despertara de un sueño espantoso nos miró sin contestar.

—Habla, Roberto, habla... Que le ha pasado á madre?... dijo de nuevo Beatriz.

—Me preguntas por nuestra madre? contestó con un tono sombrío.

—Calla! Calla!... repuso Othon brevemente... te prohibo que hables de ella....

—Y yo te lo suplico, continuó Beatriz. Habla... dílo todo... Que es de mi madre?

—Tu no tienes madre... desventurada, por que ya ha muerto!... La has asesinado!!!

—Muerto!! Dios mio! Dios de misericordia!! exclamó tu madre, cubriéndose el rostro con las manos.

Pintarte aquella escena de consternacion y dolor, seria prolijo y afflictivo en demasia.

Roberto, sin advertirlo, habia herido mortalmente á Beatriz. Su enagenamiento no le hizo advertir el estado de su infeliz hermana, y aquella noticia infausta, en su crítica y delicada situacion, fue el golpe de muerte.

—Miserable!! prorrumpió Othon fuera de sí... No pagas con tu vida el homicidio que acabas de cometer... por que eres mi

hermano... el hermano de mi esposa... Pero considera lo que has hecho, y estremécete... Tu hermana hace pocos días que es madre... y el golpe que la acabas de dar... deja huérfano á mi hijo y á ti sin hermana.

Roberto fijó la vista en Beatriz, y al persuadirse de lo que le espuso Othon, un temblor convulsivo se esparció por sus miembros.

Y era así... Una fuerte congoja se habia posesionado de tu madre.

Othon llamó inmediatamente á los dependientes del castillo, los que salieron en seguida á traer el médico, el que enterado de lo ocurrido declaró á Beatriz en un peligro estremo.

Una fiebre horrorosa la combatia.

El interes de Othon, los cuidados míos, y los de Roberto que no quiso separarse un punto de su lado, prodigándole las mayores caricias, ayudados de la ciencia del doctor, pudieron sacarla de las garras de la muerte. Ojalá entonces hubiera concluido sus días, pues casi se hubiera ahorrado de padecer tormentos nuevos, y mas fieros aun.

Roberto me contó la muerte de nuestra

tra madre, á afectos de su sentimiento. Al dar á luz á mi hermana Luisa, no habia quedado completamente restablecida y espiró suplicando á mi padre que nos perdonase y deseándonos un porvenir de ventura y felicidad.

Este acontecimiento puso término á la constancia de mi padre... y mucho mas al ver que el despecho de Roberto le manifestó no volver mas á la casa paterna hasta habernos encontrado y vengar la pérdida de la mejor de las madres... Mi padre quiso detenerlo, porque mi madre antes de morir le reveló que Beatriz estaba casada con el principe Othon, entregándole una copia legalizada de su matrimonio y firmada por el obispo de Munster, la que para satisfaccion de sus padres, habia Beatriz hecho á Othon que le entregase á nuestra madre.

Pero mi padre no queria de ningun modo presentarse á su yerno, antes al contrario, desapareció, abandonando el molino, donde no se ha vuelto á saber de él.

Esta noticia la trajo Roberto un dia que, estando tu madre algo aliviada, fué al molino á participar á mi padre que nos habia en-

contrado, y con carta especial de Othon replicándole se reuniese á nosotros.

Agustin era el único que quedaba en el molino acabando de vender los bienes que restaban, y debia juntarse con mi padre en Emden, desde donde se proponia partir para la morada que habia elegido en cuanto realizase tambien los bienes que existian alli de mi madre.

Roberto recibió por mano de Agustin una cantidad suficiente para el viaje, pero mi hermano la rehusó, contándole lo que le habia pasado en el castillo del Aguila Negra, y encargándole le dijese á mi padre que no se separaba de nosotras, pues á pesar de haber Beatriz contraido un enlace al parecer tan lisonjero, necesitábamos de él para que nos defendiese en caso necesario... Que le diese á mi padre parte de su residencia y que él iria alguna vez á visitarlo y á consolarlo á la par.

Mi hermano toruó al castillo, y de mi padre no se volvió á saber mas.

A los pocos dias recibió Othon un paquete cerrado, dirigido desde Emden, con la escritura de posesion del molino y una carta que decia asi:

«Cuando abrí á V. A. las puertas de mi invulnerable morada, creí que la virtud que se encerraba en ella fuese respetada por el joven caballero Alberto, mucho mas por el heredero de Ravensberg... Tan lejos de ser asi, no solo habeis atropellado un asilo que vos debeis ser el primero en dar ejemplo de respetar, sino que añadisteis el precio de vuestra infamia, disfrazado con la máscara de la munificencia y el beneficio... Esto es mas infame aun... Un delito puede cometerse por ignorancia ó inesperienza, pero pretender pagarlo por tan bajos medios, es unir á la ofensa el insulto.»

«Sin embargo, yo creí en vuestra sinceridad y me vendíais... En vuestra probidad y me engañásteis... Sois llamado por la providencia á ceñir una corona... y yo, siendo pechero, puedo decir á mi señor que ha procedido infamemente conmigo, porque entró en mi casa para arruinarla, y dejarme sin honor, sin hijas, sin esposa... y sin la eterna tranquilidad que habia adquirido á costa de mi honradez... siguiendo la pauta que me abrieron mis abuelos.»

«Os devuelvo la donacion que me hicis-

teis del molino porque me envilece.. Perdono á mis hijas, primero, porque su madre me lo ecsigió al morir, y segundo porque la una ha sido seducida por vos y la otra se ha visto obligada á seguir á su hermana... Pero á vos de ninguno modo... A vos os maldigo... Al fruto de vuestro crimen jamás llamaré mi hijo... porque lo es vuestro... y su memoria me recordará siempre la conducta vil de su padre... y los tormentos que yo padezca.»

Othon me mostró esta carta dominado de un pesar profundo.

En ella se revela claramente, el sentimiento y el carácter rigido de tu abuelo.

Tu padre tomó posesion del molino y lo mandó cerrar en seguida.

Algunos meses pasaron y tu madre no adelantaba en su enfermedad, al contrario se la veia consumirse lentamente. En vano las finezas y el amor de Othon, mas ciego y enamorado que nunca, tus gracias y hermosura, los desvelos de Roberto y míos, podian conseguir el aliviarla. Los médicos propusieron trasladar su morada á la campiña, cuyos aires salutiferos influirian mucho en

su curacion. A todo se negó. Dias y dias se llevaba llorando, teniéndote colocadasobre sus piernas, ora contemplándote sin cesar, ò ya besando el crucifijo de metal de mi madre y dirigiéndose en seguida á su retrato que tenia colocado enfrente.

Algunas veces preguntaba á Roberto por mi padre, pero este le contestaba que seguia ya mas consolado.

Las lágrimas de tu madre fueron, hija mia, tu alimento, y crecistes sin que el ver tu belleza y tus encantos la pudiesen mejorar.

Los médicos desconfiaron ya de su curacion y asi se lo dijeron á tu padre

La tristeza, el pesar de Alberto á esta noticia se trocó en desesperacion. Adoraba á Beatriz con extremo. Su pasion lejos de entibiarse se aumentaba mas... y el único consuelo que tenia, era cogerte en sus brazos y besándote con entusiasmo y ternura se complacia en mirarte... porque eres un traslado esacto de la desgraciada que te dió el ser.

Un dia en que estábamos tu madre y yo sentadas en el salon del Aguila, se abren

las puertas de él y se presenta tu padre, seguido del consejero Biling y otro caballero anciano.

Tu madre al fijar en ellos la vista bajó los ojos por un impulso involuntario.

La faz del caballero era severa en demasia, pero al clavar los ojos en tu madre y ver su juventud, su modestia y lo triste de su situación, la compasión y la sensibilidad sustituyeron al furor que en vano pretendía disimular.

Alberto fué á hablarle, pero él que conoció sin duda lo que iba á decirle, le atajó añadiéndole:

— Omite toda disculpa... Su presencia y la candidez de su rostro me revelan demasiado la pureza de su alma. Su doliente estado es una prueba cierta y segura de que se sacrifica á tu ficción y á tu criminal engaño... Ella es inocente y el delincuente solo lo eres tú... tú que desoyendo la voz de tu deber le has conducido con esta desventurada como el mas humilde y bajo de la plebe.

Alberto, avergonzado, no contestó á estas reconvenciones.

—Hija mia, continuó el caballero dirigién-

dose á tu madre, el saber quien soy no os cause ni sorpresa ni pesar... Os considero victima de una pasion que os han hecho concebir, entre la ignorancia de un rango, que no os creo tan necia que pretendiérais jamas aspirar á él, y la persuacion de que correspondiais á un hombre á quien podiais enlazaros algun dia. Es cierto que habeis cometido una flaqueza, pero la edad, y la inespierencia del vicio os sirven de descargo... Yo, en estas circunstancias, no puedo reconocer públicamente; no me es dado realizar una union que reprueban mis deberes y la razon de estado, pero os trataré como á una hija, porque ya no es justo abandonaros á vuestra vergüenza y desesperacion.

—Confiad en el patrocínio de S. A. R. contestó el consejero Biling.

—Pues acaso, preguntò tu madre, trémula, el que me habla es?..

—El gran duque, hija mia, repuso el consejero.

—Vos? Ah!... señor, perdonadme!... perdonad á una infeliz á quien el cielo ha castigado demasiado... y que jamas ha pretendido ofenderos.

Tu madre, á pesar de su debilidad se habia arrodillado á los pies del duque.

—¿Qué haces, hija querida? le dijo este con una amabilidad estremada... Tú no tienes de que demandar perdon... Una inocente niña seducida, que abusan de su candidez no puede ser delincuente... Ven á mis brazos y sea esta la prueba mas segura que te doy de mi estimacion.

Tu madre ya mas tranquila derramaba lágrimas de sensibilidad y reconocimiento.

El duque te cogió y colocándote sobre sus rodillas te demostró toda la ternura de un padre.

—Yo considero, señor, dijo Beatriz mas animada por la afabilidad del duque, que no creereis en mí ambicion ni dolo. El engaño que vuestro hijo ha perpetrado conmigo, se lo he perdonado... porque, permitídmelo decir, señor, le amé simple Alberto, y ahora príncipe no he podido ya desecharlo de mi corazon... Yo hubiera querido aborrecerlo, olvidarlo, despues que he conocido su clase, tanto por evitaros el disgusto que debíais sentir al saberlo, cuanto porque no se me ocultan los desagradables resultados que

este himeneo puede tener. Pero mi honor, el de mi anciano padre ecsigia una reparacion ante Dios y los hombres... Esa inocente tiene vuestra sangre, señor, y no era justo que alguno en el mundo la señalase algun dia con el desprecio y el vilipendio. Por lo demas, mi pobre familia es la que ha escogido el cielo por víctima espiatoria de la vulneracion que se ha cometido à la potestad soberana. Mi familia se vé dividida, mi padre sumergido en el pesar, el abandono y la soledad... mi infeliz madre muerta del sentimiento... y su infortunada hija ansiando el momento de seguirla al sepulcro para no padecer mas.

Al decir esto un llanto copioso, inundaba las pálidas mejillas de tu madre.

—He aqui vuestra obra! dijo el gran duque con severidad, dirigiéndose à Othon.... He aqui el cuadro lisonjero que esta infortunada jóven me pinta, con colores tan ciertos como esactos... Imitais bien la conducta de vuestro soberano y vuestro padre. Cuando él procura en los dominios que os ha de dejar à su muerte, aminorar el número de los desgraciados, vos parece que procurais au-

mentarlos á trueque de satisfacer vuestras pasiones... Cuando él, con paternal munificencia, anhela enjugar el llanto de los infelices, su hijo lo hace correr por lisonjear los voluptuosos goces de su depravada pasión... Bien, por vida mia, cuadra esa conducta al príncipe heredero de Ravensberg!.. Sabeis duque Othon, que me están dando ganas de enseñaros lo que cumple á vuestro deber y el nombre que llevais?... Ignorais que vuestro padre jamás ha hecho correr una lágrima al mas miserable y misero de sus súbditos?... Pues sí, estoy reflexionando que no os estaria de mas recibir una leccion en un encierro de este castillo por algunos meses.

—Señor!... prorrumpió Biling.

—He! callad vos tambien? De que os ha servido vuestra autoridad sobre él como ayo y preceptor suyo?... De dejarlo correr desbocado hacia dónde lo conducia su apetito desordenado? ¿Dónde ha estado vuestro talento para no preveer los resultados de estas relaciones y procurar atajarlas con tiempo? Pero en todo ha sido fuerza dejarlo obrar arbitrariamente por sí, para acumular sobre esta desdichada los infinitos golpes mort-

les que le quedan aun que sufrir.

—Por piedad, padre mio, no se lo digais, prorrumpió Othon. Yo sufriré vuestra reconvenções... vuestra cólera... la prision con que me amenazais... pero respetad la corta y triste vida que le queda tal vez á esa infeliz!

El duque volvió á mirar á tu madre y conoció efectivamente lo que su hijo decia.

Mi triste hermana no comprendia bien lo que estaba pasando... Ella no hacia otra cosa que sollozar.

—La estamos afligiendo demasiado, prorrumpió el gran duque... y agravando su estado.. Retirémonos ya. Hija mia, añadió á tu madre cogiéndola la mano, quisiera que las circunstancias se hubiesen combinado de otro modo á vuestro favor, para haceros tan feliz como mereceis y el afecto que me habeis inspirado, pero vivid segura que siempre os miraré comó á una hija desgraciada, y pronto os daré nuevas pruebas de mi afecto.

Beatriz y yo besamos la mano á S. A. R. y todos se retiraron.

A los dos dias recibió tu madre el ti-

tulo de condesa de Lenepeck, y yo el de marquesa de Korvei, declarando noble á nuestra familia.

Por carta particular escrita del puño del gran duque á tu madre, se nos hacia esta fineza, pero con la condicion de que estuviese oculta tal elevacion hasta su dia.

Beatriz leyó con sin igual regocijo esta carta, y aun pareció aliviarse de su mal, pero otro pliego que venia adjunto con ella fué el que acabó de darla el golpe mortal.

Este contenia la anulacion del casamiento de Beatriz Martelo con Othon de Ravensberg, por renuncia voluntaria de la esposa, y que tu madre debia firmar para que Othon contrajese matrimonio con una princesa, proyectado y concertado anteriormente por los padres de ambos contrayentes, por exigirlo asi la razon de estado y el bien público.

Tu madre de leerlo dejó caer el pliego de las manos y prorrumpió en un amargo llanto.

Yo lo cogí en seguida y enterada de él le preguntó qué pensaba hacer?

—Firmarlo, me contestó ¿Puedo negarme á ello cuando el gran duque, no me

lo manda, sino me lo suplica con tanta bondad y ternura. Asegura un porvenir brillante á mi hija, que la amará paternalmente, que cuidará de ella, que la reconoce por su nieta, pero que mi renuncia es necesaria porque es indispensable que Othon se una á esa princesa... intereses mayores que mi amor lo exigen.

—Intereses mayores que tu amor podrá haberlos, pero que tu honor, no; le contesté. La firma de esa renuncia te envilece y te deja reducida al grado de una muger manchada y deshonrada, Ahora eres la esposa de Othon... entonces pasarías por su dama.. Tu hija es mirada como la hija del príncipe de Ravensberg, como presunta sucesora al trono de su padre, y entonces sería considerada como el fruto miserable de un crimen.... y tratada algun dia como tal... En una palabra, tu hija ahora es algo, entonces quedaria reducida á nada... y esa inocente te acusaria algun dia, con razon, de tu debilidad y desmedida condescendencia... De ser una madre desnaturalizada y cobarde que no supistes sostener sus derechos y los tuyos, con la energia y valor que ellos mismos te infundian.

Y doblando el pliego lo guardé, restelta á contestar al gran duque ó al mensajero que viniese por la respuesta.

Tu madre aunque calló y se sometió á mi determinacion, dió posesion en su alma á la nueva pena que le causó aquel acontecimiento. Tantos pesares repetidos iban agravando su estado considerablemente. La reflexion de que Othon al cabo obedeceria, casándose con la muger que le habian destinado, que un nuevo amor reemplazaria al que le tenia y que por último se olvidaria de ella para entregarse á otra, no la dejaba un momento, y veia en esto un castigo de la providencia por la muerte de mi madre y la afliccion causada á mi padre.

Othon tambien habia cesado de visitarnos, por mandato espreso del duque que se lo habia ordenado, y celaba los pasos de él para impedirselo.

Tu triste madre al fin cayó en el lecho para no levantarse mas... Los médicos me lo anunciaron un dia asi, y yo deposité en lo profundo de mi corazon una pena, que ni aun á Roberto quise participar.

Beatriz cenoció que se acercaba su úl-

timo momento, entre el sentimiento de no haber vuelto á ver á su esposo y recomendarle su hija... Me lo participó, y conociendo lo justo de su peticion partí inmediatamente á palacio sin decirle nada.

Los ugieres me impidieron la entrada en la cámara del gran duque, que era donde yo me dirigia, con la decision y energia que me inspiraba una hermana tan querida. Mi determinacion hubiera quedado sin efecto á no haberse presentado el consejero Biling, el que conociéndome, me acompañó hasta la presencia del duque.

Este se hallaba con Othon y ambos se admiraron de verme. Othon sufrió doble al notar mi llanto y el trastorno de mi rostro, por las repetidas vigiliass que habia sufrido á la cabecera de tu infeliz madre.

El duque, al escuchar el objeto que me conducia quedó profundamente pensativo: no así Othon que salió precipitadamente de la cámara.

—Qué hacemos Biling? preguntó á este el duque... Esa pobre niña se muere... No considero justo privarla de un consuelo tan natural como necesario... Ecsige ver al padre de su hija, y...

—A su marido, señor. . porque lo que ha hecho Dios, aunque los hombres pretenden movidos de sus intereses particulares, deshacerlo, siempre aparecerá como una profanacion á su inmensa sabiduría. El señor obispo de Munster me lo hizo ver antes y despues de haber celebrado esa union... y yo me he convencido hasta la evidencia

El duque callò, y al cabo de un leve rato prorrumpió:

—Sí. . sí... es cierto... Vamos allá... Avisad á Othon... Acompañadnos tambien, pero que sea con sigilo, que Ludomilia no se entere... La demora en su union con Othon ha llamado la atencion de su padre, y si supiese esta ocurrencia... Volved, hija mia, me dijo, al castillo, y asegurad á vuestra infortunada hermana que espere de mí todo el consuelo que su situacion ecsije.

Cuando volví al castillo, ya Othon se hallaba al lado de tu madre.

La impresion que le hizo á Beatriz la presencia de su esposo, sirvió para acelerarla mas. Fijó en él una mirada dolorosa.... derramó algunas lágrimas, le tendió una mano, que Othon estrechó y besó con ter-

nura, y abrazando con la otra el crucifijo de mi madre, cerró los ojos y no los volvió á abrir mas.

Tu infeliz madre acababa de recibir la corona de los mártires en la morada de los justos, al lado de tu abuela.

Cuando el gran duque llegó, solo presenció una escena de llanto y afliccion.

—Otra victima! Esclamó con pesar. Desgraciada inclinacion la vuestra, príncipe Othon... Sois el instrumento odioso que ha elegido el destino para maltratar á esta virtuosa familia... Quiera el cielo separar de vuestro reinado semejante fatalidad.

El duque reconoció allí mismo delante del consejero, por esposa de su hijo Othon á Beatriz Martelo, condesa de Lenepeck; ratificó su matrimonio, y te declaró heredera á la corona de Ravensberg, á falta de los hijos varones que pudiera tener tu padre de su segundo matrimonio.

El acta fué estendida á continuacion por el consejero Biling, firmada por el duque, por Othon, por Roberto, por mí y el consejero, de la que se remitió copia tambien, firmada y sellada por el gran duque, al obis-

po de Munster.

El duque solo ecsigió que se guardase un profundo secreto sobre lo ocurrido, y la ecsistencia de su nieta, hasta que él lo determinase.

Tu madre fué provisionalmente llevada á la capilla de este castillo, mientras en la misma habitacion que habia fallecido se le labraba un magnífico sepulcro por dictámen y gusto de tu padre.

Concluido que fué, se depositaron en él sus restos por una eternidad.»

La marquesa al llegar aqui se levantó, y abriendo una puerta le mostró á Otoparo un sepulcro de jaspe negro, primorosamente construido. El mariscal, impulsado de una sensacion dolorosa, soltó el manuscrito, y arrodillándose precipitadamente delante de la urna, exclamó:

—Hermana mia! Mi infeliz y malograda hermana!... perdóname la parte que yo pueda haber tenido en tu infausto y temprano fin. Los amantes cargos que me haces en tus memorias, serán un cáncer continuo que devorarán mi corazon. Y si mi falta merece algun castigo y el cielo me

lo tiene preparado, yo me resignaré porque conozco que he faltado á mis deberes.

Sofía arrancó de allí á su hermano y cerró la puerta.

Diremos de paso que la alcoba donde murió Beatriz habia sido transformada en una pequeña capilla. En medio estaba su sepulcro. Tenia dos puertas: una que caia á la sala donde estaban el mariscal y la marquesa, y la otra á aquella habitacion circular de jaspe negro, donde el mariscal se sorprendió al notar la escultura del águila negra, y en la que observó que el duque se descubrió al entrar, porque este al divisar la puerta de la capilla lo hacia, en muestra de veneracion y amor que conservaba á los restos de su primera esposa.

Despues de una breve tregua, Otocaro continuó la lectura.

«Separada ya tu madre del número de los vivientes, caí en una tristeza tal que se temió tambien por mi vida. Pero la reflexion, y el recordar las palabras de tu madre el dia antes de morir, en las cuales me recomendaba tu horfandad, me hicieron conocer que debia vivir para tí.

Othon que no dejó una noche de venir á visitarnos me lo repetia á menudo.

Su casamiento con Ludomilia Médicis se habia ya efectuado, pero tu padre consecuente y amante de la memoria de tu madre en demasia, no podia convenirse á vivir con una muger que odiaba. Tu rostro, pues cada vez te parecias mas á tu madre, le recordaba su infortunado cariño, y se llevaba horas enteras llorando, teniéndote abrazada... porque entonces fué cuando yo conocí el delirio con que queria Othon á mi hermana... Con la impresion y el entusiasmo del primer amor.

Una de las noches que vino á verme, me participó que deseaba estuviese, á su lado en la corte, porque no tenia con quien hablar en ella de tu madre, ni quien le consolase en sus penas. Yo resistia separarme de tu lado, porque no podias salir del castillo donde nacistes hasta que la suerte lo dispusiese.. Tu existencia tenia que ser y ha sido un misterio.

Othon me pintó el carácter orgulloso de su nueva esposa, tan en contraste con el de Beatriz, dulce y amable, y me aseguró que

queria colocarme á su lado para que la espiera y observase. Me hizo presente que en ello iba tu seguridad, pues él tenia determinado, en cuanto muriese su padre, otorgar su testamento, en el que te nombraba heredera absoluta de sus dominios, con preferencia á todos los hijos, tanto varones como hembras que pudiese haber de su segundo enlace... siendo así que lo dudaba, porque ofrecia no acercarse á su esposa, y manifestarle el disgusto de un himeneo que le habian hecho contraer contra su voluntad.

Ya entonces conocí que mi presencia en la corte era una necesidad marcada para velar por tu causa, y me decidí, presentándome como Sofia, marquesa de Korvei, elevada al grado de camarista mayor de S. A. R. Ludomilia de Médicis, por fallecimiento de mi antecesora. Entonces tu tío Roberto quedó encargado de tu guarda, lo que ha cumplido fielmente.

La duquesa ya prevenida por O'hon me recibió con una satisfaccion indecible. Tuve lo dicha de agradarle, y desde aquel momento me concedió su total confianza.

Muerto tu abuelo paterno, ocupó tu pa-

dre el trono de Ravensberg. Entonces hizo construir en el molino de mis padres la magnífica quinta del Recuerdo. El banco donde vió á Beatriz la primera vez quedó, en el mismo sitio que está el jardín de la quinta, en una glorieta cerrada, y vedada el que se pueda entrar en ella. La alcoba donde dormíamos tu madre y yo, ha permanecido, para memoria, en su estado primitivo, con parte de los muebles que en ella habia, y además los retratos de tu madre y la mia que mandó colocar en ella. Allí ha ido tu padre varias veces á llorar en secreto delante de la copia de la única muger que ha amado.

Ese anillo que te ha dado Othon lo llevaba tu madre, y cuando murió, tu padre se lo sacó del dedo para tí.

Lo que he practicado en la corte en tu obsequio, hija mia, en un círculo nuevo para mí, y donde tantos escollos y peligros hay que arrostrar, cuando tengas edad de comprenderlo, estoy segura que sabras apreciarlo. Tu madre que te observa desde el cielo, vela por mí, me infunde valor para luchar, y estoy cierta que alcanzaré el triunfo porque mi causa es justa y sagrada.»

El mariscal terminó la lectura del manuscrito.

Su hermana le hizo una suscinta reseña de todo lo ocurrido hasta aquella fecha y del estado que se hallaban los asuntos de Ludomilia.

Otocaro sufrió en esta narracion mil afectos contradictorios. El envenenamiento del duque no dudó que era obra de lo duquesa para afianzar al hijo de Luitzpoldo al trono de Ravensberg.

Ya desde entonces vió unido al interes de su patria el de su sobrina, el de Othon mismo á quien escarnecian y burlaban. Por sí solo no podia defender tan caros intereses y necesitaba valerse de los conservadores, pero sin descubrirles la verdadera causa, porque Sofia se lo habia ecsigido bajo juramento.

Otocaro asi que concluyó de leer las memorias pidió abrazar á su hermano y su sobrina.

Roberto fué llamado por Sofia, el que al presentarse le dice la marquesa:

—Hermano mio, aqui tienes á nuestro Joaquin... este es!...

Roberto no acertaba á creerlo, pero al recordar la sensacion que experimentó tambien al hablar con el mariscal en la sala de jaspe negro, y el aprecio que este le debia, no pudo menos de esclamar:

—Sí... sí... es mi hermano!... mi hermano querido!... Desde que lo ví me lo anunció el corazon!

—Y el mio, añadió el mariscal no pudo ver y oír con indiferencia al ugier Pedro.

La marquesa fué entretanto á la habitacion donde estaban César y Eleonor y trayendo á esta de la mano, se la presentó al mariscal diciendo:

—Joaquin, de quién son las facciones de esta jóven?

—Ah! Ella es! Ella es! prorrumpió Otocaro arrebatado, estrechando á Eleonor, besándola repetidas veces y contemplando su rostro con ternura y regocijo. Sí, he aqui sus facciones, y el sello en ellas de aquella bondad angelical que las hacia doblemente hechiceras!.. Este es su cuerpo... su talle... Mirala Roberto... y tú, Matilde... ¿No es la misma Béatriz?... No es este su retrato tal como la dejé cuando me separé de vosotros?...

Hasta casi la edad .. Hija de mi vida!.. ¿y qué parecida á tu infeliz madre te presenta el cielo á los ojos de tu tío.

—Mi tío! exclamó Eleonor!... Oh! Dios mio! Con que ya podré saber de mi familia!

—Sí, Eleonor mia, dijo Sofia; ya era tiempo.... pero este acontecimiento lo ha adelantado. Esperábamos tu padre y yo, á que cumplieras los quince años... mas destruyendo este pensamiento por efecto de las circunstancias, toma, entregándole el manuscrito, aquí está consignada la referencia de tu nacimiento. Pero cuidado que á César ni á nadie confies lo que vas á leer.

Los tres se separaron de Eleonor, dejando la marquesa encargado á madama Kunegundis que no la interrumpieran, y á la Faledro y á César que se retirasen á sus habitaciones.

Este fin tuvo la visita del mariscal en el castillo del Aguila, cuando lo condujo á él desde la quinta del Recuerdo la marquesa de Korvei.

XVIII.

Una noche terrible.

El nuevo sol alumbró el cuadro horroroso que se presentó á la vista de los habitantes de Ravensberg en los alrededores de la cárcel del crimen. La tropa de Pompeburg habia sufrido un descalabro atroz, porque los Conservadores peleaban con un valor que rayaba en desesperacion, y las espadas del mariscal, Leonelo y Frugoni habian causado una mortandad terrible.

Este contratiempo en los opresores del gran ducado y la noticia de su general herido de peligro, les causó un furor extraordinario. La venganza en un dominador así es terrible. Los efectos, que lamentan los desgraciados pueblos que, con sobradísima razón y justa ira, miran con odio la intervención estrangera, sufrieron los fieles y leales súbditos de Ravensberg, al día siguiente de lo ocurrido en la cárcel del crimen.

Las tropas hannoverianas se esparcieron por la ciudad en el mayor desorden. Empezaron por los insultos de palabras, á los que se añadieron los de acciones, estimulados por la embriaguez, la ira y otros medios que se conceptuan lícitos y admitidos en esos casos, concluyendo por un saqueo disimulado.

Tales consecuencias no podian menos de pesar sobre los primitivos autores de ellas. Estos eran los Conservadores y el mariscal que se habian propuesto librar á sus compañeros.

Algunos de los últimos lograron fugarse con la confusion de la pelea, entre ellos Balkan y Crefeldi; pero Brun, Stetin y los de-

mas que prendieron fueron decapitados aquel mismo dia, y sus cabezas puestas en escarpias para escarmiento de traidores y enemigos del órden público.

La nueva de la herida del baron de Pompeburg, consternó é irritó al príncipe de Marck, asi como la de no haber sido muerto Leonelo en la calle de Wulffen casi desesperó á Ludomilia.

El príncipe furioso se dirigió á palacio despues de haber interrogado á los presos y visitado á Pompeburg, y presentándose á la gran duquesa le refirió todo lo ocurrido la noche pasada, diciéndole:

—Ya llegó el momento de poner coto á las consideraciones y al respeto. El mariscal ha caido en el lazo, como instrumento principal de tan horrible atentado... El baron de Pompeburg lo conoció perfectamente y nos sobra con tal testigo. El fué el que le disparó el tiro... Iba acompañado de una muger, y esta era la marquesa no hay duda: ya podemos castigar á los dos.

—A la marquesa? Y por qué? Tiene ella culpa de lo que el mariscal ejecute? Puede ni debe ser responsable de su delito?...

—Pues entonces á qué se hallaba allí? Qué objeto la conducia á aquella hora á tal sitio? Sobre todo no fué movida por mí para que corriera la suerte del mariscal?

—Eso mismo os pregunto yo?. . Quién puede asegurar que Sofia esté culpada, ni sea la muger con manto negro que vieron en medio de la pelea... Yo no creo, que aun cuando la marquesa estuviese, que lo dudo, mezclada en ese asunto, se trasladase á un paraje de horror y matanza, sino que aguardaria los resultados, tranquila en palacio, ó en otra parte. Esa tapada no podia ser la marquesa.

—A pesar del anónimo que se le envió á Leonelo delante de su poder.

—Si señor.

—Entonces no estás porque nos libre-mos de ella.

—Qué quereis?... La aprecio aun.

—Ahora te convencerás de que estuvo anoche al lado del mariscal.

Y ordenó que entrase Ulrico.

—Ven acá, añadió el príncipe: La marquesa ¿no digistes que salió anoche?

—Si señor.

—Hablò contigo antes?

—Si señor.

—Estaba así... muy agitada?... azarosa...

El escudero vió en esta pregunta algun fondo de intencion, y no perdiendo de vista el aprecio que tenia á Sofia, contestó:

—No señor. . Al contrario, tranquila.

El príncipe hizo una gesticulacion de desagrado, mandando retirar á Ulrico.

—No se puede con esta muger! esclamò. Es la única persona que ha conseguido perturbar mi sueño... escaparse de mis manos... No importa... Yo la arrancaré la máscara.

Y cogiendo la pluma escribiò este decreto:

«Penetrada la regencia del gran ducado del enorme delito cometido en la noche de ayer en la cárcel del crimen, cuyas consecuencias funestas se han estendido hasta hallarse herido de muerte el muy ilustre baron de Pompeburg, general en gefe de las tropas auxiliares, y estando convencida de que la direccion y perpetracion del delito, se le debe al mariscal Otocaro, viene en declararlo traidor á la patria, privándole de to-

dos sus honores y grados, y mandando que donde se le vea sea aprendido, considerándose esta captura por el que la ejecute, como un servicio hecho á la patria y al gobierno de S. A. R.»

«Las personas que hayan cooperado con el mariscal á tal empresa, quedan comprendidas en esta soberana determinacion.—La regente del reino: Yo, la gran duquesa.»

—Firma, sobrina... Veremos los que se resienten de esta medida, justa en su esencia y de una necesidad innegable.

La duquesa firmó al punto.

El príncipe mandó que al son de clarines y con la mayor ostentacion posible, se publicase aquel decreto y se fijase en las esquinas de Ravensberg.

En seguida mandó hacer pesquisas de donde residia el mariscal, mas fueron inútiles.

Pero Warlock le informó de que la marquesa habia entrado aquella noche antes en el castillo con dos hombres, y que al amanecer salió acompañada solo de uno, pero que él no pudo conocer á la entrada ni á la salida á ninguno.

Ya no le cupo duda de que el maris-

cal se ocultaba en el castillo del Aguila Negra, porque pocas noches antes lo vió entrar Warlock con Sofia en la fortaleza.

Esto fué cuando la lectura del manuscrito.

Ya con este indicio se propuso que el mariscal no escapase de sus manos.

Sofia ignorante de esta determinacion acababa de tener una conferencia con el doctor Orseolo. En ella, preguntándole por Leonelo, supo que se habia recogido bastante tarde acompañado de Frugoni y Venneti.

Tranquila la marquesa en parte, pues á su hermano Joaquin lo habia ella misma dejado seguro en el castillo del Aguila en compañía de Roberto; y de Leonelo acababa de saber tambien, se dirigió á la cámara de Ludomilia con un pliego en la mano. La duquesa extrañó verla entrar tan temprano.

—Vengo á molestarte, le dijo, porque el doctor Orseolo acaba de hablarme, suplicándome que yo me encargue de poner en tus manos este acuerdo de los médicos de cámara... Creo, segun me ha dicho, que es un dictámen sobre la curacion del gran duque; y aunque es cierto que el doctor de-

bió remitirlo por otro conducto á la regencia, me ha elegido á mí, sin duda porque cree favorecerme con la comision.

Estas últimas frases las dijo la marquesa con cierta risa irónica que no sentó bien á Ludomilia.

—Veamos, dijo esta disimulando.

Abrió el pliego, y despues de leerlo, añadió:

—Ah! si... Es respectivo al parecer de los doctores, para enviar al duque al condado de Bassenheim á tomar los baños minerales de Pymont. Dicen que esto puede restituirle completamente la salud... Ya el doctor Kemp me habló el otro dia de ello: todo está preparado esperando este acuerdo general, y mañana partirá el duque.

—Y quién es el encargado de acompañarle?

—En la clase de doctores, Orseolo y Kemp, que parecen son los mas empeñados en su curacion, y el consejero Biling.... Este me ha suplicado que lo destine para ir á su lado, y efectivamente, á ninguno mejor que alayo de Othon corresponde, á falta mia, esta ocupacion.

Sofia terminó la conversacion y se retiró á su cámara.

El doctor Kemp habia contraido gran amistad con Orseolo, y estaba á par de este tan interesado en la curacion del gran duque, que aconsejó á su compañero mandar á Othon á los baños de Pymont porque conocia lo salutífero de sus aguas, pero convinieron en que á Ludomilia le indicara Kemp, así al descuido, que era una prueba que se iba á hacer con Othon á vida ó muerte, pues era fácil que de no curar enteramente, la salud del duque se agravase... mas en el estado que este se hallaba de imposibilidad intelectual, nada se aventuraba con arriesgarse á ese extremo.

El objeto de los doctores y de quien habia concebido aquel pensamiento, ya se explicará.

Sofia retirada en sus habitaciones, esperaba los resultados de aquel dia para ir á la noche al castillo á ver á sus hermanos cuando entró Richsa asustada diciendole:

—Ay señora! Qué maldad! Me lo acaba de contar Guarco. En la plaza de Adeltorfen acaban de poner en escarpas, las cabezas de

unos pobrecitos que han cogido en un gran motin que hubo anoche en la cárcel del crimen... y, mirad que picardía!.. dicen que con el mariscal Otocaro van á hacer lo mismo cuando lo prendan porque él fué el gefe de esa asonada... Ya han dado la órden para ello, y añaden que pronto estará en poder de esos malditos soldados hannoverianos.

Sofia miró con asombro á Richsa , la que continuó sin ocuparse de la sorpresa de la marquesa.

—Ay señora, no lo permita Dios! Qué dolor seria que el mariscal cayese en manos de esos infames. Dicen, que de resultas de haber anoche muerto ó herido á su general, están furiosos, robando, saqueando y matando á todo el que siquiera los mira con algun interes. El pueblo está braman-do de ira... pero dicen que como les falta un gefe!... Ay! si el mariscal pudiera!... Pero el infeliz harto hará que esconderse, no lo pillen esos malvados hannoverianos y lo sacrifiquen á su rabia. . Qué mal hecho es traer tropas extranjeras! Siempre esa idea habrá sido del príncipe de Marck. Es preciso tener un alma tan negra como la de ese

viejo, para oprimir á su patria de tal modo por medio de una mano estraña... Bien que es que son como el príncipe, no tienen patria, ni sentimientos, ni nada bueno... porque, Dios me perdone, pero á mí me debe el concepto de un hombre malo.

Sofia ni aun escuchaba lo que la doncella le estaba diciendo. Tal cúmulo de ideas germinaban en aquel momento en su mente.

—Dí á Guarco que mande poner mi coche.

—Cómo, señora! Estais en vos? prorumpió Richsa... Vais á salir en el estado de efervescencia que se encuentra la ciudad, por los escesos que se están cometiendo por esos viles soldados?

—Obedece y calla.

—Jesus! Dios mio! Todo ha de ser hoy triste y desagradable para mí.

Richsa salió, y á los pocos momentos, Sofia, sola, bajó al átrio de palacio y se metió en el coche.

Efectivamente, ocho cabezas ensangrentadas de los infelices Conservadores estaban pendientes de garfios en la plaza de Adeltorfen. Aquella mañana habian sido, sin otra

fórmula que el hierro de la fuerza armada degollados en la cárcel... Entre ellas se encontraban las de Brun y Stetin, mártires desgraciados, por defender los derechos de su patria contra la ominosa dominacion de un advenedizo extranjero... De un amigo falso y fraudulento que no viene á otra cosa que á especular, á costa de la ignorancia estúpida y pérvida necesidad del que se vale de él.

La humanidad, el alma, el espíritu de nacionalidad de la marquesa, se resintió estremadamente á la vista de tan repugnante espectáculo. Doloroso es ver derramada la sangre de nuestros compatriotas, pero lo es doble cuando esta la vierte un extraño, sin derecho, ley ni autoridad para disponer de ella.

La marquesa habia dicho al cochero que guiasse fuera de la ciudad con direccion al castillo del Aguila Negra.

Al torcer el coche una de las calles, se encontró detenido por la fuerza armada estrangera, que abria la marcha para el pregon que habia mandado publicar pocas horas antes el príncipe de Marek.

Sofia al oir proscribir la cabeza de su

hermano Joaquin sintió un estremecimiento interior de temor é indignacion. Conoció que no habia otro remedio para él que la fuga, pues el influjo de su favor no era ya de valor para Ludomilia, y el príncipe de Marck, estaba conocido que no anhelaba otra cosa que vengarse del mariscal y de ella al mismo tiempo.

El pueblo al oír el pregon y ver los soldados hannoverianos, se metia despavorido en sus casas y cerraba las puertas. La ciudad presentaba el aspecto mas triste que puede imaginarse al escuchar que acusaban públicamente de traidor, á uno de sus hijos mas distinguidos, al que habia prodigado su sangre por defenderlo.. Al que pocos meses antes habian recibido con un entusiasmo justo y una celebridad merecida, por sus triunfos en Hesse-Delmont.

Pero resignado y mudo, sufría no solo que vejaran y denigraran uno de sus ídolos, que mas orgullo y honor le daba, sino hasta que le privasen de él, sin advertir que un opresor infame se forma de la hez del pueblo, de su escoria, de lo mas bajo... y que un héroe, aun cuando salga del pue-

blo tambien, es una concepcion dificil, no comun, y por lo tanto estimable, y que por cada héroe se reproducen cien tiranos, lo que prueba que el pueblo no debia admitir el sacrificio pasivo de uno solo de los primeros, al paso que debia hacer una guerra incansable á los segundos.

Sofia, cerca ya de la fortaleza del Aguila, no advirtió lo que al pararse el carruaje le dijo el cochero. Que las puertas estaban cerradas y varias patrullas de tropas discurrían por sus alrededores.

La marquesa se apeó y se dirige á la poterna. Llama, y se le presenta su hermano Roberto.

Sofia se sorprende al oírle decir:

—Hermana mia, en este momento iba á mandarte llamar. Estamos tocando una crisis espuesta en extremo. Me he negado á dar cumplimiento á una orden de la regente, en que me manda sea ocupada esta fortaleza por las tropas estrangeras.

—Y qué has respondido?

—Que siendo este castillo propiedad tuya, por donacion que te hizo de él el gran duque, no puedo, sin tu orden, admitir otra

guarnicion dentro que la nacional y ecsistente.

—Te has conducido bien.

—Hay ademas otra circunstancia que ha contribuido á esa negativa. Warlock, el guarda de la poterna, ha sido traidor. Ha permitido la entrada de noche en el castillo, por medio de inteligencias secretas con el príncipe de Marck, y valiéndose de una llave falsa, á personas estrañas. En ese número se cuentan los de la ocurrencia del baron de Colemberg.

—Y qué has hecho con Warlock?

—Está en los calabozos de por vida.... Le he interrogado, y arrepentido lo ha confesado todo... La muerte del centinela del rastrillo fué ejecutada por el príncipe de Marck, la del ugier de la puerta de la escalera, por Colemberg. Esta traicion se ha descubierto por el vigilante de la poterna, que lo vió noches pasadas abrir á deshoras, hablar con un embozado y este marcharse. El vigilante me dió aviso y he ejecutado lo que has oido.

—Todo está perfectamente: ¿y Joaquin?

—Arriba.

—Vamos á verlo.

Los dos subieron la escalera.

Entraron en la sala del águila y vieron al mariscal que tenia á Eleonor sentada sobre sus rodillas, entretenido en contarle sus batallas y victorias, las que la jóven oia con gusto, porque su narracion la intermediaaba Otocaro con tiernísimos y cariñosos besos á su sobrina, en quien se estaba mirando, como una joya inestimable que se pierde y se vuelve á encontrar.

Sin embargo, á pesar de la satisfaccion y el placer del mariscal, se dejaba traslucir en su semblante aquella opaca sombra que revela el pesar agudo que nos devora interiormente el alma.

—Tan temprano por aquí, hermana querida? le dijo Otocaro.... Hay alguna novedad particular?

A esta pregunta miró la marquesa á Roberto, como preguntándole sino le habia dicho al mariscal lo que acababa de contarle á ella.

Roberto entendi6 la mirada y contest6 á Sofia:

—No, no lo sabe todavia.

—Pues es fuerza decírselo , añadió la marquesa.

—El qué, repuso sobresaltado el mariscal, soltando á Eleonor y poniéndose de pié. Decidme al punto lo que ocurre.

Sofia en breves palabras se lo refirió todo.

La cólera del mariscal se aumentaba á par que la marquesa le contaba lo ocurrido aquella mañana. Pero creció de todo punto al noticiarle que habian proscrito su cabeza por traidor.

—Viles! exclamó. Ellos son los traidores, los enemigos declarados del pueblo, que no pretenden otra cosa que oprimirlo y subyugarlo á su antojo , queriendo que los bienes y la sangre de los conciudadanos sirvan para satisfacer su codicia, sus comodidades, sus vicios , y cuantos extremos indignos y reprobados pueden affligir al estado. Adoptan la intervencion estrangera , porque escentos de popularidad, del aprecio de sus gobernados, de aquella fuerza moral, adquirida solo por la buena fé y las virtudes cívicas, de ese áncora que no puede ser una farsa, un engaño, una apariencia, porque so-

lo la engendra el acierto y la pureza en la administracion de las leyes, recurren al hierro destructor y terrorífico, á la fuerza brutal, á ese estímulo violento, grosero, é inhumano, que amengua la opinion del que gobierna, porque demuestra evidentemente que necesita una falange de serviles siervos, de verdugos disfrazados, para hacer que prevalezcan sus determinaciones absurdas, sus medidas arbitrarias, sus despóticos antojos, sus inteligencias onerosas y su tráfico infame. (1) Entretanto cualquiera que tenga ánimo, energia y conocimiento para combatirlo, es una sombra, un estorbo y es fuerza quitarlo de enmedio, apartarlo para que no se atraviese en esa carrera criminal de vilezas é iniquidades, y en ese número me cuentan á mí porque conocen que yo no puedo transigir jamas con la infamia, el dolo y la tirania.

El mariscal al pronunciar estas palabras parecia que brotaban fuego sus ojos.

—Pues bien, le contestó la marquesa.

(1) Téngase en cuenta que es el mariscal el que habla, y que se refiere al gobierno de Ludomilia. Admitásenos esta salvedad sobre toda alusion que engendre la malicia.

Por lo mismo que conoces la traicion, que los opresores del pueblo te combaten con esas armas viles y vedadas que usan, que tu has llegado hasta donde has podido para contratarlos, que has llevado tu deber mas allá quiza de lo que debias, y que tu conciencia y tu patria nada pueden ecsigirte por ahora, para en su dia volver á reconquistar y hacer valer los derechos de esta patria desgraciada y abatida, necesitas conservarte. Pero esto no lo puedes emprender sin huir y sin burlar la vigilancia de tus enemigos. Bien conoceras que no todo se consigue con el valor y el arrojo. Un ánimo decidido, es muy util asistido y dirigido por la prudencia, pero si le acompañan la necedad y la ofuscacion es un perjuicio manifiesto. Joaquin; Roberto y yo podemos presentarte un ejemplo cierto de esta verdad. Nuestro disimulo y tolerancia han podido solamente sostener el secreto que ya no ignoras, tan combatido por la curiosidad, las hablillas del vulgo, y los planes y la malicia cortesana. Sin haber adoptado los medios que te he insinuado, sin esta constante perseverancia mia, de nada hubiera servido el poder y la grandeza de

Othon, para conservar á esta inocente, no herencia que la pertenece solamente, sino hasta su vida, pues infinitos lazos habrian armado contra ella viéndose espuesta á cada paso á perderla. Apesar de todo ya ves los tristes sucesos que lamentamos, lo que se ha hecho y lo que me queda aun que combatir el dolo y las insidias de nuestros enemigos.

—Y bien, añadió el mariscal, qué partido debo adoptar?

—Y me lo preguntas? La fuga. Qué puede tu valor solo, en medio de esas turbas de serviles esclavos que rodean á los opresores del pueblo? Nada. Serias aniquilado al momento, sin otro fruto que una muerte segura, y el eterno sentimiento que á todos nos acompañaria por tu pérdida.

—Si, tio mio, prorrumpió Eleonor, cogiendo las manos del mariscal y apretándolas entre las suyas. Yo tambien os seguiré, si mi tia quiere... y Roberto y ella y todos. ¿Qué hacemos aquí? Sufrir zozobras y sinsabores? Cuánto mas sencillo y mejor es amarse con tranquilidad y sosiego, aunque haya menos comodidad? La paz del alma lo

recompensa todo. Qué, en el dia que encuentro á mi familia he de volver á perderla de nuevo? Por Dios os suplico que no me deis ese pesar! Acordaos de mi pobre madre!... Por su memoria os lo pido!... Ved que mi padre está imposibilitado de conocer ni amparar á su hija, y que yo no tengo ya mas que á vosotros en el mundo.

Diciendo esto, dos raudales de hermosas é interesantes lágrimas corrian de sus ojos.

—Joaquin! dijo la marquesa enternecida... Mira que su llanto me parte el corazon... Me parece ver á Beatriz en los últimos dias de su vida!

El mariscal sin poder contenerse estrechó contra su seno á Eleonor, exclamando:

—Vamos, basta... no llores mas, prenda de mi vida... ¿Quieres que nos vayamos de aquí? Pues bien, partiremos... y tú me acompañarás... y todos vosotros... Soy vuestro hermano mayor, dirigiéndose á la marquesa, y en este momento he comprendido que á falta de mi padre soy el que debe protegeros y ampararos.

Sofia espuso otras razones tan lisonjeras al mariscal, que este se convenció al fin que

debía marchar, llevándose á Eleonor y acompañándolos Roberto.

La partida se dispuso para aquella noche.

La marcha del mariscal tenia dos objetos para Sofia. Librar la vida de este, y sacar á Eleonor del castillo del Aguila, donde no podia permanecer mas.

La marquesa se acordó en aquel momento de otra persona.

Este era César, á quien no convenia de ningun modo entregárselo á su padre todavía. No solo porque Ludomilia no descubriese que vivia, sino porque mientras existiese en poder de Sofia, Leonelo no dejaria la empresa que se habia propuesto.

Es cierto que el conde de Polesino no necesitaba ese estímulo para combatir á la duquesa y á sus amigos, pero nunca estaba demas.

La marquesa pensó volver á palacio para proporcionar algunas cantidades al mariscal para la marcha, cuando se informa por los soldados del castillo, que la fortaleza está asediada, prendiendo á todo el que salia, sin dejar tampoco entrar en ella.

Efectivamente, Roberto se asomó á las

nurallas y se convenció del hecho.

El mariscal á esta noticia baja á la plaza de armas , y reuniendo á la guarnicion, la arengó, haciéndoles ver lo odioso de la mision de las tropas hannoverianas, y la infamia que recaia sobre los militares del gran ducado , permitiendo que unos advenedizos se hiciesen dueños de Ravensberg , y que los arrojasen de las fortalezas y castillos como de todos los puntos mas importantes, quedando ellos reducidos á ser unos miserables autómatas de la voluntad de sus opresores.

La guarnicion del castillo era toda del resto que, ademas de los suizos desertados, habian combatido ya con los hannoverianos en Hesse-Delmont. Por dictámen de su condesa, y creyendo esta el castillo mejor guarnecido así, habia pedido al duque una compañía de arcabuceros para el efecto, de modo que conociendo los soldados al mariscal y amándolo con entusiasmo, unido esto al odio, que por naturaleza debe sentir contra todo estrangero el que ame verdaderamente á su patria, la tropa y los oficiales juraron obedecer y seguir á su general en todo.

Este decidió hacer una salida del castillo y atacar á sus sitiadores.

Los soldados á esta noticia ardian en deseos de venir á las manos con los hannoverianos.

Pero la marquesa, consultando su prudencia, mandó llamar al mariscal, y despues de hacerle unos cargos fuertísimos, le manifestó que su desacertado arrojo, sino lo contenia, iba á envolverlos á todos en un caos funesto y lamentable.

—Entónces qué he de hacer? le repuso abrumado el mariscal.

—Estraño tu ignorancia, Joaquin. ¿Podemos permanecer sitiados en esta fortaleza? ¿No es fuerza salir? ¿Y no será mas conveniente que esos soldados que tanta adhesion y fidelidad te muestran nos sirvan para favorecernos en nuestra fuga, sin esponerlos antes en una tentativa infructuosa? Ves, Joaquin, ves, y particípales que yo partó tambien con vosotros, que necesito que me escolten hasta la frontera de Munster y que allí son dueños de seguirme ó de volverse á Ravensberg

El mariscal obedeció á su hermana, y ha-

biéndole participado á la guarnición lo determinado por Sofia todos se ofrecieron gustosos á seguirla.

El coche de la marquesa habia permanecido en la poterna. Su nombre bastó al gefe de las tropas hannoverianas para no usar ningun atropellamiento con el cochero.

Sofia mandó decir á este que se volviese á la ciudad, y que entregase un billete que ella acababa de escribir, al enviado de Ferrara monseñor Leonelo.

Roberto con varios soldados, abrió la poterna y dió el encargo al cochero. Este partió al punto. Roberto advirtió que los sitiadores detuvieron el coche, que el cochero habló con el oficial que mandaba la tropa por aquella parte, y en seguida el carruage siguió su camino.

El coche fué detenido para ecsaminarlo y viendo que no llevaba ninguna persona dentro lo dejaron pasar.

El príncipe de Marek iba consiguiendo estrechar á Sofia cada vez mas. Noticioso de que aquella mañana habia entrado en la fortaleza, se convenció mas de que el mariscal estaba guarecido en ella. La negativa de Ro-

berto á dar cumplimiento á la órden lo indicaba tambien, y esta desobediencia, que él se esperaba de antemano, ponía al gobierno, por su propio honor, en el caso de hostilizar el castillo del Aguila, prender á los que estaban dentro, y declarar á su condesa cómplice y consórtete del gefe rebelde que habia la noche antes atacado y escalado la cárcel del crimen, para librar á unos reos de estado, ocasionando una alarma en la ciudad, herido al general en gefe de las tropas auxiliares, cuando lo amparaba en su castillo atropellando las reales déterminaciones.

Asi se lo participó á Ludomilia, la que se irritó al saber la conducta de Sofia.

El príncipe al cabo arrancó de la duquesa el ansiado permiso de proceder contra la marquesa de Korvei, segun, como él decia, lo reclamaban las circunstancias.

Entretanto los sitiados del castillo del Aguila pensaban en la hora de la fuga. La fortaleza no estaba bloqueada por la parte del mar, pero en la ribera opuesta del rio transitaban varias patrullas de observacion, para impedir que el mariscal se fugase.

Desde las murallas del castillo se divi-

saban, pero el mariscal y el capitán de la guardia se reían, porque iban á habérselas con ellos al desembarcar.

Se prepararon dos barcas. Una pequeña para la marquesa, Roberto, Eleonor y César, y otra mayor para el mariscal y la tropa.

Esta debia marchar delante protegiendo el desembarco.

El plan estaba militarmente bien combinado. César saltaba de gozo al pensar que iba á abandonar el castillo, y con Eleonor que era todo su deseo.

No así la señora Faledro y madama Kunegundis, que estaban desconsoladas al considerar que perderian á sus queridos hijos, como ellas los llamaban.

Sofia les prometió que algun dia se reunirian con ellos y quizá en tiempos mas felices.

César pidió una espada y una daga, siéndole otorgada por el mariscal la peticion, mandándolas sacar de la armeria del castillo.

El resto del dia se pensó en los preparativos de la marcha, la cual se señaló para el toque de ánimas.

Aquella tarde se presentó en las puertas de la fortaleza un enviado con un pliego.

Roberto bajó á recibirlo.

Este era un billete de la gran duquesa para Sofia, en que le manifestaba su admiracion, no solo por haber guarecido al mariscal en el castillo, sino hasta haberse encerrado con él allí todo el dia. Además la aconsejaba, y aun le suplicaba en memoria de su amistad y aprecio, que abandonase la causa de un hombre soez é imprudente, que no habiendo sabido comprender su posicion, se habia comprometido en términos que ya no habia remedio para él.

La marquesa contestò á Ludomilia de este modo:

«No es la causa del mariscal la que yo defiendo, porque jamas puedo patrocinar la rebelion. Es su vida la que me interesa estremadamente y que la cual debo defender porque me lo prescriben los preceptos divinos y humanos. Si él ha delinquido, mi obligacion es lamentar su error, pero no ponerlo en manos de sus verdugos. V. A. misma, si tuviera sentimientos filiales, conoceria que una hermana no puede entregar á su hermano para que lo asesinen, y al cabo de veinte años que la providencia se lo devuelve.»

«Escuso decir que desde hoy su suerte es la mía, y si Ludomilia se acuerda aun de lo que Sofia ha hecho por ella, debería no vacilar en remitirle un salvo-conducto para que el mariscal llegase hasta la frontera y desapareciera del gran ducado... Casi estamos en derecho de exigirlo los dos. El por los relevantes servicios que ha hecho á su patria, y yo porque pude en su dia ocasionar gravísimos pesares, á la que ahora solicita con tanto afan verter la sangre de mi hermano, despues de deshorrar su ilustre nombre y esclarecida fama.»

«Pero confiando en la providencia que nunca abandona la causa de la justicia, si ahora nos vemos proscriptos y aherrojados, si se pretende con el hierro opresor, los calabozos y la muerte ahogar la voz de la verdad, no está lejos el dia en que la necia arrogancia, la menguada necesidad de los opresores de Ravensberg, caiga desplomada desde su odioso y vacilante trono, porque la maldad se destruye por sí misma, como la piedra arrojada al mar busca el fondo.»

«Ludomilia, te compadezco! El hombre con quien te has asociado causará tu eterna perdicion... no lo olvides.»

«No por eso dejará de sentirlo.»—*Sofía*.

Esta carta hizo una profunda sensacion en la duquesa. Al enterarse que el mariscal era hermano de *Sofía*, sintió haber procedido tan ligera en la confirmacion del decreto. Conoció que era efectivo en ella el deber de ampararlo, porque los vínculos que nos ligan á un hermano son mas respetables que lo que algunos imaginan.

Mas donde fijó mas su atencion fué en el párrafo en que hacia alusion al príncipe de Marck.

—Me anuncia que causará mi perdicion!! repetía pensativa y cabizbaja. Y es verdad... desde que he seguido sus consejos, aunque es cierto que me he vengado, aunque he satisfecho una pasion, tan dominante en mí como mezquina, tambien me he eslabonado una cadena de zozobras y azares que creo no tendrán fin sino con la muerte.

¿Y que remedio ya?... Retróceder es cobardía... Al contrario; seguir, avanzar, revelar ánimo, audacia, valor... Pues bien sigamos, y caigan envueltas en este ensangrentado sudario las victimas que el destino haya elegido. No hay remedio ya.

Así en cuanto llegó el príncipe le presentó la carta de Sofía.

Este sonrió malignamente, diciendo:

—Frases inútiles... Sofismas vanos para defenderse é interesar al mismo tiempo. El mariscal es su hermano! Mejor! Miel sobre ojuelas!... Ya era tiempo que esa menguada molinera se convenciera que donde no hay principio no puede haber buen fin... y que debe ella volver á donde salió... Cada cual, con su cada cual.

Y se puso á estender la órden para que hostilizaran la fortaleza, mandando coger vivos ó muertos á los reos que se encerraban en ella, haciendo responsable al gobernador y al capitán de la guarnición del pronto cumplimiento de aquel mandato, declarándolos cómplices del mariscal y reos contra el estado, lo mismo que á la marquesa, sino abrian, al recibo de aquella órden, las puertas del castillo á las tropas protectoras.

La órden fue entregada á Roberto, el que al leerla se la mostró al mariscal, devolviéndola este hecha pedazos.

Aquel desprecio encolerizó tanto al príncipe de Marck, que aunque no lo demostró,

antes al contrario se sonrió también de tal necesidad, mandó reservadamente al jefe de la tropa que tomase el castillo á viva fuerza.

Esta era una de las fortalezas de mas consideracion de aquellos tiempos. Asaltarlo era por cierto empresa que necesitaba meditarse, pues los sitiados, aunque en corto número, podian oponer una resistencia costosa á los sitiadores y ventajosa para ellos.

Así, meditándolo nuevamente, acordó el principe estrechar el cerco y que se entregasen por necesidad.

De manera, que aquella noche la vigilancia que se estableció era estremada.

Al ponerse el sol se divisaba en la parte opuesta del Ems centinelas de caballería esparcidos en la ribera.

Declaradas las hostilidades mandó el mariscal hacer fuego, sobre los destacamentos que estaban, tanto al otro lado del rio, como en la parte de tierra.

Bien pronto los soldados hannoverianos tuvieron que retirarse con pérdida de algunos.

Otocaro determinó en cuanto la noche tendiese su manto partir, adelantando la hora marcada anteriormente.

El objeto del mariscal era ganar la selva de Roden, antes que los destacamentos, casi dispersos con el fuego de artillería, pudiesen volver á colocar las centinelas en la orilla del río y estorbar el desembarco.

Aquel adelanto inutilizaba en parte la idea que Sofia espresaba en el billete que remitió á Leonelo con el cochero, en el que, despues de participarle su marcha á Munster, le dejaba instrucciones sobre Othon, y le pedia que le tuviese caballos aquella noche en la selva de Roden, á la espalda de una casa rústica que estaba á la falda del Harz, cuyas señas le daba bien esactas; encargándole fuese en casa del mariscal y á su criado Thuin le contase lo ocurrido y dijese el sitio donde habia de poner los caballos.

Sofia á pesar de conocer que el cambio de hora podia ser causa de alguna demora, se resignó á esperar en la selva, y que prevaleciese el dictámen de su hermano Joaquin.

Los que debian marchar bajaron por el rastrillo y entraron en las barcas.

Una persona, de las que debian quedar-

se en el castillo, se presentó en la rampa suplicando que le permitiesen esponer la vida por sus bienhechores.

Este era Warlock el escudero de la porterna, el que agradecido á Sofia que le hubiese perdonado la vida cuando Roberto queria quitársela, cobró tanto afecto á la marquesa que se decidió á no separarse de su lado.

Esta, Eleonor, el mariscal y Roberto, visitaron antes de marchar la tumba de Beatriz y la regaron con sus lágrimas. Eleonor en particular, que no habia nunca salido de aquel castillo, fué la que sintió su corazon oprimido al separarse de las cenizas de su madre, delante de las que habia estado arrodillada casi todo aquel dia desde que supo que debia abandonar el lugar de su nacimiento.

De la capilla de Beatriz, de aquel lugar de veneracion y amor para la tierna doncella, tuvo la marquesa que arrancarla para conducirla á la barca.

Los ojos de Eleonora no se secaban.

Todos entraron en los buques, y en breves momentos, favorecidos con la oscuridad

y el sigilo, ganaron la orilla opuesta.

Desembarcaron en una ensenada oculta sin ser advertidos. Se dirijen á la selva de Roden; cuando ya próximos á su entrada tropiezan con una partida de tropa.

El mariscal, con un valor extraordinario, se adelanta pidiendo hablar con el gefe: este se aprocsima á caballo, y Otocaró al verlo cerca dice:

—A los infames extranjeros que vienen á oprimir y defraudar mi patria, los trato como á las fieras de los bosques.

Y descerrajándole un pistoletazo lo derribó, muerto, del caballo.

Los soldados van á echarse sobre el mariscal, pero retirándose este, reciben los hannoverianos una descarga de mosquetería por las tropas de Otocaró que los puso en vergonzosa fuga.

El caballo del gefe muerto acordó el mariscal que sirviese para Sofia y Eleonora, metiéndose todos en seguida en la selva, pero estas contestaron á Otocaró que se valiese de él para que, en caso de ser perseguido, pudiera contribuir á su pronta fuga.

El mariscal no lo permitió, y tomó la dirección hácia la casa de Conrado.

Pronto la selva se vió ocupada por todas las fuerzas que sitiaban el castillo. La noticia del gefe muerto alarmó á los soldados, que no dudaron que la acción fué hecha por el mariscal, á quien conocian harto sobrado por su arrojo y denuedo.

Esto no pasó desapercibido para Otocaro; pero su objeto era pasar la casa, que internados en el Harz fácil les era burlar á sus perseguidores.

Pocos pasos estaban de la casa, cuando por el lado derecho, entre los pinos donde encontró Sofia á la duquesa con Luitzpoldo, una partida de caballeria, que pudo alcanzarlos, salia á cortarles el paso del monte.

El mariscal conoció el perjuicio que iba á ocasionarles esto en su fuga, y se decidió á disputarles el terreno palmo á palmo.

Manda que Sofia y Eleonora sean conducidas á la casa por Roberto, y que al llamar diga, para que le abran, que es el mariscal Otocaro; y embosca sus soldados detras de los árboles y entre el ramaje, dándoles por punto de reunion la espalda de la casa.

Todo se efectuó al pié de la letra. Roberto con su hermana y sobrina se encamina á la casa. Ve luz en las habitaciones y llama. Sale Brunon por la ventana alta y Roberto le contesta que es el mariscal Ótocaro que viene con dos mugeres.

El criado se retira, y á poco se presenta Conrado con él, pero al ver este á la luz de su linterna que no era el mariscal, vuelve la espalda diciendo:

—Siempre engaños y falsedades... aun en la cosa mas sencilla.

—Esperad, le repuso Sofia adelantándose y abriendo su manto... ¿Y á mí me conocéis?

Conrado le aplicó la luz al rostro y contestó sobresaltado:

—Sí... creo haberos visto otra vez... ¿No sois?...

—La marquesa de Korvei.

—Si... Sí... la marquesa!.. añadió balbuciente... vos sois la que la tarde de la caza...

—Os causo tanta impresion el ver mi cruz que...

—Basta!... ¿y qué quereis?

—Vengo fugitiva... perseguida!... amparadme en vuestra casa.

—Fugitiva! Esclamò el anciano con una sentacion admirable. Perseguida!! Entrad, entrad al punto.

Y los condujo á la sala baja donde estuvieron el baron y el príncipe.

El anciano, trémulo, iba delante, pero al penetrar en la habitacion y ser iluminado su rostro, un grito unánime de sorpresa, que soltaron Roberto y Sofia, lo dejó mas anonadado.

—El es! dijo Roberto á su hermana! Míralo bien, estas son sus facciones. Las conozco demasiado!

—Sí... Sí... es nuestro padre!! Ah padre de mi vida!!... padre adorado!!

Los dos se inclinaron, abrazando las rodillas de Conrado, y llorando amargamente.

A este grito penetrante acudió Gacela... Brunon en la puerta de la sala miraba inmóvil aquella escena.

—Pero quién sois?... añadió Conrado, casi sin acertar á hablar.

—Pues qué, repuso Sofia, no os ha dicho nuestro llanto que los que están á vuestros pies son vuestros hijos?

—Mis hijos!...

—Sí, Roberto y Matilde!! Ved el distintivo que nos colocó la mas querida de las madres! Reconocedlo, padre mio!

Mostrándole ambos la cruz que llevaban al cuello.

—Sí, sí... es igual á la mia, padre, añadió Gacela... ¿No me habeis dicho que todos mis hermanos la llevaban?

—Luisa!! añadió la marquesa arrebatada de placer! Sí sí... tu eres! La misma edad!... Las facciones de nuestra madre que veo retratadas en tí... ¡Oh! buen Dios! que momento para mí tan ansiado! Y como deseaba estrecharte contra mi corazon y conocerte, hermana querida! Ah! Tu nacimiento me recuerda la época mas triste de mi vida!

Y abrazando y besando á Gacela, bañaba su rostro, con lágrimas de placer y sentimiento á la vez.

Conrado, á quien ya llamaremos Pedro Martelo, conociendo que sus fuerzas vacilaban se habia sentado en una silla, y ocultándose el rostro entre las manos derramaba lágrimas de sensibilidad.

—Con que sois mi hermana, señora! decía Luisa... Que placer tener por hermana á una dama tan bella!!.... porque vos lo sois... si lo sois!...

Sofia habia arrojado el manto y dejado ver perfectamente su semblante en el que realizaban su hermosura las lágrimas y el dolor que sentia á la memoria de su madre.

Pedro al oír decir á Luisa que su hermana era hermosa, por un impulso involuntario alzó su vista y la fijó en Sofia.

—Llorais, padre mio!... Ah! ese llanto me revela que ratificais el perdon que á ruegos de mi amada madre nos concedisteis!... Pero basta de lágrimas... Borre este momento los pesares de quince años. ¿No hemos llorado bastante ya?... Pedidme mi sangre para satisfacer vuestra ofensa; pero que no vea yo afligido mas ese rostro venerable... No quereis abrimme vuestros brazos aunque despues me mate el dolor por los pesares que os hemos causado?

Pedro estendió mudamente sus brazos hácia Sofia, y esta se arrojò en ellos con una vehemencia extraordinaria. Roderto hizo lo mismo, y los tres permanecieron estre-

chados algunos instantes.

Pedro miró á la marquesa y prorrumpió:

—Es verdad que estás hermosa, Matilde!... Bien podrias formar el orgullo de tu padre, si este no tuviese en el corazon un cancer mortal que se lo corroe sin cesar!

—Hablad, padre querido, y si yo puedo ..

—Tu grandeza me mata, hija mia!... me hace mal!

—Y por qué?... ¿Pensais que no la llevo con honor! Que he prostituido por ella mi virtud! Estais engañado, señor... Es debida á mis sufrimientos, á mi prudencia y al aprecio de Othon... Os juro por la sombra sagrada de mi madre, que vuestra hija Matilde no es indigna de vuestra estimacion y amor. Beatriz, mi desgraciada hermana, es cierto que cometió un desliz, pero la religion lo santificò despues, y borró la mancha pasagera que echó la inesperienza en su opinion. Por lo demas, su nombre es repetido por su esposo con estimacion y respeto... el mio, con admiracion, entusiasmo y veneracion, conservando mi posicion con ventaja por amparar este ángel inocente, á quien

revocareis el anatema que desde que estaba en la cuna lanzásteis sobre ella... Revocadlo, padre mio, y sea esta, noche de olvido y de perdon.

Diciendo esto, cogió á Eleonor de la mano, que se habia retirado con César á un rincón de la habitacion, y veia y escuchaba enternecida lo que pasaba.

—Pero esta jóven es?... preguntó Pedro.

—Necesitaré deciros que es la hija de Beatriz?

Eleonor se echó en seguida á los pies de su abuelo y besó sus manos.

Pedro la levantó á sus brazos, y la dió repetidas muestras de su paternal ternura.

Aquella sensible y cordial escena, fué interrumpida por varios tiros de arcabuces que sonaron cerca de la casa.

Brunon, que era el Agustin mozo del molino, abrió una ventana baja y exclamó:

—Señor, es una pelea.. Se están batiendo tropas hácia la parte del pinar.

—Dios mio! exclamó la marquesa! ¿qué será de...

—Pero antes de concluir la frase las voces de «padre!... padre mio! abrid!...» interrumpieron á la marquesa.

Esta, que conoció el eco, se precipita despavorida hácia la puerta de la casa seguida de su padre y Roberto.

La abre, y el mariscal se arroja en sus brazos bañado en su sangre.

—Joaquin!!! exclamó Sofia con un grito agudo... ¿Estás herido?

—Sí.

—Joaquin!! añade Pedro! El hijo mío!..

—El mismo, prosigue Sofia... Joaquin he aqui á nuestro padre!

—Mi padre! profirió Otocaro olvidándose de su herida... Ya los presentimientos que sentí me lo dieron á conocer la primera vez que lo ví.

—Hijo amado! ¿En qué estado te vuelve el cielo á los brazos de tu padre?

—De cualquier modo que sea, contestó el mariscal, siempre es grato para mí .. Mi herida no es nada, padre mio... La he recibido en este brazo... Me lo han atravesado casi de un lanzaso, pero antes han conocido lo caro que les era el prenderme... Mis soldados siguen á los fugitivos y pronto ganaremos la frontera de Munster.

Pedro pidió aclaracion á sus hijos, y estos

le hicieron una breve narracion de lo pasado.

—El cielo nos castiga á todos, hijos míos, exclamó. No hay que acusar á otro sino á la suerte que se ha ensañado con nosotros. Un crimen fué principio de esa peligrosa grandeza que os rodea, y un crimen quiere concluir con nosotros y con ella. Abandonadla, abandonadla, y ved que cuanto mas ignorado vive el hombre es mas feliz y venturoso.

La herida del mariscal fué curada al momento por Agustin.

No habia acabado Pedro de decir esto y unos fuertes golpes sonaron en la puerta principal.

Agustin salió á asomarse á la ventana alta y volvió á poco diciendo:

—Son soldados que quieren entrar á registrar la casa.

—Esperad, añadió Pedro: aqui los conocidos sois los tres, Joaquin, Sofia y Roberto: yo os ocultaré donde no puedan dar con vosotros... seguidme.

Y los llevó á un extremo de la casa.

Abrió una puerta fuertemente guarnecida con planchas de hierro por dentro.

—Esta, dijo, es la boca de una mina ó

sea camino cubierto por debajo del Harz... Por aquí caminando como media hora se sale á una llanura en el centro del monte... Después se sigue una senda que hay á la derecha y esa conduce á la carretera de Munster, fuera de la montaña. Después os guiaré yo mismo en compañía de Agustin. Entrad que aquí estais seguros.

Pedro tornó á donde estaba Agustin y le mandó abrir.

Los soldados, que componian un destacamento de infanteria, penetraron atropelladamente en la casa. El gefe mandó bruscamente que la registrasen.

—Ignoro, dijo Pedro, el motivo de tal violencia.

—Tampoco os importa, buen viejo..... Ola, y que dos chicas ocultais aquí!.... Y esta (por Eleonor,) no viste el traje que la ota... Oh! Esta señorita será de los fugitivos, porque nos consta que ademas de la marquesa iba otra jóven en su compañía... y esta es bien linda por cierto.

—Todos los que veis contestó Pedro, son mis hijos: estais equivocado en que aquí se guarezca ningun proscripto.

—Eso lo veremos pronto.

Un fuerte altercado que se oyó entre Agustín y los soldados en lo interior de la casa, llamó la atención de Pedro y el oficial.

Desde luego conjeturó Pedro lo que era, y acompañado de este se dirigió al sitio.

El oficial desde que vió á Eleonor había proyectado una vileza, y así que dejó á Pedro en dirección hácia donde sonaba la disputa, se volvió á donde César, Eleonor y Luisa estaban esperando el resultado de lo que ocurría.

El despótico y engreído hannoveriano, revistiéndose del fuero de conquistador, se dirige á Eleonor, y con acciones y palabras indecorosas, se atrevió á la castidad de la tímida y alligida doncella.

—Señor oficial, le dice César. Vuestra misión no os autoriza para faltar á los deberes que todo caballero de honor debe respetar; conteneos y sed mas prudente y comedido.

El oficial contestó con una carcajada de desprecio á las prudentes razones del manco y volvió á molestar á Eleonor.

La jóven lloraba amargamente, lo mismo

que Luisa, al ver la avilantez de aquel hombre, hasta que César, no pudiendo sufrir mas, se arroja sobre él, y sacando la daga, que había ocultado bajo su almilla al entrar la tropa, la clavó, con una furia increíble, dos veces, en el pecho del oficial, el que cayó ecsánime al punto.

Los tres en seguida huyeron hácia donde estaba Pedro.

Otra escena mas funesta presenciaron los jóvenes.

Los soldados despues de haberlo registrado todo, llegaron á la puerta donde estaban ocultos Sofia, el mariscal y Roberto... Mandan franquearla y Agustin responde que aquella puerta jamas se ha abierto desde que su amo compró la casa á un leñador que vivia en ella, y que ni tiene la llave ni sabe á donde conduce.

Los soldados se obstinan y á ese altercado llegó Pedro.

Este trata de convencerlos, pero fué en vano... Se empeñan en entrar derribándola, pero el anciano que sabia lo fuerte de la puerta por el interior, accede y los soldados disparando sus arcabuces sobre ella,

no lograron otra cosa que abrir algunos agujeros esteriores y que las balas ni aun taldrasen.

Todos los esfuerzos que hicieron fueron inútiles.

—Por eso este villano, dijo un soldado á Pedro, consintió en que la abriéramos, pero no te reirás de nosotros: y levantando su mosquete descargó un fuerte golpe sobre el anciano, el que cayó desplomado en los brazos de Agustin.

—Asesinos!! exclamó lleno de ira el fiel criado... La venganza del cielo os confunda, malvados!

Eleonor y Luisa acudieron á su padre. Las dos niñas no hacian otra cosa que llorar, mientras los soldados reian y celebraban aquel espectáculo afflictivo y doloroso.

Pero pronto su regocijo se tornó en luto y muerte.

Súbitamente entraron en la habitación cuatro hombres enmascarados con espada en mano, y en un momento los soldados que habia en ella dejaron de existir.

Aquello fué tan veloz, tan inesperado, que ni aun quedó tiempo á los hannoverianos para defenderse.

—Y la marquesa de Korvei?... preguntó el que venia delante, que parecia ser el principal de ellos... Decídmelo por favor, buen hombre, dirigiéndose á Agustin... Nos han informado que se refugia en esta casa con su hermano el mariscal... Nada temais... Somos sus defensores... ya lo habeis visto...

—Bien, quitaos la máscara para que yo os vea el rostro.

Lo hizo el desconocido, y al mismo tiempo César se lanza á él, diciendo:

—Mastropetro, favorécenos!

El enmascarado lo miró con asombro, y exclamó:

—Hijo mio, tú aquí?

Leonelo acababa de abrazar á su hijo al cabo de tanto tiempo.

El amor paternal manifestó allí una de sus mayores afecciones: Leonelo casi se olvidó de la marquesa.

—Hola! ¿eres tú, buena pieza! dijo otro de los cuatro á César... Me alegro de encontrarte... y con provecho... porque estos mandrias de hannoverianos han llevado una leccioncilla.

El que acababa de hablar era Erugoni.

—Vamos, acabad de decirnos si el mariscal está aquí, que es lo que ahora importa.... A mí creo que no me lo negareis.

Este tercero, era Thuin el suizo, criado de Otocaro.

—Tomad esta llave, añadió Agustín ya satisfecho, abrid esa puerta... Dad tres vueltas á la llave... Dentro están el mariscal y la marquesa.

Leonelo lo hizo al punto recibiendo á Sofía en sus brazos.

El placer que sintió la marquesa al ver á Leonelo, fué tan pasajero, que al punto le substituyó la amargura y el dolor de notar á su padre moribundo.

Agustín les refirió brevemente lo acaecido.

—Noche de horror y lágrimas!! exclamó la marquesa, sin consuelo Terrible noche, en que el destino apura en mi familia toda la copa de su amargura!.. Encontrar á un padre adorado al cabo de tanto tiempo para perderlo por una eternidad!!...

El mariscal, Roberto, la marquesa, Luisa y Eleonor, rodeaban el fúnebre lecho del

anciano. El estado de estos sensibles y amantes hijos imagínelo el lector.

Aquel cuadro de dolor y aflicción impuso hasta al feroz Frugoni.

Pedro abrió al fin los ojos, y reconociendo á sus hijos, exclamó con voz lánguida y apagada:

—Estais libres!... Bendita sea la bondad de Dios!.. Matilde.. Joaquin... Roberto... Eleonora... Luisa... os... bendigo... á todos... hijos... mi...

No pudo concluir la frase... El eco espiró en sus labios cortado por la formidable guadaña del ángel de la muerte.

La consternación que se esparció entre aquellos cinco hijos desgraciados no bastaba á mitigar la presencia de ánimo de Leonelo.

El mariscal elevándose de repente sobre aquella escena de abatimiento, prorrumpió con voz enérgica y decidida:

—Basta de lágrimas!.... Venganza!.... venganza es lo que necesita este crimen horrendo!... Yo te la juro, padre mio!.... Pide al Ser Supremo en cuya presencia estarás, que me conserve la vida para aniquilar

á los verdugos que te han asesinado. Concedémela, Dios mio! Concedémela, solo el tiempo necesario para quo yo pueda esterminar á los infames que me han privado de mi padre!.

Warlock que habia quedado fuera de la casa con la tropa que sacaron del castillo, entró diciendo que un grueso de fuerza armada se dirigia hácia alli, y que era preciso ganar el monte prontamente, segun el parecer del capitan de los arcabuceros.

Leonelo algo mas sobre sí que los demas pudo, con trabajo, arrancar de alli á los hijos de Pedro, y encargando á Agustin que los acompañase, le ofreció quedarse guardando el cadáver del anciano hasta su vuelta.

Agustin los metió por el camino subterráneo á todos, incluso los soldados de Otocaro, cerrando por dentro la puerta.

Leonelo mandó á Frugoni y Venneti, los únicos que quedaron con él, que arrojasen al campo por una ventana, al oficial y á los soldados muertos dentro de la casa, por si volvian á reconocerla.

Thuin siguió con los caballos, hasta el

sito en que Agustín le indicó que los esperase.

A los dos días, la casa solitaria de Pedro estaba inhabitada y sus puertas cerradas.

XIX.

Un golpe inesperado.

lgunos meses habian transcurrido desde las ocurrencias pasadas en la casa del bosque.

Los fugitivos llegaron felizmente á Munster, donde su soberano los recibió con la atención y aprecio que se merecian.

El mariscal pidió auxilio á este para venir á Ravensberg, y vengar los ultrajes que le habian hecho á su patria, á él y á su

familia. Pero su hermana le contuvo diciendo que no era tiempo pues esperaba instrucciones de Leonelo para coordinar sus operaciones y dar el golpe mas seguro.

Casi diariamente recibia cartas del conde de Polesino, á las que Sofia contestaba con un nombre supuesto, para que no pudieran ser interceptadas.

Diremos algo sobre lo que habia ocurrido, desde la noche de la salida de la marquesa y el mariscal, de Ravensberg.

El príncipe al saberlo no desesperó de prenderlos y aun se alegró, pues una fuga asi los entregaba mas á disposicion de la justicia. Pero cuando á la mañana siguiente le pasaron el aviso de los sucesos de la casa de Pedro, y que se creia que los fugitivos habian escapado de las manos de sus perseguidores, el furor, la rabia que demostró casi llegó á asustar á la duquesa.

Otra sorpresa inesperada les quedaba que sufrir á los dos. Ludomilia manifestó al príncipe sus deseos de ir á ecsaminar el castillo del Aguila.

El príncipe mandó poner el coche y partieron al punto.

La fortaleza habia quedado desierta. Un viejo clavero fué el único que se presentó á recibirlos, el que les informó que la guarnicion habia marchado con el mariscal.

—Y Warlock? preguntó sobresaltado el principe.

—Creo que fue descubierto por monseñor Pedro; y acusado de traicion iba á ser sentenciado á muerte cuando la marquesa consiguió de su hermano el perdon. Warlock agradecido me parece que se ha ido con ellos.

—Y los demas dependientes?

—Esta mañana temprano salieron y no han vuelto. Hasta dos mugeres que habia en las habitaciones altas, y que yo ignoraba que que viviesen en el castillo, han marchado.

Manifestemos como salieron la Faledro y madama Kunegundis.

A pesar de la consternacion que reinaba y la premura de la marquesa en abandonar el cadáver de su padre para partir, Leonelo, al despedirse, le preguntó si le ordenaba algo. Entonces ella le dijo que César debia seguirla y que la señora Faledro y madama Kunegundis quedaban en el castillo, pobres

mujeres desvalidas que le recomendaba ampararse.

Leonelo en cuanto rayó el dia mandó á Venneti al castillo, elque pudo lograr introducirse, porque al saber la fuga del mariscal no se estorbó á nadie la entrada. Al salir las dos mugeres espusieron ser de la servidumbre interior y que se retiraban á sus casas.

La duquesa estrañó una adhesion tan ciega en los criados por sus antiguos amos, pues en el momento que estos faltaron siguieron su ejemplo.

Ludomilia lo sintió porque no podia informarse como deseaba.

A pesar de todo, subió acompañada del clavero y del príncipe. Llegó á la sala circular de jaspe negro... entró por la puerta del águila, pasó el callejon de la trampa, recorrió y ecsaminó la sala del águila, y desde luego, si ella hubiera sabido lo que aun ecsistia dentro de aquella misteriosa escultura, que estuvo observando sin conocer ni advertir el secreto que encerraba, es seguro que la hubiera hecho trizas por arrancar de sus entrañas los documentos que guardaba en ella.

Penetra en una alcoba pequeña, despues de ecsaminar todas las habitaciones, y observa sobre una mesa un abultado manuscrito.

Lo coge por curiosidad y vé que decia: «Memorias de Beatriz Martelo, dirigidas á su hija.»

—Beatriz Martelo!! esclama el príncipe. Esa es la familia de la marquesa!... La misma de quien te he hablado! A ver, dame.

Ojea el manuscrito, y añade:

—Lo ves? mira el nombre de Othon... Aquí está el secreto que por tanto tiempo ha tenido ocupada á la corte y á todos absortos y confusos. Este manuscrito lo han dejado olvidado. Leamos.

Y fué así. Aquella era la alcoba de Eleonor, y esta habia suplicado á su tia que se lo dejase, para cada noche, antes de acostarse, leerlo y derramar algunas lágrimas á la memoria de su madre en las páginas mas interesantes de su vida. La confusion en su partida del castillo y haberse llevado todo aquel dia junto al sepulcro de su madre, le hizo no acordarse de entregárselo á la marquesa.

El príncipe no lo leyó, sino lo devoró

con la vista... pero cuando llegó á donde espresaba la legitimidad de Eleonor, el acta del casamiento legalizada en debida forma, reconocida y ratificada por el duque Gustavo, Ludomilia palideció y el príncipe no acertaba á hablar de furor y sorpresa.

—Tenia una hija!!... Una heredera!... prorrumpió la duquesa. Amaba la memoria de una esposa!! Y yo, mísera de mí, he sido engañada por todos. El aprecio de Sofia ha sido una farsa ridícula. El consejero Biling, siervo vil de los vicios de su discípulo, tambien ha contribuido á engañarme! Hasta el padre de Othon!... Oh! salgamos de aquí. Este castillo me abruma!... Su atmósfera me ahoga... Partamos, pues, partamos, y no lo mando demoler, porque ecsisten en él los restos de una infeliz muger, víctima triste de un perverso engaño, y á los que yacen en eterno descanso debemos respetarlos.

—Tranquilizate, añadió el príncipe, esa niña solo hereda á falta de varon y antes de ella los hay.... No reinará, lo aseguro.

La duquesa salió seguida del príncipe, pero sobre otra mesa que habia en la sala del águila, advierte una carta.

La coge, vé la letra, y conoce que es la de la marquesa de Korvei. El sobre expresaba: «Para S. A. R. la gran duquesa.»

La abre, y lee estos breves renglones:

«Ludomilia, una combinacion criminal me arroja de Ravensberg... pero no tardaré en volver á él para arrancar el cetro de hierro á los déspotas, y la máscara á los tiranos.—Matilde Martelo, marquesa de Korvei.»

La duquesa volvió á tartamudear el billete... quedando sin saber lo que le pasaba.

—Amenazas vanas, dijo el príncipe... Recursos necios que no significan otra cosa que la desesperacion que le acompañaba al escribir eso.

—Ay, señor! Bien se vé que no conocéis á la marquesa!...

Salieron del castillo, y al llegar á palacio recibieron el aviso de que el duque habia partido aquella mañana para los baños de Pymont.

Desde aquel momento no pensó Ludo-

milia en otra cosa que en afirmar su autoridad en el gran ducado y la corona á su hijo. Para acallar la voz de Luitzpoldo procuró atraerlo á sí con halagos y promesas. Lo mandó sacar del encierro en que estaba, lo condujo á palacio, hizo renacer en él, con artificios y ardides, la antigua llama que abrigò el jòven en su pecho, y por último llegó á prometerle hasta que le daría la mano si el duque, como era probable, llegaba á fallecer.

Luitzpoldo seducido, fascinado por tan halagüeño porvenir, no dudó en aceptar el partido que le propuso su antigua amante, y olvidó á la infeliz Isabela mientras esta gemía por su Luitzpoldo en la prision de la ciudadela.

La debilidad en el carácter de Luitzpoldo se manifestó claramente, en lo fácil que cedió á los consejos de la marquesa cuando estuvo en el calabozo. Entonces fue el temor de la muerte el que le hizo acceder, ahora la perspectiva seductora que Ludomilia le presentaba.

Lo primero que esta practicó en su obsequio fue hacerlo príncipe de Overissel.

Para crearle un patrimonio correspondiente á su clase decretó subsidios é impuestos con que afligió al desgraciado pueblo, y no satisfecha aun, vendió los diamantes de la corona de Ravensbeg y todas las alhajas de palacio para dar á su amante posesiones, riquezas y una grandeza regia.

Luitzpoldo nadaba en la opulencia, en los placeres, y se conceptuaba el hombre mas venturoso de la tierra.

El infeliz pueblo sufría los atroces atentados, la ferocidad brutal de la soldadesca hannoveriana, y las esacciones de la regente, pero no tenía otro arbitrio que callar y resignarse con la atroz conducta de sus opresores.

Desdichada y odiosa dependencia! Estremo pernicioso y repugnante que se santifica cual ley, precepto ú obligación, á la vista del hierro opresor de los sectarios serviles de la esclavitud!

El príncipe veía esta elevacion de Luitzpoldo, y en la apariencia la celebraba, porque á su sombra estaba él concertando el plan encubierto que tenía, y que solo Leonelo descubrió por la carta que Frugoni

sacó de la escarcela al soldado muerto en la calle de Walffen.

Era una comunicacion del príncipe de Marck al baron de Pompeburg, de la que hablaremos á su tiempo.

El príncipe á par de aparentar servir á Ludomilia iba procurando separar de su lado á sus amigos. Ya la indisponía con unos... ya á otros los esterminaba. De los primeros fué la marquesa... de los segundos el baron del Colemberg. Habia desterrado de la corte con varios pretextos, á algunos nobles adictos á Ludomilia, estrechándola y aislándola para tenerla propicia en su día.

A Luitzpoldo se lo permitia, cual á un chico le dejan un juguete para que se distraiga y no se acuerde de cosa mas esencial, pero para quitárselo á su tiempo.

Mas Leonelo por su parte, instruido por la marquesa, ejecutaba tan esactamente sus instrucciones, que referiremos aqui uno de los accidentes mas notables que efectuó.

Tanto por la carta que poseia Leonelo del príncipe á Pompeburg, por las espre-siones de Inmegarda al duque en la quinta del Recuerdo, como por algunas palabras

de Ulrico, habia conjeturado que este último estaba ligado al príncipe con algun secreto poderoso.

Otra circunstancia contribuyó mas á aumentar las sospechas de la marquesa. Refiriendo con Leonelo y Orseolo el envenenamiento del duque, el doctor, fiel observador y analizador de todo, vió que la copa del duque la escanciò Ulrico, y luego en la declaracion de los demas pages que sirvieron el convite, juraron que este no se habia separado del sitio en que estaba la copa de Othon ni aun despues que el duque se habia colocado en la mesa.

Estos cargos, recayendo sobre Ulrico, el príncipe habia salido á su defensa, y los desvaneciò, combatiendo fuertemente la acusacion, y poniendo por garantia que Ulrico estaba en la servidumbre de palacio por su recomendacion.

De manera que no quedó el menor recelo de que Ulrico era un agente disfrazado del príncipe.

El como descubrir esta complicidad era lo que discurrió la marquesa.

Mandó á Leonelo que con engaño cita s

á Ulrico una noche para un asunto que le interesaba, y entonces asegurarlo y no dejarlo ir, hasta que bajo su firma hubiese declarado lo del envenenamiento de Othon y todo lo que supiese.

Leonelo se lo participó á Frugoni, comisionando á este y á Venneti, los que lo efectuaron á su satisfaccion. Para el efecto arrendaron una casa en el arrabal de los saboyanos, casi á la salida del pueblo, cuyo local era á propósito para el caso, en una calle solitaria y estraviada.

Venneti era astuto, y pronto logró trabar amistad con Ulrico.

Leonelo tenia cuidado cuando iba á palacio, pues el conde no dejó de ir á cumplir nunca, despues que faltó de él la marquesa, con las etiquetas que le prescribia su carácter de representante de Ferrara, de que le acompañase Venneti en calidad de escudero, y asi el italiano pudo introducirse con Ulrico.

El resultado fué que una noche hizo Venneti que le acompañase, pretestando que era una cita amorosa y no queria ir solo porque tenia sus recelos. Condujo á Ulrico

hasta la puerta de una casa de donde no volvió á salir del portal.

Al entrar los dos Frugoni se presentó, y asiendo á Ulrico por un brazo lo arrojó hácia una puertecilla pequeña que este no habia advertido, diciendo con su acento feroz:

—Entra ahí majadero, que otro tendrá el cuidado de sacarte.

En seguida cerró la puerta y se salió de la casa con Venneti para ir á anunciar al conde que ya estaba obedecido.

El como quedaria Ulrico es fácil de adivinar.

Lo habian encerrado en un sótano tan oscuro, glacial y hediondo, que el pobre mancebo creyó que se acercaba su última hora. La oscuridad, la atmósfera pestilenta y fria, los insectos y reptiles asquerosos que habitaban en aquel lugar horrible, fueron los que le hicieron compañía en noche tan cruel. Frugoni al meterse en cualquiera empresa que le confiaban, la llevaba hasta el último punto, asi no se contentó con asegurar al pobre escudero en una habitacion de la casa, sino en aquella especie de

subterráneo donde lo consideró mas seguro.

Leonelo enterado por él donde lo habia depositado, le reprendió su crueldad, pero le contestó:

—Ese escudero, cuando ha envenenado al duque Othon es un bribon, y con los bribones no conozco compasion.

El conde se trasladó á la casa muy temprano y mandó que sacaran á Ulrico de tan detestable sitio.

Este oye abrir la puertecilla del sótano y creyó que lo buscaban para conducirlo á la muerte. Su espiritu habia padecido aquella noche demasiado, y se encontraba en el mayor abatimiento.

Lo llevan á otra habitacion baja del edificio, y se sorprende en extremo al entrar en ella y ver al conde de Polesino, el que se quedó solo con él y cerró la puerta.

—Sin duda te parecerá maravilloso lo que te ha pasado desde anoche acá, le dice Leonelo, pero mas lo vá á ser lo que escucharás ahora. El atentado horroroso del envenenamiento del gran duque, ha quedado sepultado entre el disimulo de su autor y el silencio de sus cómplices. Yo tengo

necesidad de conocer á las personas que se hallan mezcladas en él... Estoy convencido de que tú eres una de ellas, y aun he llegado á imaginar que obedeces á un poder superior... que tu condescendencia es forzada. Si me dices la verdad, cuenta con mi perdon y amparo; si callas y niegas, la morada que has tenido esta noche será tu eterno sepulcro en vida, y ni el poder del principe de Marck, ni el de nadie, podrá sacarte de él, porque asi como vosotros asegurais con el silencio y el secreto vuestros crímenes, yo os heriré con la misma arma, y el secreto y el silencio te labrarán una tumba, donde no penetrando en ella ni aun la luz, mal podrá hacerlo la mano de tu detestable protector.

—Monseñor, compadeceos de mí! dijo el escudero, arrodillándose y con las manos cruzadas. Compadeceos de mi situacion que que es mas angustiosa de lo que podeis imaginar!

—Habla, y habrá misericordia.

—Monseñor, no puedo...

—Entonces podrás morir encerrado, siendo pasto de insectos y reptiles inmundos.

—Moriré... pero se salvará mi padre... y habré cumplido mi deber.

—Tu padre!... Habla Ulrico, habla, que no conoces aun el poder del hombre que te escucha.

—Os lo contaré... porque espero que os apiadareis de él y de mí.

—Adelante.

—Mi padre era conserje del castillo de Coimberk, posesion que pertenece al príncipe de Marck, à tres leguas de la ciudad de Ravensberg, fortaleza antigua, abandonada, que no puede servir de otra cosa que de guarida infame para los delitos. Mi padre vivia solo con mi hermana y conmigo... porque mi pobre madre habia muerto.

Nosotros éramos su consuelo y ventura, viviendo en aquel retiro en una feliz ignorancia, porque nadie se acordaba de nosotros.

Un dia se presentó inesperadamente el príncipe de Marck.

—«Guillermo, le dice á mi padre, hace tiempo que deseaba premiarte la fidelidad que me has tenido por espacio de tantos años. Tú de nada puedes servir en el

mundo mas que para el cargo pasivo que ejerces, pero tus hijos empiezan ahora la carrera de su vida. Voy á colocarlos en la corte, porque yo necesito en ella dos personas de mi confianza que asistan, una cerca de mi sobrino Othon, y la otra junto á su muger. Pero para que me sean fieles y mañana no vendan la confianza que voy á depositar en ellos, es fuerza que me den una garantia poderosa, y esa eres tú... Es decir, que tus hijos van en la corte á asistir cerca de sus altezas, les daré una carrera que jamas pueden adquirir entre estas parduzcas ruinas, entre estos muros carcomidos por la mano destructora del tiempo, y tú, hasta que sea el oportuno á mis miras, estaras asegurado en este castillo.»

Mi padre lo miró con asombro.

—«Oh! no tienes que mirarme así, porque no hay cosa mas natural, continuó el príncipe. Cada cual en este mundo debe mirar primero su negocio que el de los demas. Es un egoismo tan natural y admitido que toda contradición es supuesta... Con que, hijos mios, ya lo habeis oido, vuestro padre queda en rehenes de vuestro cumpli-

miento en las obligaciones que os impondré. Dentro de dos horas salimos para Ravensberg... preparaos á seguirme.»

Nosotros, cuando se retiró, nos arrojamos, llorando desconsoladamente, en los brazos de nuestro padre.

Su afliccion, imaginadla, monseñor. Considerad lo que padece un padre cuando le arrebatan sus hijos.»

—Es cierto, contestó Leonelo, conmovido.

—«Por último, el principe nos arrancó del seno del mas cariñoso y amante padre. Por el camino nos dió algunas instrucciones, reservándose el derecho de ampliarlas cuando á él le conviniese.

Nosotros, infelices, que jamas habíamos salido del estrecho círculo de nuestro hogar, en aquel momento no nos penetramos de lo odiosa que era la mision para que se nos destinaba. Entonces solo veíamos la distancia que nos iba á separar de nuestro padre.

En fin, llegamos á palacio, y entonces conocimos que el príncipe nos habia destinado para espías y agentes mercenarios suyos.

Las ecsigencias que hemos sufrido de él, es harto repugnante su referencia.

Un dia me hizo acompañarlo al castillo á ver á mi padre. Aquel rasgo de falsa bondad me regocijó; pero luego conocí que era para hacerme presenciar el estado á que habia sido reducido el infeliz anciano.

Mi padre desde nuestra ausencia estaba encerrado en una prision, si bien no faltaba nada á su asistencia.

Lloramos otra vez juntos y me despedí de él para tornar á la corte.

—Señor, dije al príncipe: ¿Qué culpa ha cometido mi padre para encerrarlo así?

—Eso no lo entiendes tú, hijo mio, me respondió con estremada dulzura. Cuando una prenda interesa se le guarda. Tu padre responde con su cabeza del silencio y la prudencia de sus hijos en palacio. Es decir, que si teneis la debilidad de declarar á alguno las determinaciones que yo os comuniqué, ó la importancia de vuestro cometido, en seguida os quedais huérfanos .. y no creo que querreis tan mal á vuestro padre que lo espongais á no salir vivo de su encierro.

Un yelo mortal discurrió por mis venas á estas palabras.

Entonces conocí toda la enormidad del infernal lazo con que nos habia ligado el príncipe.»

Ulrico calló al concluir esto, afligido sobremanera.

—Es decir, le repuso Leonelo, que ese hombre infernal ha comprado con el amor, la ternura filial, y escitando en vuestro corazón los temores mas acervos, dos humildes y resignados esclavos de sus maquinaciones... Dos siervos tristes y silenciosos á quien manda, subyuga y domina por un derecho detestable, reprobado por las divinas y humanas leyes. Tráfico vil é inicuo que liga á un hombre con otro, por el abuso tan pernicioso como irritante que se hace de la posición triste de nuestros hermanos y del poder que se tiene sobre ellos. Ira de Dios! y qué modo tan vil de negociar! Desgraciada criatura, ya no dudo que quepan en tí toda clase de crímenes á la vista de esa dependencia forzada... de esa cadena eslabonada con tanta astucia como perversidad. Y esta es la sociedad!... Y este comercio indigno lo prac-

tica el hombre para su engrandecimiento y elevacion... Llega á sujetar con sus maquinaciones hasta la misma naturaleza, violentándola á su antojo y haciéndola trastornar, salir de quicio en la especie humana!

Oh! pero eso no es posible que pueda permanecer asi mucho tiempo, y la mano del Hacedor Supremo llega á descargar en su dia el terrible golpe que reserva siempre á su tolerancia cansada. Ya lo has visto, infeliz jóven... Mira como ha permitido ponerte á mi disposicion para descubrir este artificio horroroso y vengar tu padre.

—Lo vengareis?

—Puedes dudarlo? Aunque no me obligasen á ello motivos que ignoras, es un deber de todo caballero, de todo noble derrocar tan vil trama. Pero necesito que me cuentes cómo fué el emponzoñar al duque, porque aunque me lo niegues, estoy convencido que fuistes tú... Dimelo todo... y espéralo todo de mí...

—Pero la vida de mi padre no correrá peligro?

—Ay del príncipe si se atreve á él!.. Como fué envenenado Othon.

—Al ir á echar yo el vino en la copa llevaba escondido en la mano un pomito de veneno que me entregó el príncipe y lo vertí en ella en medio de la confusion que ocasionaba el festin.

—Y supistes si habia algunas personas mas mezcladas en ese atentado?

—Sospecho que la gran duquesa, porque mi hermana dice que ha cogido ciertas frases que lo indican cuando hablaba con el príncipe.

—Está bien... A Dios.

—Pero y mi padre? Cuidad de mi padre!..

—Te aseguro que pronto le abrazarás.

Leonelo salió, Frugoni cerró la puerta y despues de dejar á Ulrico el alimento para aquel dia se fué tambien.

Ya hemos indicado algo del castillo de Coimberg, con respecto á su estado. Era una pequeña fortaleza feudal, que el príncipe se habia cuidado muy poco de ella, y en el dia menos.

Toda la seguridad del anciano Guillermo consistia, en su avanzada edad y temer al príncipe, en la ignorancia en que todos estaban de que alli residiese un infeliz tal,

en que sus hijos por ese mismo temor ni le declararían ni harían ninguna tentativa, y en un conserge ó alcaide de la fortaleza, hombre también anciano, que había sido criado de confianza del príncipe, y tres ó cuatro hombres que le acompañaban y que de noche alternaban en la ronda de los muros, durmiendo después de día á pierna suelta.

Venneti y Frugoni se vistieron de caballeros aventureros, y fueron á pedir hospitalidad aquella tarde en la puerta del castillo, al ponerse el sol.

El conserge salió á ofrecérsela en nombre de su señor el príncipe de Marck.

Frugoni después de la cena habló de su patria con la mayor perfección, y contó hechos de armas imaginarios efectuados por él y su compañero, para embaucar al alcaide.

Después se recogieron y la noche la pasaron en la mayor tranquilidad.

A la mañana siguiente muy temprano, hizo al alcaide que le enseñase todos los parajes de la fortaleza, así que vió que los de la ronda se habían ido á dormir.

Antes de salir de las habitaciones del conserge, observó Frugoni que junto á es-

tas habia una escalera de cuerda y que los de la ronda habian subido por ella y entrando en una especie de torrecilla.

Preguntó al alcaide, y le contestó que en esa torre habia una habitacion que era la que servia de dormitorio á los de la guarnicion del castillo.

Una mirada de inteligencia que echó Frugoni á su compañero le advirtió de lo que debia hacer.

Salieron con el alcaide á visitar el castillo, pero á poco de haber bajado de las habitaciones, Venneti con un pretesto, volvió á subir.

Ve la escala de cuerdas y trepa con sigilo por ella. Escucha á la puerta de la habitacion y oye roncar á los de adentro... Entreabre la puerta y se confirma en ello... Vuelve á cerrar y notando la llave puesta por fuera, con mucho cuidado la tuerce y los deja encerrados, guardándosela.

Baja al punto y sacando le espada cortó la escala de cuerdas á toda la estencion que se lo permitieron su brazo y su espada, y partió á reunirse con Frugoni y el alcaide.

A poca distancia de las habitaciones de

este, cuando estaban seguros de que nadie podría escucharlos, dijo Frugoni:

—Conque, amigo mio, dejémonos de rodeos ni embelecios. Estamos sumamente agradecidos á la buena acogida que nos habeis dado, pero eso no impide nos entreguéis un prisionero que está escondido en este viejo castillo, que nadie sabe de él, mas que vos y el principe de Marck.

El alcaide asombrado, quedó mirando á Frugoni sin saber que responder.

—No quisimos anoche obligaros á que nos lo diérais, porque á mi me gusta hacer las cosas de dia... á la claridad. La noche es buena para los cobardes y traidores.... Ea, despachad, pues ya supondreis que nosotros no habremos querido perder el tiempo en valde, y que al que nos envia hemos de llevarle una de dos cosas que nos ha encargado. El prisionero ó vuestro pellejo. Elegid.

El tono, los ademanes y la cara de Frugoni dieron al conserge muy pocas esperanzas de conseguir nada bueno.

Trató de negar, pero Frugoni se insinuó dándole un golpe en el hombro con el

pomo de su daga, anunciándole aquel saludo que con semejante gente no habia otro remedio que ceder.

Finalmente, el anciano Guillermo fué puesto en libertad, y colocado sobre el caballo en que iba Frugoni salieron de la fortaleza.

El alcaide en seguida fué á llamar á su gente, pero vió la escala rota y cerrada la puerta sin que se encontrase la llave.

Frugoni esperó que fuese de noche para entrar en Ravensberg con el padre de Ulrico, y mandó á Venneti que avisase á Leonelo el écsito de la espedicion.

En cuanto las tinieblas se esparcieron se dirigió Frugoni con su presa á la casa donde estaba Ulrico.

Leonelo los esperaba ya.

Al otro dia muy temprano leia el príncipe de Marck este billete.

«Una mano poderosa y oculta me redime de la afrentosa é insoportable esclavitud en que supisteis, con tanta inhumanidad, sujetarme. Cuando recibais este billete, ya estaré cerca de la frontera de Munster con

mi padre, que ya no depende del cumplimiento de los crímenes que obligueis á cometer á sus hijos. No teneis que engañar á mi hermana pues recibe tambien un aviso mio que se lo explica todo.»

ULRICO.

La impresion que hizo este billete en el príncipe es fácil de comprender. Parte en seguida para el castillo de Coimberg, y se convence de la verdad del hecho por la referencia del alcaide.

Pregunta si conocia á los libertadores, mas este en su atribucion le dice que no reparó con detencion en tales hombres.

Aquel era un accidente que el príncipe no podia consultar con Ludomilia, por cuanto que Inmegarda estaba al lado de esta para espiarla y contarle á él despues.

Forma sus conjeturas y vienen á recaer sus sospechas en la marquesa.

En haberte arrebatado á Ulrico ecsistia un indicio marcado, de que sospechaban que el escudero estaba de inteligencias con él.

Aunque su autoridad habia llegado al penúltimo grado de su ambicion, conoció que la marquesa en medio de su proscripcion se ha-

bia procurado contra él un arma en Ulrico que no era tan fácil rechazar.

Todos sus trabajos estaban casi inutilizados, porque Ulrico con una sola palabra los destruía.

El alma del joven escudero la había destrozado desde el punto que lo arrancó de los brazos de su padre, y esta herida no la podía olvidar tan presto Ulrico para no desear tomar el desagravio.

Luego se hallaba iniciado en casi todos los pasos que el príncipe había dado para llevar á cabo su intriga, y podía serle, no solo perjudicial con el pueblo, sino hasta con la misma Ludomilia, á quien había engañado, vendido... y continuaba engañando.

Porque el anónimo que recibió Leonelo en palacio, en que le avisaban que Luitz-poldo pasaba la mayor parte de las noches con la gran duquesa en la quinta del Recuerdo, se lo mandó el príncipe de Marck, escrito por Ulrico para que el conde no conociese la letra.

Por último era tanta la confianza que el príncipe tenía en que Ulrico no revelaría á nadie lo mas leve, que el billete que

recibió de este lo dejó confuso y anonadado.

—Esta marquesa!... Esta marquesa de Korvei!.. exclamó dando paseos acelerados por su habitacion en la mayor desesperacion! Siempre esta muger atravesada en mi camino! Cuando la creo mas lejos se me aparece mas cerca... Cuando imagino derrotarla, se eleva sobre sus mismas ruinas, mas imponente y terrible!

Y no me he de vengar de ella! Imposible!! Callemos este acontecimiento, y esperemos, viendo venir los resultados.

Mas Sofia jugaba á su placer, con las creencias, la confianza, los afectos de sus antagonistas. Incansable esta muger heroica, discurria un proyecto, lo efectuaba, distraia á sus opositores, los consentia, y luego cuando lo consideraba oportuno les presentaba el desengaño.

Las leves derrotas que habia sufrido, no eran por cierto efecto de desacertado manejo y erradas deliberaciones. Se las debia á las personas con quien la unian vinculos harto sagrados, y á las que debia defender y preferir. Es mas que seguro, que si ella sola se las hubiese visto con el príncipe de

Marck, este no habria conseguido los débiles y pasajeros triunfos obtenidos hasta alli.

Un acontecimiento, tan inesperado como feliz para el príncipe, vino à hacer desaparecer de su alma el triste desasosiego que habia engendrado Ulrico

Un correo, ganando horas, acababa de llegar del condado de Bassenheim el cual anunciaba la muerte de Othon.

El pliego enviado á la gran duquesa venia firmado y sellado por el conde de Bassenheim, certificado en debida forma por los doctores Orseolo y Kemp, y por el consejero Biling, notario mayor de S. A. R.

El gran duque, decia la comunicacion, habia sido acometido otra vez del mismo accidente que la noche del festin, al salir del baño, y á las pocas horas espiró sin que toda la ciencia de los doctores pudiese sanarlo.

Su cadáver habia sido depositado en el panteon de los condes de Bassenheim, hasta que Ludomilia dispusiese su traslacion á Ravensberg.

Ludomilia aparentó sentirlo en estremo. Al momento mandó hacer unas suntuosas

ecsequias, y se fijó el luto de la corte por un año. Se mandaron comunicaciones á todos los soberanos del Sacro Imperio anunciándole la muerte del duque Othon, y dando á conocer por su sucesor á su hijo Pedro I.

Ernesto de Hannover apoyó el reconocimiento del hijo de Luitzpoldo, pero el príncipe de Osnabruck y en particular el obispo de Munster, protestaron contra esa determinacion.

Mas Ludomilia fiada en el favor de Ernesto, desechó como imprudentes y groseras, las notas enviadas por el soberano de Munster.

El consejero Biling, Orseolo y Kemp, se trasladaron á la corte de Ravensberg.

El primero de estos, al saber la determinacion de la duquesa en proclamar soberano á su hijo, protestó decididamente en el consejo contra semejante acuerdo. Pero no recibió otra cosa que un desaire marcado á sus palabras.

El consejero se fué á ver á Ludomilia al momento.

—Señora, le dice: Cincuenta años hace

que estoy ejerciendo el empleo de consejero de la corona, y otros tantos hace que ninguna mancha ignominiosa he procurado que emborrone las páginas de mi vida. El gran duque Gustavo me distinguía con su aprecio y confianza, porque seguro de mi sincero celo por el bien de estos dominios que la providencia puso á su cargo, sabía que mis palabras habian de ir dirigidas siempre por el camino del honor y de la razon. Su hijo Othon heredó este mismo amor hácia mí, y yo he correspondido fielmente á la adhesion de mis malogrados soberanos.

Bajo estos principios, bien deberá considerar V. A. que el solio donde se han sentado tan ilustres y dignos príncipes, no lo he de ver profanado por un intruso que no tiene otro derecho á él, que el que le ha dado una farsa sumamente criminal.

—Consejero... qué osais hablar?...

—La verdad, señora. Y que os asombren mis palabras me admira demasiado. No estamos aquí en un paraje donde la etiqueta y las fórmulas palaciegas, revestidas de un falso exterior, son ajenas á la realidad, estrañas á la verdad. Estamos hablando co-

nociéndonos, y penetrados altamente de lo que cada cual somos. En una palabra, señora, ese niño no es hijo legítimo del duque Othon, y por consiguiente no debe reinar: mi conciencia no puede tampoco permitirlo, y me ofrezco á combatirlo y probar su procedencia.

—Ya... porque quereis reemplazarla con esa Eleonor... La hija de esa miserable molinera... le contestó Ludomilia, mal reprimiendo la ira.

—No, con la hija de la condesa de Lenepeck... Con la hija de Othon.. la sobrina de la marquesa de Korvei, y del mariscal Otocaro.

—Sí... familia de mendigos y conspiradores...

—Pero no de adúlteros, señora!

—Consejero Biling... Qué pronunciais? .

—Nada... que pido mi retiro de la corte y mi salida de Ravensberg.

—Es claro... para uniros en Munster con los proscriptos y traidores.

—No, para asistir á mi soberana, porque asi como lo hice con el abuelo y el padre; mientras viva lo haré con ella igualmente.

Un punto de silencio hubo entre los dos.

—Bien, ese celo es muy laudable y desarma mi resentimiento, dijo al cabo la duquesa. Veo que sois un caballero de honor, y los preceptos de este son harto sagrados para que ninguno pueda reconveniros de querer conservarlos. Volved esta noche y os entregaré el salvo-conducto que solicitais.

El consejero se retiró, sin advertir que Ludomilia disimulaba su enojo, no estinguído, contra él.

El príncipe que ya habia hecho por medio de sus agentes cundir la nueva de la muerte de Othon, y la inauguracion al trono del niño Pedro, escitó tambien el celo de los Ludomistas á favor de la duquesa. Como el príncipe no pertenecia á ningun partido mas que á su conveniencia propia, y esta se hallaba fundada en los hannoverianos, deseaba encontrar un pretexto de quitar á los Conservadores toda esperanza, y el medio era que se opusiesen ocultamente á todo lo que no fuese á favor de la duquesa y su hijo.

Pero los Conservadores no pensaban en

eso. Ellos, y el pueblo inocente y neutral, que no aspira á otra cosa que á mejorar sus desgracias, se habian cubierto de un luto amargo á la noticia de la muerte del gran duque. Todas sus ilusiones se acababan de perder en aquel momento. El mariscal proscrito, la marquesa guarecida en estraño pais, Othon muerto, y los principales gefes del partido, unos decapitados y los otros fugitivos... Hé aqui el bosquejo de cómo se encontraba en Ravensberg el partido verdaderamente amante de la prosperidad nacional.

En medio de todo, una esperanza halagadora venia á consolar su amargo estado. Esta ilusion lisonjera que no abandona al hombre y que es un doble consuelo para aquel que está satisfecho de sus buenos sentimientos y sanas ideas.

El príncipe hacia tiempo que no tenia otro objeto que burlar á todos, encumbrándose sobre las ruinas tanto de los que confiaban en él, como de los que eran sus adversarios irreconciliables.

XX.

Sorpresa y temor.

bundantes y dolorosas lágrimas vertía una jóven, cuya marchitada hermosura denotaba que ya hacia dias que el pesar mas agudo la consumia, en una sala de la ciudadela de Ravensberg.

Gracias á los cuidados y atenciones del gobernador de la fortaleza, que era un militar antiguo que habia hecho la campaña de la Suiza con Otocaro, y lo conocia y esti-

maba, la infortunada jóven no habia sucumbido á la fuerza de sus penas.

Este compasivo y honrado militar se conservaba en aquel destino, merced á un descuido del príncipe, que habia reemplazado á todos los empleados por el gobierno de Othon, con sus partidarios y amigos.

El general Brentz era un modelo de virtudes cívicas y morales.

Serian las once y media de la noche y el anciano se acababa de separar de su afligida prisionera.

La jóven se echó en su lecho, no á dormir y descansar, sino á pensar, á sentir y á llorar, como se habia llevado todo el tiempo que permanecía allí.

La puerta la siénte abrir, y dando un grito de sorpresa, prorrumpió:

—Luitzpoldo mio!.... Ah! gracias al cielo que te veo en mis brazos!

Ya se habrá advertido que esta infortunada era Isabela de Montabourg, que no solo ignoraba todo lo que pasaba con su marido sino que lo lloraba muerto, porque el gobernador no sabia otra cosa sino que por una órden superior, habia él salido de la ciudadela.

—Tú aquí! . . A mi lado!... contra mi corazón!... continuaba la infeliz enagenada de gozo... Y vives! vives para mi amor y mi ternura!... Luitzpoldo mio, déjame contemplarte, embriagarme en tu vista! Cuánto lo he deseado y cuántas lágrimas me cuesta!... Pero todas las doy por bien derramadas!... Todo lo olvido con tal de verte aquí ahora, amado de mi vida!

Isabela, colgada del cuello de su esposo, lo besaba con entusiasmo y amor.

Pero este no correspondía á aquella expresión, á aquel afecto tan puro y recomendable... El fuego que acompañaban las lágrimas de placer de la jóven, el ardor que sus besos despedían, iban á apagarse contra un alma de yelo para ella, contra un corazón de mármol, frio é impassible como la losa de un sepulcro.

Isabela que advirtió el estado de Luitzpoldo y como pagaba á sus caricias cuando debiera haber sentido aquella sensación tan rápida como natural que se experimenta en estos casos, le preguntó sobresaltada: —Luitzpoldo... ¿qué tienes?... Experimentas algun pesar?... ó es que no me amas

ya como anteriormente?... Si es esto último, no me lo digas... Cállalo.. cállalo... por piedad!... Si no, dame la muerte, pero pronta, segura, y que no me deje tiempo para pensar siquiera que puedas olvidarme por otra.

El corazón de los desgraciados está á veces dotado de un impulso adivinador que augura, con una probabilidad casi cierta, lo que le vá á suceder.

Luitzpoldo á las palabras de Isabela, fijó en ella una mirada de sorpresa y rubor.

—Ah!... exclamó esta con un sentimiento acerbo... Será cierto tal vez!... Oh! Dios mio! Dios mio! Tened piedad de esta infeliz!...

La palidez de Isabela se aumentó considerablemente... Sus lábios cárdenos... sus ojos hundidos y espantosos tomaron una expresión horrorosa, igual al desgraciado que le acomete un acceso furioso de hidrofobia.

Pero sus miembros se debilitaron en estremo, porque el fuego que ardía en su pecho enervaba su fuerza de un modo extraño y maravilloso.

Su respiración era ahogada y violenta...

con todos los síntomas de una congoja mortal.

Cayó sobre un sillón porque no podía sostenerse en pié. La desventurada sufría el terrible efecto que ocasiona un desengaño insoportable que destruye una plácida esperanza, sentida profundamente de antemano, y desvanecida súbitamente por una causa maravillosa, inesperada é incomprendible.

Cuando pudo fijar su atención en los objetos, se encontró sola en su habitación.

—Ah! no hay duda! dijo, trémula, y sin acertar á proferir sus entrecortadas frases!.. Cuando me abandona es porque he adivinado la verdad!... Porque teme mis justas reconvenciones!... Y el ingrato ni siquiera le merece compasion mi estado y los dias de tormento que llevo por él entre estas sombrías paredes!... Ni aun tampoco una palabra! si no de consuelo, al menos de disculpa!... Solo olvido!... desprecio!... Ah! necia de mí! Y qué caro estoy pagando el yerro de mi inconsiderada pasión! Jamás debí enlazarme con un hombre que no me habia hecho dueño de su corazón... que era de otra... para que no me restase despues

otro recurso que morir de dolor y desesperacion!

Sus ojos se dirigen hácia la mesa, y advierte con admiracion una carta cerrada y un pomo de oro.

Abre la carta con afan, y lee:

«Cuando me uní á ti no te amaba, pero en consideracion á tu afecto y mi peligro, pude llamarte mi esposa. Ya deberas conocer que mi corazon se resentiria algun dia de esta obligacion forzada, y sin embargo hasta este momento no lo ha hecho.»

«Pero si bien tu amor pudo proporcionarme entonces la vida y la felicidad, ahora se opone á que cumpla obligaciones mas sagradas y anteriores que la tuya... La muger que amé se encuentra viuda... me brinda con su mano... necesito unirme á ella... y tú estas colocada entre los dos, impidiendo que yo cumpla una deuda de honor y amor, que no ignoras su importancia.»

«Los celos y el resentimiento de esta muger habian decidido inmolarte... Su poder es en estos momentos grande... pero eres mi esposa todavia y yo no habia de

permitir que sus verdugos pusiesen en ti su sacrilega mano.»

«Me tomé el cargo de anunciártelo, pero debes advertir que mi voz no podía hacerlo. Para ello te escribo... Considera lo que sufriré en tal momento.... perdóname tu sacrificio... Toda la culpa no es mía... es del destino que nos guarda para blanco de sus caprichos.»

«A dios, víctima infortunada de un amor digno de mejor suerte... La grandeza que me halaga elevándome sobre tu tumba, no tardará en hacerme bajar á ella... porque la muger á quien voy á dar mi mano, mata con su amor... y ahoga con sus brazos.»

«En ese pomo de oro tienes el consuelo cierto de los desgraciados...» Adios, Isabela mia!... Tu memoria no se apartará de mí!»

El efecto que hizo la lectura de esta carta en el alma de Isabela es difícil de pintar.

—Todo acabó para mí, dijo con aquella triste resignacion que la víctima manifiesta al pie del ara donde van á sacrificarla. Su amor era mi esperanza antes de poseerlo.... cuando lo gozaba mi vida.... y ahora que lo pierdo, nada me resta ya en

la tierra!... Dice bien... me he colocado entre esa muger y él!... Soy la mas infeliz... y á mí me toca sucumbir!

Con una serenidad admirable se puso á escribir un billete para la marquesa de Korvei, su querida protectora, como la llamaba.

Despues de cerrarlo, llamó al general Brentz que aun permanecia levantado.

—Os ruego, general, le dijo, que mañana hagais poner esta carta en manos de la marquesa de Korvei. Si quereis, podeis leerla, para cercioraros que no es otra cosa que un asunto particular de las dos.

—Me basta que me lo asegureis, señorita, solo que no podrá leer vuestro billete tan pronto como creeis.

—Por qué? Le ha sucedido algo á mi amada señora!

—No... es que está en Munster.

—En Munster!!

—Si... asuntos de familia.... yo creo que pronto volverá.

—Entonces la guardais y se la entregais en propia mano... Sentiria que se estraviase y no llegara á manos de la marquesa.

El general estrañó al pronto ver la se-

renidad de Isabela, cuando antes la encontraba siempre afligida y llorosa... Pero lo atribuyó á alguna nueva lisonjera que le trajo su esposo... sin embargo que al salir no llevaba este muy buena cara, y le dijo que volveria al dia siguiente:

Brentz se retiró, y apenas habia entrado en su habitacion, un presentimiento secreto le hizo abrir la carta de Isabela, la cual decia:

«Amada protectora: cuando os escribo esto me quedan pocos momentos de vida... Me sacrifico á la felicidad de mi marido que se une á Ludomilia. Así me lo ha dicho Luitzpoldo en una carta. Y qué otra cosa he de hacer? Metida en una prision, sin verlo, sin hablarle desde que me encerraron en ella, se me presenta él al cabo, y cuando creí que me traia la felicidad... me anuncia la muerte... ¿Qué esperanza me resta? morir! .. Con la muerte se borra y olvida todo.»

«Pensásteis hacer mi dicha... yo tambien lo creí, y solo me acompaña al morir la pena de lo sensible que os vá á ser mi muerte, porque vuestro corazon es hermoso y compasivo.»

«Pedid á Dios que el veneno que me ha traído Luitzpoldo sea activo y me haga sufrir poco. ¡Qué bella es la muerte cuando con ella se cesa de sufrir!

«Para vos sola será el último recuerdo y el postrer suspiro de la infortunada—

ISARELA DE MONTABOURG.

El general, al punto que leyó esta carta, se precipitó al cuarto de Isabela... pero ya era tarde... El tósigo, como la desdichada mencionaba en la carta, fué tan activo que habia espirado ya.

Brentz advirtió que tenia un papël, que sin duda habia arrugado entre sus manos con las ansias mortales.

Se lo quita con trabajo, y se sorprende al leer el billete de Luitzpoldo.

El contenido del billete y la vista de la víctima que acababan de inmolar, consternó á aquel guerrero envejecido en el horror y mortandad de los combates. Semejante espectáculo cubrió su alma de tan profundo sentimiento, que se apartó de aquel sitio de horror con los ojos arrasados en lágrimas.

Guardó el billete de la malograda Isabela, y la carta que le sacó de las manos.

El plan de este envenenamiento se habia combinado entre Ludomilia y Luitzpoldo; asi cuando el general Brentz pasó, como debia, el aviso al principe, este quedó un rato pensativo y se trasladó al punto á la ciudadela á interrogarlo.

Por fortuna habia oficiado tan temprano al principe, que cuando S. A. llegó á la ciudadela se encontró con Luitzpoldo.

Este, cortado, no sabia qué proferir.

El principe que lo advirtió, le dijo:

—No... no teneis que violentaros para participarme un asunto, de suyo desagradable y horroroso... La sensible y amable Isabela se ha envenenado... Era vuestra esposa, os habia salvado la vida y era fuerza que le pagárais con la muerte. Pero el general me referirá lo que ha pasado... Soy con vos, mi querido Brentz.

Y le ecsigió á este que le confesase lo ocurrido, sin omitirle la menor circunstancia.

El general le manifestó la carta de Luitzpoldo á Isabela, añadiéndole que la habia sacado de las manos de esta despues de muerta, y que habia sabido la circunstancia de su

muerte, porque despues que se retiró de hacerle la última visita, habiendo creído oír ruido en su habitacion, volvió y la halló en aquel estado.

Brentz ocultó el billete de Isabela para Sofia, porque previó que el príncipe se apoderaria de él, inutilizando el que la marquesa poseyese un documento, que justificaba el suicidio de la joven y la conducta de su marido.

El príncipe sonrió como tenia de costumbre á la lectura de la carta de Luitpoldo, y ordenó al general que nada digese á este ni á nadie de la existencia de tal papel, ni de la verdad de lo ocurrido.

Lo guardó, y se volvió á donde Luitpoldo estaba al lado del cadáver de su muger.

—Lo que era de esperar, le dijo el príncipe... Esta pobre muchacha ha sucumbido á la desesperacion... Por la referencia que me ha hecho el general Brentz, no ha sido otra la causa de su muerte.... La efervescencia de las pasiones, cuando los estímulos de la sangre son tan imperiosos, bien por efecto de la edad ó de nuestra organizacion, dan por lo comun resultados violentos... ¡Cò-

mo ha de ser!... Ya sois libre, monseñor Luitzpoldo!.. Ya sois libre!! le repitió con socarronería marcada!.. En mejor ocasión no podía habersele ocurrido á esa inocente suicidarse! Estais de suerte, príncipe de Overissel!.. Pedid á Dios que no se cause de favoreceros!...

Y despidiéndose, salió pausadamente de la ciudadela.

Luitzpoldo en aquel momento, no reflexionó sobre las palabras que acababa de escuchar al príncipe.

Así, después de mandar lo concerniente para que sepultaran á Isabela, se tornó á palacio á comunicar á Ludomilia que habia terminado aquel asunto.

La duquesa queriendo apresurar el momento de su union con Luitzpoldo y no permitiéndoselo el luto, pensó efectuar su casamiento en secreto. Pero era fuerza convinarlo con el príncipe de Marck haciéndole partícipe de tal determinacion.

Leonelo, que como hemos dicho, no dejaba de ir á palacio, habia puesto en manos de Innegarda el billete de su hermano Ulrico. En él la hacia sabedora de la li-

bertad de su padre, y del proceder del hombre generoso que los habia redimido de una dependencia tan afrentosa, recomendándole su estimacion y agradecimiento para Leonelo, aconsejándole de paso que se fiase de él en todo, porque su accion le hacia acreedor á ello.

De manera, que Inmegarda, desde este dia, comunicaba al conde de Polesino todo lo que sabia de Ludomilia, el príncipe y Luitzpoldo.

Por ella supo la muerte de Isabela, la que le llenó de indignacion y horror contra sus asesinos.

Ya habia tenido varias conversaciones con la gran duquesa, pero separadas de sus asuntos particulares. Solamente diplomáticas y respectivas al estado del pueblo, á la propagacion de las doctrinas de Lutero, y á las medidas adoptadas por el emperador y el pontífice.

Parecia que no habia anteriormente pasado nada entre los dos, segun la indiferencia con que se trataban, y lo ageno que se mostraban ambos á lo ocurrido.

Una de las noches que el conde cruzaba

la plaza de palacio, ya de vuelta para su morada, seguido de Frugoni y Vennetti, vuelve la cabeza y escucha en una callejuela que había pasado, ruido de espadas.

Retrocede, y oye á Frugoni que decia:

—No huyais, malandrines .. Cuerpo de Dios!... Sobre que el valor de estos hannoverianos avergonzaria á un chico de cinco ó seis años!

—Qué sucede, Frugoni? le preguntó Leonelo.

—Una hazaña de esos bribones!... Emparejábamos nosotros con esta callejuela, y dos hannoverianos acometieron de improviso á este pobre viejo... y sin duda lo han dejado mal parado, porque allí lo teneis caido. Si no llegamos, creo que lo rematan á satisfaccion, porque eso si... á valientes con los vencidos no hay quien los iguale.

A favor de una luz que Vennetti pidió en una casa contigua, se acercaron al herido.

Leonelo reconoció con asombro al respetable consejero Biling.

—Por la sombra de mi padre! exclamó el conde, que han querido asesinarlo, si no

lo han conseguido... Cargad con él, y vamos á nuestra casa que dista pocos pasos.

Venneti y Frugoni obedecieron, y al punto se halló en cama el consejero y el doctor Orseolo á su cabecera.

Este le acababa de curar una herida en la cabeza, la que declaró ser de gran gravedad.

Biling á los tres dias pudo, con mucho trabajo, contar al conde las diferencias que tuvo con la gran duquesa, y que al salir de palacio aquella noche, despues de haber recogido su pase para la frontera, fué acometido por aquellos asesinos.

Leonelo vió claramente que atentado tan horroroso envolvía una intencion grave. El principal objeto era quitar de enmedio á Biling, por la oposicion que habia mostrado en que se proclamase al hijo de Luitzpoldo.

Este disgusto del conde de Polesino lo anmentó el pesar de que el anciano consejero espiró al cabo, porque su herida no tuvo remedio.

Leonelo en aquellos momentos de furor que ocasiona en todo corazon magnánimo

y generoso la persuacion de un crimen tal, no se descuidó en publicar, tanto en palacio como en el pueblo, el asesinato del consejero. Hizo conducir el cadáver al lugar de su depósito con una pompa y suntuosidad estremada. El pueblo en tropel corria apresurado á acompañar el féretro de aquel padre de la patria, de aquel tipo de virtudes, de aquel ciudadano honrado y benemérito, sacrificado á la vil inteligencia de los tiranos de Ravensberg.

El espectáculo del atahud hacia hervir en ira los corazones de los buenos patricios. Tantas víctimas sacrificadas en el tiempo de la dominacion estrangera, las deportaciones, los encarcelamientos, las vejaciones, las violencias, los atropellamientos!! Tanta clase de sufrimientos tenian al pueblo en un estado tal, que esperaba solo una voz, un eco... la insinuacion mas leve del que se pusiese á su frente.

Ludomilia penetró la siniestra intencion de Leonelo... Al príncipe no le pasó desapercibida, pero si bien es cierto que á la duquesa la mas sencilla de estas ocurrencias le ocasionaba temores, el príncipe por el con-

trario, estaba tranquilo y satisfecho.

Algunos días habían pasado y Ludomilia nada le había insinuado de su proyectado enlace con Luitzpoldo.

El príncipe se decidió á hacerla romper el silencio.

—Acabo de hablar con el baron de Pompeburg, le dice el príncipe un día, y me ha indicado que es necesario formar el tratado de la seccion que se le hace á Ernesto del principado de Hesse-Delmot. Entonces afirmaremos la estabilidad de las tropas hannoverianas en el gran ducado por diez años, hasta que se consolide el nuevo gobierno.

Ludomilia se mantuvo un punto callada á estas palabras.

—No me contestas? añadió el príncipe.

—Estoy pensando, querido tío, que no me parece oportuna esa cesion... ni tampoco justa.

—Por qué?...

—Porque tal novedad puede influir mucho en el ánimo del pueblo. El está abrumado y si se desmanda, ni las tropas hannoverianas ni nadie bastará á contenerlo y evitar que seamos vietimas de su furor.

—Te diré: en esto de causarle al pueblo impresiones y novedades... todos los días se las estamos dando... y, es necesario ser francos, no muy gratas para él... No le tienes tu ninguna preparada?... El pueblo es como un chico á quien es fuerza arrojar un juguete de vez en cuando para que se distraiga... Conque de veras, no le tienes nada prevenido?...

El príncipe fijó una mirada escudriñadora en Ludomilia al decir esto.

—Por ahora, no. No basta con la muerte del consejero Biling?

—Si .. pero ignora el envenenamiento de Isabela... y es fuerza que lo sepa.

—Por qué?...

—Porque la muerte del consejero me la atribuyen á mí, y no es justo que yo solo sea el blanco de aborrecimiento del pueblo; debemos aparecer los dos.

—La muerte de Biling ha sido necesaria, indispensable. Enemigo mio encubierto desde antes de mi casamiento, coligado con mis enemigos, depositario de ese infernal secreto que, aun aclarado ya, abrumba mi corazon como si fuera una losa de plomo,

tal vez á los consejos que daba á Othon, debo la causa de todas mis desventuras... Porque, tornó á decirlo, si Othon me hubiera demostrado cariño y sido para mí un tierno y amante esposo, me habria apartado de esta senda de crímenes, de asaciertos y zozobras; yo no hubiera pensado sino en él y no estaria, como me encuentro, espuesta á que el mas humilde de mis subditos me llamara adultera, y tenga que ahogar su voz con sangre... por que yo no he de permitir que me infamen públicamente.

—Es verdad... pero eso puede en la actualidad tener remedio.

—Ya lo he pensado... He hecho mas, voy á ponerlo en practica.

—Sí?...

—He determinado unirme á Luitzpolde.

—A quien?

—Al príncipe de Overissel.

—Oh! Eso no puede ser... de ningun modo.

—La causa...

—Porque yo no debo permitir que su audacia llegue á tanto, como á enlazarse con la hija de los Médicis, la sobrina del pon-

tífice, la viuda de mi sobrino y la duquesa regente de Ravensberg. Quién es ese hombre?... Un advenedizo, un miserable, un mendigo del favor? Que méritos, que antecedentes son los suyos? Cual su nobleza?... Una tan humilde que no hay quien se baje á cogerla. Y sus servicios para ennoblecerse? Una cara regular y una presencia gallarda? Eso es todo lo que puede presentar esa pobre oruga, elevada del polvo de su abyección y olvido, solo porque los ojos del deleite reprobado, los de una muger liviana, vieron en el un objeto capaz de satisfacer su criminal apetito. Y el muy miserable ¿que habia de hacer? aprovechar esa coyuntura que el capricho de la suerte le presentaba... Se le hizo instrumento de una venganza, de un antojo, del vicio... de lo que sea.... pero no debe pasar de ahí... Mas encumbrarlo á tanta altura!... ponerlo al nivel mio, de la nobleza de Ravensberg.... del mismo Othon. Eso, jamas! jamas!

A la duquesa le pareció un sueño lo que estaba escuchando.

La sorpresa le embargó la voz de modo que no acertaba á proferir una palabra.

—¿Con que desaprobais, dijo balbuciente, el que yo efectue un casamiento de conciencia?

—La conciencia debe callar, y someterse á ciertas consideraciones.... á la posición que se ocupa en la sociedad. ¿Por qué no la consultastes antes de cometer el adulterio?... Por qué no mirastes que elevada sobre el nivel de la sociedad, una falta tal, habia de aparecer en su dia mas visible y escandalosa que en cualquiera muger de la plebe?... Que el pueblo tiene infinitos ojos, y vé demasiado las faltas de sus gobernantes, por mas que estos pretendan encubrirlas, y que posee muchas lenguas para censurar y difamar lo que lo merece?

Ese casamiento aun á mí me cubriria de oprobio, porque diria la nobleza, con sobrada razon, que por qué lo habia tolerado.

—Pues no lo he hecho príncipe de Overissel? .. No lo he elevado?

—Pero cómo?... De un modo que si él tuviera pundonor y vergüenza no debia haberlo admitido? Adquirió por medio de un crimen el título de príncipe, y ahora por un asesinato pretende tu mano... Dos recomen-

daciones laudables y que le hacen mucho honor?

—Pues vos antes, ¿no aprobábais mis relaciones con él?

—Porque me convenia... porque entraba en mi combinacion .. en mis planes. Ya es tiempo, sobrina mia, de que hablemos con claridad... Othon y su padre me desviaban del trono de mis abuelos, y yo debia procurar acercarme á él.

Ludomilia miró al príncipe con asombro.

—Así no es extraño, continuó, que mi objeto lo haya yo conducido á este punto.. Era mi deber... estaba en mi derecho... Ahora voy á proponerte mis condiciones.

—¿A mí!

—Si... pero ten presente que de la proposicion pasaré al precepto... Tú eres muger, eres duquesa soberana, y no has de querer ser envilecida públicamente y bajar del sόlio con precipitacion y escándalo.

La duquesa tembló al escuchar estas frases.

—Es cierto que debes casarte otra vez, unirte á otro hombre.... pero ese hombre no es Luitzpoldo.

—Pues quién?...

—Yo.

—Vos!...

—Sí... considera que muerto mi sobrino Othon no hay otro heredero forzoso á la corona mas que yo.

—Estais engañado! Cuando yo no pueda hacer reconocer los derechos de mi hijo, ¿olvidais que ecsiste esa Eleonor?... ¿La hija legítima de Othon?

—Oh! en cuanto á esa ya cuidaré de que no me estorbe... Mis derechos son mas grandes... mi influencia mayor... mi poder estenso... Es hija de una muger de la plebe, de unos amores insensatos y reprobados.... y yo tengo sobrados medios para destruir las erradas pretensiones de la marquesa de Korvei y el mariscal en favor de su sobrina

—Pero no podeis destruir las de mi hijo,

—Disparate!... Lee.

Y le mostró la segunda carta que Ludomilia mandó al pontífice, en la que solicitaba el voto de indulgencias por su adulterio.

La gran duquesa palideció al verla.

—Creo que esta es tu firma.... estos tus caracteres... y bien claro dices aquí que

llevas en tu seno la prueba de tu delito... Esta carta tiene dos destinos: si te niegas á darme la mano, á partir conmigo el trono y el lecho, será presentada mañana mismo á toda la corte y despues al pueblo.... Te se juzgará por adúltera, recaerá sobre tí la muerte de tu marido, y se dará á Ravensberg y á la Europa este ejemplo ruidoso y de singular escarmiento. Tu hijo es probable que muera tambien ahogado, á par que el consejo, por mi dictámen, y con arreglo á las leyes, te mande cortar la cabeza en un cadalso.

—Oh!...

—Si te convences de lo crítico de tu situacion, en el momento que el sacerdote nos una, esta carta será quemada y desaparecerá semejante prueba; y sino tenemos hijos, aseguraré al tuyo la herencia del solio de Ravensberg.

Ya ves que en medio de todo soy generoso... Yo pudiera efectuar mi plan sin brindarte con mi mano. Solo con delatarte al consejo, aparentando ignorancia de todo y que esta carta tenia ahora conocimiento de ella, no necesitaba mas. Tú no posees do-

cumentos para desmentirme, y los que pudieran probarme algo, están tan lejos que antes que llegaran aquí, yo procuraria ahogar sus voces.

Ludomilia vió de repente todo el horror de su suerte... Las palabras de la última carta de Sofia dirigida desde el castillo del Aguila, se reprodujeron en su mente con una fuerza extraordinaria.

«Ludomilia, te compadezco! El hombre con quien te has asociado causará tu eterna perdición!... no lo olvides.»

Frases terribles que espresaban la importancia de su actual situacion.

¿Y que hacer? No le quedaba mas arbitrio que ceder á la imperiosa y dura ley que le obligaba á ello.

El príncipe la estaba observando con cierta sonrisa, entre tanto que ella combatida de mil reflexiones sostenia en su mente una lucha mortal.

—Y no habeis contado con Luitzpoldo, señor; le dijo Ludomilia, abatida, interrumpiendo sus meditaciones.

—¿Y qué podrá ese menguado!... Ademas que Luitzpoldo será juzgado y sentenciado á muerte.

—Cómo! ¿por qué!

—Por asesino de su esposa... Esta carta de él lo demuestra claro. Indujo con ella á la desesperacion á la infeliz jóven, y se suicidó por su causa. Lee... lee.

Ludomilia la repasó rápidamente.

—Pero no veis, continuó, que aquí alude él á mí de una manera ignominiosa?

—En el interrogatorio, yo tomaré tu defensa, y ya verás... Luitzpoldo ha podido muy bien hacer alusion á tí, siendo falso todo lo que espone en su carta para obligar mas á su esposa á que se envenenase y asegurar su objeto... Tú puede estar ignorante de todo. . ¿Hay cosa mas natural que ei que va á cometer uu crimen tal eche mano de todos los medios que le sean lícitos á su parecer?.... Por otra parte, tu casamiento conmigo desmiente tambien el que tú á Luitzpoldo pudieras haberle dado ni aun la esperanza mas remota... Se le calificará de loco, de insensato si él abrumado por su situacion, te acusa de adúltera.... se le piden pruebas ¿dónde están? ¿Testigos? uo existen.

—Uno hay .. uno, terrible... El conde de Polesino... Ese Leonelo!

El príncipe quedó un momento pensativo.

—Maldito conde! Esclamò... Que no hubiese caído en la calle de Wulffen! pero no importa!... ya veremos... se hará de otro modo. Entretanto, qué decides tú?...

—Os contestaré mañana...

—Bien. Separado del conde ninguno mas hay que pueda hablar. Inmegarda, sola, aislada, callará. ¿Que tal si ecsistiese el baron de Colember?... Con que dices que mañana?

—Sí, mañana.

El príncipe en cuanto se separó de la cámara de la duquesa, espidió la orden al gefe de la guardia de palacio de que en el momento que entrara en él Luitzpoldo fuese preso.

Asi se ejecutó, y á las pocas horas estaba el improvisado príncipe de Overissel, sepultado en un calabozo subterráneo del castillo del Aguila Negra, bajo la estrecha responsabilidad y secreto del gobernador hannoveriano que mandaba la fortaleza.

Luitzpoldo no acertaba á comprender el motivo de su prision, pero mucho menos, el que sin forma de proceso, aquella misma

noche á las nueve entrase el capellan del castillo á disponerlo, porque dentro de dos horas dejaria de ecsistir.

Aquel golpe inesperado lo aterró en términos que casi estuvo á punto de desfallecer.

Preguntó su delito al capellan y este le indicó que era el de asesinato á su legítima consorte.

Mas creció el temor y el sentimiento de Luitzpoldo... Recordó que de aquel mismo calabozo lo habia sacado la munificencia de Othon y de la marquesa de Korvei, estando el duque mucho mas agraviado que los que lo sentenciaban inhumanamente, ahora dándoles la vida, la libertad, un grado honroso y una muger bella y virtuosa... Entonces se convenció de que su detestable correspondencia á estas bondades era la que lo sacrificaba entoncos.

Lloró con dolor y arrepentimiento á los pies del ministro del Altísimo y se resignó con su destino.

El tiempo que transcurrió hasta su último momento, fue deagonia y de dolor para su alma... La imagen de Isabela, a-

mante, inocente y desgraciada se presentó únicamente á él. . La memoria de lo terrible y horroroso de su delito, era una muerte mas insufrible, que la material y verdadera... Haber muerto por su amor, por ella hubiera sido mucho mas laudable y honroso... ahora iba á morir tambien, pero como un asesino vil y cobarde.

A las dos horas todas las ideas y lúgubres pensamientos de Luitzpoldo habian terminado entre las manos de los sayones hannoverianos. Dcs y el sacerdote, entraron en la prision, y el hermoso amante de la duquesa de Ravensberg, espirò estrangulado entre horrorosas convulsiones.

El príncipe guardó un silencio profundo, presentándose á la noche siguiente á saber la respuesta de Ludomilia.

Esta al verlo entrar, se sintió acometida de un temblor convulsivo... El príncipe le ecsigió su definitiva respuesta, la que la duquesa trémula no acertaba á dar.

—Ya sé que una esperanza quimérica ocasiona tu indecision, pero voy á patentizarte toda la estencion de mi poder.

Y abriendo la puerta de una estancia

contigua, le hizo ver un féretro enlutado y dentro de él el cadáver de Luitzpoldo.

La duquesa dió un grito de horror, y se cubrió el rostro con las manos.

El príncipe cerrò la puerta y continuó:

—Ya habrás conocido que no necesito mas que leves momentos para hacerme obedecer. Mis mas insignificantes insinuaciones son al punto ejecutadas..... porque, desengáñate, la corona del gran ducado es mia... un solo paso me queda que dar para colocarla en mis sienes, y ese lo daré, quieras ó no... Si te unes á mí seguiré mi camino en tu compañía, si te atraviesas en él, no me culpes de que te atropelle.

—Os equivocais... Las tropas hannoverianas han venido á sostener mi autoridad; y Ernesto...

—Se ha burlado de tí!... Yo he hecho con él el tratado, él me ayuda á recobrar el trono de mis antecesores, y yo le cedo el principado de Hesse-Delmot en recompensa de sus servicios. Tú no eres nada sin mí.... menos que nada... porque te he conducido á faltar á tus deberes para esclavizarte á mi dependencia... A tu amante lo he inducido

ser asesino, para quitarlo de enmedio cuando me conviniese.... A tu marido lo envenené por que no me estorbese, al mariscal lo precipité para perderlo... y así sucesivamente unos despues de otros, os he ido atando al carro de mis combinaciones. Ahora bien; esta noche te decides á ser mia, ó de aquí sales para una prision, y te hago juzgar por adúltera y regicida, refiriéndome al envenenamiento de Othon.

—Y tendrías valor?...

—Para todo!... Lo tuve para matar al conductor que llevaba tu carta al papa y apoderarme de ella, y debes hacerte cargo que no seria para satisfacer un frivolo capricho, sino para hacerla valer en su dia. Te repito que me uno á tí por no dar armas al escándalo y la murmuracion... por no ridiculizarte ante la Europa .. Yo solo quiero reinar mientras viva... Despues de mi muerte, dejo la herencia á tu hijo... y aun si quieres lo proclamaremos desde ahora duque soberano... Pero yo he de mandar solamente, como su tutor y regente absoluto del gran ducado.

—Haced lo que queráis; contestó la du-

quesa: me resigno á todo... á todo.

El príncipe se despidió de ella para ir á conferenciar con el baron Pompeburg.

—Castigo del cielo es este; prorrumpió Ludomilia, desesperada. No puede ser otra cosa que la espiacion de los crímenes de que he sido cómplice con ese hombre. Dios á dispuesto que el mismo que ha servido de instrumento á mi venganza lo sea también para castigarme! Bien, Dios mio! Cúmplase tu soberano decreto.

El príncipe habia, segun su cálculo, llegado al último grado de elevacion, y los cabos de su trama lo tenia tan perfectamente cogidos, que á su parecer ninguno podia faltar.

Para distraer al obispo de Munster y vengarse de la proteccion que le concedia á los proscriptos, habia en secreto dado impulso á las opiniones extravagantes de Muncer, que fué el fomento de la secta de los Anabatistas, y que ocasionó despues le escandalosa insurreccion de Munster.

De modo, que al obispo le obligaba á ejercer una vigilancia extrema con estos fanáticos, teniéndolo así ocupado para que no pen-

sase en los asuntos de Ravensberg, hasta que él se afirmase en el trono.

Otra circunstancia le favorecia. Su primo Roberto de la Marck, protegido por el rey de Francia, acababa de declarar la guerra al emperador, podia conducir sus tropas á Wesfalia y sostenerlo tambien en caso de que él algun príncipe del circulo quisiese derribarlo.

Ernesto entraba en esta confederacion; pero nada importa que el hombre débil calcule y combine, si hay otro poder mayor é invisible que dispone de los acontecimientos.

XVI.

Resurreccion y venganza.

Por Inmegarda supo Leonelo lo que habia pasado á la duquesa con el principe de Marck y hasta el infausto fin de Luitzpol-do. Ludomilia sola, abandonada, no tenia otro desahogo que lamentarse con esta que tan enterada estaba en sus asuntos.

El conde de Polesino, disfrutando el placer de la venganza, quiso de una vez poner el colmo al castigo que la duquesa estaba

sufriendo. Fué una noche á palacio y la pidió una audiencia.

Ludomilia al verlo entrar, lo mirò con sentimiento, y aun derramó algunas lágrimas:

—Vengo á despedirme de V. A. R., señora, le dijo el conde. Me ausento mañana de Ravensberg.

—¿Te vas, Leonelo?

—Acordaos que soy el representante de Ferrara, y hace mucho que dejé de ser Leonelo para vos.

—Oh! no... no dejes de serlo... ni te ausentes, por piedad! la funesta venda que cegaba mis ojos, ha caido desgarrada á mis pies.... La hermosa verdad ha aparecido ante mi, y ahora conozco lo mal que he procedido contigo!

—Y bien... Esa verdad, qué te ha presentado!

—Lo primero tu amor, tus finezas y mi conducta.

—Tarde es por cierto.

—Ah! no; puede ser tiempo todavia... Si yo te digese que renunció á mis pasados extravios, á mi esplendor, á todos los goces que este estado me puede proporcionar aun; y

que reconociendo el mérito de tu amor, de lo que te he debido, estoy pronta á consagrarte mi existencia, á vivir para tí, á no respirar sino por tu dictámen... á ser tu esclava en fin, ¿qué me respondieras?

—Que ahora que te ves aislada, muerto tu amante, abatida y amenazada por un hombre que te encadena y sujeta á sí con un lazo ominoso, recurres á mi como el único medio de salvacion... como el solo que puede redimirte en la tierra.

—Te engañas, Leonelo: Yo tengo valor para arrostrar mi suerte, y demasiado carácter para humillarme á demandar favor á otro que no fueras tú... Pero contigo lo hago sin rubor, con sinceridad, y con todo mi corazón, porque este algun tiempo fué tuyo; y si un error, ó mejor dicho, la fatalidad, me hizo separarlo de tí, no me conceptuo envilecida en volverte á dar la posesion de él, porque tú, solo tú has sabido apreciarlo en su justo valor. Esta confesion ya ves que te la hago sin temor ni verguenza... A otro, me arrancaria primero la vida. Soy libre, puedo disponer de mi mano... y prefiero ser contigo condesa de Polesíno, á

llevar con otro la corona del imperio.

—Eso es imposible, Ludomilia!... Mas te diré... ni ese hombre que piensa darte su mano puede hacerlo... Todo enlace que contraigas sería nulo.

—Pues no ha muerto el duque Othon?

—Sí... pero tu mano está vedada para cualquier hombre todavía : ten en cuenta alguna vez mis palabras, porque la sincera confesion que me has hecho, me obliga ya hablarte sin embozo y sin encono. Siempre miraré en tí á la madre de mi hijo... del hijo que adoro, y que he tenido el gusto de abrazar cuando lo creia muerto.

—Oh Dios, ¿vive!

—Sí, vive... hermoso como su madre... y animoso como su padre... Con un corazón á prueba de valor, constancia y bizarría.

—¿Ves, Leonelo? Ves como todavía podemos ser felices? Nuestro hijo colocado aquí entre nosotros nos dirigiria tiernas miradas, y lograria borrar de nuestra mente lo pasado... Olvidémoslo todo... olvida'lo tú tambien, Leonelo.. Mira, el único obstáculo que puede ecsistir para esta union, es mi hijo Pe-

dro... ese hijo de reprobacion que el destino me ha dado... Pues bien, yo renuncio á él... procuraré dejarlo colocado donde no le falte lo necesario á su clase... Le trasmitiré les bienes y títulos de su padre, y nosotros partiremos para Ferrara, ó para donde quieras, ahora mismo... esta noche... Verás como soy venturosa á tu lado, como mi anhelo es complacerte, mi delicia amarte, mi solo pensamiento hacerte olvidar lo sufrido. Ese hijo querido que tenemos podrá legitimarse y llevar algun dia con orgullo el nombre de sus padres, sin que una lengua atrevida y osada le diga en público, «tú eres un bastardo!!»

—Ah! exclamó Leonelo profundamente penetrado de este doloroso recuerdo... !Qué has dicho Ludomilia! ¿Qué has dicho?

—Lo que acosta de mi vida, de mi sangre toda quisiera poder borrar... Si me pidieran lo que me resta de existencia con tal de ver y abrazar á ese hijo adorado... de poderle llamar mio... de oírle pronunciar abrazado á mi cuello «madre mia!!...» la daba dejándome ese solo momento de placer. Leonelo, cuando un desengaño fuerte

ilumina la razon y abre en el corazon un raudal inagotable de ternura y sensibilidad. . . un manantial de arrepentimiento por los extravios anteriores, el hombre que perdona se eleva hasta Dios, porque imita su misericordia y su bondad... asi como el que se humilla lo hace con la confianza y la fé de que será perdonado... Pues bien, yo te pido tu perdon y tu amor, Leonelo... perdóname por la vida de nuestro hijo... Porque el cielo le conceda dias mas felices que á su infortunada madre.

La duquesa habia caido ante Leonelo, y ocultaba el rostro sobre sus rodillas, llorando amargamente.

Aquellas lágrimas penetraron hasta el corazon del conde de Polesino.

Vió el arrepentimiento de la muger que tenia á sus pies, y su mente le representó otra vez á la Ludomilia de Ferrara.

Reprodujo sentimientos pasados y conoció que su alma se abria al perdon y al olvido.

Se acordó de su hijo César, de cuanto lo queria, y le parecia escuchar su voz que le pedia el indulto de su madre.

En una palabra, solo había amado una vez y verdaderamente: Ludomilia era su primera ilusión, y el fuego amortiguado de su pasión elevó su llama mas activa é imperiosa, comunicándola á su organizacion con una fuerza incontrastable.

Arrebatado, cogió la cabeza de Ludomilia entre sus manos, y diciendo «yo te perdono» estampó en su frente un beso de amor y reconciliación.

La duquesa dió un grito de alegría, y colgándose del cuello de Leonelo, pegó su rostro al de este, y le manifestó toda la ternura de que es susceptible una muger sensible.

En fin, la Ludomilia y el Leonelo de Ferrara volvieron á encontrarse otra vez.

—Conoces todavía, Leonelo mio, que la felicidad no se ha estinguido para nosotros?

Leonelo iba á contestar, pero Inmegarda anunció al principe de Marck.

Aquella inesperada vista disgustó en extremo á la duquesa.

Despues de los cumplimientos de costumbre, dijo el principe:

—No creia en verdad encontraros aqui,

señor conde. S. A. R. el duque de Ferrara nos pasa una nota en que participa que retira á su representante... y lo siento por dos cosas: primera, porque mis escrúpulos se a-larman al temor de si se le habrá ofendido inocentemente, y segundo porque no asistais á la proclamacion del príncipe Pedro y despues á mi enlace con su madre.

—Ola! os casais?

—Y qué he de hacer?... En el modo de asegurar la paz en estos estados y la corona á ese inocente niño... Además, que amo á su madre...

—Se conoce; por eso habeis combatido secretamente sus relaciones con Luitzpoldo... Hay quien dice que hasta este billete es vuestro: leed, señora.

Y le mostró el anónimo que le enviaron á él, participándola que la duquesa recibia todas las noches á Luitzpoldo en la quinta del Recuerdo

—Eh! eso seria de la marquesa de Korvei, contestó el príncipe con indiferencia.

—No necesitaba la marquesa valerse de esos medios conmigo, añadió Leonelo... me inclino á que es vuestro...

—Ya!.. como os amábais... la defendeis y me culpais á mí.

—Nos estimamos... Mas ha sido admiracion y respeto, que amor, lo que le he conservado á la marquesa.

.

Ludomilia iba patentizando cada vez mas la perfidia del príncipe de Marck.

A este le sentó tan mal la presentacion del billete que á la mañana siguiente mandó á Leonelo este pliego:

«Habiéndoos retirado vuestro amo el duque de Ferrara los poderes, os doy veinte y cuatro para salir de Ferrara y tres dias para abandonar el gran ducado. Pasado ese tiempo os conceptuaré como sospechoso y vuestra cabeza no estará muy segura.»

El príncipe de Marck.

—¡Miserable asesino! exclamó el conde; yo derribaré el infame trono de tu tirania.

Y salió de Ravensberg al dia siguiente con Frugoni y Venneti, sin saberse donde se marcharon

Antes escribió á Ludomilia su salida copiándole la orden del príncipo.

Poco á poco iba este dejándola sola, pues no pasó mucho tiempo sin que le quitase tambien á Inmegarda.

La duquesa no habia podido acabar de hablar con Leonelo y decidirlo á tomar un partido decisivo, porque hasta esto se lo habia estorbado el príncipe de Mark con su visita.

Leonelo despues que se separó de Ludomilia conoció que no debia acusarse solo á esta de los crímenes cometidos. La muerte Colemberg y los del castillo, el envenenamiento del duque, la muerte de Biling, la de Luitzpoldo, la de los Conservadores, en fin toda la sangre vertida, las calamidades que afligian á Ravensberg eran obra del príncipe. La misma duquesa habia sacrificado en las aras de este hombre perjudicial sus mas caros intereses, su reputacion y aquellas dulces afecciones que embellecen y consue- lan la existencia.

Ludomilia, una muger resentida del des- vio y la indiferencia de Othon, conoció él que era un objeto dispuesto á concederlo todo, á prestarse á todo para satisfacer su resentimiento.

De modo que esta cadena de desacier-

tos, violencias, rigores y sangre, la forjó el príncipe de Marck.

Satisfecho y gozoso con sus triunfos, ya habia determinado el dia de su casamiento con Ludomilia. En un decreto real se le anunció al pueblo y á la córte. Los Ludomistas se manifestaron gozosos de esta nueva, no asi los Conservadores y el resto del pueblo, que veia con este himeneo entronizarse la tirania, el despotismo, la insolencia y la audacia mas refinada.

En la circular publicada con este objeto, se decia que el matrimonio de su alteza real se efectuaría cumplido los seis meses de luto, si bien dentro de tres dias se firmarían los contratos, despues de proclamar soberano de Ravensberg al príncipe Pedro, y al de Marck, tutor suyo y regente absoluto del gran ducado.

Se dieron las mas activas disposiciones para las fiestas que debían celebrarse en la proclamacion, y los adictos al nuevo regente y los Ludomistas vieron colmado su mayor deseo.

La ciudad en aquellos dias presentaba un aspecto de regocijo y animacion estraordi-



nario. Los adictos á las nuevas reformas, los ignorantes, los bulliciosos, los curiosos, forman en estos casos la masa principal de ese cuerpo, dividido en tantas partes, y que parece sin embargo animarse á una voz, á un solo movimiento. Entretanto los que ven los males que acarrear á la patria esas celebridades infaustas, lamentan y sufren, ocultos en sus moradas, la persuacion casi cierta de un porvenir de calamidades y desventuras.

El príncipe de Marck calculó bien: Uniéndose á la gran duquesa, atría á sí á los Ludomistas, partido que se habia formado de la aristocracia del pueblo... es decir, de la parte mejor acomodada, que es la que tienen en su mano el ramal de la subsistencia general.., Por sí solo no podia contar mas que con las tropas hannoverianas y un corto número de adictos, pero las tropas en su dia tendrian que tornarse á su país y su amigos no bastaban á sostenerlo contra los Ludomistas si estos descubrian su anterior conducta.

Del niño Pedro pensaba él dar cuenta, habiéndolo jurado en secreto esterminarlo antes que tuviese edad para reinar.

Ludomilia desde la conversacion última que tuvo con Leonelo, no hacia otra cosa que llorar continuamente. El tedio y el pesar la consumian. Su cariño hácia Leonelo habia vuelto á brotar en su pecho, y su reflexion ocupada constantemente en analizar la conducta de este y los sucesos pasados, hallaba en cada accion, en cada palabra suya, un estímulo nuevo de admiracion y aprecio.

Habia conducido al duque á la quinta del Recuerdo, la noche que la sorprendió con Luitzpoldo, pero ella tuvo la culpa.

Le dió el pliego del pontífice delante de la corte y su marido, mas ella lo habia humillado y despreciado antes.

Por último hasta habia atentado á su vida en la calle de Wallfen ., despues que él fué tan generoso con ella, que en union de la marquesa de Korvei habia intercedido con Othon para que salvase la suya y la de Luitzpoldo, que debió inmolarlas el gran duque á su justo resentimiento.

Cada uno de estos recuerdos era un torcedor agudo para su alma. Pero mas le atormentaba la idea de que Leonelo habia salido de Ravensberg; yaunque la escribió pro-

metiendo sacarla de las manos del príncipe de Marck, veia que se acercaba la hora de su eterna condenacion; porque á pesar de haber publicado que el casamiento seria concluido los seis meses de luto, el príncipe queria efectuarlo en secreto la noche del dia que proclamasen á su hijo.

Mas todo cambió en un momento.

Amaneció en fin este dia tan temido para Ludomilia. Toda la noche la habia pasado en un perpétuo insomnio, por lo que pudo, al rayar el dia, escuchar un confuso rumor que sonaba en la plaza de palacio.

Se asoma á una de las ventanas y advierte que el pueblo, reunido en la plaza, manifestaba agitacion y sorpresa producida por alguna novedad estraña.

De entre los corrillos sale un grupo considerable con direccion á palacio, y en el centro de él venia un hombre, portador al parecer de alguna nueva... Lo observa con atencion, y era un soldado hannoveriano.

Hasta allí pudo ver la duquesa lo que pasaba.

La guardia de palacio detiene á los que acompañaban al soldado, y este subió hasta

la primera antesala.

El principe de Marck, que se había quedado en palacio aquella noche, recibió al mensajero; pero su sorpresa fué grande al saber, que un destacamento considerable de hannoverianos, establecido á la falda del Harz hácia la espalda de la casa de Pedro Martelo, habia la noche antes sido sorprendido y degollado, sin que se supiese quien lo habia hecho, pues este soldado que faltó del destacamento aquella noche por ir á una comision del gefe, en una casa inmediata al bosque, al volverse los encontró muertos á todos.

El principe aparentò no dar importancia á esta ocurrencia por no alarmar al pueblo, pero enviò sus órdenes secretas al baron de Pompeburg, para que mandase tropas que ecsaminasen el bosque.

La fiesta popular no fué interrumpida por tal circunstancia, si bien los corrillos, á favor de la celebridad del dia, se aumentaban.

Los Conservadores parecian mas animados y satisfechos que anteriormente, y aun hubo algunos que insultaron á los han-

noverianos hasta venir á las manos.

La plaza de palacio estaba ocupada de una muchedumbre inmensa, esperando la hora de la proclamacion. En medio de ella se habia elevado un tablado para el efecto, y el príncipe proclamado debia presentarse en él con su tutor, el baron de Pompeburg, heraldos y demas gefes y subalternos del real servicio.

Aun no habian pronunciado los heraldos la primera palabra de la proclamacion, cuando por cada una de las calles que daban á la plaza, hicieron una repentina descarga de mosqueteria sobre los que habia en el tablado, cayendo muerto el baron de Pompeburg, varios de su séquito, y entre ellos el niño Pedro, que estaba en brazos del príncipe, de una bala que le taladró la cabeza.

Un grito de consternacion, y quedar la plaza sola con los soldados, fué cosa de un momento.

El príncipe montó á caballo prontamente y se reunió á los hannoverianos.

Pero estos fueron atacados simultáneamente en todas direcciones por el mariscal Otocáro, que al frente de un cuerpo de tropas considerable, no daba cuartel ni aun á los vencidos.

En un momento la plaza quedó vacía y sembrada de cadáveres.

El príncipe de Marck, con el resto de los suyos, pudo fugarse y se dirigió al castillo del Aguila, pero este lo habia tomado la noche antes el mariscal y degollado tambien la guarnicion.

La sed de venganza de Otocaro no tenia limites. La imágen de su padre moribundo, la de sus amigos políticos Brun, Stetin y otros, los males que los hannoverianos habian causado á su patria, decia que no bastaba á calmar toda la sangre de los opresores de Ravensberg.

El príncipe viendo que no podia refugiarse en el castillo, se metió en la selva de Roden. Pero el mariscal habia previsto esto. La entrada del monte estaba tomada, y el príncipe no pudo llegar mas que hasta el pinar que estaba cerca de la casa de Pedro Martelo.

Esto era lo que Otocaro deseaba. Iba á los alcances del príncipe con tanta actividad con un escuadron de caballeria de Munster, que cuando el príncipe reparó en ellos, se encontró sin poder pasar adelante ni retro-

ceder, quedando encerrado en el pinar.

El mariscal formó un círculo con la tropa y empezó à batirlo. Varios soldados hannoverianos que quedaban rezagados pedian la vida, pero el mariscal lo mandaba pasar al filo de la espada, diciéndoles que usaba con ellos la misma piedad que habian tenido con los patricios de Ravensberg.

El príncipe abatido de cansancio, fatiga y temor, pareciale un sueño lo que le estaba pasando. La esperanza de la vida estaba perdida con el mariscal, pues este sabia que no se la habia de conceder.

Por uno de aquellos casos incomprensibles, el príncipe y los pocos que le quedaron vinieron á parar á la corta llanura donde la marquesa sorprendió á Ludomilia con Luitzpoldo.

El mariscal deseaba entrar en Ravensberg con el príncipe atado á la cola de su caballo, pues ese era el castigo que correspondia á un hombre tan infame, pero temeroso de que alguna circunstancia imprevista influyese en su perdon, mandò pegar fuego al pinar, y que el príncipe y los suyos terminasen la carrera de sus crímenes.

La rapidez del fuego se comunicó pronto á donde estaban los sitiados, y Otocaro tuvo la horrorosa complacencia de ver salir al príncipe por entre las llamas de la manera mas espantosa, y venir á caer muerto á los pies de su caballo, pidiendo socorro

Entonces torciendo las riendas á este, se dirigió á galope á Ravensberg llegando á la plaza de palacio á la entrada de la tarde.

El pueblo libre de los hannoverianos, pues unos fueron muertos por la plebe resentida, por los Conservadores, y otros desarmados, ocupó nuevamente la plaza y las calles. Ninguno se habia presentado en todo el dia desde que el mariscal entró por la mañana en la plaza, porque solamente quedò en ella y en palacio un crecido destacamento de las tropas que traia Otocaro.

Aquella noche el pueblo discurría por las calles preguntando, y en la mayor ansiedad deseando ver el desenlace de tales acontecimientos. Pero nadie sabia dar una razon cierta. El populacho en estos casos echa-gera y dà pábulo á mil patrañas á cual mas absurdas. Unos decían que el mariscal iba á proclamarse duque, otros que reinaria la

marquesa de Korvei.... ninguno sabia fundar una conjetura razonable.

Ludomilia metida en su cámara sentia la muerte de su hijo, que en vano pretendió reclamar. El inocente fruto de su crimen fue enterrado entre los demas cadáveres, pues asi lo habia ordenado un poder superior.

Sin embargo la duquesa era madre, y la naturaleza habia de tener sus ecsigencias, justas en estos casos.

Varias patrullas que mandó el mariscal rondasen por la ciudad, hizo que la tranquilidad no se alterase un punto.

Todos esperaban la venida del nuevo dia con un deseo vehemente. Este llegó y cesó prontamente tal curiosidad.

Las tropas de Munster anunciaron su llegada á la plaza de palacio, al son de sus atambores y demas instrumentos militares. El mariscal las mandaba. Despues seguian el conde de Polesino, y detras de este un guerrero con su visera calada, armado de punta en blanco. A su derecha venia una joven como de quince años y á la izquierda la marquesa de Korvei y otros; todos sobre arrogantes caballos.

Llegaron al tablado y el mariscal, la joven y el guerrero subieron á él.

—Pueblo de Ravensberg, exclamó el mariscal, la mas infame traicion, revestida con la máscara odiosa de la hipocresía, ha dominado algun tiempo sobre vuestra sangre, vuestras haciendas y los mas estimados intereses. Empero su reinado ha sido muy corto. Hijos de este hermoso suelo, si la alevosia de nuestros enemigos pudo amagarme y hasta herirme, no ha conseguido esterminarme. Juré la defensa de mi patria, librarla de yugo tan ominoso, y lo he conseguido. Mas no es mia solo toda la gloria de esta empresa. Una muger ha tenido parte tambien en esta grande obra, es mi hermana Matilde, marquesa de Korvei. Si yo os devuelvo vuestra libertad y vuestros derechos, ella lo hace con aquel que ha sabido grangearse vuestra estimacion como principe y soberano... Aquí lo teneis, reconocedlo.

Y levantando la visera del guerrero, conocieron todos con asombro al duque Othon.

El grito de sorpresa y regocijo que dieron los circunstantes, manifestó claramente la adhesion que tenian á su principe.

En un momento el pueblo atropelló á lo tropa y se lanzó al tablado á cerciorarse de que su soberano ecsistia, que era realmente Othon.

Convencidos de ello, se arrojaban á sus pies y besaban sus manos derramando lágrimas de gozo.

—Si, hijos míos, dijo el duque, vivo para vosotros, para la felicidad de mis súbditos. Mi vida, el verme entre vosotros, se le debe á la marquesa de Korvei.

Todos cercaron á la marquesa, victoreándola, en términos que su caballo no podia dar un paso.

Sofia se vió obligada á saltar al tablado para que la viese el pueblo á su placer.

Los elogios que mereció fueron infinitos.

Subieron á palacio y él gran duque se presentó á su córte en el salon de los embajadores. Estos reconocieron con satisfaccion á su legítimo soberano.

En seguida se abrió una puerta del fondo entrando Leonelo con Ludomilia de la mano.

Esta, llorosa, se arrodilló á los pies de Othon.

—Basta, señora, le dijo este con digni-

dad. Vuestro remordimiento y rubor os sirva de castigo. Atentásteis á mi honor y á mi vida, las dos cosas mas apreciables para un soberano. La vida me la salvó este angel de beneficencia y bondad... el honor, lejos de tomarlo en cuenta... os perdono. Pero al daros mi gracia, quiero elevarme aun mas que vuestras ofensas... príncipe de Marck, añadió cogiendo á César de la mano, abrazad á vuestra madre.

—¿Mi madre... Señor!... Es mi madre la duquesa?

—Sí, hijo mio, añadió Leonelo.

—Ah! madre querida!

—Hijo adorado!... prorrumpió Ludomilia... Gracias, señor, gracias! dijo á Othon loca de alegría... Sois como Dios, benéfico y bondadoso!!

La pobre madre se deshacia en caricias hacia su hijo, viéndolo en sus brazos, y agradado por el duque con los títulos del príncipe de Marck.

—Si, señores, vivo, continuó Othon á los cortesanos. Mi muerte fue una farsa inventada y preparada por la marquesa de Korvei y practicada por los doctores Orseolo y Kemp que

están presentes. Mi cuerpo bajó al panteón de los condes de Bassenheim. Un narcótico hizo que apareciese muerto, pero luego salí de allí, me trasladé á Munster, y pedí favor á su soberano para volver entre vosotros, libraros de vuestros opresores y presentaros á mi hija... la única heredera de mi corona y de mi trono. Aquí la teneis.

Eleonor, ruborizada, se adelantó: los nobles se inclinaron, y Ludomilia no pudiendo contenerse al ver su modesta y singular belleza, se lanzó á ella y abrazándola la hizo participe de sus caricias á César.

El duque despidió la corte, anunciando para de allí á dos dias la aclaracion de todo lo que habia pasado y la legitimidad de Eleonor.

Mandó retirar á los demas quedándose solo con Ludomilia, Sofia y Leonelo.

—Este es asunto, dijo, que se ha de tratar entre los cuatro.. Conde de Polesino, entregad á Ludomilia de Médicis la carta que hallásteis al soldado muerto de la calle de Walffen.

Leonelo obedeció, y Ludomilia leyó un documento infame, dirigido al baron de Pom-

peburg por el príncipe, en que después de retratarla con los colores más odiosos, le pidió su auxilio para destronar á una adúltera y colocarse él en el trono de Ravensberg.

—Aunque nada pudiese convenceros, señora, dijo Leonelo, esta carta bastaría á hacerlo.

—Ah! He sido vendida, vendida por todos! Esclamó Ludomilia con un profundo sentimiento.

—Menos por mí!... respondió la marquesa... Toma, Ludomilia, y convéncete de ello.

Y le entregó la carta que le quitó por el cuadro, que le escribía al papa.

—Nunca he conspirado contra tu opinión ni contra tu honor, prosigió Sofia; antes al contrario, he tenido pruebas como la presente, pero pensaba hacer uso de ellas en secreto y en pro de mi sobrina. Mas habiendo visto que te arrepientes de tus pasados errores, para mí vuelves á mi anterior estimación. Tu perdición ha estado en mi mano antes de ahora... y sin embargo ya ves que he perdido hasta mi padre, á quien ha inmolidado la saña del tirano que oprimía á

mi patria y tu equivocada condescendencia, por no escitar á tiempo la saña de tu esposo y nuestro soberano.

—Esto ha tenido para vos, señora, interrumpió Othon, dirigiéndose á Ludomilia, un término mas feliz que podiais desear. Tres estamos aqui ofendidos altamente por vos, y sin embargo juramos un olvido á todo lo pasado. Y para remuneraros de algun modo el secreto que os guardé al enlazarme con vos y la fria indiferencia que no podia vencer, ahí teneis el acta de divorcio, concedida por el santo padre á instancias mias y apoyada por S. A. el obispo de Munster. Su santidad os deja libre para que dispongais de vuestra persona, y podais cumplir las obligaciones sagradas que contragisteis antes de ser mi esposa.

—Ah! Sí... Si... exclamó Ludomilia arrojándose en brazos de Leonelo, y estrechando á Cesar... Mi hijo y su padre nada mas.

Leonelo dirigió una mirada á Sofia, la que entendiendo sobradamente la marquesa, le contestó:

—Conde, soñábais con ilusiones que no podian realizarse... Yo bendigo á la provi-

dencia que lo ha dispuesto así, para mí hubiera sido un pesar mas no poder daros mano.

—Por qué?

—Porque un juramento sagrado hecho á la hermana mas querida me lo prohibia. Le ofreci vivir eternamente soltera para su hija y su esposo, y en caso de unirme á un hombre, hacerlo con el padre de Eleonor, si este era libre .. Beatriz murió en la confianza de que su hija no tendria en este mundo otra madre que yo.

.

Este juramento se cumplió á los pocos dias.

La muchedumbre gozosa victoreaba á Othon y á su esposa, la gran duquesa Sofia, por las plazas y calles de Ravensberg.

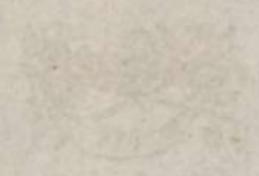
Leonelo, unido tambien á Ludomilia salió para Ferrara, dejando antes casados á César y Eleonor, y á esta proclamada princesa heredera del gran ducado, despues de haber publicado el matrimonio de Othon en el castillo del Aguila Negra, con la malograda Beatriz, condesa de Lenepeck.

El mariscal Otocaro al recibir en los salones de palacio las felicitaciones de sus amigos por su elevada grandeza, contestaba apretándoles la mano y llorando de gozo:

—No me habéis de grandeza... Habladme de la felicidad de mi patria... Al colocarme la suerte tan cerca de las gradas del trono, no fundaré mi orgullo mas que en hacer la ventura del pueblo... del pueblo á quien debo mi ser, mi existencia y todo lo que soy.



The first part of the book is devoted to a general
 introduction to the subject of the history of the
 world. The author discusses the various theories
 of the origin of the world, and the different
 views of the nature of the universe. He then
 proceeds to a detailed account of the history
 of the world, from the beginning of time
 to the present day. The book is written in a
 clear and concise style, and is suitable for
 both the general reader and the student.



APÉNDICE.

Roberto Martelo, su hermana Luisa, el suizo Thuin, Warlock, su padre y todos los refugiados en Munster, retornaron á Ravensberg acompañando al duque Othon, á Sofia, al mariscal, á Eleonor, á César y á los que volvieron; disfrutando, cada cual en su clase, de los favores y la munificencia del gran duque, como era de suponer, y hasta para madama Kunegundis y la Faledro hubo albricias, sin olvidar á Agustín el criado de Pedro Martelo. (1)

(1) Creo que con esta infructuosa aclaracion se darán por satisfechas ciertas personas, algo mas que escrupulosas, que se han dirigido á mí por medio de comunicaciones indecorosas por su calidad.

CAPITULOS DEL TOMO II.

SEGUNDA EPOCA.

Cap.	Pág.
1	Ocho meses mas. 1
2	Sobre lo acaecido. 32
3	Una visita inesperada 47
4	El enviado. 62
5	Un aviso á tiempo 87
6	El natalicio: despues de él. 114
7	El enmascarado. 132
8	Dos engaños. 151
9	Madre y amante. 169
10	El castillo del Aguila Negra 201
11	Otro motivo mas. 220
12	Un lazo seguro 250
13	El festin 278
14	Arrojar la máscara 296
15	Combinaciones 321
16	Dos atentados. 343
17	La revelacion. 375
18	Una noche terrible. 514
19	Un golpe inesperad o. 567
20	Sorpresa y temor. 602
21	Resurreccion y venganza 636

Erratas del tomo segundo.

Páginas.	Líneas.	Donde dice.	Debe decir.
24	14	vuestra suerte	nuestra suerte
27	26	fastidia	fastidiaba
43	1 y 2	confianba	confianza
64	23 y 24	desópticos	despóticos
87	19	estremecon	estremecen
92	4	que á poderme	que poderme
93	8	decidirá	decidirán
105	10	habria	habrá
117	13	el tratarse	el que tratase
130	18	unestro	nuestro
131	17	demostrado es- to	demostrado es- tá
185	20	difundia	difundian
186	2	Al contemplar- lo	Al contemplar
209	17	las haces	las heces
221	8	algun santo	algun tanto
239	18	retartos	retratos
254	9 y 10	no se congetu- ran	no se conjuran
255	8	harta de in- fluencia	de harta in- fluencia
406	19	¿Y por eso os acongojais	¿Y así os acon- gojais

409	24	y á que vaya	á que vaya
416	1	fámililia	familia
424	10 y 11	despues espe- rimentar	despues de es- perimentar
Id.	13 y 16	de goces y se- ductores	de goces seduc- tores
432	3	al que escoge	el que escoge
541	18	y que la cual	y la cual
562	26	Eruguni	Frugoni
611	7	Isarela	Isabela
630	13	ibumanamente ahora	inhumanamen- te ahora.
362 y 633	26 y 1	inducido ser	inducido á ser
635	8	de que él al- gun	de que algun
644	26	príncipo	príncipe
645	10 y 11	muerte Colem- berg	muerte de Co- lemberg

6.000

2 tomes

- AN

- LUI

- SXIX

